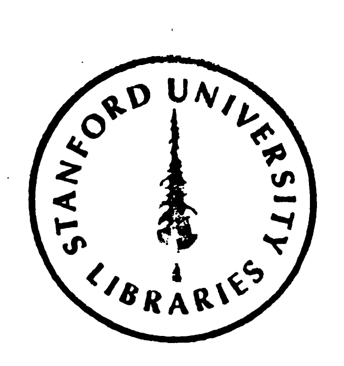



STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO II.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 25.

F. PERIÉ,
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1869.

HISTORIA GENERAL
DE ANDALUCÍA.

ANDALUCÍA BAJO LA DOMINACION MUSULMANA.

INTRODUCCION.

Hénos ya en el prólogo del memorable drama, de la grande epopeya que se representó en Andalucía durante 781 años, dia por dia sin que en ninguno de ellos decayese un momento el palpitante interés de la accion. Drama de una estructura tal, que es imposible presentarlo en compendio, porque no contiene nada de que el historiador pueda prescindir, ni accesorio que no le esté fuertemente adherido y que no constituya parte de su esencia.

Comenzaremos, pues, haciendo una exposicion de hechos y de personajes, y emitiendo algunas consideraciones generales acerca de las causas que hicieron posible su ejecucion en España, pais que

considerado bajo el punto de vista religioso que la tradicion continúa sin cesar, y bajo el político y social parecia él menos á propósito para servirle de teatro.

Lo nuevo, lo estraordinario del suceso, nos obliga á tratar con bastante latitud no del pueblo que va á desaparecer, que este queda juzgado ya, sino del que aparece de improviso en Europa sin haberse anunciado, sin ser apenas conocido á la sazon; pueblo tan nuevo, tan brioso, tan entusiasta y tan maduro al salir de la cuna fanatizado y obediente á la voz de un hombre, que se titulara el *Apóstol de Dios*, anunciado por la Sagrada Escritura y venido al mundo con la mision de convertir el universo á un solo culto y creencia, que con su súbita aparicion y con la fortuna que acompañó sus armas sorprendió y aterró á España, destruyó en una hora la obra de tres siglos y paralizó todas las fuerzas vivas del país, harto menoscabadas ya con mil y mas años de dorada ó humillante esclavitud, y la conquistó toda entera en un dia que fué precisamente aquel en que despuntó el sol que habia de alumbrar la España de los españoles.

Empero durante los catorce siglos que precedieron á su amanecida, ¡qué série de espantosas catástrofes, y qué cúmulo de infortunios no la trababajaron! ¡Qué inmensos mares de sangre, y qué caudalosos rios de lágrimas no tuvo que atravesar para ver á la luz de aquel sol, señalada en la esfera del reloj del tiempo, la hora en que debia dar comienzo al laborioso y cruento trabajo de su cons-

titucion en pueblo verdaderamente libre é independiente, en nacion dueña de sus destinos, soberana de sí misma y mas tarde reina de dos mundos; ella que durante trescientos años fué sierva de un puñado de bárbaros!

¡Ah! sin la exuberante vida con que el cielo la dotó; sin la fuerza de constitucion que la permitió resistir á tantos agentes destructores conjurados sin cesar en su daño; sin la fecunda savia que circula por sus venas y la hizo retoñar con redoblado empuje cuantas veces se vió talada por el hierro y por el fuego de los pueblos estrangeros que se establecieron en su suelo, ¿cómo fuera posible que despues de haber salido lacerada y desangrada del poder de los Romanos, y con el estertor de la agonía de las manos de los Godos hubiera podido levantarse, nuevo Lázaro, bajo la pesada losa con que los Arabes cubrieron el sepulcro donde la enterraron los déspotas del Capitolio y los Bárbaros procedentes de las orillas del Dnieper y del Danubio?

Hásе dicho muchas veces que los Árabes lanzaron á los Godos de la peninsula Ibérica, como estos habian lanzado á los Romanos; creemos que este es un error de hecho ó un mentís dado á la verdad histórica. ¿Cómo habian de haber triunfado de Roma en España unas hordas incultas é indisciplinadas que pidieron al emperador Valente un pedazo de tierra aquende el Danubio para no morirse de hambre, ni de los Godos doce mil africanos tropas armadas á la ligera, si Augusto, Constantino y Teo-

dosio, si Leovigildo, Chindasvinto y Wamba hubieran tenido dignos sucesores?

Los Godos como los Arabes fueron instrumentos de que se valió la Providencia para salvar, para regenerar á España en el preciso momento en que la Suprema Sabiduría juzgó oportuno su intervencion, para detenerla al borde del abismo donde la empujaban los que no pudieron dar cumplimiento á su mision. No los godos, sino los grandes atentados contra la humanidad, y los cobardes ó corrompidos Césares de Roma fueron quienes arrojaron de España las águilas del Capitolio; asi como las grandes y sistemáticas injusticias de los Godos y sus errores políticos, sociales y económicos los que abrieron la sima donde los sepultaron los bereberes de Tarik.

La Providencia interviene siempre que una sociedad exije ser disuelta ó regenerada; y en esta situacion se encontraba la España romana al aparecer los Godos en Itália, y la España gótica al apoderarse los Árabes del África setentrional.

«Ojalá! decian los españoles en los primeros dias de la invasion visigoda, nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros.....!» Cuando una sociedad culta y civilizada exhala este grito forzejeando por desprenderse de los brazos de un pueblo estrangero que la tiene aprisionada, el interés de la humanidad exije que este pueblo desaparezca y que aquella sociedad sea regenerada; y la Eterna Sabiduría acude á satisfacer cumplidamente tan justa peticion. Para los Augustos convertidos en

Honorios y en Augústulos tiene siempre dispuestos un Alarico ó un Odoacro: y para los Leovigildos convertidos en Sisenandos y en Ervigios, monarcas de quienes se duda si fueron reyes ó fueron obispos, pero que indudablemente no supieron llevar la corona ni la mitra, siempre tiene dispuestos un Tarik y un Muza.

La Divina Providencia que vela solicita por la humanidad y dirije los pueblos y las naciones á los altos fines de su voluntad suprema, quiso renovar con España el milagro de la resurreccion de Lázaro. Murió pobre, desangrada y cubierta de llagas á manos de los Romanos, de los Godos y de los Sarracenos... *Metiéronla en un sepulcro... Era una gruta, y pusieron una losa sobre ella...* La voz de un hombre, que fué la de un Dios Omnipotente, levantó la losa y *gritó en alta voz, diciendo:* LÁZARO, VEN FUERA.

«Así se obran los milagros que esceden las »fuerzas y las leyes de la naturaleza. Se obran en »un instante y sin emplear mas que la palabra ó la »voluntad. La resurreccion de los muertos se obra »del mismo modo que la creacion: así que la una y »la otra son obra del mismo poder.»

Desgraciadamente aquella resurreccion tardó muchas centurias en dejarse sentir aquende los montes Marianos. Andalucía tuvo el triste privilegio de mantenerse durante ellas completamente segregada del resto de España, y ajena á la reaccion patriótica y religiosa que se adelantaba pausada pero irresistible, arrancando de las ásperas

montañas de Astúrias para salvar lentamente, y por etapas que duraron siglos, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir.

Durante aquel largo y memorable periodo de nuestra historia, Andalucía, como en tiempo de los Romanos y en el de los Godos, fué la region donde se refugió toda la ciencia, todo el saber y toda la cultura, no ya solo de España, sino de la mayor parte de Europa. Los Sénecas y los Lucanos de Córdoba; los Isidoros y los Leandros de Sevilla reaparecieron en los Averroes, los Ibn-Haiyans y los Ibn-Kaldun, bajo otra forma, con otra escuela literaria y otro dogma religioso; pero con el mismo caudal de ciencia y de saber, y en tales condiciones, que el mundo los señala como la aurora del renacimiento de las letras en Europa.

Y, cosa admirable, ó mejor diremos, cosa del todo conforme con sus actos pasados; Andalucía que permitió que la primera invasion del Mediodia arrollase en una hora la que procedente del Norte habia acampado durante tres siglos en sus fértiles comarcas, se resistió por espacio de mas de cuatrocientos años contra la reaccion del Norte sobre el Mediodia. Y es, que la segunda traia consigo todos los signos característicos del saber y de la ilustracion, en tanto que la primera conservó ántes de su derrota en las orillas del Guadi-Becca, y aun durante los primeros siglos de su trabajo de reconstitucion bajo nuevas bases religiosas, politicas y sociales mucha parte de la rudeza que trajeron los Godos de las orillas del Danubio, y que no de-

pusieron del todo, á pesar de sus intintos civilizables en las del Tajo y del Guadalquivir.

Ya lo hemos dicho en otra ocasion: los andaluces son naturalmente asimilables; pero no á la barbárie sino á la civilizacion; no á las razas que puedan despojarles de sus tesoros de inteligencia é imaginacion, sino á las que saben aumentar el caudal de esa misma inteligencia.

¿Qué estraño es, pues, que en tanto que en las regiones del Norte de la Península se reunian los restos dispersos de la civilizacion latino-hispano-goda, y se agrupaban los elementos que habian de constituir la nacionalidad española tan humilde, tan desvalida en su comienzo, como formada sólo de rudos soldados, de rústicos pastores y labradores, de ignorantes y sencillos sacerdotes y artesanos, la ilustrada Andalucía de todos los tiempos, sufriese sin protestar, como no habia protestado contra la dominacion romana, la de los Omiadas de Córdoba, dinastía indígena la mas brillante que ocupó los tronos del mundo «de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada de que apénas salió algun vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galeria de los grandes gefes de los imperios?»

Sin embargo, dejemos correr los años, dejemos pasar los siglos de voluptuoso letargo para Andalucía; dejémosla mirar con desden ó indiferencia cómo á los cuarenta años de la invasion musulmana, el puñado de cristianos que cupieran desahogadamente en la angostura de Covadonga, se trasfor-

mó en ejército numeroso que bajo el reinado de Alfonso I lanzó las vencedoras huestes muslímicas mas acá del Duero y del Tajo, y convirtió milagrosamente, que de otra manera no se esplica, el pequeño Estado de Pelayo y de Favila en un reino poderoso que hizo temblar al imperio musulman; que dia llegará en que despierte al ver que los príncipes africanos sustituyen á sus príncipes indígenas, es decir, la barbarie, la supersticion y el fanatismo ocupando el lugar de la civilizacion, de la inteligencia y de la tolerancia, al ver, en fin, que todo progresa y se afirma en su derredor y que ella sola permanece estacionaria dentro del dogma y de los preceptos de un *libro* que afirma: *que toda doctrina nueva es una innovacion, toda innovacion es un estravío, y todo estravío, conduce al fuego eterno.*

Entonces verémosla dar Alfonsos décimos; Guzmanes y Gonzalos de Córdoba; marinos que descubran y conquisten un nuevo mundo; capitanes que ganen á sus reyes mas imperios y reinos que provincias tiene España; sábios, filósofos, poetas, pintores y escultores de inmortal renombre, y en suma, ocupar en la civilizacion cristiana el mismo lugar que ocupó en la romana y en la de los Árabes.

Mas antes de entrar de lleno en la memorable, y harto oscura todavía, época de la invasion musulmana, creemos de indispensable necesidad dar á conocer á nuestros lectores la raza conquistadora; el *libro* en cuyo nombre esta sojuzgó la España toda, salvo aquel pequeño rincon de la Península donde Fenicios ni Cartagineses nunca llegaron á

penetrar; que las águilas romanas tardaron doscientos años en reconocer, y que los Godos desde que pusieron el pié en España hasta Rodrigo, no pudieron avasallar del todo. Así mismo evocar la memoria de los caudillos sarracenos que dirigieron las primeras espediciones militares, y, sobre todo, la de todos aquellos hombres funestamente memorables que vendieron su pátria ó la dejaron perecer por sus errores ó demente ambicion.

Tarea ímproba pero absolutamente necesaria es la que nos hemos impuesto, á fin de esclarecer un hecho, ó una série de hechos, sobre los cuales reina todavía, repetimos, la mayor oscuridad, dada la falta de documentos contemporáneos, y la aridez y laconismo del único que ha llegado hasta nosotros; pero necesaria, hemos dicho, porque sin ella seria imposible que la mayoría de nuestros lectores se formase una idea siquiera aproximada, de las causas que produjeron aquella catástrofe sin ejemplo en los anales del mundo.

Habremos de incurrir forzosamente en algunas repeticiones de nombres, de sucesos y de apreciaciones contenidas en las últimas páginas del tomo precedente. Sírvanos de disculpa nuestro deseo de hacer la mayor luz posible en un acontecimiento envuelto todavía entre sombras; pintado por cronistas ó historiadores unas veces con el colorido de la fábula ó de la poesía y otras vestido con el ropaje de la pasion política y religiosa, y siempre trasmitido á los escritores de la Edad Media por la *tradicion oral*.

A pesar del detenido estudio que hemos hecho de la mayor parte de las crónicas latinas y de las arábigas traducidas por sábios orientalistas nacionales y extrangeros, no abrigamos la temeraria pretension de haber alcanzado el conocimiento de toda la verdad histórica, acerca de aquellos sucesos y de aquellos hombres, cuya memoria ha llegado hasta nosotros envuelta en sombras que la oscurecen y desfiguran. Tres siglos, los mas importantes por ser los mas cercanos al suceso, de completa decadencia literaria, durante los cuales no se escribió casi nada de las cosas de España, y la incertidumbre de lo poco que se historió en los posteriores, y esto poco solo sobre lo que la tradicion oral habia conservado, esplican la dificultad que tiene la empresa que hemos acometido, de presentar bajo una nueva faz el acontecimiento mas estraordinario, mas curioso é interesante, de todos los que constituyen la historia de Andalucía. Afortunadamente las crónicas árabes posteriores al siglo x, conocidas unas de los primitivos historiadores latinos y otras traducidas en nuestros dias por los sábios orientalistas Dozy, Gayangos y otros no menos eruditos y perseverantes escritores de nuestros tiempos, han arrojado recientemente bastante luz sobre aquellos sucesos para que nos sea dado, aprovechando sus inapreciables trabajos y los materiales por ellos acopiados, reconstruir, hasta cierto punto, aquel grandioso edificio que durante tantos siglos ha permanecido oculto entre las breñas y malezas que los primitivos cronistas y los historia-

dores de la Edad Media dejaron crecer en su derredor.

Es indudable que hoy, merced á los progresos que han hecho la crítica y los estudios históricos, y á los trabajos de los escritores mencionados y aludidos, y en particular á las traducciones de *Al-Makkari* y del trozo de *Akhbar-Madjmua* que se refiere al suceso de la invasion musulmana en la Península, sabemos mucho mas acerca de aquel acontecimiento y de los que le sucedieron en España en los años que se siguieron inmediatamente, que supieron nuestros historiadores anteriores desde Isidoro de Beja y Sebastian de Salamanca hasta los eruditos Lafuente y Cabanilles. Y hay mas todavía; hay que no solo alcanzamos un conocimiento mas esacto de la invasion, sinó que tambien hemos adquirido nuevos y curiosísimos datos referentes á los reyes cristianos de España, con la traduccion publicada por Dozy, de la historia de los mismos, escrita por *Ibn-Kaldun*, célebre historiador universal, oriundo de una ilustre familia sevillana, que en el año 1364 vino, en calidad de embajador del rey de Granada, Mahomed V, á la córte de D. Pedro I de Castilla.

Esta es, acaso, la única novedad que ofrece nuestra historia de la dominacion musulmana en Andalucía; es decir, la difusion entre nuestro pueblo de nuevos datos y noticias conocidas hasta ahora solo de algunos eruditos; datos y noticias muchas de ellas *nuevas*, como dejamos dicho; y otras que vienen á confirmar no pocos sucesos y episo-

dios que buen número de críticos así nacionales como estrangeros calificaron de apócrifos y fabulosos, ó cuando menos de inciertos por carecer de documentos auténticos en que apoyarlos.

Empero así como no abrigamos aquella temeraria pretension, tampoco hemos intentado, fundados solo en nuestro juicio mas ó menos desapasionado, rehabilitar la memoria de aquellos personajes funestos ó desgraciados, que una no interrumpida tradicion escrita ha hecho llegar hasta nuestros dias como mónstruos manchados con todo linaje de crímenes y torpezas. Lo que nos hemos propuesto, lo que nos hemos esforzado en conseguir hasta donde alcanza nuestra limitada inteligencia, es relatar sin pasion, describir con criterio imparcial, escudriñando con solícito afan, siguiendo huellas poco perceptibles, deduciendo unos hechos de otros hechos y cotejando opiniones no pocas veces diametralmente opuestas, lo que aparece con mas exactitud, lo que se hace mas verosímil acerca de los Witizas, de Rodrigo y Julian; de la traicion de los unos y de la corrupcion, libertinaje é insensatez de los otros: en una palabra, hemos buscado la verdad que todos anhelamos conocer; pero la verdad desnuda de toda lisonja, de todo apasionamiento y de todo artificio que pueda desfigurarla, ya embelleciéndola, ya pintándola con tintas sombrias.

De esta manera, pues, vamos á presentar los hombres y las causas que provocaron, ó no supieron conjurar la inaudita catástrofe que sepultó en

los *barrizales* de las orillas de un pequeño rio de Andalucía el imperio godo, que durante tres siglos subsistiera libre, poderoso é independiente desde mas allá de los Pirineos hasta mas allá del Estrecho de Gibraltar; y una nacion, la española, cuyo inquebrantable teson, heroismo y amor á la independencia venian siendo proverbiales en el mundo desde los albores de sus tiempos históricos.

Sin embargo; cúmplenos hacer notar, antes de tiempo, y como un lenitivo que mitigue la congoja que el recuerdo de aquel suceso produce en el ánimo, que el rio de Andalucía cuya corriente arrastró hácia los mares del olvido con los nombres de Witiza, Rodrigo y Julian toda la raza goda, fué un nuevo Jordan en cuyas aguas la nacion española se purificó de sus pasadas culpas, y se regeneró y fortaleció lo bastante para renacer cuarenta años despues del dia de su aparente ruina, en condiciones para no volver á ser presa de ninguna otra raza estrangera.

I.

LOS ÁRABES.

La voz Arabia, el *Kitin* de la Escritura, significa *Occidental:* dióse este nombre á aquella península, por ser la mas occidental del Ásia. Forma un vastísimo trapezoide que tiene por límites: al N. la Turquía asiática de que está separada en parte por el Eufrates; al E. el golfo Pérsico, el estrecho de Ormus y el mar de Oman; al S. el mar de las Indias y el estrecho de Bab-el-Mandeb, y al O. el mar Rojo. Su mayor longitud desde el Istmo de Suez al N. O., hasta el mar de Oman al S. E. es de unas 480 leguas, y su anchura de 400 próximamente. Calcúlase su superficie en 100,000 leguas cuadradas. Desde la frontera de la Palestina donde se encuentra el *Djebel Mosa,* ó monte *Sinaí,* tan célebre en la Sagrada Escritura, hasta la estremidad meridional de

la Peninsula, estiéndese una cordillera de montañas que sigue la costa del mar Rojo. Los antiguos no la conocieron bajo un nombre general, siendo particulares los de *Saba* y *Dedan* con que la nombra la Biblia, así como los de *Hdejaz* y *Yemen*, dados unas veces á la parte ocupada por los turcos, y otras á todo el pais. Tolomeo la dividió inexactamente en tres porciones: *Arabia Petrea*, al N.: *Desierta* en el centro, y *Feliz* al Mediodia. Los árabes no conocen estas denominaciones; los geógrafos orientales la han dividido con mas acierto en seis partes principales; el *Haza*, al E.; el *Oman*, al S. E.; el *Hadramant*, al S.; el *Yemen*, al S. O.; el *Hedjaz* al O., y el *Hedjed* ó *Nedja* al centro.

Es opinion admitida, que en el *Yemen* se refugiaron muchos hebreos despues de las destrucciones de Jerusalen por Nabucodonosor y por Tito, hijo de Vespasiano, y mas tarde cuando Aureliano los arrojó de Palmira, donde habian encontrado un refugio. Introdújose allí el cristianismo en tiempo del emperador Valente, mas fué con la heregía de Arrio, abjurada mas adelante por los que la profesaran.

En el Hedjaz se encuentran las dos ciudades santas, la *Meca* y *Medina*. La primera, pátria de Mahoma, cuna de su religion y capital de la Arabia y del mundo mahometano. La segunda, situada á unas 80 leguas mas hácia el N. encierra el sepulcro del titulado *Apóstol de Dios*.

La Arabia, region poco conocida de los antiguos lo es menos de los modernos, á pesar de sus tradi-

ciones y de lo mucho que han hablado de ella historiadores y poetas.

Los Árabes reconocen dos orígenes, por el primero descienden de Katan, hijo de Heber y nieto de *Sem*, de quien nació Saba y de este Imicar y Calan; llámanse estos *Árabes naturales*: por el segundo descienden de *Ismael* hijo de Agar y del Patriarca Abraham; estos llámanse *Árabes naturalizados*.

Son, pues, de raza *semítica*, como lo es tambien su idioma, uno de los mas ricos y armoniosos. En los tiempos mas antiguos vivieron de la guerra y del pillaje á que se entregaban constantemente contra los pueblos vecinos. Desde la Era de los Seleucidas hasta la de J. C. tomaron parte en todas las contiendas entre los Egipcios y Sirios; y fueron tantas y tan sangrientas sus incursiones en la Siria que los generales romanos, en tiempo de los Césares tuvieron que hacerles frecuentes guerras, de las que no alcanzaron mas ventajas que el apoyo de algunos tributos momentáneos, ó la suspension de hostilidades que se renovaban á la primera ocasion.

Procedentes los Arabes, como los Israelitas, de Abraham, tuvieron en un principio la misma religion, las mismas tradiciones y la circuncision como estos; pero no estando refrenadas en ellos, por la voz de los profetas, las inclinaciones á la idolatría se abandonaron á ella desde muy antiguo. Creian, pues, en un solo Dios, pero adoraban al propio tiempo los astros. Profesaron el Sabeismo como en el Egipto, en toda el Asia Superior, en Pérsia y en-

tre los Caldeos. Sin embargo, tuvieron, como dejamos dicho, ideas de la religion judáica, y no les fué desconocido el cristianismo, pues en la época de Mahoma habia en Arabia muchos Arrianos, Nestorianos y Jacobistas.

Sin embargo, la historia de los tiempos de la ignorancia, como ellos llamaban á los que precedieron los del Profeta, son completamente desconocidos. En los áridos desiertos de la Arabia no se sabe que se haya establecido pueblo alguno estranjero. Alejandro pensó subyugarlos; pero la muerte frustró sus proyectos; y en cuanto á los Romanos, despues de inútiles tentativas, acabaron por declarar que los Arabes eran invencibles.

MAHOMA.

Mahoma, honrado por los musulmanes con el glorioso título de Apóstol y de Profeta, nació en la Mecca el 27 de Abril de 570. Su padre *Abd-Allah*, hijo de *Abd-el-Motalleb*, y su madre *Ausina*, hija de *Waheb*, príncipe de los *Zharitas*, eran de la ilustre tribu de los *Coroiscitas* la primera entre los Arabes. *Abul-Feda*, uno de sus mas célebres autores, inserta en su Historia General el árbol genealójico de la familia de Mahoma, á quien hace descender de Adan por Abraham é Ismael.

A los dos meses de nacido quedó huérfano de

padre, bajo la tutela de su abuelo *Abd-el-Motalleb*, custodio del templo de la *Caaba* en la Meca; cargo el mas importante en la Arabia, y que daba grande autoridad á quien lo ejercia.

Muerto *Abd-el-Motalleb*, Mahoma pasó á la casa de su tio *Abu-Taleb*, hermano uterino de su padre *Abd-Allah*. *Abu-Taleb*, gefe de la familia de los Coreiscitas, y nombrado prefecto del templo, reunia en su casa todos los principes árabes á quienes Mahoma se dió á querer por el atractivo de su persona y por su talento precoz, mereciendo de los que le trataban el sobrenombre de *Elamin*, (hombre de firmeza). A los catorce años tomó parte y se distinguió en las guerras que su tribu hizo á los *Kenanitas* y á los *Havazinitas*, que quedaron vencidos.

Vuelto á sus pacíficas ocupaciones al lado de su tio, vióse solicitado para ponerse al frente de sus negocios por *Cadíga*, viuda noble y opulenta, cuya casa de comercio necesitaba un hombre inteligente y discreto que la dirigiese. Muy luego, seducida por su fidelidad y varonil belleza, *Cadiga* le tomó por esposo, contando ella cuarenta años y él veinticinco. Mahoma se hizo rico con este matrimonio, mas no ingrato, puesto que amó á su bienhechora y no tomó, en tanto que vivió, otra esposa á pesar de la ley de su país que autorizaba la poligamia.

A partir de este instante, la historia guarda el mas profundo silencio acerca de Mahoma por espacio de quince años. Solo *Abul-Feda* dice, que Dios le habia inspirado amor al retiro y á la sole-

dad, y que todos los años pasaba un mes sepultado en una profunda cueva del monte *Hara*. Allí fué donde el legislador de la Arabia, echó los fundamentos de su grandeza futura. Allí meditó esa religion que debia someter el Oriente; allí, en fin, compuso el *Coran*. Conociendo el carácter y apreciando la ardiente imajinacion de los Árabes, trató de seducirlos mas bien por las galas de su estilo y la vivacidad de sus imágenes, que persuadirlos por la fuerza y exactitud de los razonamientos. Tuvo la astuta prevision de no imponer su ley de una vez y en corto tiempo, temeroso de desacreditar su doctrina esponiéndola á la controversia antes de haberla infiltrado lentamente en la inteligencia y en las venas de su pueblo; dióla, pues, versículo por versículo en el largo trascurso de veintitres años. De esta manera se constituyó en oráculo del cielo, á quien hacia hablar *con arreglo á las circunstancias*. Quince años empleó en asentar los cimientos de su sistema religioso. Llegado el momento de darlo á luz quiso ocultar la mano que lo habia dispuesto, y al efecto supuso que no sabia leer ni escribir, espresándose con el tono inspirado de un profeta que ha recibido del cielo la mision de convertir á los hombres. Por último, tomó por maestro al Arcángel Gabriel.

La grandeza de la impostura, necesitaba medios no menos grandes de propagacion.

Nada conceptuamos mas á propósito para dar á conocer á este hombre estraordinario, que solo á su génio debió su elevacion, como el reproducir los

principales rasgos de su vida y carácter.

«Mahoma dice Savary, (*Abregé de la vie de Mahomet*) fué uno de esos hombres estraordinarios que nacidos con un talento superior aparecen de tarde en tarde sobre la escena del mundo para cambiar su faz y arrastrar á los hombres en pos de sí. Cuando se considera su punto de partida y la inmensa altura á donde llegó, el ánimo se sobrecoje de admiracion, viendo lo que alcanza el génio favorecido por las circunstancias. Nacido idólatra llega hasta el conocimiento de un *Dios único*, y rompiendo los ídolos del paganismo pretende dar un solo culto á todos los hombres. La adversidad que le acompañó durante los primeros años de su vida fortaleció su alma y la hizo adquirir aquel temple superior de que tantas pruebas dió en el curso de su existencia. Durante sus largos y frecuentes viajes vió á los griegos y cristianos divididos en sectas que se anatematizaban las unas á las otras; á los hebreos raza aborrecida por todas las naciones, defender con tenaz porfía la ley de Moisés, y á las diversas tribus árabes sumidas en las tinieblas de la idolatria. Impresionado por este espectáculo que acusaba el desconcierto de los pueblos, se encerró durante quince años en la soledad y el silencio para meditar un sistema religioso que reuniese bajo un mismo culto y creencia á los cristianos, á los judios y á los idólatras. El pensamiento era inmenso, mas no de imposible ejecucion. Creyó poderlo realizar estableciendo un dogma sencillo, de fácil comprension para todos los pueblos de la tierra; y ninguno le pa-

reció mas conveniente que el de un Dios único que premia la virtud y castiga inexorablemente el crímen: mas como necesitaba para hacer aceptar su doctrina darle el carácter de divina, impuso la obligacion de creer ciegamente que habia sido elegido por Dios para predicarla. Sentada esta base, tomó de la moral del cristianismo y de la del judaismo lo que estimó mas conveniente para los pueblos moradores de los paises cálidos. Recordó á los árabes con preferente atencion la inolvidable memoria de Abraham é Ismael y trató de persuadirles de que el Islamismo fué la religion de aquellos dos patriarcas. Versado en el estudio de su lengua la mas rica en voces, la mas armoniosa de la tierra, la que por la composicion de sus verbos puede seguir todos los vuelos de la imajinacion, que por la armonía de sus sonidos reproduce el grito de los animales, el gorgeo de los pájaros, el murmurio del agua corriente, el sumbido del viento y el estallido del rayo: versado, repito, en el estudio de una lengua que tantos poetas han enriquecido y que existe desde los tiempos desconocidos, se esforzó en dar á su moral todo el encanto de una fácil y elegante diccion; á sus preceptos la majestad que le convenia y á las fábulas acreditadas en su tiempo toda la originalidad necesaria para hacerlas interesantes. Cuando conceptuó llegado el momento oportuno para anunciar su mision, rodeose de misterio y se limitó á convertir á las personas de su familia que moraban bajo el techo de su propia casa. Muy luego atrajo á sus miras, ya fuera por medio de su

destreza, ya por efecto de la superioridad de su génio, algunos de los principales ciudadanos de la Mecca. Con ellos trono sin descanso contra los errores de la idolatría. Las persecuciones, los destierros y la saña de sus enemigos, léjos de desanimarle aumentaron sus brios y resolucion. Habiéndose granjeado el aprecio del rey de Abisinia y asegurándose un refugio en Medina, no temió anunciar sus proyectos y espuso su grande ambicion á la luz del dia. Los Cristianos le arrancaron la máscara, hicieron patente sus errores y clamaron contra el impostor; los Judios negándose á reconocer en un simple ciudadano de la Mecca cuya vida y antecedentes eran conocidos de todos, el Mesias rodeado de gloria que esperan, se declararan enemigos suyos, y los Coraiscitas viendo en peligro el culto al que debian su importancia y engrandecimiento pusieron á precio su cabeza.

Tal concurso de clamores y protestas, de ódios y de tremendas amenazas no le intimidaron; su constancia y energía desafiaban las contrariedades, y su génio se sobreponía á todos los obstáculos. Armó á Medina contra la Mecca, y sometió por la fuerza á los que no pudo avasallar con la persuacion. Convencido de la imposibilidad de atraer á sus miras á los cristianos y á los Hebreos, derogó todas las leyes que hiciera en su favor, y reconcentró su atencion en los Arabes. Uno de los puntos importantes en que se fijó, fué el de unir con lazo indisoluble las tribus que vivian en perpétua discordia entre sí. Al efecto creó la órden de la

Fraternidad, por cuyo medio reunió en una sola familia todos los ciudadanos y los dirigió hácia un solo fin, el de trabajar unidos como un solo hombre para engrandecer al gefe que los dirigia. Llegado el momento de combatir con las armas á sus enemigos, lo hizo no solo con intrepidez, sino con el génio de un gran capitan. La victoria ó el martirio, tal fué la alternativa que propuso á sus soldados. Obligado á combatir contra toda la Arabia solo con los ciudadanos de Medina, llegó sin embargo á sojuzgarla con su talento militar y el valor que supo inspirar á sus soldados. Una vez que hubo sometido las tribus y vencido á los judios, envió embajadores á los reyes estranjeros, no tanto movido por el deseo de atraerlos al Islamismo, como por el de encontrar un pretesto para atacarlos cuando lo estimase oportuno. Despues de ocho años de combates y de triunfos, apoderóse de la Mecca, y se instaló en ella como soberano. Reunió los miembros dispersos de su naciente monarquía y la dió toda la consistencia necesaria. Hábil politico y profundo conocedor del corazon humano supo elegir sus generales y gobernadores y convertirlos en grandes hombres. *Abu-Bekr*, *Omar*, *Otman* y *Ali*, parientes ó amigos suyos los mas distinguidos, le sucedieron en el imperio y ensancharon inmensamente sus fronteras. Su ambiciosa mirada penetraba complacida por la Siria. *Kaleb*, cruzando las abrasadas arenas de la Arabia, vengó la muerte que la cobardia de los Griegos habia dado á un embajador musulman, y obtuvo sobre ellos una de las mas seña-

ladas victorias que registran los anales de la guerra. Mahoma proyectaba desmembrar el imperio de Heraclio, empero tan prudente en combinar sus planes como rápido en ponerlos por obra, comenzó por atraerse los pequeños príncipes que reinaban en la Arabia Petrea: y esto conseguido, el mismo general que ocho años antes solo habia podido reunir 313 soldados bajo su bandera, en esta ocasion se puso en marcha al frente de 30,000 guerreros. Cruzó con la rapidez del rayo los desiertos y las abrasadas arenas, y estableció su campo en *Tabuc.* En veinte dias sometió todos los pueblos fronterizos de la Siria. Cubierto de gloria y cargado de botin regresó á Medina, donde le esperaba la noticia de habérsele sometido los reyes de *Hemiar*, que gobernaban las provincias del Yemen. Los príncipes idólatras llegaron uno en pos del otro á rendirle vasallaje y á confesar la religion del conquistador de la Mecca. Toda la península Arábiga se convirtió á su ley. Preparábase á penetrar en el imperio griego y á derribar el trono de los Césares al frente de 40,000 guerreros, cuando la muerte le detuvo en su carrera y cortó el vuelo de su inmensa ambicion.»

«Mahoma no menos profundo político que hábil capitan, estableció su poder sobre bases tan sólidas, que despues de su muerte la Arabia permaneció fiel al Islamismo, y sus sucesores pudieron continuar desembarazadamente por la senda que les dejó trazada. Muy luego estos, conocidos con el nombre de *Sarracenos* derribaron el trono de Per-

sia, desmembraron el imperio de Oriente, conquistaron el Egipto, la Siria, el África y la España, y marchando de combate en combate y de victoria en victoria llegaron á punto de someter el mundo entero. Las grandes monarquías que formaron sus sucesores, se derrumbaron porque los hombres de génio no se suceden como los reyes; pero las leyes que Mahoma estableció han sobrevivido á la ruina de los imperios. En tanto que muchos historiadores arrebatados por un celo mas digno de elogio que ilustrado, nos pintan á Mahoma como un farsante é impostor, una parte de la tierra sigue los preceptos de su Religion y respeta su memoria. Muchos sábios de Oriente que le niegan el título de Profeta, lo reconocen como uno de los mas grandes hombres que han existido. Tal es el relato fiel que la historia nos permite hacer de Mahoma. Todos los rasgos que presenta se fundan sobre hechos ciertos, y yo los he reunido con imparcialidad.»

Mahoma, segun el retrato hecho por su yerno Alí, que nos ha sido trasmitido por Abul-Feda, era de mediana estatura, tenia la cabeza abultada, barba espesa, color moreno sonrosado, ojos negros y mirada penetrante, frente prominente y nariz aguileña, el cabello lacio, y el cuello torneado y blanco como el marfil. Dotóle la naturaleza de una inteligencia privilegiada, y de una prodigiosa memoria. Hablaba poco, y cuando lo hacia su conversacion era amena. Enemigo del fausto y de la pompa, sentábase frecuentemente sobre el suelo, y preparaba con sus mismas manos sus alimentos. Dueño de

inmensos tesoros, solo guardaba para las atenciones de su casa lo estrictamente necesario. Háse dicho de él que sobrepujó á los demás hombres en cuatro cosas: en valor, generosidad, fuerza muscular y amor hácia las mugeres. Decia con frecuencia que Dios habia hecho dos cosas para la felicidad de los humanos: las mujeres y los perfumes.

Mahoma murió el dia 6 de Junio de 632, á los 62 años; cuatro despues del envenenamiento que contra él intentó la hebrea *Tainab*, hermana de *Marhab*, gobernador del castillo de *Elcamus*, ciudadela del *Kaibar*, que arrebató por fuerza de armas á los judíos de la Arabia. Sintiendo su muerte prócsima, dirigió un discurso á sus valientes compañeros de armas, y lo terminó con la siguiente imprecacion contra los judíos cuya perfidia habia acortado los dias de su existencia: «¡Que los judíos eran malditos de Dios, porque trasformaron en templos los sepulcros de sus profetas.»

EL CORAN.

—

Conocido el *hombre* por el detallado retrato que de él nos ha dejado el sábio orientalista Savary, cúmplenos dar á conocer su *obra*, mucho mas interesante para nosotros que la personalidad del autor.

No obstante, no vamos á ocuparnos de ella ba-

jo el punto de vista del dogma, ni á discutir cada uno de los principios fundamentales en ella contenidos, ni á esplanar en un sentido general sus preceptos, ni á considerarla siquiera como un progreso sobre el sabeismo, la adoracion del fuego y la idolatria de las tribus de la Arabia de los tiempos que precedieron á Mahoma; puesto que, en los doce siglos que van trascurridos desde la predicacion del que se tituló á si mismo el *Apóstol de Dios*, los pueblos que aceptaron y profesaron su doctrina permanecen completamente estacionarios y como petrificados dentro de los preceptos religiosos, civiles, sociales y hasta domésticos que les impuso como inmutables la audacia de un hombre estraordinario que se hizo sectario para llegar á ser emperador.

Hace ya muchos años, muchos siglos que el Coran está juzgado y condenado por la razon ilustrada, por la crítica imparcial. A la raiz misma de su predicacion lo mismo que en los tiempos en que amenazaba invadir y sojuzgar el mundo todo, el Cristianismo le arrancó la máscara y puso al desnudo sus groseras imposturas. Reinecio ha dicho de él, que es una mala rapsodia, un verdadero centon compuesto de trozos recojidos sin plan ni concierto por todas partes, una coleccion de fábulas insulsas repetidas hasta la saciedad. Bochart lo califica de libro incapaz de seducir á nadie, porque no existe ninguno mas falto de buen sentido, y el orientalista sajon Hinckelmann, en el prefacio que puso á su edicion del Coran, dijo: que llegará un dia en que los Mahometanos se avergüencen de él.

En tal virtud hubieramos pasado por alto *el libro,* si la circunstancia especialísima de haber vivido durante muchos siglos en Andalucía, y de haber sido el código de leyes religiosas, políticas, civiles y sociales con que se gobernaron las innumerables generaciones y los pueblos conquistadores de raza árabe y africana que pasaron por este suelo, no nos obligara á detenernos un momento en él, para dar á conocer sus condiciones mas importantes, mas características, y que hicieron posible lo que todavía, despues de los siglos trascurridos, no acertamos á comprender. Esto es, la rapidísima conquista de España y la prolongada dominacion musulmana en Andalucía, católica, con esclusion de todo otro culto, desde Recaredo hasta la muerte de Rodrigo.

La suscinta exposicion que vamos á hacer, acaso sirva para esplicar aquel hecho, aquel fenómeno que interrumpe el órden normal de los sucesos de nuestra historia pátria. Mas ántes cúmplenos presentar algunas consideraciones que hagan mas fácil la comprension de lo que dejamos indicado.

Los Árabes no fueron mas estrangeros en Andalucía que lo fueron los Fenicios, los Griegos, los Cartagineses, los Romanos, los Vándalos y los Visigodos; ni sus títulos y derechos á la dominacion fueron mas ilegítimos que los de sus predecesores. Orígen, raza, religion, leyes y costumbres, todas las bases constitutivas de la sociedad, fueron distintas si no diametralmente opuestas entre el pueblo conquistado y los pueblos conquistadores. La

religion de los Fenicios, de los Griegos, y de los Cartagineses debió chocar violentamente con la de los naturales, la de los Romanos con la que aquellos dejaron establecida en el pais, y la de los Godos arrianos con la católica hondamente arraigada en el corazon de los españoles; y tan es así, que Leovigildo tardó seis años en someter la Iglesia católica de Andalucía á la Iglesia arriana de Toledo.

Ahora bien, prescindiendo de estas circunstancias estraordinarias y fatales, que hicieron fácil para los Árabes lo que fué tan difícil para los Romanos y los Godos; prescindiendo de que el pais acostumbrado desde los albores de sus tiempos históricos á la dominacion de razas estrangeras careciese del verdadero espíritu de nacionalidad é independencia tan necesario para resistir animosamente á toda invasion; prescindiendo de que si estrangeros y conquistadores fueron los Godos durante los tres siglos de su dominacion; prescindiendo, en suma, de todas estas causas, que mas adelante esplanaremos en la forma como las comprendemos, vamos á fijarnos en el principio religioso como elemento de conquista; puesto que este ha sido el punto sino el único, al menos el principal bajo el cual la han considerado todos nuestros cronistas é historiadores, que, con laudable celo nos presentan la musulmana como la mas odiosa, mas funesta, mas irritante y mas inesplicable de todas cuantas tuvieron lugar en España.

Los Árabes á su llegada á nuestras costas no eran idólatras ni paganos bajo ninguna forma. Ado-

raban al Dios único y verdadero, al Dios de Abrahan, de Isac y de Jacob; al Dios á quien llamó Jesús: Mi Padre que está en el cielo; al Dios que adoran los cristianos en la iglesia y los judios en la sinagoga; al Dios, en fin, á quien rendian culto todos los españoles.

En tal virtud, ¿cómo debió ofrecerse á los ojos y á los oidos atónitos de nuestros naturales esa religion de Mahoma la primera vez que apareció en tierra de España, traida en la moharra de las lanzas y en la punta de las espadas de los Sarracenos?

Como una secta fundada en los libros canónicos de la Sagrada Escritura, salvo la adopcion por Mahoma de muchos que los judíos declaran apócrifos y que no han aceptado jamás; y como una secta que tiene algunos puntos de contacto con el cristianismo, puesto que reconoce la verdad del Evangelio, cuyo texto, dice, no haber sido alterado por los cristianos, como afirma haberlo sido el Pentateuco por los judíos.

Mahoma habia frecuentado el trato de los cristianos, de los judíos y de los persas; hacíase leer sus libros sagrados, teníalos en grande veneracion y los estudiaba y meditaba con ahinco en el retiro en que se encerraba todos los años en la cueva del monte *Hera*. Cada uno de estos libros y cada uno de aquellos hombres contribuyeron á la enseñanza religiosa del Profeta. Despues de suficientemente instruido en lo que anhelaba saber, combinó su sistema de religion y compuso el Coran, que Reinecio tuvo razon en llamar *rapsodia, centón* compues-

to de trozos recojidos sin plan ni concierto por todas partes.

Unos autores orientales afirman, que Mahoma tuvo por maestro á un cristiano llamado *Cain*; otros que lo fueron dos jóvenes esclavos cristianos, de oficio libreros, y otros que dos armeros de la Meca llamados *Haber* y *Jafer*. Fuera el que fuera entre estos su maestro, el hecho cierto y evidente, es, que Mahoma se inspiró en los libros que la Iglesia declara canónicos, que los alteró y falseó para adaptarlos al sistema religioso que se proponia establecer, mereciendo por ello el nombre de sectario, y que con justicia se le llama *impostor*, puesto que supuso que la doctrina que enseñaba le habia sido revelada por arcángel Gabriel, cuando en realidad la recibió de uno ó mas hombres, llamáranse *Cain*, *Haber* ó *Jafer*.

Esto sentado, preguntamos: ¿Debieron ser los españoles mas intransigentes en materia de religion con los Árabes musulmanes que lo fueron con los Godos arrianos? Secta por secta, las dos son peores dentro de los dogmas fundamentales de la religion católica. Arrio, negandose á confesar el Símbolo de Nicea y la consustancialidad de naturaleza del Padre con el Hijo, es decir, el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo, no fué menos herético que Mahoma diciendo: «Los que sostienen la Trinidad de Dios son blasfemos. No hay mas que un solo Dios.» Los infieles dicen: «Dios ha tenido un hijo. Blasfemia. Dios se basta á sí mismo.»

Podriasenos argüir, que á lallegada de los musulmanes (711), España tenia establecida la unidad de culto desde los tiempos de Recaredo, hijo de Leovigildo (586), y que á la sazon era enteramente católica desde el mar Cántabro hasta el estrecho de Gibraltar, y desde las costas del Occéano hasta las del Mediterráneo. A lo cual contestaremos, que en el tiempo relativamente corto trascurrido entre las dos fechas espresadas, no es posible que se hubiese desterrado del todo la heregía arriana; que la fasion entre las dos razas decretada por Recesvinto (652), era harto reciente para que hubiese desaparecido todo antagonismo religioso entre el pueblo conquistador y el conquistado; de lo cual es prueba concluyente la sangrienta discordia que estragó á España, promovida por las rivalidades de la familia de Rodrigo, representante de los intereses católico-españoles, y la de Witiza, de los intereses arriano-góticos; y diremos, además, que es muy probable que estos últimos conservasen como uno de sus blasones y uno de los caractéres distintivos de su raza, reminiscencias de la heregía con que el obispo Ufilas les dió á conocer el cristianismo; herejía que conservaron desde que el emperador Valente les dejó cruzar el Danubio, hasta que Recaredo la proscribió en España en el tercer concilio Toledano.

Despues de haber indicado, si bien de una manera suscinta, que la diferencia de religion no podia hacer á los ojos de los españoles de peor condicion á la raza Árabe que lo fueron las que prece-

dieron en la conquista y dominacion de la Península Ibérica, réstanos poner de relieve ciertos puntos fundamentales del dogma del Islam, para robustecer la opinion que venimos sustentando.

Diremos, pues, que los pueblos de España, que despues de haberse hecho católicos sufrieron á los Vándalos y Alanos idólatras; á los Visigodos arrianos, y á los restos del politeismo romano, no podian sublevarse arrebatados por una santa indignacion, por solo motivos religiosos, contra los nuevos conquistadores, cuya religion contenia como preceptos dogmáticos ó especulativos y como prácticas religiosas, los siguientes: Creer en un solo Dios; no jurar su Santo Nombre en vano; creer en el juicio final, y en la resurreccion de la carne; pagar el diezmo; ayunar todos los meses del Ramadan; no prestar con usura; no calumniar ni ser maldiciente; sufrir con paciencia los males que nos aflijen; no desconfiar de la misericordia de Dios; renunciar á la vanidad, y á Satanás; enseñar al que no sabe; amparar al huérfano, y alabar incesantemente á Dios.

Como complemento de esta moral, calcada sobre el Evangelio de Jesucristo, el Coran hace la siguiente profesion de fé:

«Creemos en Dios, en lo que nos ha enviado, y »en lo que ha revelado á Abrahan, Ismael, Isaac, »Jacob y á las doce tribus: creemos en los libros »santos que Moisés, Jesús y los Profetas han recibido del cielo; no hacemos ninguna diferencia en»tre ellos; somos musulmanes.»

«Los judíos niegan la verdad cuando sostienen »que Dios nada ha revelado á los hombres. Pre»guntadles: ¿Quién ha dado á Moisés el libro de la »Ley, dónde brilla la luz verdadera? Responded: »Dios.

«El Angel del Señor se anunció á Maria: Dios »te salve Maria; Él te ha purificado y te ha elegido »entre todas las mugeres.»

«Soy el enviado de Dios; vengo á anunciarte un »hijo bendito.»

«De dónde me vendrá ese hijo, replicó María; »ningun hombre se ha acercado á mi; estoy pura.»

«Así es, y así será, respondió el Angel. El Altí»simo te lo asegura. Milagro fácil es este para Él. »Tu hijo será un prodigio, y hará la felicidad del »universo. Así lo manda Dios.»

«Tú darás vista á los ciegos—dice hablando de »Jesús—y curarás á los leprosos. Harás levantarse »á los muertos de su sepulcro.»

«En medio de los milagros que hicistes ante sus »ojos, los judíos obstinados en su incredulidad, esclamaron: prestigios, embaucamientos.»

«Jesús será la señal cierta de que se acerca el dia del Juicio. Guardaos de negar su venida.» Esto es, que Jesucristo aparecera en aquel dia como juez universal, á cuya presencia comparecerán los vivos y los muertos.

Por último, el Coran establece la siguiente diferencia entre Jesucristo y Mahoma: Jesús, dice, nació de una madre virgen, sus ascendientes fueron todos virtuosos y santos; en tanto que los de Ma-

homa y el mismo Mahoma fueron todos idólatras. Jesús vivió virgen; Mahoma vivió en la impureza, en la poligamia desenfrenada, en el libertinaje y en el adulterio. Jesús fué un prodigio, la admiracion del universo, hizo muchos milagros, y sus Apóstoles los hicieron en su nombre. El mismo Mahoma en el Coran, no se atribuye ninguno; como no sea el haberse elevado, con solo la audacia de su génio, desde el mostrador de *Cadiga*, al rango de profeta y de soberano de un dilatadísimo imperio.

De lo que dejamos brevemente espuesto, ¿podrá deducirse, sin temeridad, que si bien el principio religioso mahometano no fué ni debió ser un elemento que facilitase á los Árabes la conquista de España, tampoco fué un poderoso estímulo para que los españoles organizasen por su parte una desesperada resistencia?

Y, ¿seria aventurado decir que el Dios de Mahoma se acomodaba mejor al sentimiento religioso de nuestro pueblo de lo que se habian acomodado el sombrío y cruel *Melkazth* de la mitologia fenicio-cartaginesa; el *Júpiter*, padre de los dioses de los Romanos, y el *Odin*, dios supremo de los Bárbaros procedentes delas orillas del Báltico y de los bosques de la Germania, cuya cólera se aplacaba con sacrificios humanos: y que María Virgen madre de Jesús, fecundada con la palabra del Altísimo debió ser mas grata á los hispanos que lo fueron la *Venus Afrodita* de la mitologia griega, y *Freya*, diosa delamor y la reproduccion, de la mitologia escandinava?

Hechas estas suposiciones que pueden esplicar

la actitud, ó servir de disculpa al pueblo que se allanó á sufrir sin resistencia el yugo y la religion de una raza estrangera, y que con incalificable flaqueza dejó caer de sus manos el Evangelio á la vista del Coran, y permitió que sus iglesias se convirtiesen en mezquitas, vamos á exponer una nueva conjetura respecto á la influencia que la religion pudo tener en el suceso de la rápida conquista de España por los Árabes.

Es opinion universalmente admitida que la invasion musulmana fué obra, en parte, de la traicion de los hijos de Witiza. Dejando para otro lugar el esplanar, bajo el punto de vista político, esta conjetura, fundada en indicios casi vehementes, vamos á ocuparnos de ella bajo el religioso.

La monarquía goda fué arriana hasta los tiempos de Recaredo. La voluntad de este rey la hizo católica. ¿Supone esto, que los godos, acérrimos arrianos desde su establecimiento en las orillas del Danubio, dejasen de serlo porque al rey pluguiera hacer del catolicismo la religion del Estado? Respondan por nosotros las conspiraciones que se fraguaron contra el decreto del tercer concilio de Toledo, á la raiz del memorable acontecimiento, y que no cesaron de inquietar al reino hasta que sonó la hora de su destruccion, y responda tambien el encumbramiento de Rodrigo elevado al trono en brazos del partido católico, derrocando de él á Witiza, representante de los intereses del partido godo puro.

Los primeros cristianos que existieron en la

Arabia, fueron arrianos; verdad es que mas adelante muchos abjuraron la herejía. Es punto histórico probado que Mahoma, antes de hacerse profeta, frecuentó con marcada predileccion el trato de los cristianos y que de ellos adquirió el conocimiento de las Sagradas Escrituras. ¿Fueron arrianos ó católicos los maestros del titulado Apóstol de Dios? Si nos atenemos al espíritu y letra de su libro, fuerza nos será convenir que lo primero, puesto que niegan el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo. No hay que decirnos que pudieron ser judios, visto que reconoce la mision divina de Jesús.

Ahora bien; los Godos parciales del destronado Witiza, víctimas de las persecuciones del partido católico vencedor, y ardiendo, por lo tanto, en deseos de vengar las ofensas recibidas y de recuperar el poder que les fuera arrebatado, ¿no pudieron muy bien formar alianza con los Árabes conquistadores del Magreb, no solo en el concepto de auxiliares de su causa, sino en el de fieles pertenecientes á una misma ó parecida comunion de fé? La Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca, refiriéndose á la batalla donde murió Rodrigo, dice: «Agobiados los Godos con el peso de sus pecados *ó de los de sus sacerdotes*, hubo su ejército de volver las espaldas y fué pasado á cuchillo.... Siendo cierto que las cosas caen hácia el lado que se inclinan: ¿no es verosímil que el arrianismo cayese en brazos del mahometismo dado su mayor analojía con esta secta que con el catolicismo?

Admitida esta hipótesis, compréndese desde luego y sin trabajo, como algunos miles de guerreros pudieron realizar con tanta rapidez y facilidad la conquista de España, á pesar de su religion, que durante tantos siglos viene siendo considerada por cronistas é historiadores, como el mayor obstáculo en que debieron tropezar.

En efecto, si convenimos en que la secta mahometana no debió ser mas repulsiva para los católicos españoles que lo fuera la arriana, y en que, viéndose obligados por virtud de un destino fatal á sufrir una dominacion estranjera, debíales ser indiferente, cuando menos, cualquiera de las dos, la que se iba ó la que venia; si convenimos en que Godos y Sarracenos profesaban, si no la misma, parecida religion en cuanto algunos de sus dogmas fundamentales, fuerza nos será confesar, que si el elemento religioso no fué medio de conquista para los Árabes, tampoco fué obstáculo para que la realizaran con la asombrosa rapidez que todavia nos admira, á pesar de los siglos que van trascurridos, como si el suceso hubiese tenido lugar ayer.

Y, si no lo fué el religioso, ¿lo fueron acaso, las leyes acerca de la propiedad territorial establecidas por los conquistadores musulmanes desde el comienzo de su dominacion? Parécenos que no; y que bastará una somera indicacion para manifestarlo.

La division de las tierras entre godos y españoles, hecha en los tiempos de la conquista, establecia una irritante desigualdad de condiciones y derechos entre el pueblo conquistador y el conquista-

do, puesto que daban dos terceras partes al godo y una al hispano; y aun sobre esta tercera parte pagaba un tributo fiscal que le garantizaba su posesion, como del dominio ó del derecho de conquista á su vencedor. «De suerte que el interés del fisco venia á convertirse en la única salvaguardia, en la sola garantía de aquella mezquina propiedad.» (Pacheco, *discurso preliminar al Fuero Juzgo.)*

Veamos ahora como se condujeron los musulmanes en igualdad de circunstancias. En una crónica árabe escrita en el siglo XI por Mohamet-ibn-Mozain, de la cual nos dió conocimiento en 1851. D. Serafin Calderon, se contiene un pasaje interesante referente á la época de la conquista; y en él se dice, que despues de la derrota de Rodrigo, toda España, con escepcion de un corto número de localidades, bien conocidas, fué anexionada al imperio musulman por capitulacion, todas las ciudades pasaron por las mismas condiciones, y los cristianos que permanecieron en ellas fueron mantenidos en la posesion de sus tierras y propiedades, y conservaron el derecho de venderlas; y que en cuanto á los que se habian retirado hácia los castillos y montañas del Norte, Muza les dejó sus bienes y el libre ejercicio de su culto, bajo la condicion de que pagasen el impuesto territorial.

Algunos historiadores afirman que aquel impuesto era el 5 por 0[0 sobre los bienes muebles, y la décima parte de los frutos de los bienes raices; es decir, que establecia la igualdad entre el pueblo vencido y el pueblo vencedor, pues no hacia dife-

rencia entre los hispano-godos y las tribus árabes, egipcias y africanas que se establecieron en el suelo de la Península.

Como habremos de volver mas adelante sobre este mismo asunto al referir multitud de hechos, que lo comprueban plenamente, dejamos para entonces su mas ámplia demostracion.

II.

WITIZA; SUS HIJOS; EL CONDE JULIAN GOBERNADOR DE CEUTA.

Durante muchos siglos y en el nuestro todavia, se ha tenido y se tiene en execracion la memoria de Witiza, penúltino rey de los Godos, á quien casi todas las crónicas de la Edad media y las historias generales ó particulares de España, se estreman en pintar con las mas negros colores, atribuyendo á sus crímenes, á su inaudita relajacion y desenfreno la ruina del imperio de los Godos y la conquista de España por una raza la mas estrangera de cuantas la sojuzgaron en el trascurso de los siglos.

La circustancia de haber sido el suelo de Andalucía el escenario donde se representó aquel gran drama, desde su prólogo, que lo fué la revolucion que destronó á Witiza y puso en el sólio godo á Rodrigo, nos obliga á ocuparnos con alguna esten-

sion de lo que la historia refiere acerca de aquel, no sabemos si llamar desgraciado ó calumniado monarca, á fin de salvar á Andalucia de la responsabilidad que pudiera atribuírsele en aquella inmensa catástrofe; dado que aparece haber nacido en ella la revolucion que dió por resultado la conquista de la Peninsula por los Árabes y los Africanos.

El ilustrado D. Modesto Lafuente, en su Historia general de España, T. 11, P. 1. L. IV, P. 453, dice: «Al llegar al importante reinado de Witiza, «sentimos la falta de documentos auténticos con«temporáneos... y solo nos quedan algunas suscin«tas crónicas escritas despues de la invasion sarra«cena y bajo la impresion de aquel triste suceso «etc.»

Esto mismo, poco mas ó menos, dicen todos nuestros historiadores de la Edad media, y en tal virtud ván á buscar en las crónicas posteriores al siglo IX noticias para emitir su juicio apasionado acerca del *funesto reinado del que abrió con sus desórdenes las puertas de España á la invasion musulmana.*

Creemos que Lafuente y los historiadores aludidos que le precedieron, han padecido un error; puesto que poseemos un documento auténtico, cuyo autor fué contemporáneo de los sucesos, y que aparece muy digno de fé, á pesar de la oscuridad que en él introdujeron los copistas, corrompiendo su texto, ya de por sí algo oscuro, debido á la época de decadencia literaria en que se escribió. Este documento es la Crónica latina de Isidoro de Beja,

escrita en 754, es decir, 43 años despues de la batalla de Guadi-Becca. De ella dice el erudito y notable orientalista de nuestros dias, Dozi: «que es un trabajo importantisimo, y mucho mas completo para adquirir una idea de los sucesos de aquellos tiempos *que las crónicas musulmanas*, porque los árabes, cuando comenzaron á escribir su historia, tenian casi olvidados los acontecimientos de aquella época.» Pues bien, Isidoro de Beja, escribe que Witiza fué un rey muy clemente, que dió pruebas manifiestas de su amor á la justicia y de su respeto á la religion convocando varios concilios y devolviendo sus bienes y sus empleos á aquellos que habian sido desposeidos y destituidos durante el reinado de su padre, que puso en libertad á los que gemian en prision por delitos políticos y abrió las puertas de la pátria á los desterrados; que España se conceptuaba feliz con tener tan escelente príncipe; en suma, hé aqui las mismas palabras con que Isidro hace su elogio: *Y una alegria inmensa difundióse inmediatamente por toda España*. La única tacha que le pone, es el haberse mostrado demasiado duro con los eclesiásticos que descuidaban el cumplimiento de sus deberes. Un historiador árabe, que ha consultado, dice Dozi, *antiguas crónicas latinas, hoy perdidas*, pinta á Witiza con el mismo colorido, diciendo de él, que fué el príncipe mas piadoso y mas justo de toda la cristiandad; ya hemos indicado al final del tomo precedente, los términos con que calificó á este rey el célebre Mayans, en su vindicacion y defensa de Witiza; y la censura que han

merecido del sábio crítico, el jesuita Masdeu, la mayor parte de los escesos que se le atribuyen: por último, D. Joaquin Francisco Pacheco, en el discurso que precede al Fuero Juzgo, dice: «Witiza »fué enemigo del clero, con el cual luchó en un »combate de muerte. El clero, dueño de la historia »le ha dibujado con los mas negros colores, atribu»yéndole todos los vicios. Mas teniendo estos datos »en cuenta todavía ignoramos si fué un libertino »de poco valer, ó un hombre del temple de Leovi»jildo, de Chindasvinto y de Wamba.... si pugnó »por robustecer y levantar el Estado, y vino tarde »para tamaña obra. Por lo menos fué vencido en »ella, y á la desgracia de su vencimiento se añadió »la de haber dejado su memoria y fama á merced »de sus enemigos irreconciliables.»

¿Dónde, pues, han tomado origen las tremendas acusaciones que contra Witiza lanzan algunos historiadores? Vamos á indicarlo. La Crónina de Sebastian, Obispo de Salamanca, escrita en el reinado de Alfonso III (866-910) dice: «Fué este rey »Witiza, muy malo y de depravadas costumbres: »*como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento;* »coinquinóse con muchas mugeres y concubinas; »y para que no se fulminase contra él la censura »eclesiástica, disolvió los concilios, olvidó sus cá»nones y corrompió á todo el clero, mandando »á los obispos, presbíteros y diáconos que se casa»sen. Estas maldades fueron las que causaron la »ruina de España; porque así como los reyes y los »sacerdotes quebrantaron la ley del Señor, así

»tambien la espada de los sarracenos destruyó los »ejércitos de los godos.» Aquí, segun se vé, Sebastian de Salamanca nada dice de haber negado Witiza la obediencia al Papa, de haber autorizado á los judíos para volver á España, ni de haber mandado arrasar todas las fortalezas del reino.

Haremos notar que Sebastian de Salamanca no conoció la Crónica de Isidoro de Beja, ni ninguna otra que se refiriese á los tiempos y al rey que pinta con tan negros colores, pues encabeza la suya, diciendo: «que por negligencia de los antiguos, nada se sabe de las cosas que pasaron en España, desde los tiempos del rey Wamba, en los cuales terminó su crónica Isidoro, metropolitano de la iglesia de Sevilla, hasta los del glorioso Garcia, hijo del rey D. Alfonso, y que lo que él cuenta *lo sabe de la boca de los antiguos* y de sus inmediatos predecesores.»

Entre la crónica del de Beja y la del de Salamanca, media un periodo de cerca de ciento cincuenta años, durante el cual nadie se cuidó de escribir los estraordinarios acontecimientos que tuvieron lugar en España. Despues de la crónica de Sebastian, vienen los cronicones de Oviedo y el Iriense, el Monje de Silos, los Obispos Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo, cronistas de los siglos noveno, undécimo y décimo tercero, y las historias generales de Ambrosio de Morales y del Padre Mariana, que se inspiraron en la del de Salamanca para presentarnos á Witiza como un mónstruo de iniquidad.

Nuestros lectores decidiran quien merece mas crédito entre un autor contemporáneo de los sucesos que relata, y los que los refieren algunos siglos mas tarde apoyándose en la tradicion oral.

Los hijos de Witiza.

Tenemos por hecho cierto, puesto que aparece suficientemente demostrado en crónicas latinas y arábigas, la traicion de aquellos príncipes dementados que por ciega ambicion y espíritu de ruin egoismo, contribuyeron con lo crítico de las circunstancias que atravesaba el país, á la ruina del imperio Godo y á la perdicion de España. De acuerdo en el hecho, como dejamos dicho, todas las crónicas antiguas, no lo están sin embargo en sus pormenores, ni en la forma en que se llevó á cabo la traicion. En dos cosas, sin embargo están contestes; estas son, en que les impulsó el deseo de vengar las ofensas hechas por Rodrigo á su padre y familia, y el lanzar del trono al *usurpador* que lo detentaba en perjuicio de sus propios derechos. En esto último no creemos anden acertadas, porque no cabe la calificacion de *usurpador*, ni la reivindicacion de derechos al trono, en una monarquía electiva, que contó desde su fundacion cerca de la mitad de los treinta y cinco reyes que enumera la preciosa cró-

nica conocida con el nombre de *Vulsa*, derribados del sólio por el puñal, por el veneno ó por las conspiraciones de los grandes. Con tal manera de sucesion, no hay derechos dinásticos al trono, ni cabe el nombre de usurpacion allí donde el éxito ó la victoria lejitiman la soberanía. Mas fundado y razonable encontramos lo del deseo de vengar las ofensas inferidas á la familia y á todo el partido víctima de la revolucion que destronó á Witiza y coronó á Rodrigo; porque en él se debian comprender estímulos suficientemente poderosos para lanzar á aquellos desdichados príncipes en el camino de la general perdicion; dado que obedecieron á las violentas escitaciones de la política, acaso de la religion, y desde luego al afan de recobrar sus bienes y la importancia que en tiempos anteriores tuvieron en la corte y en el gobierno de la cosa pública.

Examinemos, para corroborar lo que dejamos indicado, las crónicas aludidas que refieren el suceso.

La primera en el órden cronolójico y de autencidad, es la de Isidoro de Beja (754): en esta leemos que Oppas, hermano de Witiza, hizo alianza con los musulmanes; que en los tiempos de la invasion España se encontraba entregada á los horrores de la guerra civil; que Rodrigo fué abandonado por algunos de los suyos durante la batalla, y por último, dedúcese de un pasaje algo oscuro contenido en ella, «que las personas que huyeron de palacio, despues del asesinato de Witiza (Dozy), fueron los hermanos y los hijos de aquel rey.»

La crónica de Sebastian de Salamanca, (866-910) que sigue en órden de antigüedad á la de Isidoro, refiere lo siguiente: «Muerto Witiza los godos eligieron por rey á Rodrigo... los hijos de Witiza envidiosos de que Rodrigo hubiese ascendido al trono de su padre, conspiraron y enviando mensajeros al África, llamaron en su ayuda á los Sarracenos á quienes introdujeron en España luego que hubieron llegado con sus naves.»

Ibn-al-Cutia; escritor del siglo X, y como todos los historiadores *árabe-españoles*, dotado de buen criterio y en tal virtud digno sinó de ser creido en absoluto, al menos de ser tenido en mucha consideracion, nombra en su crónica tres hijos de Witiza, Olemundo, Rómulo y Ardaberto, los cuales, dice; hicieron traicion á Rodrigo, y se pasaron al ejército de Tarik, con quien anduvieron en tratos, en la mañana del siguiente dia en que fué empeñada la batalla.

Por último; la inapreciable coleccion de antiguos documentos que tiene por título *Akhbar-madjmua* (Coleccion de historias), citada y elogiada por Dozy, contiene una interesante relacion del suceso de la invasion musulmana en España, en la cual encontramos los siguientes pasajes que se refieren á los hijos de Witiza y á su traicion:

«En el entretanto el rey de España Witiza falle»ció, dejando algunos hijos entre los cuales se con»taban Siseberto y Oppas; pero como los españoles »no los querian, conviniéronse en dar el trono á un »cristiano llamado Rodrigo, lo cual produjo gran-

»des discordias en el pais.... En el ejército de Rodrigo encontrábanse tambien los príncipes de la familia de Witiza.... que se convinieron en abandonar al rey durante la batalla....: Rodrigo que habia dado el mando del ala derecha de su ejército á Siseberto y el de la izquierda á Oppas, ambos hijos de Witiza y gefes de la conspiracion...... El rey de España salió al encuentro de Tarik que hasta entonces habia permanecido en Algeciras *cerca del lago* (de la Janda?) Empeñóse la refriega y las dos alas del ejército español, mandadas por Siseberto y Oppas, huyeron.»

Queda, pues, demostrado, en cuanto lo testifican las crónicas árabes y latinas mas dignas de fé por su mayor proximidad á la época en que tuvo lugar el suceso, que los hijos de Witiza hicieron traicion á su pátria, y contribuyeron con ella á la total perdicion de España. Conocida la maldad y los móviles que les indujeron á cometerla, en lo cual están contestes todos los autores, réstanos indicar la manera ó forma con que la llevaron á cabo, en cuya relacion discrepan crónistas é historiadores respecto á los detalles.

Isidoro, refiere pura y simplemente el hecho de la traicion, sin dar pormenores. Sebastian dice que los hijos de Witiza llamaron en su ayuda á los Sarracenos y los introdujeron en España. Ibn-al-Cutia, que entraron en tratos con Tarik el dia antes de la batalla y que en la mañana del siguiente dia se pasaron al enemigo. El autor del *Ahhbar madjmua* nos presenta la traicion bajo otro punto de vista: dice

que los hijos de Witiza no trataron con Tarik ni antes ni despues de la batalla, y aun indica que se habian reconciliado con Rodrigo poco despues de la muerte de su padre; mas que viendo cómo los musulmanes estaban perfectamente pertrechados y abastecidos en los dias que precedieron al combate, y ardiendo en deseos de vengarse del *infame* que habia destronado á su padre, se convinieron con sus parciales en abandoner al rey en el momento en que estuviera empeñada la refriega, lo cual llevaron á cabo como se habia convenido.

Viniendo á los historiadores generales españoles de los tiempos de los primeros Felipes, nos encontramos: la *Historia general* del Padre Mariana, que dice, en el L. VI, C. XXI que los hijos de Witiza «se resolvieron por miedo de mayores daños de ausentarse de la córte y aun de España, y pasar en aquella parte de Berberia que estaba sujeta á los Godos, y se llamaba Mauritania Tingitana»; y la *Crónica general* de Ambrosio de Morales, que dice, al L. XII, C. LXXIII, «algunos de nuestros autores afirman haber tenido consigo el rey en estas batallas los hijos de Witiza, y encomendándoles los dos cuernos del ejército, ellos se concertaron secretamente la *noche antes del dia postrero* con el conde Juliano y Tarif, que desampararian al rey sin consentir que sus escuadras peleasen».

Nosotros opinamos como el erudito y diligente Ambrosio de Morales, como Ibn-al-Cutia, y como el autor del *Ahhbar madjmua*.

Pero, se nos objetará, recordando alguna de las

conjeturas presentadas en uno de nuestros capítulos precedentes, si los hijos de Witiza no trataron con Muza de la venta de su pátria, y su traicion se quiere hacer aparecer como resultado de un arrebato ó funesta inspiracion del momento, nacida en el instante de la crisis suprema para vengarse del matador de su padre y perseguidor de su familia ¿quiénes fueron aquellos godos que formaron alianza con los Árabes, no solo en el concepto de auxiliares de su causa sino en el de fieles pertenecientes á una misma ó parecida comunion de fé?

Respondemos: lo fué la parcialidad vencida por la revolucion que elevó al trono á Rodrigo; lo fué el conde Julian gobernador de Ceuta; lo fué la lucha á muerte entablada entre el Catolicismo y el Arrianismo; lo fué en suma, el espíritu díscolo, turbulento, y nada escrupuloso de los grandes, que formaban alianzas estrangeras y abrian las puertas de España á los griegos bizantinos, llamados por Atanagildo para destronar á Agila, ó á los franceses traidos por Sisenando para vencer á Suintila, ó á los Sarracenos que se cree fueron llamados por Ervigio, en tiempo de Wamba, cuyo valor y fortuna libró á España de aquella primera invasion musulmana: lo fué, en una palabra, la desapoderada ambicion de los magnates, mas cuidadosos de su medro personal que de los intereses de la nacion y del peligro en que ponian el honor y la independencia de un país que no era precisamente el suyo, sino de la raza hispano-romana á quien mantenian en una absurda inferioridad política y civil.

EL CONDE JULIAN GOBERNADOR DE CEUTA.

Algunos historiadores y no pocos críticos, entre ellos el erudito jesuita Masdeu, han negado la existencia del conde Julian, fundándose en que las crónicas españolas mas antíguas no hacen mencion de este funesto personaje, hasta el monje de Silos que escribió la suya en los comienzos del siglo XII, esto es, cuatro siglos despues de aquella época. En efecto, ni Isidoro de Beja, *al parecer*, ni Sebastian de Salamanca, en realidad, le nombran.

Sin embargo, hoy ya no es posible negar su existencia, no solo porque las crónicas árabes mas antíguas la mencionan, y porque la tradicion arábigo-española la confirma, sino por que una oportuna observacion crítica del sábio Dozy, en su profundo exámen de la Crónica de Isidoro de Beja, viene á disipar todas las dudas, demostrando que en ella se contiene precisamente todo lo contrario de lo que afirman los incrédulos que la toman como testimonio y fundamento de su negativa. Veámos, pues,

cómo se espresa este crítico, que para nosotros hace autoridad:

«En el párrafo donde Isidoro refiere que Muza de regreso á Oriente fué condenado á una crecida multa por el Califa, dice lo siguiente:»

Quod ille (Muza) consilio nobilissimi viri Urbani, Africana Regionis sub dogmate Catholicæ fidei, qui cum eo cunctas.....

«Por lo cual él (Muza) aconsejado por el noble »señor Urbano (¿Juliano?) jefe de las rejiones que »en África unian la creencia, para que con él todas.....

«Este párrafo que ha pasado desapercibido, ignoro como, para todos los historiadores y críticos que se han ocupado de esta época, es notable en estremo. En ningun otro autor sea cristiano ó árabe se encuentra este nombre de *Urban*, de este *nobilissimus vir*, que acompañó constantemente á Muza durante el curso de sus conquistas por España, Así es que estoy convencido de que aquel nombre propio está corrompido, y que bajo el *Urbanus* se oculta el Julianus. Por poco que se esté familiarizado con la peleografía, y que se sepa en que mal estado se encuentra el texto de Isidoro, no se tendrá por imposible el cambio de *Urbanus* en *Julianus*, en tanto que seria verdaderamente estraño que Isidoro hiciese mencion de un aliado de Muza que ningun otro autor menciona.»

A mayor abundamiento, cita el referido orientalista, la *Historia de los Bereberes*, por *Ibn Khaldun*, traducida por M. de Llane, en la que se encuentra,

en la parte necrolójica de los Anales de *Dhahabi*, un pasaje muy curioso del cual resulta que Julian tuvo un hijo llamado Pedro, ó Malka-Pedro como le nombraban los Árabes, y que como su nieto se hizo musulman y tomó el nombre de Abdallah.

Por último; el autor del *Akhbar madjmua* cita á un valiente cristiano llamado Julian, gobernador, en tiempos de la conquista por Muza, de Ceuta, una de las principales ciudades de la costa de África.

Probada la existencia de Julian, que todas las crónicas antiguas árabes y latinas reconocen desde el momento que la de Isidoro de Beja da testimonio ella, réstanos solo averiguar, para saber hasta que punto merece el dictado de traidor con que lo califica la historia, si fué Godo y además gobernador de Ceuta, y si esta plaza pertenecia ó no, á la sazon, á los reyes de España.

Al llegar á este punto nos encontramos en una situacion embarazosa, por falta de datos claros precisos y sobra de conjeturas que no resuelven nada de una manera satisfactoria; si bien no pocos entre nuestros historiadores de mayor crédito, resuelven gallardamente la dificultad afirmando, no solo que Julian era Godo, sino que tambien deudo de los hijos de Witiza.

Mariana, dice que el conde don Julian era persona poderosa, y que en la comarca de Consuegra poseia un gran Estado, muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquier otro del reino. Ambrosio de Morales indica que era cuñado

del Obispo Oppas, y en tal virtud próximo pariente de los Witizas; mas uno y otro historiador dicen que el conde Julian, *tenia en Algeciras* la guarda del Estrecho y el gobierno de la parte de España cercana á Gibraltar. Don Modesto Lafuente, Cárlos Romey y otros estrangeros historiadores de España, siguiendo la corriente de la opinion vulgarizada, hácenlo tambien Godo y de la familia de Witiza, sin manifestar ninguno de ellos los fundamentos en que descansa su opinion.

Contra ella se levantan otras voces no menos autorizadas, que le dan otro orígen y representacion. Por ejemplo; de las palabras de Isidoro de Beja: «*Africanæ Regionis sub dogmate Catholicæ fidei exorti*» podria deducirse que Julian habia nacido en África; la Historia de los Bereberes de *Ibn Khaldun*, no dice que fuera Godo, mas bien da á entender lo que se desprende de las palabras de Isidoro, y por último, el erudito autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España Árabe* (que se dice lo fué D. Faustino Borbon) niega que Julian fuese siquiera español, sino un Ilian, Julian, ó Chia, que hacia mas de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza.

Y como si fuese poca la oscuridad que reina acerca del verdadero orígen de este personaje, preséntase además otra cuestion, la de saber de que soberano tenia el gobierno de la plaza de Ceuta: cuestion todavía muy oscura á pesar de haber preocupado bastante á la crítica histórica.

En efecto, en tanto que la tradicion árabe-espa-

ñola y la mayor parte de nuestros historiadores aseveran que Ceuta pertenecia al rey de España, la fuente donde bebieron aquella tradicion los historiadores, si no dice terminantemente lo contrario, tampoco dice cosa alguna que justifique aquella opinion.

Segun refiere Isidoro, metropolitano de Sevilla, (*Hist.* Goth.) por los años de 548, el rey Teudis cruzó el Estrecho con un poderoso ejército, y puso sitio á Céuta, de la que acababan de apoderarse los ejércitos de Justiniano, emperador de Oriente, que destruyó el reino de los Vándalos en África, por medio de la espada de Belisario. Los godos fueron completamente derrotados y pasados á cuchillo delante de los muros de la plaza, en términos de que segun cuenta Isidoro, no quedó uno solo que pudiese traer á España la nueva de tan terrible desastre. A mayor abundamiento un cronista árabe, *Ibn-Adharí*, dá cuenta del suceso de la siguiente manera: «Un rey godo de España, llamado Teudis, pasó el Estrecho para combatir á los Bereberes que habian entrado en Céuta; otros Bereberes se reunieron en gran número, le sorprendieron y atacaron con tanto empuje, que pocos godos consiguieron salvarse, Teudis regresó á España y los Bereberes se mantuvieron en Céuta hasta que por *segunda vez los griegos se apoderaron de la plaza.* Mas adelante, *Julian*, mandaba en la ciudad, etc.»

Desde aquel desastroso acontecimiento, hasta principios del siglo VIII, Céuta no se nombra en la historia, á pesar de que en el trascurso de los años

que mediaron entre 548 y 710 hubo, cuando menos, dos acontecimientos memorables en que debió haber figurado, si hubiese pertenecido á los reyes godos. Nos referimos al tratado de paz ajustado entre Sisebuto y el emperador de Oriente, Heraclio, para poner término á la guerra entre Godos y griegos-bizantinos; una de cuyas cláusulas fué, que los súbditos del emperador de Oriente evacuarian todas las ciudades de la *costa meridional de España*, y que se reducirian á algunas plazas de los Algarbes: y nos referimos al suceso de la aparicion sobre las costas de España de una flota musulmana, del cual da cuenta la crónica de Sebastian de Salamanca (c. 3.) en los siguientes términos: «En tiempo de este rey (Wamba) tambien abordaron á las costas de España doscientas y setenta naves de Sarracenos, que fueron enteramente derrotados todo su ejército é incendiada la flota.»

Como se vé, y en tanto no aparezcan nuevos documentos que vengan á esclarecer este punto histórico de interés para España, subsistirá la duda, no acerca de la existencia de Julian, puesto que está suficientemente comprobada, sinó en cuanto á saber de una manera cierta, si el gobierno de Céuta lo tenia por los reyes godos, ó por el emperador de Constantinopla, ó si, favorecido por las circunstancias habia llegado á formarse con la plaza y su territorio un Estado independiente, feudatario, hasta cierto punto, de los reyes godos: pues como dice muy oportunamente Dozy: «Rodeado de bárbaros y separado por dilatados paises de las otras

provincias del imperio bizantino, el gobernador de Céuta (Julian) se veia obligado por lo premioso de las circunstancias á apoyarse en el rey Visigodo como el único príncipe cristiano que se encontraba mas cerca de él.»

Esta conjetura se robustece con el siguiente párrafo, que tomamos de la relacion del *Akhbar-Madjmua:*

«Muza atacó los pueblos de la costa africana, que tenian gobernadores nombrados por el rey de España. El principal entre aquellos pueblos era Céuta, cuyo gobernador era un cristiano llamado Julian. Muza le atacó; mas encontrando que los súbditos de Julian eran mas robustos y mas valientes que los otros pueblos que hasta entonces habia combatido, regresó á Tánger y dió órden para que fuesen talados los alrededores de Céuta. Las rasias decretadas no produjeron el efecto que Muza se prometiera, pues los *barcos* que llegaban de España abastecian cumplidamente con refuerzos y víveres la plaza cercada.»

Este párrafo, dado el crédito que se concede al autor del *Akhbar-Madjmua*, disiparia todas las dudas, si el manuscrito de donde está tomado fuese contemporáneo del suceso, y no posterior de cuatro siglos; y si en él no se contuviese la *misma tradicion* narrada en nuestras crónicas desde la del monge de Silos. De todas maneras, lo consignamos gustosos porque con él se tiene un nuevo testimonio acerca de la existencia del conde Julian, y de la naturaleza del cargo que ejercia en Céuta en tiem-

po de la invasion de España por los musulmanes. Réstanos ya solo para terminar la suscinta biografía de este célebre y á la par funesto personaje, que siendo cristiano y gobernador de Céuta por el *emperador de Oriente* ó por el *rey de España*, acompañó constantemene á Tarik durante su espedicion por la Península, justificando con esta conducta la nota de traidor que ha merecido de la historia, decir algunas palabras referentes á la causa *única*, segun la tradicion, que le indujo á facilitar la conquista de España á los sectarios del Coran.

No hay quien conociendo siquiera los elementos de nuestra historia, ignore el suceso de los amores de *D. Rodrigo con la Cava, ó Florinda, la hija del conde D. Julian*, amores funestos, que al decir de todos nuestros historiadores de la Edad Media y principios de la moderna, fueron la causa de que el ofendido padre, puesto de acuerdo con los parientes de Witiza y con sus amigos, abriera las puertas de España á los Árabes y á los moros de África. Pues bien; de esta amorosa aventura, de esta manzana fatal arrojada por la Discordia en medio de España, no dicen una sola palabra la crónica de Isidoro de Beja, ni la de Sebastian de Salamanca, que tan odiosa nos pinta la memoria del último rey de los godos. Ni de ella tampoco nos hablan, ó si nos hablan es para negarla como fabulosa, algunas crónicas árabes-españolas; los autores árabes de Conde, el *Al-Makkarí*, traducido por Gayangos, y várias crónicas é historias traducidas por Dozy; en suma, ningun escritor anterior al

Monje de Silos, el primero que los menciona, y que escribió cuatro siglos despues del suceso, se ocupa de él; lo cual no obsta para que los cronistas é historiadores posteriores desde el Arzobispo D. Rodrigo hasta Mariana, le hayan dado el mayor crédito, y lo hayan descrito con tan interesantes detalles que ha pasado á ser una de las tradiciones que mas voga y popularidad han alcanzado en España.

Los críticos modernos, como no podia menos de suceder, deshechan la anécdota como apócrifa y fabulosa. Mas hé aqui, que en nuestros dias, cuando la *novelesca aventura* estaba relegada al lugar de la fábula, aparece el *Akhbar Madjmua*, curioso manuscrito ya citado, del siglo XI (nótese bien la fecha), de cuya existencia en la Biblioteca de París, nos dió noticias D. Pascual Gayangos, y que acaba de ser traducido al español por el malogrado Lafuente Alcántara, y al francés por Dozy, en el cual se contiene una relacion de aquellos funestos amores, tal cual están consignados en las crónicas latinas desde la del monge de Silos, y en nuestros historiadores generales españoles.

¿Qué deberémos pensar, dado el crédito que todos los orientalistas modernos conceden al citado manuscrito, acerca de aquel suceso, ignorado por los primeros crónistas, propalado por los que les siguieron, negado por los criticos y en nuestros dias vuelto á presentar en la escena histórica por un manuscrito antiquísimo que tiene cierto carácter de autencidad?

Antes de pronunciarse por la afirmativa ó la negativa, es necesario fijarse, como punto de partida, en el hecho singular, que en los ciento cincuenta años próximamente que sucedieron á los de la invasion musulmana, nadie en España, salvo Isidoro de Beja, se ocupó en escribir historia; que Sebastian de Salamanca, cronista de fines del siglo IX y principios del X, refiere *lo que habia oido*; que el monje de Silos, cuatro siglos despues, se inspiró solo en la tradicion oral; y por último, que los primeros historiadores arábigos relatan siempre los hechos atestiguando con la tradicion tambien oral, que de unos en otros se habia trasmitido hasta llegar á los mismos que tuvieron parte en los sucesos.

Esto considerado, nosotros reconociendo que el hecho no escede los límites de lo natural, que tiene probabilidades de certeza, que el silencio de Isidoro y de Sebastian no implica negativa en absoluto, pues pudieron ignorar el acontecimiento, ó sabiéndolo no creerlo de bastante importancia para consignarlo en sus respectivas crónicas; que todos los autores que lo afirman están contestes en el hecho y apenas si discrepan en los detalles, y que es posible dentro de las condiciones de una sociedad corrompida, tal cual muchos historiadores nos pintan la goda en sus postrimerías, aceptamos el acontecimiento en la forma como nos lo trasmiten el monge de Silos, D. Rodrigo arzobispo de Toledo, y demás crónistas árabes y españoles que lo han consignado en sus relaciones históricas.

Pero no le concedemos ninguna importancia po-

lítica; ninguna influencia en los memorables sucesos de aquella época aciaga; no lo consideramos siquiera como la gota de agua que hizo rebosar el vaso, ni como un mentido pretesto que se tomó para encubrir los verdaderos móviles de la traicion. ¿Pues qué, la ofensa hecha á Julian en el honor de su hija podia ser mayor que la inferida á los hijos de Witiza en la vida de su padre, en sus bienes confiscados y en sus aspiraciones al trono destruidas? Pues que ¿es posible que toda una gran nacion doblase el cuello para recibir el yugo del estrangero, por vengar el agravio de un palaciego, ó la atropellada honestidad de una *camarista*?

No, tan pequeña causa, considerada bajo el punto de vista político y bajo el de los intereses generales de la nacion, no podia producir tan inmensos, tan trascendentales efectos. Esta causa no existia unos 136 años antes; y sin embargo, sin e valor, acierto y prevision de Wamba, 270 naves procedentes de la costa de África hubieran desembarcado un numerosísimo ejército musulman en las meridionales de España.

No el honor amancillado, sino la ambicion de Julian gobernador de Ceuta y de su territorio; los resentimientos de la familia de Witiza, y el partido godo puro arrojado del poder y de la gobernacion del Estado por el partido católico español, fueron los que abrieron las puertas de España á los sarracenos en el concepto de aliados, acaso de mercenarios, no sospechando que muy luego estos se habian de convertir en amos, dado que en igualdad

de circunstancias ni los Francos, ni los Griegos imperiales habian podido conseguirlo.

Es preciso no perder de vista lo que en otros lugares hemos insinuado repetidas veces, y lo que la historia confirma con multitud de hechos: esto es, que los Godos no se mostraron nunca muy escrupulosos en la eleccion de sus aliados, ni en los medios que empleaban para ascender al sólio y para apoderarse de la gobernacion del Estado. Raza esencialmente guerrera que consideraba el triunfo como el título mas legítimo á la soberanía, enfrenada solo por las decisiones de los Concilios á los cuales daba vida, y de los cuales recibia la sancion de todas sus usurpaciones, vivia dividida en bandos y parcialidades que se disputaban un trono al que se ascendia no por una ley de sucesion, ni por eleccion siquiera, sino por la espada, por el puñal, por el veneno ó por la decalvacion del rey que lo ocupaba.

En estas condiciones de existencia, en la supremacía que el catolicismo habia adquirido en los últimos años sobre el arrianismo, en las discordias que se promovieron en la España goda, á resultas del triunfo del primero sobre el segundo con el advenimiento de Rodrigo; en la débil barrera que el Estrecho de Gibraltar oponia á las victoriosas armas musulmanas, que consideraban la Europa como una parte de la herencia que el *profeta* les señalara en vida y les dejara al morir; en el mahometismo, hermano gemelo del arrianismo, y en la demente ambicion que no repara en los medios

siempre que conduzcan al fin que se propone, deben buscarse las causas de la invasion musulmana; que con Julian y sin Julian, con Rodrigo ó uno de sus mas inmediatos sucesores se hubiera realizado; porque *estaba escrito*, segun el dogma del fatalismo musulman; porque obedecia á esas leyes que la historia llama providenciales, y por que cuando una sociedad exije ser disuelta ó regenerada nunca le falta la intervencion de la Suprema Sabiduria para dirigirla por los mas inesperados y desconocidos caminos á los fines de su santa y bendita voluntad.

Los cronistas é historiadores que dan por causa de la invasion musulmana la deshonra hecha por Rodrigo á Julian en la persona de su hija, no reparan en lo liviano del pretesto ni en la flagrante contradicion en que incurren. Porque, si en efecto, en los reinados de Witiza y Rodrigo, el ejemplo de estos dos reyes habia corrompido en tales términos las costumbres públicas y privadas, que la raza goda, modelo hasta entonces de honestidad y de respeto á la fé conyugal, se habia trasformado en la mas libertina y licenciosa, hasta el estremo de vivir públicamente reyes, obispos, clérigos y seglares en el mas descarado concubinato, en la poligamia y el desenfreno mas escandaloso ¿qué influencia podia ejercer un atentado mas contra el pudor, allí donde ya no se conocia esta virtud ni aquel crímen? ¿Cómo un hombre solo, celoso de la honra de su hija, habia de arrastrar á la rebelion contra el rey á todo un pueblo deshonrado, por un hecho

perfectamente ordinario y que no interrumpia la costumbre? Y si por el contrario, los cronistas é historiadores aludidos dijeron la verdad al afirmar que el atentado de Rodrigo fué la causa eficiente, inmediata ú ocasional de la invasion musulmana ¿cómo llamar corrompidos, cobardes y disolutos á unos hombres que se arrojan ciegos y dementes en el camino de su perdicion por vengar el agravio hecho por el rey al honor de una doncella?

No olvidemos que muchos de los escritores citados, pertenecen á la escuela popular de la edad media, como los califica el ilustre Thierry en la division que hace de los historiadores.

III.

RODRIGO ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

Si escasas de noticias se nos presentan las crónicas de Isidoro de Beja y Sebastian de Salamanca, respecto á los hijos de Witiza y al conde Julian en lo relativo á sus personas y motivos de su traicion, aun mas parcas aparecen en lo que se refiere á Rodrigo, último rey de los Godos. Así que, lo poco que sabemos de este desgraciado monarca, lo hemos aprendido en las crónicas é historias muy posteriores á la época del suceso de la invasion musulmaná: y como aquellos cronistas é historiadores se inspiraron en la traicion oral, se hace necesario ser muy cauto para elegir entre sus aseveraciones aquellas que tienen mayores visos de certeza, por que no esceden los límites de la verosimilitud, y por que están eslabonadas entre sí, y suficientemente relacionadas con ciertos hechos comproba-

dos, acaecidos en los reinados anteriores, para construir con ellas la historia, hasta ahora desconocida, de un hombre cuya figura se destaca en primer término en el grandioso y memorable cuadro que venimos bosquejando.

De nuestras asiduas investigaciones, no mas estensas de lo que permite lo limitado de nuestra inteligencia, en las diminutas crónicas y descarnadas historias aludidas, hemos obtenido el siguiente resultado.

Rodrigo fué hijo de Teodofredo hermano de Recesvinto, hijos estos dos últimos de Chindasvinto. Poco antes de morir este rey, logró con el *beneplácito y ayuda* del clero asociarse á su hijo Recesvinto en la gobernacion del Estado. Haremos notar, por que es muy importante para la mas fácil comprension de los sucesos posteriores, que Chindasvinto fué elevado al sólio por una revolucion movida por los grandes del reino, que destronaron á Tulga, hijo y sucesor de Chintila, dando por pretesto de su alzamiento, que con la eleccion de este último rey se habia sentado un precedente en favor del *principio hereditario*. Temores que, por lo visto, hubieron de ser poco duraderos, puesto que á Chindasvinto sucedió con el *beneplácito* del clero, su hijo Recesvinto.

Estos dos últimos reyes, hicieron notables sus respectivos reinados, principalmente por haber prohibido el primero el uso del derecho romano, y mandado que godos y españoles se rigiesen por la legislacion visigoda, con lo cual establecia la

igualdad de derechos; y el segundo, por haber abolido la ley de razas que vedada el matrimonio entre los indivíduos de uno y otro pueblo.

Dicho se está con esto, cuan acreedores se hicieron ambos á la gratitud del pueblo á quien sacaron del estado de inferioridad en que hasta entonces habian vivido. Y si se agrega que padre é hijo dieron grandes pruebas de celo religioso enviando á Roma á buscar los libros morales de S. Gregorio el Grande; fundando y dotando iglesias y monasterios; reuniendo Concilios; estableciendo que en lo sucesivo la eleccion del rey se hiciese por los Obispos y los grandes de palacio congregados al efecto, y decretando persecuciones contra los judios, nadie estrañará que su memoria fuese siempre grata á los españoles, es decir, á los católicos.

Muerto Recesvinto dejando a su hermano Teodofredo incapaz de sucederle en el trono por sus pocos años, los grandes elijieron á Wamba. En los últimos años del reinado de este gran príncipe, Ervijio, hijo de un tal Ardabasto, noble desterrado de Grécia que se habia refujiado en la córte del rey Chindasvinto que lo acojió honoríficamente, Ervijio, repetimos, hombre segun Sebastian, *instruido en las artes palaciegas*, supo granjearse la privanza de Wamba cuyos beneficios pagó urdiendo una torpe y cobarde intriga para lanzarlo del trono y ponerse en su lugar. Parece que el principal móvil de su villana accion, fueron los sérios temores que llegó á concebir, de que á la muerte de su bienhechor, fuese proclamado rey, Teodofredo, hermano

de Recesvinto, por el numeroso partido que venia trabajando incesantemente en su eleccion.

Ervijio, antes de morir dejó la corona á Ejica, su yerno, pariente de Wamba. En el quinto año del reinado del sucesor de Ervijio, descubriose una conspiracion que tenia por objeto quitar la vida al rey y á sus hijos. Las crónicas no dan pormenores acerca de aquel frustrado crimen, y solo nos dicen que fué castigado el gefe de la conspiracion, Sisberto, metropolitano de Toledo. Empero llama la atencion que por aquel entonces, segun refiere D. Lucas Obispo de Tuy, fueron desterrados de la corte, Teodofredo y Favila, hermanos de Recesvinto, señalándose al primero, como punto de residencia, la ciudad de Córdoba, donde se casó, y donde tuvo de su esposa un hijo que se llamó Rodrigo.

A Ejica sucedió Witiza, no por eleccion, sino por sucesion consentida por los Obispos y los grandes del reino. A los pocos años de su reinado, descubriose una nueva conspiracion urdida contra el rey, quien indignado mató á Favila, segun cuentan Ambrosio de Morales y Mariana, é hizo sacar los ojos á Teodofredo padre de Rodrigo. Tan escesivo rigor no acobardó á los parciales de la familia de Chindasvinto, que no muchos años despues renovaron su tentativa, que esta vez tuvo mejor fortuna, visto que segun se deduce de la crónica de Isidoro de Beja, Witiza fué destronado por una revolucion que elevó al sólio á Rodrigo. Y lo mas notable del suceso, ó por mejor decir, lo que viene á confirmar la opinion que venimos sustentando acer-

ca de los móviles que impulsarán la série de conjuraciones que se sucedieron desde el reinado del inmediato sucesor de Recesvinto en favor del entronizamiento de los descendientes de Chindasvinto, es que el citado cronista dice:

Rodericus tumultuose regnum, hortante senatus romano.

¿A quien pueden aludir estas palabras si no aluden á los españoles á quienes se llamaba todavia romanos por los godos?

Aparece además, en las crónicas citadas, que la revolucion que entronizó á Rodrigo, se formó y desarrolló en Andalucía y particularmente en Córdoba, donde Teodofredo en la época de su destierro habia adquirido grandes propiedades y mandado construir magníficos palacios, que Rodrigo, siendo rey, hizo renovar ó embellecer. Así lo testifica Isidoro de Beja.

Hé aquí tódo cuanto hemos encontrado en las crónicas é historias latino-hispanas que hemos consultado acerca de este desgraciado monarca de quien los escritores que con mas imparcialidad hablan, así como aquellos que mas han ennegrecido su memoria desde Sebastian de Salamanca hasta Mariana, dicen, que en los comienzos de su breve reinado fué un príncipe magnánimo y clemente, de consumada prudencia y liberalidad, valiente, diestro en las armas, bizarro soldado y entendido capitan.

A mayor abundamiento el autor del *Akhbar Madjmua*, dice de él: «Era un esforzado guerrero;

no pertenecia á la familia real, pero era uno de los mejores generales de España, y lo proclamaron rey.»

Otra noticia sumamente interesante nos dan las crónicas árabes acerca de los primeros tiempos del reinado de Rodrigo; y es, que estando sitiando á Pamplona recibió la nueva del desembarco de *Tarif* en las costas de Andalucía, y que conceptuando grave el suceso abandonó el país de los vascones para dirigirse hácia el mediodia; y que cuando Tarik invadió á España, Rodrigo reunió un ejército de cerca de cien mil hombres para combatir al invasor.

Ahora bien, cuando nos fijamos en las relevantes prendas que le conceden los historiadores al ascender al trono en 709; en que al comenzar su reinado tuvo que hacer la guerra á los vascones, quienes, como acontecia siempre que se aclamaba un nuevo rey, se rebelaron para sacudir el yugo de los godos; en que en la primavera de 710 hubo de levantar el sitio de Pamplona para acudir donde un nuevo y grave peligro le llamaba, y por último, que en la de 711 comenzó á reunir el formidable ejército que perdió pocos meses despues en las orillas del Guadi-Becca, no acertamos á comprender como en tan breve espacio de tiempo, que hasta el material debió faltarle para hacer sus preparativos militares, pudo cambiar las condiciones de su carácter y dar motivos con su conducta, á que cronistas é historiadores formales dijesen de él que fué libertino y disoluto, y que con sus punibles escándalos y torpezas dió lugar á que España fuese

invadida y conquistada en una sola batalla.—Luego veremos como no es enteramente cierto, que solo la de Gaudi-Becca entregase la Península á los Árabes.

IV.

Batalla del Guadi-Becca.

711.

Setenta y siete años despues de la muerte de Mahoma, los Árabes, aquel pueblo tan oscuro y desconocido hasta entonces, habian estendido sus conquistas por la Siria, la Pérsia y el Egipto, arrollado el imperio griego y sojuzgado el África desde los desiertos de la Libia basta las costas africanas bañadas por las olas del Occéano Atlántico. En los primeros del califato de Walid, que sucedió en 705 á Ab-el-Melek, fué nombrado *wali* de toda el África setentrional, *Muza-ben-Noseir*, caudillo prudente y afortunado, que á los comienzos de su gobierno venció los Bereberes—*bárbaros*, segun los llamaron los romanos y griegos bizantinos—dominó todo el *Magreb*, ó noroeste de África, y conquistó Tetuan, Arzila y Tánger. En esta última ciudad estableció la silla de su gobierno, guardó los rehenes que le entregaran las tribus principales del pais, y

se esmeró en propagar la doctrina del Coran entre todos aquellos indómitos consejos y kábilas que profesaban la idolatría y el sabeismo. Por último, llevó sus armas victoriosas por el territorio de Céuta, cuya plaza sitió inútilmente, estando defendida por una numerosa guarnicion cristiana y gobernada por el célebre conde Julian.

Este acontecimiento tuvo lugar, al parecer, durante los últimos años del reinado de Witiza. Posteriormente, segun dejamos indicado en los capítulos anteriores, muchos godos y los judíos de España vencidos y perseguidos unos y otros por la revolucion que entronizó á Rodrigo, pasaron el Estrecho y se refugiaron en Céuta, cuyo gobernador debió hacer causa comun con ellos, ya á título de pariente de Witiza, ya agradecido á los eficaces y oportunos socorros que aquel rey le envió cuando estuvo cercado por el ejército de Muza, ó ya, lo que no es menos verosímil, arrebatado por la ambicion de formarse con el territorio de su gobierno, un Estado independiente, así del soberano de África como del de España, visto que, segun se desprende de la crónica árabe *Akhbar Madjmua*, hácia el año 710, Julian celebró con Muza un tratado ventajoso para los súbditos de su gobierno y para él.

Creemos que los primeros meses de 709, se pasaron en negociaciones entre los parciales de Witiza refugiados en África y el caudillo árabe, para ajustar las condiciones de una alianza dirigida contra el trono de Rodrigo; y que convenidos al fin, puestos de acuerdo con los descontentos de Espa-

ña, y deseosos de aprovechar la coyuntura de la rebelion de los Vascones que hacia necesaria la presencia, en la estremidad del norte de España del ejército y de la persona de Rodrigo, los musulmanes instigados por la impaciencia de los godos refugiados, se prepararon para romper inmediatamente las hostilidades.

Esto sentado, entremos de lleno en el terreno de los hechos suficientemente comprobados, supuesta la veracidad de los nuevos manuscritos arábigos traducidos en nuestros dias; en los cuales encontramos esplicaciones mucho mas satisfactorias que las conocidas anteriormente acerca de los primeros pasos que en son de guerra dieron los sarracenos en la Península.

Entre los mas recientes y mas dignos de fé figuran en primer lugar, *Al-Makkari*, traducido por D. Pascual Gayangos, y el *Akhbar-Madjamua*, (coleccion de historias). De este último interesante y curioso manuscrito árabe del siglo XI, vamos á tomar lo que se refiere al suceso de la invasion musulmana y sobre todo á la batalla en que tuvo fin la monarquía goda á orillas de un pequeño rio de Andalucía.

Muza, dice la relacion del *Akhbar-Madjamua*, escribió al califa Walid, dándole cuenta de sus conquistas por el estremo del África setentrional y de los proyectos y alianzas que habia formado con Julian gobernador de Céuta, para realizar una invasion en España, pais que le pintó como tierra de incalculable riqueza. «Superior á la Siria por la

hermosura de su cielo y fertilidad de su suelo; al Yemen por la suavidad de su clima; á la India por sus aromáticas flores; al Hedjiaz por sus frutos, y al Catay por la abundancia de sus metales preciosos.» Walid le contestó mandándole practicar un reconocimiento en España por algunas tropas lijeras, y vedándole esponer los musulmanes á los peligros de un mar tempestuoso. Muza hizo presente al Califa, que no era un mar el que habia que atravesar, sino un estrecho de tan corta estension que desde Tánjer se veia la costa opuesta. Walid insistió en su primer mandato, y Muza obediente envió á España á uno de sus familiares llamado, *Abu Zora-Tarif* con 400 infantes y 100 caballos, que cruzaron el estrecho en cuatro naves y tomaron tierra en una península llamada *Andalos*, punto de embarque para África, y departamento marítimo donde existian los astilleros de construccion y carena de los buques españoles. Aquella península tomó desde entonces el nombre de *Tarifa* del caudillo que mandara la espedicion. Verificóse el suceso en Julio de 710; y fué tan venturoso para los invasores, cuanto que no encontrando quien se opusiera á su correría, saquearon impunemente los alrededores de Algeciras y regresaron á África cargados de botin, y conduciendo como esclavas algunas mujeres *tan hermosas como nunca las habian visto Muza ni sus compañeros (Akhbar-madjmua.)*

Parécenos este el momento oportuno para decir algunas palabras acerca del orígen del nombre ANDALUCÍA, conque se conoce hace muchos siglos la

antigua Bética de los romanos; nombre que en realidad no se encuentra en ningun documento anterior á la conquista de esta region por los musulmanes, quienes lo aplicaron en la forma de *al Andalos*, á toda España. Dozy, con cuya opinion estamos conformes, dice, que algunos autores suponen que el nombre en cuestion procede de los Vándalos, quienes como es sabido, antes de establecerse en África, habian permanecido algunos años en el Mediodia de España; en tanto que otros objetan y con razon, que la permanencia de aquellos bárbaros en la Bética fué demasiado breve para que su nombre hubiese quedado al país.

Lo cierto es, que el nombre de *Andalucía* fué dado á la Bética no por los españoles sino por los musulmanes. Los cronistas del norte de la Península lo desconocian, puesto que siempre dan el de *España*, al país dominado por los Sarracenos. Afortunadamente, los autores arábigos nos facilitan la esplicacion que buscamos, puesto que el del *Akbar-madjmua* dice que *Andalos*, era el nombre de la península donde desembarcó Tarif, que desde *entonces se llamó* la península de Tarif (hoy Tarifa:) además, el antiguo cronista *Arib,* dice que Tarif efectuó su desembarco frente á Tánjer, en *al-Andalos*, que se llama desde entonces, Península de Tarif.

A quien pregunte qué relacion existe entre Tarifa y los Vándalos, remitiremos á S. Gregorio obispo de Tours. Segun los sábios mas versados en el conocimiento de la geografía antigua, el nombre romano de Tarifa, fué *Traducta*. Así que, el autor

que acabamos de citar, dice: «Prosecuentibus Alamannis *usque ad Traductam*, tránsito mari Vandali per totam Africam ac Mauritaniam sunt dispersi.»

Ahora bien; siendo cierto que en *Traducta* ó Tarifa los Vándalos se embarcaran para trasmigrar al África, es muy verosímil que su nombre quedara al puerto de su embarque; y en este caso nada estraño seria que desde la fecha del suceso, los bereberes de Tánjer y demás pueblos de la costa conservaran el nombre de *Andalos* á aquel punto, y que los soldados de Tarif se lo dieran á toda la comarca que saquearon, así como mas tarde los de Tarik lo aplicasen primero á la Bética y luego á toda España.

Reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Alentado con el éxito lisonjero de aquella primera algarada, Muza dispuso una nueva espedicion; mas esta vez en mayores proporciones, puesto que se compuso de 7,000 hombres, casi todos bereberes ó libertos, mandados por Tarik ben-Zeyad, general de la vanguardia del ejército musulman de ocupacion del África. En la primavera del año 711, los espedicionarios cruzaron las aguas del Estrecho en *cuatro naves*, que hubieron de hacer repetidos viajes entre las opuestas costas para trasportar tan crecido número de hombres y caballos, y Tarik tomó tierra en un monte muy fuerte del Andalos, situado á orillas del mar.

Verificado el desembarco sin que nadie se opusiera, Tarik, segun refieren *Abdo-l-Haquens*, y *Aben*

Abdharí, dió principio á sus operaciones ocupando el castillo ó casa fuerte de *Cartachena*, ó *Carteya*, la antigua colonia de libertinos fundada por los romanos en el siglo II a. de J. C.; y de allí pasó á *Algezira-Al-Adra* (Isla verde.) A mayor abundamiento, *Al-Makkari*, dice, «que despues de haber conquistado Algeciras, Tarik se hizo dueño del paso del Estrecho y de *todo aquel territorio* HASTA EL LAGO (de la Janda.)

Encontrándonos ya sobre el terreno donde se dió la memorable batalla que puso término al imperio y á la vida del último rey de los Godos, creemos que para desvanecer un error que subsiste hace demasiados siglos, y para detallar con grandes probabilidades de acierto aquel desastrozo acontecimiento, conviene describir la localidad donde se verificó, á fin de hacer comprensible hasta donde sea posible, el hecho de la completa derrota y esterminio de un ejército numerosísimo, aguerrido, disciplinado y bien pertrechado por algunos miles de berberiscos acaudillados por un general oscuro hasta aquel dia, que fueron realmente los primeros invasores de España, y que muy luego reforzados con las numerosas tribus de su misma procedencia que pasaron el Estrecho deseosos de encontrar nuevas tierras donde establecerse, fueron tambien los primeros conquistadores de la mayor parte de España, de donde á los 40 años se vieron espulsados, ó donde perdieron todo su poderío é influencia arrollados de un lado por las armas de los cristianos y del otro vencidos por las de los Árabes que lo-

graron reservarse en la conquista la parte del Leon.

«Tenemos, dicen los Sres. Hurtado (Revista de España, año II t. XI n.° 4 pág. 10.) bien marcada la region que ocupaba el Árabe (?) invasor: estudiemos ahora geográficamente el terreno que escojió para esperar á su adversario. A poco que se reflecsione se ve que este territorio era solo el de la *cora* (distrito) *de Algeciras*, cuya descripcion se lee en la crónica del Moro Rasis con estas palabras:—Parte el término de Xerez-Sadunia con el de Algecirat-Aladra, et Algecirat-Aladra yace al levante de Xerez et al meridien de Cordoba.... Et paresce dende Cebta que es villa en que ha mucho bien. Et ha grand laguna, et es tierra de buena sementera, et de muy buena crianza, et yace sobre el rio Barbate, aquel que salió de los de España cuando finchó: et este entra en una laguna á que non fallan fondos. Et en su término ha un monte muy alto et muy fuerte....—Hé aquí el monte, primer punto de ocupacion; despues Algecirat-Aladra, frontera de Ceuta desde donde Muza le enviaba refuerzos, y por último una gran laguna que es la de la Janda, y corresponde al *Lago*, hasta donde Tarik habia estendido su dominio, segun testualmente aparece del *Akhbar-madjmua* y de *Al-Makkari*. El limite, pues, que no traspasó la hueste invasora fué la línea señalada por la corriente del rio Barbate, hoy de Vejer, que entra en la laguna de la Janda, como dice Rasis, y del cual antes cuenta que finchó despues de tres años de sequía por lo que se llamaron

aquellos *años de Barbate*. El citado rio *yace sobre la gran laguna* ó lago, quedando este á la banda izquierda, ó sea en *territorio de Algeciras*, mientras que el rio pertenecia *al de Sidonia*, segun consta lo uno y lo otro de la crónica de Rasis, y en el *Akhbar-madjmua* resulta tambien nuestro rio de Vejer como perteneciente á esta última cora ó distrito.»

Volvamos á la relacion del *Akhbar-madjmua*.

«Cuando el rey (Rodrigo) que se encontraba á la sazon sitiando á Pamplona, baluarte de los rebeldes Vascones, tuvo noticias de la espedicion de Tarik, levantó el sitio de la plaza, y se puso en marcha hácia el Mediodia (de España) conceptuando peligrosa la presencia de los musulmanes en sus Estados. El desembarco de Tarik aumentó su inquietud; y en su consecuencia dióse prisa á reunir un poderoso ejército fuerte de unos cien mil hombres para acudir donde el peligro arreciaba.

«Sabedor Tarik de los grandes aprestos guerreros que hacia el enemigo, escribió á Muza deciéndole que, con el favor de Dios, habíase apoderado de Algeciras, y dominaba las cercanías del lago (de la Janda); pero que tenia noticias de que el rey Rodrigo se dirigia contra él con un numeroso ejército ante el cual tendria que retroceder, sinó se le enviaban crecidos refuerzos. Muza le envió cinco mil soldados, en los *muchos buques* que habia mandado construir *despues* de la salida de Tarik de África. Con este refuerzo, la hueste de Tarik se elevó á 12,000 hombres. *Julian y no pocos españoles*, estaban con él; prestábanle grandes servicios ya

dándole cuenta de todo lo que sabian por conducto de sus parciales, ya mostrándole los puntos vulnerables del enemigo.»

«Rodrigo, seguido de la principal nobleza de su reino se dirigió al encuentro de los musulmanes; pero en su ejército encontrábanse tambien los príncipes de la familia de Witiza. Sabedores estos de que los musulmanes estaban suficientemente abastecidos de todo cuanto necesitaban y al mismo tiempo bien dispuestos para la pelea, reunieron sus parciales y uno de los príncipes les habló de esta manera:—Ese infame ocupa un trono que no le corresponde *por su nacimiento*, puesto que fué uno de nuestros mas humildes súbditos. En cuanto á esos estrangeros, puede afirmarse que no abrigan la intencion de *fijarse en el país;* aspiran solo á enriquecerse con el botin de la guerra, y así que lo hayan obtenido regresarán á su tierra. Huyamos, pues, y abandonemos á ese infame en cuanto la batalla esté empeñada.—Los conjurados aplaudieron la proposicion.»

«Rodrigo, que habia dado el mando del ala derecha de su ejército á Siseberto, y el de la izquierda á Oppas, uno y otro *hijos de Witiza*, y gefes de la conspiracion, avanzó al frente de unos cien mil hombres. El número de sus soldados hubiera sido mas crecido, *si el hambre* que desde el 88 (707) habia devastado el país durante tres años consecutivos hasta el 91 (710) no hubiese causado una mortandad espantosa entre los habitantes.»

«El rey de España atacó al ejército de Tarik,

que *hasta entonces habia permanecido entre Algeciras y el lago*. Empeñada la refriega, las dos alas del español, mandadas por Siseberto y Oppas, huyeron á la desbandada; el centro donde combatia Rodrigo en persona se mantuvo firme; pero al cabo hubo de ceder al ímpetu de los musulmanes que hicieron una horrible carniceria en los vencidos. Rodrigo no fué hallado; ignórase lo que fué de él. Los musulmanes encontraron su caballo blanco, que se habia atascado en un barrizal; la silla era de brocado de oro enriquecida con rubies y esmeraldas; encontraron tambien su manto de seda y oro adornado de perlas y rubies. Es indudable que el rey se apeó y entró por el barrizal donde dejó uno de sus botines. Lo cierto es que no se volvió á oir hablar de él, y que no se le encontró ni muerto ni vivo; Dios solo sabe cual fué su paradero.»

Por poco que se fije la atencion en las breves palabras con que el autor del *Akhbar-madjmua* dá cuenta de la memorable batalla en que pereció Rodrigo, salta á la vista el error en que han incurrido los historiadores que afirman haber tenido lugar el suceso en las orillas del *Guadalete;* error tan generalizado en historias nacionales y estrangeras, que se ha mantenido con todo el carácter de una verdad incontestable hasta nuestros dias, en que testimonios dignos del mayor crédito han venido á desvanecerlo y á dar la razon á los pocos críticos modernos que señalan otro sitio á la *primera* batalla campal en que fueron vencidos los godos por Tarik.

En efecto, el manuscrito repetidas veces citado, dice: «El rey de España encontró á Tarik quien *hasta entonces habia permanecido en Algeciras* CERCA DEL LAGO»; es decir, que la batalla se dió en la *cora*, ó distrito de Algeciras, en las inmediaciones del lago de la Janda. Ibn-al-Cutiá, mas esplícito todavia, dice: «Tarik y Rodrigo trabaron la refriega orillas del *Guadi-Becca*, en el distrito de Sidonia.« Nótese que ambos distritos estaban separados por el rio Barbate, que puede muy bien ser el *Guadi-Becca*, como luego indicaremos. El sábio orientalista D. Pascual de Gayangos, en su traduccion de *Al-Makkari*, indica que la batalla tuvo lugar cerca del lago y del rio Barbate. A mayor abundamiento, Isa-ben-Muhammad, en su libro que trata de la entrada de Tarik en España, libro citado por Aben-Adharis, dice: «Llegó Rodrigo al monte donde estaba Tarik, y tuvieron tan reñido combate que todos los musulmanes creyeron perecer: cambió Dios la suerte de las armas y fueron puestos los godos en fuga, alcanzando Tarik á Rodrigo en el Guad-al-Tin. Abdo-l-Haquem, refiere: «Que el rey cristiano vino en busca de Tarik, que estaba en el monte, y cuando llego cerca salió Tarik á su encuentro, yendo sus soldados á pié, *porque no tenian caballos*, y pelearon desde la salida del sol hasta su ocaso.» Este monte tantas veces mencionado, no puede ser otro que el muy fuerte y escarpado donde Tarik, segun el *Akhbar-madjmua*, desembarcó, y donde reunia sus tropas á medida que Muza se las enviaba desde Ceuta en los cuatro barcos en que

hizo la travesía á las costas de España, ó si se quiere, el monte de Gibraltar, como entienden nuestros orientalistas.

Por último, cuenta *Al-Makkari*, que encontrándose Rodrigo con su ejército en la *Cora de Sidonia*, próximo al de Tarik, envió esploradores para reconocer las posiciones del enemigo, su número y *sus barcos*. Esto revela que los musulmanes no podian estar frente á la ciudad de Jerez, demasiado apartada del mar para que los esploradores pudiesen contar sus barcos.

De lo que dejamos sentado se desprende que no deberemos separarnos mucho del lago de la Janda para encontrar el lugar de la batalla donde feneció el rey Rodrigo.

Veamos ahora cual pudo ser la causa del error de nombre en que incurrieron los cronistas é historiadores que suponen el suceso á orillas del *Guadalete*.

Ya hemos dicho, que segun *Ibn-al-Cutiá*, la batalla se dió en las márgenes del *Guadi-Becca*, y segun *Al-Makhari*, cerca del lago y rio Barbate. Sepamos cual es el rio que los Árabes llamaron *Guadi-Becca*.

El geógrafo Xerif-al-Edrisi, conocido por el Nubiense, que escribió su Geografía por el estilo de la de Estrabon, en el año 548 de la Egira, 1153 de J. C., en el itinerario que traza desde Algeciras á Sevilla, se expresa en los siguientes términos (traduccion de Conde): «De Algecira al Abra á Sevilla, hay dos caminos, camino por agua y camino por tierra;

camino por agua desde Algeciras hasta *Ar-Rimal*, (los arenales) hasta la desembocadura del rio Barbate en el mar 28 millas, y desde allí á la del rio *Becca*, 6 millas.»

Adviértese desde luego cierta discordancia entre estos autores al fijar el punto de localidad en que se dió la batalla, puesto que el uno señala las cercanías del *lago*, otro las orillas del *Barbate*, y otro, en fin, las del *Becca;* pero nótese que todos están conformes en indicar el mismo distrito, ó sea la *Cora* de Sidonia, y el lugar de la refriega, en el Barbate ó en el *Becca*, distantes entre sí cosa de legua y media; espacio no muy considerable si se atiende á que el número de los combatientes y las alternativas del combate pudieron llenarlo cumplidamente; mas claro, que en el mismo dia ó en los dias que duró la refriega, se pudo muy bien pelear en las orillas de ambos rios.

Llegamos á la cuestion, que para nosotros no carece de importancia, de saber si el *Becca* de Edrisi, que pasa entre Vejer de la Frontera y Conil, y el *Barbate* que lo verifica por Vejer, citados ambos por los escritores mas antiguos, como lugar de la batalla, pueden ser uno mismo, no considerados geográficamente, sino por efecto de la confusion ú oscuridad que frecuentemente se advierte en las crónicas; ó si debemos prescindir del de Conil y conceder al de Vejer la celebridad del suceso. Nosotros somos de este último parecer, dado que el autor del *Akhbar-madjmua* y *Al-Makkari* aseguran que el encuentro de los dos ejércitos tuvó lugar en

el Lago, de donde *no habia pasado Tarik;* sin que sea objecion formal en contra el que este pertenecia á la *cora* de Algeciras, pues el rio Barbate ó de Vejer, era la linea divisoria entre esta y la de Sidonia. Por último, y para robustecer mas nuestra opinion, reproduciremos la de los Sres. Hurtado (*Revista de España*, ya citada p. 14).

«Opónense, dice, á ello Dozy, opinando que »Verjer fué el *Besaro* de Plinio, lo cual no es un »obstáculo, pues el de *Becca* pudo derivarse de »aquel nombre romano escrito por los Árabes, »abreviándolo segun su costumbre con la supre»sion de la sílaba final y el cambio de la *s* latina »por el *chin* arábigo. Ni tampoco la ciudad de *Becca* »habria desaparecido, segun pretende el citado es»critor, cuando la designa entre las existentes el »geógrafo Edrisi; pero no era distinta de la de Ve»jer, porque en tal caso resultaria esta última omi»tida sin causa en su relato. Indudable es, tambien »que el pequeño Wadi-Becca tomaba su nombre de »la ciudad, no muy lejana; y como él, debia con »mayor razon apellidarse rio de Becca ó de Vejer, »al que en el dia llamamos Barbate porque corre »aun mas próximo á aquella poblacion que el otro »de que hablamos, etc.»

Hemos dicho que concedemos importancia á la designacion del *Guadi-Becca* ó rio Barbate como lugar de la campal refriega, porque así y solo así nos esplicamos el desastre de un ejército numerosisimo, aguerrido como que llevaba un año por lo menos de campaña, compuesto de la flor de la noble-

za y soldados godos, y acaudillado por un rey valiente y caballero, destruido en una sola batalla por algunos miles de bárbaros.

En efecto, consideremos el ejército de Tarik, fuerte de 12,000 bereberes y *unos* 6,000 *godos partidarios de los Witizas y mandados por Julian*, puesto que no pocos cronistas hacen subir á 18,000 soldados musulmanes los que combatieron en *Guadi-Becca*, siendo así que Muza solo puso 12,000 á las órdenes de Tarik; consideremos, repetimos, este ejército protegida su ála derecha por el profundo lago de la Janda, la izquierda por sus bajeles próximos á la costa; defendido su frente por el rio Barbate y asegurada su retirada por el terreno montuoso de que estaba en posesion, y con su campo atrincherado de Algeciras ó del monte fuerte y escarpado donde verificó su desembarco; en una palabra, situado en una escelente posicion estratégica hábilmente elegida por el avisado caudillo, que comprendió que todo su porvenir y el de sus soldados dependia del éxito de la primera batalla que habia de empeñar con un enemigo tan inmensamente superior en fuerzas de infanteria y caballeria y en recursos de todo género, y que, además, guerreaba en su propio pais.

En esta situacion, estando los musulmanes *bien apercibidos y provistos de cuanto necesitaban*, llega Rodrigo al frente de un numerosisimo ejército, compuesto de los soldados que trajo del sitio de Pamplona y de los de todo el reino que habia convocado en Córdoba, entre los cuales se contaban muchos

parciales de los hijos de Witiza, á quienes por imprevision, ó por creer que de esta manera los comprometia en el peligro comun, habia confiado el mando de las dos alas de su ejército; sin considerar como debiera, que su deudo ó parcial, Julian, militaba con las tropas y gentes de su gobierno en las filas enemigas.

Este primer error fué seguido de otros muchos que hicieron inevitable el desastre de los Godos. Con fuerzas tan superiores, puesto que segun la version mas acreditada, habia en la refriega cinco cristianos por cada muslim, Rodrigo pudo dejar, sin debilitar la batalla, un numeroso cuerpo de ejército de reserva, ó envolver al enemigo rodeando el lago de la Janda hasta interponerse entre Tarik y su campo atrincherado.

Desgraciadamente, ya fuera confianza en su superioridad numérica, ya que el destino fatal lo empujase hácia su ruina, Rodrigo, sin tomar consejo mas que de su animoso corazon, se dirigió inmediata é impetuosamente al combate; sin reparar que dejaba un rio á la espalda, y en que iba á entablar la contienda en un terreno limitado por barreras insuperables, en el cual, si bien los musulmanes podian maniobrar con la suficiente holgura, los cien mil godos habian de encontrarse encajonados y en la imposibilidad de desplegar desahogadamente la batalla.

Sin embargo, la victoria permaneció indecisa por muchas horas, acaso por algunos dias, hasta el momento en que los hijos de Witiza, puestos de

acuerdo con Tarik y Julian, abandonaron el campo de batalla huyendo á la desbandada con sus soldados en cumplimiento de lo pactado en la noche anterior al dia de su infame traicion. No obstante, el centro acaudillado por el rey en persona, permaneció firme todavía durante algun tiempo. Pero el golpe mortal estaba ya dado. Siguióse el estupor, la incertidumbre y la confusion. Los leales que tenian el enemigo al frente, temieron verse atacados por la espalda por los traidores. Aquello debió ser un horrible compendio de guerra estrangera y de guerra civil desenlazándose ambas á dos en una misma hora. Entró, por último, el pánico, y el ejército de Rodrigo huyó en desórden acosado por las espadas musulmanas hasta precipitarse en las charcas y lodazales que forman el lago de la Janda y el rio inmediato.

De esta manera, repetimos, nos esplicamos el suceso de una completa derrota que seria increible en abierta campaña donde la inmensa superioridad numérica de los Godos, sus masas de caballería—de que carecia Tarik—las dotes militares del caudillo y el proverbial valor de los soldados hubieran envuelto y arrollado fácilmente la reducida hueste invasora, compuesta, no de aquellos Árabes entusiastas que al mando del Profeta y de los Califas sus sucesores buscaban en la muerte sobre el campo de batalla la palma del martirio, sino de Godos desleales y de tribus africanas, tropas armadas á la lijera y mal disciplinadas que fueron enviadas á España por Muza para talar las costas de Andalucía y

no para lanzarse por el interior de la Península en son de conquista.

La batalla se dió entre los dias 19 y 26 de Julio, tres meses próximamente despues del desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar. Los musulmanes obtuvieron de ella, con el laurel de la victoria, un riquísimo despojo. Cuentan los cronistas Árabes, que los vencedores reconocian entre los cadáveres Godos amontonados en el campo, á los nobles, por las sortijas de oro que llevaban en los dedos, y á los de clases inferiores porque las tenian de plata ó de cobre.

V.

PRIMERAS ESPEDICIONES DE LOS BEREBERES Y ÁRABES POR EL INTERIOR DE ESPAÑA.

Despues de su espléndida é inesperada victoria, Tarik se dirigió hacia Ecija, pasando, segun Aben-Adhari, por la *Angostura de Algeciras*. Este es un nuevo testimonio que depone en contra de los autores que afirman que en las orillas del Guadalete tuvo desastroso fin la monarquía goda. En efecto, desde el mencionado rio hasta Ecija, dice con razon E. Lafuente Alcántara, «no hay que pasar angostura alguna, y si la hubiera, no es probable que llevara el nombre de *Algeciras*. Esta *angostura* no puede ser otra que la garganta que hay junto al pueblo llamado los Barrios, no léjos de aquella ciudad, ó bien el paso de las lomas de Cámara que atraviesa la cordillera penibética, entre Jimena y Alcalá de los Gazulez.»

Al ver los habitantes de Ecija, dice el autor del

Akhbar-madjmua, que los musulmanes avanzaban contra ellos, salieron de su ciudad, y reforzados con las reliquias del grande ejército de Rodrigo, les presentaron la batalla. «La refriega fué encarnizada; muchos muslimes fueron muertos ó heridos: pero con la ayuda de Dios, Tarik derrotó los politeistas. Si bien es cierto que *jamás habia encontrado tan obstinada resistencia*.»

Hé aquí, pues, una nueva batalla campal, mas reñida que la del lago de la Janda, y que fué tanto ó mas importante que aquella; puesto que si la obstinada resistencia, no encontrada hasta entonces en España por los musulmanes, hubiese tenido el prémio que merecia, es probable que la invasion sarracena se hubiera visto detenida, y acaso lanzada definitivamente mas allá del Estrecho. De todas maneras, este hecho y otros análogos que irán apareciendo en el curso de la narracion, manifiestan que los Godos no eran ese pueblo corrompido, degenerado y flaco que nos pintan los historiadores de la Edad Media, y que es necesario buscar en otra parte las causas que le condujeron á tan triste fin.

Vencidos los Godos por segunda vez en los llanos de Ecija, dice el autor del *Akhbar-madjmua*, Tarik estableció su campo á cuatro millas de la ciudad sobre las orillas del rio Jenil, llamado á la sazon segun Ambrosio de Morales, *Cilofonte*, junto á una fuente que tomó desde entonces el nombre de *Fuente de Tarik*.

«Dios, continua el manuscrito citado, llenó de temor el corazon de los infieles. Habian creido que

Tarik regresaria á África como lo hiciera Tarif; asi que cuando vieron que continuaba avanzando por su país, se retiraron apresuradamente hácia Toledo y otras ciudades para organizar la resistencia. *Lo mas queda hecho en España, dijo Julian á Tarik: acónsejote ahora dirigirte hácia Toledo con el grueso de tus tropas, y destacar algunos cuerpos volantes á los que los mios servirán de guia para combatir las demás ciudades*. Tarik tomó el consejo. Envió pues contra Córdoba (á la sazon una de las mayores ciudades de los cristianos, y en el dia capital de España), un cuerpo de 700 hombres al mando de *Moghit el Rumi* (romano), cliente del Califa Walid. Como todos los musulmanes tenian caballos despues de las victorias conseguidas, la hueste de Moghit no contaba un solo infante. Otro cuerpo fué enviado contra la ciudad capital de la provincia de Reiya (Málaga, su capital era á la sazon Archidona), otro á la capital de la provincia de Elvira, y Tarik se dirigió sobre Toledo con el grueso de su ejército.»

«Llegado que fué á las cercanías de Córdoba, Moghit se ocultó con su tropa en las inmediaciones de Secunda (antigua ciudad romana situada sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, frente á Córdoba) en un bosque de Alerces, entre aquella ciudad y Tarsail, y muy luego envió sus guias á practicar un reconocimiento. Los esploradores encontraron un pastor que apacentaba su ganado, y le condujeron á presencia de Moghit, quien le interrogó acerca de las fuerzas que guarnecian á Córdoba.—Las personas principales, respondió el pastor,

han huido hácia Toledo; solo quedan en la ciudad el gobernador con 400 soldados y la plebe.—Preguntado si los muros eran fuertes, respondió que sí; pero añadió que existia una brecha por encima de la puerta de la Estátua (hoy puerta del Puente.)

«Moghit esperó la noche para continuar su marcha sobre Córdoba. Dios favoreció su empresa, pues una copiosa lluvia mezclada de granizo le ocultó á las velas y guardas de la ciudad. Los musulmanes vadearon el rio sin ser sentidos de los cristianos, y llegaron al pié de los muros que en vano intentaron escalar. Preguntaron de nuevo al pastor quien les mostró la brecha; no era practicable; pero al pié habia una higuera. Tras inauditos esfuerzos un musulman consiguió subir á la cima del árbol. Moghit le arrojó una punta de la pieza de muselina que traia enrollada en la cabeza á manera de turbante. Sirviéndose de ella como de una cuerda, vários musulmanes se encaramaron por el tronco de la higuera y alcanzaron la brecha. Esto hecho, Moghit que estaba á caballo junto á la puerta de la Estátua, mandó á los soldados que habian alcanzado el adarve del muro, pasar á cuchillo las guardias que custodiaban aquella puerta. Hiciéronlo asi; mataron á muchos, los demás huyeron, y abierta la puerta Moghit pudo entrar con sus compañeros de armas, sus espias y sus guias. El general fué en derechura al palacio.»

«El gobernador no se encontraba en él. No bien tuvo noticia de la sorpresa realizada por los musulmanes, abandonó la ciudad seguida de cuatrocien-

tos ó quinientos soldados y algunos habitantes. Salió por la puerta del Oeste, la de Sevilla, y fuese á encerrar en la iglesia de S. Acisclo, cuyos muros eran récios y altos. Poco tiempo despues, Moghit habiendo dado cuenta á Tarik de las ventajas que llevaba conseguidas, puso sitio á la mencionada iglesia.»

«Tres meses hacia que Moghit sitiaba á los cristianos de Córdoba en la iglesia donde se hicieran fuertes, cuando una mañana vinieron á decirle que el gobernador la habia abandonado secretamente y que huia hácia los montes de Córdoba (Sierra Morena) con intento de reunirse á sus correligionarios en Toledo. Sin avisar á ninguno de los suyos, Moghit montó á caballo y salió en persecucion del gobernador, á quien avistó cerca de una alqueria. Viéndose el cristiano perseguido por el general musulman, llenóse de espanto; dejó la carretera y huyó á campo traviesa, hasta que viéndose detenido por una profunda gavia trató de salvarla de un salto; pero con tan mala fortuna, que el caballo alazan que montaba cayó en el fondo donde quedó muerto. Llegó Moghit, é hizo prisionero al gobernador á quien encontró tendido sobre su escudo. Este fué el solo príncipe que prendieron los musulmanes; pues los demás los unos se rindieron bajo condiciones, y los otros se retiraron á Galicia. Ya de regreso, Moghit, activó el sitio de la iglesia donde se habian fortificado los cristianos. Entróla, al fin, y mandó degollar todos sus defensores. Esta iglesia fué llamada desde entonces (por los musulmanes)

de los *Cautivos.* En cuanto al gobernador, Moghit, lo guardó en prision con propósito de presentárselo mas adelante al gefe de los Creyentes. Por último, el general musulman dió á los judios el cargo de guardar la ciudad, reservóse el palacio del gobernador para su propia morada, y repartió las casas de los cristianos entre sus compañeros de armas.»

»En el entretanto, Tarik, habiase apoderado de Toledo. Dejó guarnecida la ciudad, y se dirigió hácia Guadalajara, pasando la Sierra (de Guadarrama) por el puerto llamado mas adelante, de Tarik (se cree que sea Buitrago), y llegó á una ciudad situada en el vertiente opuesto de la Sierra. Dióse á esta poblacion el nombre de *Ciudad de la Mesa*, por haberse encontrado en ella la célebre mesa de Salomon hijo de David, toda incrustada de oro y guarnecida de jacintos y esmeraldas, así su tapa como sus piés. De allí se trasladó Tarik á Amaya, donde obtuvo un rico despojo de oro y objetos preciosos, y luego regresó á Toledo.

En el mes de Ramadan de este mismo año de 93 (junio 712) desembarcó en España Muza-ben-Nozeir, con un ejército que algunos hacen subir á diez y ocho mil hombres (árabes la mayor parte y de las familias mas ilustres). Sabedor de las fáciles conquistas que Tarik habia realizado, tomó en ódio á este general. No bien hubo desembarcado en Algeciras, aconsejáronle siguiese el mismo camino que Tarik; pero lo rehusó cediendo á las indicaciones de los cristianos que le servian de guias, los cuales le dijeron:– Os dirigiremos por mejor cami-

no, en el cual encontrareis ciudades mas importantes que las conquistadas por Tarik. Celebró y asintió á la propuesta y se dejó guiar primero á la capital de Sidonia (Medina Sidonia), que entró por fuerza de armas; y luego hácia Carmona. Esta última ciudad era una de las mas fuertes de España (ya desde el tiempo de los romanos) y como no podia ser tomada ni por asalto ni por bloqueo, sino por estratagema, Muza envió contra ella algunos cristianos, quienes, como Julian, habiánsele sometido espontáneamente. Estos cristianos llegaron fingiendo huir del enemigo. Los habitantes de Carmona los dejaron entrar en su ciudad; mas llegada la noche abrieron la puerta llamada de Córdoba á los ginetes de Muza, que entraron espada en mano en la poblacion.»

Conquistada Carmona, Muza se dirigió sobre Sevilla. Érase esta la mas grande, la mas importante, la mejor construida, y la mas rica en antiguos monumentos entre todas las ciudades de España. Antes de la conquista de este reino por los Godos, habia sido residencia del gobernador romano; los reyes godos eligieron á Toledo por capital; pero Sevilla continuó siendo la estancia de la ciencia sagrada y profana y de la nobleza romana. Muza se apoderó de la ciudad despues de un sitio que duró algunos meses. Los cristianos se retiraron á Beja, y los judios quedaron guarneciéndola. De Sevilla, Muza se dirigió contra Mérida. Esta era tambien una opulenta ciudad llena de antiguos monumentos, un puente, palacios é iglesias mag-

nificas. Sus habitantes salieron al encuentro de los musulmanes, y trabaron con ellos un sangriento combate que se renovó al siguiente dia. Los meridienses fueron rechazados, y Muza sitió la plaza, que se rindió despues de muchos meses de estrecho bloqueo (1.° de junio de 713).»

«Durante el sitio de Mérida los cristianos de Sevilla, reforzados con los de Niebla y de Beja, se sublevaron contra los musulmanes y mataron ochenta soldados de la guarnicion. El resto huyó, y fuese á refugiar en el campamento musulman establecido delante de Mérida. Muza envió su hijo Aldalaziz con un ejército contra los sublevados de Sevilla. Abdalaziz recobró la ciudad y puso guarnicion en ella.»

Hácia fines de junio de 713, Muza salió de Mérida y se dirigió hácia Toledo. Noticioso de su llegada, Tarik le salió al encuentro, y se avistó con él en un pueblo de la provincia de Talavera. Saludóle respetuosamente, Muza le dió un latigazo en la cabeza reprendiéndole ásperamente por haberle desobedecido. Llegados á Toledo, Muza dijo á Tarik:—Enséñame la presa que has hecho, y sobre todo la *Mesa de Salomon.* Tarik obedeció; mas como notase Muza que faltaba un pie á la mesa, preguntóle qué se habia hecho de él.—Lo ignoro, respondió Tarik, así es como la he encontrado. Muza mandó poner un pié de oro á la mesa, y la guardó cuidadosamente.»

«Poco tiempo despues marchó sobre Zaragoza, que conquistó así como las demás ciudades de

aquella provincia; pero en el año 95 (setiembre de 713 á setiembre de 714) un enviado del califa Walid, le trajo la órden de presentarse en la córte. Muza obedeció; mas antes dejó el gobierno de toda España á su hijo Abdalaziz, mandándole que fijase su residencia en Sevilla, por estar situada esta ciudad en las orillas de un rio caudaloso donde podian estacionar las naves musulmanas, y servir de puerta, por decirlo así, á España. Permaneció Abdalaziz en Sevilla, en tanto que su padre acompañado de Tarik y de Moghit salió de la Peninsula.»

Esta breve descripcion que del suceso de la conquista, desde el desembarco de Tarik hasta la salida de España de Muza, nos hace el autor del *Akhbar-madjmua*, descripcion ó narracion que por otra parte encontramos con alguna variedad en todos nuestros historiadores generales, que la tomaron de los antiguos cronistas latinos, que á su vez la tradujeran de las crónicas arábigas, viene á confirmar muchas de las apreciaciones que dejamos consignadas en los capítulos precedentes.

En efecto, por poco que se fije la atencion en el órden de marcha del ejército de Muza, desde que desembarcó en Algeciras hasta que llegó á Sevilla, se verá demostrado que la batalla en que pereció el rey Rodrigo no pudo verificarse en las orillas

del Guadalete. Porque si Muza siguiendo *distinto camino* que Tarik, tomó Medina Sidonia, y de aquí se dirigió sobre Carmona, dejando á la izquierda Jerez, claro es que el itinerario de Tarik desde Algeciras á Ecija no pudo ser por los campos jerezanos, y por consiguiente que no vió siquiera las márgenes del Guadalete.

De la misma manera, si consideramos que despues de la cobarde defeccion de los hijos de Witiza en el trance de la batalla que decidió de la suerte del imperio godo en España, y de la existencia de toda su raza, ellos ni los parciales de su familia vuelven á figurar ni á sonar en ninguno de los sucesos posteriores, ¿no parece evidente que la traicion de aquellos ambiciosos príncipes no tuvo por objeto vender ni entregar su pátria á los musulmanes, sino que trataron de servirse de ellos como auxiliares para sentarse en el trono que ocupara su padre, como se desprende de las siguientes palabras que la tradicion pone en sus lábios: «Estos estrangeros no abrigan la intencion de fijarse en el país; solo aspiran á enriquecerse con el botin de la guerra, y así que lo hayan obtenido regresarán á su tierra.» ¿No debió este ser el mismo razonamiento que se hicieran Atanagildo cuando formó alianza con los imperiales; Sisenando cuando se valió de los Francos, y Ervigio cuando llamó á los musulmanes, con la sola diferencia de haber sido mas desgraciados los Witizas y Rodrigo que lo fueron los reyes sus antecesores?

Por último, este Julian que tantos beneficios

mereció al rey Witiza, puesto que á sus generosos socorros debió la conservacion de sus Estados en la Mauritania Tingitana, combatidos por los musulmanes, y que luego auxilia á estos mismos musulmanes y les sirve de consejero; y estos godos que se encuentran guerreando en todas partes en España, bajo las banderas del Islam, en Guadi-Becca con Tarik y en Carmona con Muza, ¿quiénes son, si no fueron el elemento godo puro vencido por el hispano-godo en la revolucion que entronizó á Rodrigo? ¿A quién sino á ellos puede hacerse responsable de la catástrofe que barrió el nombre y la raza goda de la haz de la tierra? «Porque entendamos, como dice muy juiciosamente Ambrosio de Morales, que los godos por godos habian de ser vencidos, sin que otra nacion sola pudiese prevalecer contra ellos.» El suceso, pues, de la conquista no fué en un principio movido por los resortes de una guerra estrangera, sino de una *guerra civil;* en la que los aliados de una de las dos parcialidades, lograron, favorecidos por las circunstancias, destruir los dos *partidos*, y hacerse dueños absolutos de la alhaja, causa del anti-patriótico litijio.

No negamos que en los últimos años del siglo séptimo la monarquía goda hubiese entrado ya en el periódo de su completa decadencia; ni creemos, dados los antecedentes de la raza árabe, que las aguas del Estrecho hubiesen sido barrera capaz de detener su espíritu de proselitismo y su fatal invasion en Europa. Es mas, creemos que esta no se hubiese retardado mas tiempo que el que los Sarra-

cenos hubiesen necesitado para apoderarse de Ceuta y para echar al mar otra escuadra semejante á la que intentó un desembarco en las costas meridionales de la Península en los postreros años del reinado de Wamba; pero, en lo que no podemos convenir, es, en que en los tiempos de un rey como Rodrigo, que en los dos primeros años de su reinado movió un numeroso ejército desde Toledo á Pamplona, y otro de cien mil hombres desde Pamplona al distrito de Algeciras, estuviese la raza goda tan flaca y degenerada, que en el trascurso de pocos dias se dejase esterminar completamente por doce mil infantes berberiscos.

El suceso, repetimos, de la conquista, fué á juicio nuestro, el resultado de una guerra civil promovida por las ambiciones de los magnates godos, sostenida por el antiguo antagonismo entre la religion católica y la secta arriana, exacerbada por la igualdad de derechos civiles que las leyes de Chindasvinto y Recesvinto habian establecido en favor de los hispano-romanos y precipitada, en fin, en el abismo por la imprevision, cuando menos, del partido godo puro, que lanzado del poder por una revolucion en 709, buscó auxiliares entre los musulmanes para reconquistarlo en 711.

Y que estos no trajeron otro carácter hasta que sucesos imprevistos é inesperados les hicieron cambiar de plan, lo prueba la oposicion que hizo el Califa Walid, á que Muza, gobernador general del Magreb, intentase una espedicion formal en España; lo prueban los dos reconocimientos—que tuvieron

todo el carácter de correria en busca de botin y de esclavas—que aquel mismo gobernador mandó practicar en las costas de Al-Andalos en los años 710 y 711, por algunos miles de berberiscos; lo prueban las *cuatro naves*, únicos medios de trasporte que hizo disponer para llevar á cabo ambas vandálicas correrías; lo prueba el que en todas ellas tomaron parte Julian y los godos sus parciales; y lo prueba en fin, el que solo cuando los bereberes y libertos de Tarik y los soldados cristianos del gobernador de Ceuta hubieron trocado en conquista definitiva lo que se anunció como algarada, Muza y sus árabes, entre ellos algunos *tabiis*, (asi se llamaban los discípulos de los que fueron compañeros de Mahoma) pasaron el Estrecho y entraron en España, donde ya no quedaba casi nada que hacer salvo entrar en algunas ciudades dispuestas á capitular á la primera intimacion. Es decir, los Árabes invadieron y conquistaron á España, cuando estaba ya *conquistada por la guerra civil entre godos*, y entregada por Julian á los *moros de Tarik*.

Si se nos pregunta qué hicieron los españoles durante el curso de aquellos inauditos y funestos acontecimientos, que dejaron por *tercera* vez su pátria á la merced de una raza estrangera, responderemos con muy pocas palabras. Enervados por largos siglos de pesada servidumbre; no repuestos todavia del hambre general y de la pestilencia que durante los tres años que precedieron al de 710 asolaron la España y causaron entre sus habitantes una espantosa mortandad; viendo, de un lado, á los

Godos sus soberbios dominadores durante trescientos años, vencidos con Rodrigo ó traidores con los hijos de Witiza y Julian próximos á desaparecer de su suelo; y del otro á los Arabes pueblo invencible hasta entonces, y, además, culto y tolerante que les dejaba sus bienes, sus templos, sus obispos, sacerdotes y jueces naturales; y convencidos por una larga y costosa esperiencia, que en todas las guerras á que se entregaron las razas estrangeras que se disputaran la posesion de su suelo jamás sacaron otra cosa sino mudar de señores, que comenzaban por hacerles pagar *los gastos de la guerra*, en proporcion á lo prolongado de aquellas, se cruzaron de brazos ó capitularon con los musulmanes bajo condiciones tan ventajosas como ningun estrangero se las habia ofrecido.

En corroboracion de esto último que dejamos apuntado, vamos á estractar del libro de Dozy *(Recherches etc. T.* 1°; *pág*, 79 *y siguientes)* lo que acerca de las condiciones en que se encontró la propiedad territorial en España, despues de la conquista, dice aquél sábio orientalista, tomándolo de la copia de un manuscrito árabe, que le facilitó el Sr Estévanez Calderon de Madrid.

«En el libro de Mohamet, encuéntrase, además, lo siguiente: De la misma manera que Muza, despues de la conquista de España distribuyó entre sus soldados los prisioneros y el botin, repartió tambien las tierras conquistadas; pero reservó para el Estado el quinto de aquellas tierras y los edificios existentes en ellas...... Con respecto á los cristianos

que en los tiempos de la conquista se encontraban en las fortalezas y en las altas montañas Muza les dejó sus bienes y el libre ejercicio de su culto bajo la condicion de que pagaren el impuesto territorial *(djizya.)*

«Dicen los sábios de los tiempos antiguos que conocieron bien la condicion de España, que todo este pais, salvo un corto número de localidades, muy conocidas, fué anexionado al imperio musulman por capitulacion; pues vencido Rodrigo, todas las poblaciones capitularon con los musulmanes. Por consiguiente, los cristianos que permanecieron en ellas, fueron mantenidos en la posesion de sus tierras y demás propiedades y en el derecho de venderlas.»

«Segun Abu-Merwan (Ibn-Haiyan, el célebre historiador) Ardabasto el conde de España, gefe de los cristianos de Córdoba, encargado de percibir la contribucion que debian pagar á los Emires, y hombre, en fin, que se habia grangeado mucha celebridad en los primeros tiempos de la conquista por su saber y profundo conocimiento de los negocios, aconsejó al gobernador de Córdoba alejase los Sirios de la ciudad, y establecerlos en otras provincias donde se encontrarian tan á sus anchas como en la misma Siria de donde procedian. Así lo hizo el gobernador prévio consentimiento de los Sirios. En su consecuencia, estableció el *Gum* (ejército ó division) de Damasco en la provincia de Elvira; el del Jordan, en la de Reiya (Málaga); el de la Palestina, en la de Sidonia; el del Hemesa, en la de Sevilla; el de Kin-

serina, en la de Jaen, y el de Egipto, parte en la de Beja, parte en la de Murcia. Para que no faltase la subsistencia á los Árabes de Siria, el gobernador les señaló la *tercera parte del producto* de las tierras de los cristianos. Los Bereberes, y los Árabes-baladies (los primeros que realizaron la conquista) se hicieron sócios de los cristianos; estos conservaron sus alquerias y no se les espropió de nada.»

Ahora bien; por poco que se recuerde la incalificable rapacidad de los pro-cónsules, pretores y pro-pretores romanos en España; la irritante injusticia con que procedieron los Godos desde el principio de su conquista tomando á los hispano-romanos las dos terceras partes de sus propiedades, y dejándoles solo una, y esta gravada con un impuesto que debian pagar al fisco á fin de no verse despojados de ella por los conquistadores, y se recuerda además, las persecuciones que la intolerancia arriana ejerció sobre los católicos, nadie estrañará que los Españoles se resignaran á sufrir la dominacion de los Árabes, á quienes debieran mirar casi como libertadores dado lo sábio de su política, que ningun otro pueblo conquistador supo imitar.

VI.

Emires (gobernadores) de España dependientes del califato de Damasco.

La eleccion de Abdalaziz para gobernar el pueblo recien sometido—que no nos atrevemos á llamar conquistado,—no pudo ser mas acertada; tanto, que sin las enconadas rivalidades y los gérmenes de perturbacion política que traian consigo las dos razas invasoras, y sin el carácter receloso y cruel del despotismo oriental, es posible que desde aquel momento hubiesen comenzado á lucir en nuestra pátria, ó al menos en Andalucía, los años de prosperidad moral y material, que la distinguieron en Europa setenta años despues, con el primer Emir independiente, fundador del Califato de Córdoba. El hijo de Muza, durante la estancia de su padre en la Península, habíase dado á conocer por su valor en la guerra, por su clemencia con los vencidos y por su caballerosa generosidad,

En efecto; en los primeros meses del año 713, despues de haber sofocado el alzamiento de Sevilla, cuyos habitantes espulsaran la guarnicion musulmana, dispuso una espedicion militar hácia las costas orientales de España, en tierra de Murcia, donde Teodomiro, caudillo godo, se habia refugiado con algunos restos del grande ejército derrotado en las orillas del Guadi-Becca, y héchose proclamar rey en justo galardon de sus proezas.

Noticioso de la aproximacion de Abdalaziz, el esforzado varon, á quien podemos llamar el *último godo*, reunió las mermadas fuerzas de que podia disponer, y con ellas se estableció en los pasos y desfiladeros de Cazlona y Segura, á fin de hostilizar á un enemigo con quien no podia medirse en batalla campal. Sin embargo, Abdalaziz consiguió desalojarlo de sus ventajosas posiciones, y obligarlo á emprender la retirada por las campiñas de Lorca, donde los godos fueron alcanzados y acuchillados por la caballería musulmana. Afortunadamente para los cristianos, dice una relacion arábiga, Teodomiro era hombre de grande ingénio y prudencia, merced á cuyas dotes pudo refugiarse en Orihuela, ciudad mal fortificada, con los restos de su hueste. Disponiase Abdalaziz á combatir la plaza que creia falta de defensores, cuando vió coronarse súbitamente sus almenas de muchedumbre de guerreros' y salir de la ciudad un parlamento, que solicitó conferenciar con él en nombre del caudillo godo. Admitióle cortesmente en su tienda el general musulman, y el parlamentario supo captarse hasta tal

punto el aprecio y benevolencia de Abdalaziz, que en el acto se ajustó un tratado de paz, que es uno de los documentos mas curiosos de aquella época, del cual habla Isidoro de Beja, y que ha sido publicado por Casiri, que lo encontró en la crónica Dhabbi. Hé aquí su contexto:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso: »rescripto de Abdalaziz, hijo de Muza, á Teodomi»ro, hijo de los Godos: séale otorgada la paz, y sea »para él una estipulacion y un pacto de Dios y de »su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á »los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de su »reino: que los fieles no matarán, ni cautivarán, ni »separarán de los cristianos sus hijos ni sus muge»res, ni les harán violencia en lo que toca á su re»ligion: que no se les incendiarán sus iglesias, sin »mas obligaciones por su parte que las aquí pacta»das. Queda convenido que Teodomiro ejercerá »pacificamente su poder en las siete ciudades si»guientes: Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, »Biscaret, Aspis y Lorca: que él no tomará las »nuestras ni socorrerá ni dará asilo á nuestros ene»migos ni nos ocultará sus proyectos: que él y los »suyos pagarán por cabeza cada año un dinero de »oro, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, »cuatro de vino, cuatro de vinagre, cuatro de miel »y cuatro de aceite: los esclavos y campesinos pa»garán la mitad. Fecha el 4 de redjeb del añ o 94 de »la hejida (5 de abril de 713). Firman el rescripto »presente Otman-ben-Abi-Abdah, Habi-ben-Obei»da, Edris-ben-Maicera y Abul-Casim-et-Mozeli.»

Este documento nos dá la medida de moderacion, humanidad y tolerancia de que hicieron gala los Árabes en los primeros tiempos de su invasion en España. Dudamos mucho que la historia nos presente muchos ejemplos de idéntica conducta, seguida en circunstancias análogas por otros conquistadores.

Firmado el tratado, el parlamentario se dió á conocer como el mismo Teodomiro, gefe de los cristianos. Los Árabes celebraron la sagacidad del godo, y le obsequiaron con un espléndido banquete. Al dia siguiente entraron en Orihuela los musulmanes; y como advirtiesen que el número de los hombres de armas que salieron á recibirlos no correspondia al de los soldados que habian visto en las murallas dispuestos á defenderlas, preguntaron por su paradero; á lo que Teodomiro contestó, que aquellos guerreros fueron las mugeres de la ciudad, á quienes armára de cascos y lanzas é hiciera deponer el cabello á guisa de la barba de los godos para engañar á los árabes. Estos rieron la ingeniosa ocurrencia, y no violaron las condiciones del tratado de paz.

Sojuzgada la tierra de Murcia y Valencia, Abdalaziz se dirigió á las campiñas de Jaen, descendiendo luego por la sierra de Segura hácia Baza, Guadix, Granada, á la sazon colonia judia, y arrabal de Iliberis, Antequera, y por último, Málaga, ciudades todas que le abrieron sus puertas sin oponer resistencia y en las que dejó guarniciones compuestas de árabes y de judíos.

De regreso en Sevilla, despues de su venturosa espedicion por las costas orientales de la Península, Abdalaziz se dedicó con tanto celo como actividad á organizar el gobierno y la administracion pública del país, creando al efecto en Sevilla, capital á la sazon del Emirato de España, un consejo, ó *Divan*, con el que compartía la direccion de los negocios del Estado; nombrando majistrados con el nombre de *alcaides*, para la administracion de justicia en todas las ciudades de sus dominios, y estableciendo la administracion económica con empleados que se llamaron recaudadores de los impuestos; fué su gobierno, en suma, tan prudente, moderado y conciliador, que muy luego se establecieron relaciones sociales y aun intimas entre los árabes y los españoles; visto que estos no sentian la opresion de aquellos, sino es en cuanto al tributo que pagaban; y aun en este caso, la ley los igualaba con los musulmanes.

Contribuyó no poco á la popularidad que Abdalaziz se grangeó en Andalucía, su casamiento con Egilona, viuda del desventurado Rodrigo, la cual, entre otros rehenes que Muza tomó en Mérida, trajo á Sevilla. Esta muger de singular belleza y relevantes prendas morales, fué el amparo de los cristianos, de cuya fé no habia abjurado á pesar de su matrimonio con un musulman; mas tambien fué la causa involuntaria del prematuro y desastroso fin del jóven Emir, pues de aquel matrimonio tomó pretesto la recelosa política del califa de Damasco para decretar la muerte de Abdalaziz.

En efecto; temeroso Soleiman, sucesor del Walid, de los resentimientos que en la poderosa familia de Muza despertara la negra ingratitud con que habia pagado los servicios del ilustre conquistador del África setentrional y de España, tomó pretesto de las murmuraciones de aquellos musulmanes mas fanáticos, que acusaban al esposo de Egilona de tibieza, por amor de ella, en su fé, y de contemporizar de tal manera con los cristianos que se hacia sospechoso de apostasía y de aspiraciones á reconstruir en su provecho personal el trono sumergido para siempre en las márgenes del Guadi-Becca, y espidió el decreto de muerte, contra el Emir de España y contra sus dos hermanos gobernadores tambien de África, el uno con residencia en Kairwan y el otro en Tánger.

De la certeza del hecho da testimonio la crónica de Isidoro de Beja, cuyo autor por vivir á la sazon entre los musulmanes de España, merece completo crédito.

Parece que el de Abdalazis fué dirigido á los cinco oficiales superiores del ejército de ocupacion de España, y llegó á manos de Habib-ben Obeida el Fehri, amigo íntimo del jóven Emir. Su desconsuelo fué inmenso, pero la órden del Califa era terminante y no admitia dilacion. Los encargados de ejecutarla temerosos de que si se divulgaba la órden los soldados que amaban con estremo á Abdalaziz se armasen en su defensa, resolvieron cumplimentarla en secreto. En su virtud sorprendiéronle una mañana á la hora en que rezaba la

oracion del Alba, en una mezquita que hiciera construir en una casa de recreo, situada á las puertas de Sevilla, donde pasaba algunas temporadas, y allí lo lancearon hasta quitarle la vida (715). Cortáronle la cabeza que enviaron al Califa de Damasco, metida en una caja entre alcanfor.

Cuéntase que llegado Muza al Alcázar en ocasion en que el cruel Soleiman estaba examinando la cabeza de su víctima, preguntóle el Califa con irónico acento: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó el anciano con altivez; la conozco.... ¡Qué la maldicion de Dios caiga sobre el que asesinó á quien valia mas que él....!» Muza salió transido de dolor de la presencia del Califa, y partió inmediatamente para Waltichora, su pátria, donde á poco murió de pesar.

Los dos hermanos de Abdalaziz, Walies de África, tuvieron el mismo triste fin. Tal fué la infame recompensa, dicen los escritores Árabes, que obtuvo aquella esclarecida familia por los servicios que habia prestado al imperio.

Destino fatal fué el de todos los hombres mas notables de que se valió la Providencia para operar el milagro de la redencion de España. Todos desaparecieron al dia siguiente de haber terminado su mision. La obra quedaba hecha; ¿de qué podian servir ya los instrumentos? Rodrigo, Julian, los Witizas, Muza, Abdalaziz, Egilona, Moghit, y el mismo Tarik que murió tambien en la oscuridad y en la desgracia, asistieron al funeral de la España de los Romanos y de los Godos; mas ninguno pre-

senció ni menos contribuyó á la resurreccion de la España de los españoles. De la misma manera que se decia en Francia, en tiempo del *Terror*: «Ninguno que haya conocido el antiguo régimen puede aceptar con sinceridad el nuevo» decimos nosotros al referirnos al suceso de la completa trasformacion de España: «Ninguno de los que cubiertos sus hombros con manto de brocado, adornados sus dedos con sortijas de oro, y calzados sus piés con borceguíes enriquecidos con rubíes y esmeraldas dejaron morir la España formada por razas estrangeras, podia asistir vestido de pieles sin adobar, armado de tosca malla, y calzadas abarcas de cuero á la formacion de la verdadera nacionalidad española. Así como el cristianismo no podia nacer en el palacio de los Césares de Roma, ni alimentarse con la corrompida sávia de una civilizacion que habia terminado ya su imperfecto desarrollo, así la España propiamente dicha, no podia tampoco nacer en el palacio de los reyes Godos de Toledo, ni nutrirse y robustecerse bajo la servidumbre romana ó goda erigida en ley inflexible en los códigos de aquellas razas, ni bajo el derecho aristocrático concedido á un corto número de familias para gobernar á las demás.

Muerto Abdalaziz y no habiendo nombrado el Califa quien le sucediera en el gobierno de la Peninsula, reuniéronse en Sevilla los generales y musulmanes de mayor prestigio é influencia, y eligieron Wali interino á Ayub-ben Habib el Gami, primo hermano de Abdalaziz. Ayub, militar esclareci-

do y entendido administrador, se esmeró en continuar la política y administracion tolerante y equitativa de su primo. El primer acto de su autoridad, fué trasladar su asiento á Córdoba, conceptuando aquella ciudad en situacion mas ventajosa como mas central para los efectos de su gobierno. El segundo fué repartir la Península en cuatro grandes divisiones mal deslindadas en el nombre y en la reparticion; es á saber: Norte, Mediodia, Levante y Poniente. Muy luego visitó algunas provincias de su Emirato, oyendo las quejas de los pueblos, y administrando recta justicia entre cristianos, musulmanes y judios. Poco tiempo gozó España de su paternal gobierno. El Walí supremo del África le depuso por órden del Califa, á quien Ayub se hiciera sospechoso como pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur-ben Abderrahman, conocido vulgarmente por El Horr.

Este fué el primer general musulman que pasó los Pirineos y penetró en la Septimania, Lo llevó todo á sangre y fuego; ocupó á Narbona y por espacio de tres años paseó sus armas victoriosas por la Galia Visigoda hasta el país que baña el Garona. Detúvole en medio de sus conquistas, obligándole á regresar ejecutivamente á España, la noticia de una sublevacion en el norte de la Península, movida por los cristianos, que destruyeron un ejército musulman.

Esta sublevacion fué la acaudillada por Pelayo, hácia los años 717 ó 718, segun las crónicas cristianas, ó entre los de 721 á 725 segun testimonio de

Razi, y de Ibn-Haiyan que la ponen bajo el gobierno de Ambiza-ben-Sohim, ó por los de 731, como dice Ibn-Kaldun. De todas maneras el hecho es cierto é incontestable, y solo varian sus detalles á impulsos de la pasion política y religiosa de los cronistas de distinto origen que los refieren.

No vamos á discutir la existencia de Pelayo que algunos críticos modernos han puesto en duda, fundados en el silencio que acerca del héroe de Covadonga guarda Isidoro de Beja, único cronista español contemporáneo del acontecimiento; pero de la que dan testimonio las crónicas arábigas publicadas en nuestros dias; ni tampoco discutiremos su origen y genealogía por mas que las crónicas Albeldense y de Sebastian de Salamanca lo supongan descendiente de la sangre de Chindasvinto y sobrino de Rodrigo; que el cronicon de Oviedo llame á su padre duque de Alava, y que los cronistas musulmanes, lo titulen *Belaz el Mumi*, es decir, el *romano;* siendo de notar que cuidan mucho de indicar la procedencia de los primeros cristianos que se alzaron en armas contra los musulmanes, como aconteció con Teodomiro, á quien dijeron: *ben-Gobdos*, es decir, hijo de Godos. Bástanos, pues, tener probada su existencia y la del suceso que inmortalizó su nombre para que consideremos ociosa en este lugar toda discusion acerca de su orígen y de la fecha de su alzamiento, por mas que haya sido motivo de encontrados pareceres hasta entre los mismos historiadores árabes.

En corroboracion de esto último, véase como se

expresa el célebre historiador, de orígen andaluz Ibn-Khaldun.

»Cuando los musulmanes hubieron vencido á los cristianos, en el año 90 de la Hegira, y que hubieron dado muerte al rey Godo, Rodrigo, prosiguieron su conquista por todas las provincias de España, mientras que los cristianos huyendo delante de ellos pasaron los desfiladeros de Castilla y se refugiaron hácia la costa del Norte. Reunidos en Galicia alzaron rey á Pelayo hijo de Favila, quien reinó 19 años y murió en 133 (9 de Agosto de 750—30 de Julio de 751). Su hijo Favila que le sucedió, reinó dos años. Muerto este, los cristianos alzaron rey á Alfonso, hijo de Pedro, cuyos descendientes reinan todavia. Estos reyes proceden de una familia gallega; si bien Ibn-Haiyan pretende que su orígen es Godo. Creo que esta opinion es errónea, porque esta nacion habia perdido ya el poder; y es notorio que cuando una nacion lo pierde es muy difícil que lo vuelva á recuperar. Fué una *nueva dinastía* que reinó sobre un *pueblo nuevo:* mas solo Dios sabe la verdad.»

De estas palabras del historiador arábigo, se desprende á primera vista, que la sublevacion que obligó á El Horr á regresar á España, tuvo lugar, puesto que los cristianos alzaron un rey, cuando los musulmanes se creian soberanos de toda la Península; pero no se habla de la batalla de Covadonga. Mas, ¿no pudo trabarse aquella refriega á consecuencia de la irrupcion que los muslimes verificáran en las montañas de Astúrias para castigar á los

sublevados? Siendo así, el silencio de Ibn-Kaldun no implica negativa del hecho. Queda, pues, solo la duda, si la proclamacion de Pelayo precedió ó fué consecuencia de su inmortal victoria sobre las hasta entonces invencibles huestes musulmanas.

Vámos ahora á narrar compendiosamente el suceso, ateniéndonos á las narraciones mas acreditadas, y remitiendo aquellos de nuestros lectores que deseen mas detalles, á la Historia general de España.

Dueños los Árabes de las provincias mas ricas y feraces de la Península, descuidaron las agrestes y escabrosas regiones que atraviesa la gran cadena de montañas que corre de levante á poniente, desde los Pirineos hasta Galicia; suelo inculto y pobre que no les brindaba ni con presa ni con terrenos favorables para sus establecimientos. En ellas se habian refugiado, despues de la catástrofe del Guadi-Becca, multitud de cristianos que buscaron al abrigo de aquellas rocas inaccesibles, espesos bosques y profundos valles, el culto y la libertad de que temieron ser despojados por el afortunado é irresistible conquistador. Parece que durante el gobierno de Ayub, sucesor de Abdalaziz, algunos destacamentos musulmanes habian recorrido las regiones bajas y las playas marítimas de Galicia y Astúrias hasta Gijon, donde Otman-ben-Abu-Nesa (el Munuza de las crónicas latinas) estableció el centro de su gobierno.

Por los años de 717 ó 718, los *Astúres nunca do-*

mados, segun la frase de los poetas latinos del tiempo de Augusto, y los cristianos que procedentes de muchas provincias de la Península, se habian refugiado entre ellos huyendo del Árabe invasor, repuestos del espanto que los sobrecogiera, á virtud del reposo en que les dejára el enemigo durante tantos años, y alentados por las espediciones que este verificára allende el Pirineo, se atrevieron á salir de sus enriscadas viviendas, descendieron por los valles, y fundaron uno ó varios establecimientos en los campos inmediatos al pueblo de Cangas de Onis. Aquel embrion de Estado necesitaba de un gefe ó cabeza para constituirse en condiciones de estabilidad. En su virtud, todos los ojos se fijaron en PELAYO, cuyos antecedentes, es de suponer, lo harian merecedor de tan señalada distincion. Muy luego debió ser conocido en las comarcas inmediatas el heróico é inesperado suceso, y de ellas acudiria crecido concurso de cristianos para ponerse bajo el amparo de aquel nuevo gobierno que respondia á sus aspiraciones de independencia y á sus creencias religiosas.

El rumor de aquel imprevisto levantamiento llegaria mas ó menos abultado á oidos del Emir de España, quien dispuso el envio de algunas fuerzas al mando de un general, que la historia llama Alkamah, para sujetar á los rebeldes y obligarles á pagar el tributo. A la aproximacion de la hueste musulmana, Pelayo, no conceptuándose con medios suficientes para contrarestarla en campo abierto, abandonó las campiñas de Cangas y se retiró hácia

las fragosidades del monte Auseba. Los ancianos, las mugeres y los niños se ocultaron en lo mas enriscado de aquellas breñas, y los hombres de armas se situaron en ventajosas posiciones para ofender al invasor.

«A la estremidad de un estrecho valle al Oriente de Cangas, *(D. Modesto Lafuente, Hist.ª de España)* que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho pies de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podian caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de su gente en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el rio Deva... Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando sus estensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los Árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que

mados, segun la frase de los poetas latinos del tiempo de Augusto, y los cristianos que procedentes de muchas provincias de la Península, se habian refugiado entre ellos huyendo del Árabe invasor, repuestos del espanto que los sobrecogiera, á virtud del reposo en que les dejára el enemigo durante tantos años, y alentados por las espediciones que este verificára allende el Pirineo, se atrevieron á salir de sus enriscadas viviendas, descendieron por los valles, y fundaron uno ó varios establecimientos en los campos inmediatos al pueblo de Cangas de Onis. Aquel embrion de Estado necesitaba de un gefe ó cabeza para constituirse en condiciones de estabilidad. En su virtud, todos los ojos se fijaron en PELAYO, cuyos antecedentes, es de suponer, lo harian merecedor de tan señalada distincion. Muy luego debió ser conocido en las comarcas inmediatas el heróico é inesperado suceso, y de ellas acudiria crecido concurso de cristianos para ponerse bajo el amparo de aquel nuevo gobierno que respondia á sus aspiraciones de independencia y á sus creencias religiosas.

El rumor de aquel imprevisto levantamiento llegaria mas ó menos abultado á oidos del Emir de España, quien dispuso el envio de algunas fuerzas al mando de un general, que la historia llama Alkamah, para sujetar á los rebeldes y obligarles á pagar el tributo. A la aproximacion de la hueste musulmana, Pelayo, no conceptuándose con medios suficientes para contrarestarla en campo abierto, [illegible]lonó las campiñas de Cangas y se retiró hácia

religioso y el entusiasmo patriótico le han pintado; suponiendo tantos soldados musulmanes muertos en la batalla de Covadonga, como es muy posible no fuesen los vivos, á la sazon, en toda España. De todas maneras el hecho cierto y evidente es, que aquella fué la primera derrota que sufrieron los Árabes desde el dia de su primera invasion, y que aquella derrota fué obra de los *españoles,* que hasta entonces no habian combatido por su verdadera independencia.

Muy luego habremos de ver los inmensos resultados que produjo aquel memorable suceso en la Península. Entre tanto volvamos á Andalucia, donde reside todo el interes histórico de aquel período de la de España.

El año 720, el califa Yecid, á peticion de los musulmanes de España á quienes se habia hecho insufrible la estremada severidad y la codicia de El Horr decretó su destitucion y le reemplazó con Alsamah-ben-Melek (el Zama de nuestras crónicas) hombre hábil y entendido en administracion que se dedicó desde el comienzo de su gobierno á reparar los males causados por su antecesor y á normalizar la situacion económica del país. En el año siguiente 721, salvó los Pirineos, invadió la Septimania y la Aquitania, y puso cerco á Tolosa, bajo cuyos muros fué muerto en una batalla que le dió el conde Eudon. El ejército musulman se retiró á Narbona y nombró por su gefe al bizarro Abderrahman-el-Gafeki, cuya eleccion fué aprobada por el Emir de Africa; mas luego fué separado de su cargo, acusa-

do de corromper las frugales costumbres de los musulmanes por su escesiva liberalidad con los soldados.

Sustituyóle Ambiza ben Sehim, quien mandó distribuir los terrenos baldios entre los soldados veteranos y las tribus musulmanas que acudian á establecerse en España; hizo justicia á todos sin distincion de cristianos, mahometanos ó judios, y por último, con propósito de vengar el desastre de Tolosa invadió con un numeroso ejército la Galia gótica donde encontró la muerte en un combate (725).

Desde aquel año hasta el de 728, sucediéronse en Andalucia cuatro emires cuya breve administracion se señaló generalmente mas bien por lo codiciosa y tiránica que su moderacion; hasta que el califa de Damasco, dando oidos á las repetidas quejas de los muslimes, nombró para el gobierno de la Península al valiente Abderrahman, el mismo que pocos años antes habia sido depuesto por sus liberalidades con los soldados.

Benévolo y justo con los cristianos, Abderrahman reparó muchas de las injusticias cometidas por los emires sus predecesores; destituyó las autoridades que se habian señalado por su falta de probidad y devolvió á los cristianos las iglesias de que habian sido despojados faltando á las estipulaciones de los tratados. Pero lo que mas celebridad dió á Abderrahman en los fastos de la historia de la Edad Media, fué su famosa espedicion á las Galias. Ardiendo en deseos de vengar las sangrientas der-

rotas que sus antesesores habian sufrido del otro lado de los Pirineos, publicó con inusitado estruendo la *Guerra Santa* á cuyo llamamiento acudieron numerosas tribus procedentes de la Arabia, de la Siria, del Egipto y del Africa, que reunidas en España formaron un ejército tan numeroso como nunca se habia visto en Europa bajo los estandartes del Profeta. Con él pasó Abderrahman los Pirineos por Pamplona; incendió el Bearnés y la Aquitania; tomó y saqueó á Burdeos; pasó el Garona y el Dordoña; derrotó el ejército aquitano del Duque Eudon, y llegó á las dilatadas llanuras que se estienden entre Tours y Portiers. Allí le salió al encuentro Cárlos, duque soberano de los Franco-Austrasios, y se empeñó entre el Evangelio y el Coran aquella memorable batalla (732) que salvó la Francia del yugo musulman, y acaso á la Europa entera y á la cristianidad de caer bajo el imperio de la media luna. En ella dejó la vida el valiente Abderrahman, y los Arabes perdieron el rico botin que habian hecho en su venturosa correria por la Galia hasta Poitiers, y con él la fama de invencibles que hasta entonces los habia acompañado en todas sus guerras.

Sucediole en el amirato de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, quien deseoso de vengar el desastre de Poitiers reunió un numeroso ejército y se puso en marcha resuelto á invadir de nuevo la Aquitania. Al pasar los desfiladeros de la Vasconia, vióse detenido por los montañeses, que no solo le cerraron el paso, sino que tambien le obligaron á

retroceder en desórden sobre el Ebro (734). El desgraciado emir fué destituido, y el Califa de Damasco nombró en su lugar á Ocba-ben-Alhegay, general que se habia distinguido en las guerras de África.

Ocba dió comienzo á su gobierno corrigiendo los abusos, y castigando severamente á todos los alcaides y funcionarios acusados de malversadores y concusionarios; estableció partidas rurales para la seguridad de los campos; empadronó los vecinos de todas las poblaciones; igualó los tributos entre cristianos, musulmanes y judios y fundó numerosas escuelas y mezquitas. Disponiendo estaba una espedicion allende el Pirineo, cuando recibió órdenes del Walí de África mandándole pasar allá para sujetar una nueva rebelion de los bereberes que se habian levantado contra la autoridad del Califa. Ocba reunió en Córdoba un escojido cuerpo de caballería y con él pasó á Africa en 737.

Cuatro años permaneció Ocba en África combatiendo á los rebeldes, al cabo de los cuales regresó á Andalucia que yacía presa del mayor desórden promovido por los celos y rivalidades entre las diferentes razas musulmanas establecidas en el país. Sorprendióle la muerte antes de que hubiese puesto coto á la anarquía; mas tuvo la prevision de dejar el gobierno encomendado al anciano Abdelmelek.

La salida de Ocba de África fué la señal de una nueva y mas terrible sublevacion de los berberiscos, que en dos batallas campales destrozaron completamente otros tantos ejércitos Árabes. En la segunda logró salvarse de la carnicería un cuerpo de

veinte mil Sirios mandados por Baleg y Thaalaba, que se refujiaron en Ceuta desde donde pidieron socorro á sus hermanos de Andalucía que les fué negado por el emir de Córdoba, Abdelmelek.

La influencia que tuvo la rebelion de África en España fué demasiado importante para que dejemos de consagrarle algunas palabras, visto que á su influjo comenzó inmediatamente la obra de la reconquista, con una rapidez tal y resultados tan asombrosos, que en el breve trascurso de pocos años el imperio musulman se vió sériamente amenazado por las armas cristianas; esta vez esgrimidas por los *españoles*, sin mas auxilio que el de Dios y el de su varonil denuedo.

Reinaba á la sazon, en Astúrias, Alfonso I, casado con Ermesinda, hija de Pelayo. Era este príncipe hijo de Pedro, Duque de Cantabria, es decir de toda la tierra que se estendia á lo largo de la costa desde las fronteras Orientales de Asturias hasta las de Francia, país que no habia sido sometido por los musulmanes. Muerto Favila desgarrado por un oso en 739, sucedióle Alfonso, quien reunió bajo su cetro los dos Estados independientes del Norte, Astúrias y la Cantabria, formando con ambos un reino ya bastante poderoso para tomar la ofensiva con probabilidades de éxito, contra los musulmanes que le tenian estrechado entre las asperezas de las montañas y el Occéano.

Veamos ahora cual era la situacion de estos últimos, á fin de que se haga mas comprensible la fortuna y rapidez con que el primer Alfonso realizó

sus conquistas, y estendió en breves años las fronteras de sus Estados, desde la gran cordillera que corre de Levante á Poniente arrancando de los Pirineos para terminar en Galicia, hasta el Tajo.

Segun testimonio de los autores arábigos, de acuerdo con el de nuestros propios cronistas, despues de las invasiones de 711 y 712, los conquistadores que se establecieron en las provincias próximas á las Asturias, no fueron Árabes, sino Bereberes. Por todas partes, hasta en Galicia tenian asegurada su dominacion, hasta el estremo, que, segun dice el autor de *Akhbar-madjmua*, bajo el gobierno de Ocba, no habia un solo pueblo de aquella provincia que no les estuviese sometido. Asi las cosas, subió al trono de Astúrias Alfonso I, y al poco tiempo estalló la sublevacion en África.

Hacia ya mucho tiempo que los Bereberes de España estaban sumamente irritados contra los Árabes, porque siendo ellos los que habian derrotado el ejército de Rodrigo y conquistado la Península al mando de Tarik, cuando se trató de repartir el beneficio de la victoria, los Árabes de Muza se habian adjudicado la parte del leon; es decir, habianse reservado las provincias mas fértiles, entre ellas la hermosa y opulenta Andalucia, dejando á los Bereberes las áridas llanuras de la Mancha y de la Estremadura, y las agrestes montañas de Leon de Galicia y Astúrias donde vivian en continua hostilidad con los cristianos que no se avenian á sufrir el yugo musulman. Hacia mucho tiempo, repetimos, quelasdosrazas morabanen nuestro suelo mi-

rándose con enojo y desconfianza, cuando los Bereberes de África, no menos oprimidos por los Árabes que los de España, se insurreccionaron contra sus opresores.

Aquella insurreccion á la vez política y relijiosa tuvo mucho eco entre sus hermanos de España, á quien los de África enviaron emisarios para moverles á una insurreccion general que tenia por objeto esterminar á los Árabes. La sublevacion, pues, estalló en Galicia y se corrió hácia el Norte hasta el distrito de Zaragoza, donde no logró penetrar por estar en él los Árabes en mayoria. En todos los demás los Árabes fueron derrotados y espulsados. Alentados con el éxito de su brusca acometida, reuniéronse en un numeroso ejército los Bereberes de Galicia, Mérida, Coria, Talavera y otros distritos y se dirijieron contra las provincias del Mediodia, llegando hasta el pié de los muros de Toledo y de Córdoba.

Alfonso I no solo no descuidó, sino que supo aprovechar grandemente tan favorable coyuntura para levantarse en armas con sus súbditos, y caer con la rapidez del rayo sobre los restos de las tribus bereberes que habian permanecido en el país. Tan ruda y ejecutiva fué su acometida, que muy pocos infieles lograron salvarse refujiándose en Astorga, y pereciendo los demás al filo de las espadas cristianas. En el pais pues, no quedó rastro de la dominacion musulmana. En el año 757 (segun la cronologia del *Akhbar-madjmua*, los Bereberes se vieron obligados á replegarse mas hácia el Medio-

dia. Abandonaron Braga, Porto y Viseo, de manera que toda la costa hasta mas acá de la desembocadura del Duero se vió libre de su dominacion. Retrocediendo siempre, y en la imposibilidad de mantenerse en Astorga, Leon, Zamora, Ledesma y Salamanca, hubieron de refujiarse en Coria y hasta en Mérida. Mas hácia el Este evacuaron Saldaña, Simancas, Segovia, Ávila, Oca, Osma, Miranda de Ebro y algunos pueblos de Rioja. Las principales ciudades fronterizas del país musulman, fueron desde entonces desde el Este al Oeste: Coimbra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Hé aquí, pues, de qué manera una mitad próximamente del suelo de la Península quedó libre del yugo musulman á los cuarenta años, poco mas ó menos, de la invasion de Tarik y Muza. La guerra civil entre las dos razas conquistadoras, una hambre espantosa que en aquellos tiempos asoló el país y las armas victoriosas de los membrudos soldados de Alfonso I, produjeron tan felices resultados para la cristiandad.

Alfonso, dice Dozy, no sacó el provecho que debiera de las ventajas obtenidas por él. Rocorrió en son de guerra todo el pais, pasó á filo de la espada los musulmanes que encontró en él, y llevóse consigo á sus Estados los cristianos que le recibieran como su libertador. Contentóse con tomar posesion de los distritos mas inmediatos á sus dominios, es decir, el Liébana, al sur oeste de la provincia de Santander, Castilla la Vieja, llamada Bardulia á la

sazon, las costas de Galicia y acaso la ciudad de Leon. Los demás paises solo fueron durante largos años *un desierto que formaba una barrera natural* entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Mediodia. Ciudades tan importantes como Astorga y Tuy no se vieron repobladas hasta despues del año 850, en el reinado de Ordoño I, segun dicen Sebastian de Salamanca y la Crónica Albendense.

¿Sería aventurado atribuir á aquel desierto que formaba una barera natural entre cristianos y musulmanes, la larga suspension de hostilidades que duró entre los dos pueblos desde los últimos años del reinado de Alfonso el *Católico* hasta los primeros del de Alfonso el *Casto*?

Dijimos en alguno de los párrafos precedentes, que despues del segundo desastre de los Árabes en África, un cuerpo de veinte mil Sirios refugiado en Ceuta, pidió auxilio á sus hermanos de Andalucía y que le fué negada por Abdelmelek. Sin embargo, viéndose el anciano emir estrechado en Córdoba por la irrupcion de los Bereberes procedentes de Galicia, pactó con aquellos Sirios y sus gefes Baleg y Thaalaba, que les daria entrada en España á condicion de que habrian de reembarcarse para África cuando él lo estimase oportuno.

Vinieron los Sirios á Andalucía, y unidos á los Árabes derrotaron á los Bereberes, acosándolos en términos de que los vencidos se vieron en la necesidad de abandonar la Peninsula, de la que salieron embarcándose en el rio Barbate en la provincia de Sidonia, pasando al África, donde se

reunieron á los de su raza en Tánger y en Arcila.

Obtenida la victoria, el emir de Córdoba exigió de sus auxiliares el cumplimiento del convenio en virtud del cual les habia dejado entrar en España. Los Sirios contestaron apoderándose de Córdoba, ahorcando á Abdelmelek, y proclamando emir á su gefe Baleg (742-743). Los Árabes andaluces se levantaron en armas contra aquellos miserables aventureros; Thaalaba, segundo gefe de los Sirios, se negó á reconocer la autoridad de Baleg; llegó de Narbona con un numeroso cuerpo de tropas Abderrahman-ben-Alkamah, wali de la Septimania, derrotó y mató á Baleg en los campos de Calatrava, y por último, Thaalaba, con los restos del ejército sirio marchó sobre Mérida, volvió y se apoderó de Córdoba y se hizo proclamar emir.

Entre tanto que ardia la guerra civil entre los musulmanes en Andalucia, la formidable rebelion de los Bereberes, que arrojara á los Sirios en España, habia sido completamente sofocada, en términos de que todo el pais del Magreb hasta el Estrecho y el Atlas volvió á la obediencia de los Arabes. El wali vencedor de los Bereberes, Hanthalah, con deseo de aprovechar para la causa del Islam el génio batallador de aquellas gentes, dispuso enviar á la Península 10,000 magrebinos, al mando de Abulkatar, general que se habia distinguido mucho en la guerra de África. Este pensamiento que pudo ser un bien para aquella region, fué un mal

para Andalucia puesto que arrojó en ella un nuevo y poderoso elemento de discordia.

El dia que llegaron los magrebinos á la vista de Córdoba, iban á ser degollados en las afueras de la ciudad, por órden de Thaalaba, mil prisioneros Bereberes. La presencia de Abulkatar salvó las víctimas destinadas al sacrificio, y el gefe Sirio, que lo decretara fué reducido á prision por el nuevo emir, que lo envió á África cargado de cadenas (744).

La fama de que vino precedido Abulkatar á España, como guerrero y hábil político, le grangeó desde luego el respeto y la obediencia de todos sus correligionarios. Uno de los primeros actos de su administracion fué hacer un nuevo empadronamiento de todas las tríbus, y un reparto territorial, sin perjuicio de los hacendados, entre la poblacion musulmana no avecindada, á fin de poner término á las sangrientas discordias que la necesidad de establecerse definitivamente mantenia entre las castas, principalmente la de los Árabes-Baladi y Sirios, que ambicionaban poseer las fértiles comarcas de Andalucia. Verificóse el reparto en la forma que dejamos apuntada en la página 111 de este tomo; mas no dió el resultado que fuera de esperar atendida la equidad con que procedió el emir, y la prevision y sabiduría de su consejero en este asunto, el Conde Ardabasto, gefe de los cristianos de Córdoba, visto que al poco tiempo un jóven Sirio, llamado Samail, de linaje esclarecido pero de carácter inquieto y turbulento que viniera en compañia de Baleg, alzó el estandarte de la rebelion ba-

jo el pretesto de que en el reparto de las tierras, Abulkatar habia mostrado señalada preferencia por los Árabes del Yemen. Uniósele Thueba, hermano de Thaalaba, el emir que en el año 744, fué enviado al África cargado de cadenas, y juntos, acaudillando numerosa hueste de descontentos movieron guerra cruel contra Abulkatar y las tríbus que se le habian mantenido fieles, hasta que le derrotaron en una sangrienta batalla empeñada cerca de los muros de Córdoba, donde condujeron prisionero al vencido emir.

Samail y Thueba se repartieron el fruto de la victoria, quedando el primero con el poder soberano de la Peninsula, y el segundo con el emirato independiente de Zaragoza y de toda la España Oriental, si bien los Walies de Toledo y Mérida se negaron á reconocer al usurpador.

Renováronse, como no podia menos de suceder, los ódios y sangrientas rivalidades entre las diferentes tribus de Árabes, Persas, Sirios, Egipcios y Berberiscos, hasta que el temor á la desastrosa ruina que veian en perspectiva, les obligó á firmar una trégua para tratar de nombrar un emir con poderes bastantes para concertar los intereses encontrados. Al efecto, reuniéronse en Córdoba los enviados de los diferentes Estados musulmanes, y elijieron á un noble Coraicita, llamado Yussuf-ben-Alderrahman-el-Fehri, guerrero de gran prestigio, que se habia mantenido independiente de todos los partidos. Su nombramiento fué recibido con general aplauso (746).

La paz que el gobierno de Yussuf proporcionó á la España musulmana no fué de larga duracion. Por los años de 748, el wali de Sevilla, Ahmer-ben-Amru, envió cartas á la corte del Califa de Damasco, acusando á Yussuf de abrigar el proyecto de hacerse independiente de la soberania del imperio. Súpolo el emir, é intentó inútilmente castigar á su calumniador. Esto dió motivo á nuevas y sangrientas discordias entre los musulmanes, en las que tomaron parte los walies y principales caudillos de muchas provincias.

Por aquel entonces tenia lugar en Damasco la memorable revolucion que esterminó toda la familia y dinastia de los Ommiadas, que habia dado catorce califas al imperio muslimico, y la sustituyó con la de los Abassidas, descendientes de Abas, tio de Mahoma y abuelo de Alí yerno del Profeta.

Del degüello general salvóse solo un vástago de aquella ilustre familia, jóven de veinte años, llamado Abderrahman-ben-Moawia, nieto de Hixem, décimo califa de los Omeyas. Huyendo el príncipe de sus sanguinarios perseguidores llegó tras vicisitudes mil á la Mauritania, y se refujió en la ciudad capital de la tribu de los Zenetas, donde halló una nueva pátria.

Ardia, á la sazon, la España musulmana en el fuego de la guerra civil; y fueron tantos los desórdenes, tantas las calamidades que afligieron á los pueblos, promovidos por los bandos que se titulaban de los *Andaluces* y de los *Orientales*, que los jeques mas ancianos y caracterizados de las tríbus proce-

dentes de la Arabia, Siria y Egipto, se reunieron en Córdoba, en número de ochenta, para ver de atajar la discordia civil, y establecer un gobierno justo, fiel observante de la ley, y buen administrador de los intereses de los pueblos. La urgencia del remedio era tanta que todos convinieron en la proposicion que desde luego presentó el anciano Wabib-ben-Takir, en la primera reunion que celebró la Junta referente á emancipar la Península del imperio musulman de Oriente, y ofrecer el gobierno de ella á Abderrahman-ben-Moawia. En su virtud, fuéronle enviados al príncipe proscripto comisionados que en nombre de la Junta de los ancianos le ofrecieron el amirato independiente de España. Abderrahman aceptó en medio de los plácemes de los ancianos y del entusiasmo de los jóvenes de la tríbu que le habia dado asilo.

En el año 755 hubo grandes alborotos y juntas de jentes en tierra de Elvira y principalmente en Almuñecar, con motivo de la noticia que circuló de haberse embarcado en las costas de Argel, rumbo á las de España, el príncipe Abderrahman. No mucho despues apareció el jóven ommiada en aquel puerto, seguido de mil caballeros de la Tríbu Zeneta. Los jeques árabes, sirios y los mas señalados caudillos egipcios que le estaban esperando, se apresuraron á jurarle obediencia, y el pueblo que en confusa muchedumbre se apiñaba por verle, prendado de su juventud y gallarda apostura lo victoreó con delirio. Seguido de sus fieles Zenetas, Abderrahman atravesó las Alpujarras, entró en

Elvira, y desde aquí se dirigió por la provincia de Málaga, de Sidonia y Jerez, hácia Sevilla en cuya ciudad entró al frente de veinte mil hombres armados. Fué recibido en medio del mayor entusiasmo por sus habitantes, que le juraron fidelidad, así como los diputados de otras ciudades, que, ó le esperaban ó acudieron á prestarle obediencia.

En 756, Abderrahman despues de haber derrotado completamente en reñida batalla al hijo de Yussuf, encargado por su padre del gobierno de Córdoba, y en otra no menos sangrienta y porfiada campal refriega al mismo Yussuf y á su lugar-teniente Samail, los cuales despues de su derrota se retiraron el primero hácia Mérida y el segundo á las asperezas de la sierra de Elvira, Abderrahman, repetimos entró en Córdoba, donde fué proclamado por los jeques y el pueblo, emir soberano de España, y heredero del trono y los derechos de los Califas Ommiadas. El ejemplo de Córdoba persuadió á otras muchas ciudades musulmanas, que enviaron sus protestas de obediencia al príncipe, á quien el pueblo, en sus trasportes de alegria, llamaba el génio benéfico del Islam.

A partir de este dia, la España musulmana se emancipó del Califato supremo de Oriente y Occidente; trocóse de vasalla en soberana, y dió comienzo á uno de los periódos mas brillantes de la historia política de la Peninsula. Desde entonces tambien, Europa, Asia y África volvieron los ojos hácia Andalucía, de donde no los separaron un momento durante muchos siglos.

Al cerrar esta primera época del periódo de la dominacion musulmana en la Peninsula, época tan breve como fecunda en acontecimientos que contribuyeron poderosamente á cambiar la faz de dos grandes pueblos, entonces preponderantes en Europa, y antes de abrir la que le sucedió, no menos importante para los destinos de España, creemos oportuno esponer algunas consideraciones que sean á manera de complemento de lo que dejamos narrado.

Dueños los Árabes de toda España y sometidos la mayor parte de sus moradores, unos por la fuerza, como los Godos no convenidos, y otros en virtud de honrosas capitulaciones como los españoles, pasan algunos años durante los cuales parece haber desaparecido, políticamente hablando, la raza hispano-romano-goda de la Peninsula. De improviso, álzanse en uno de los rincones mas escabrosos y apartados de esta tierra unos cuantos montañeses mal armados, que en el primer ensayo de sus fuerzas obtienen una señalada y providencial victoria sobre sus dominadores. Desprecian los Árabes aquella llamarada, que muy luego se ha de convertir en voraz incendio; y sin embargo, Pelayo, el caudillo vencedor de Alkamah, no cuida de aprovechar la indolencia del enemigo; recuéstase á la sombra de los laureles de Covadonga, y durante 21 años deja el embrion de la monarquia española encerrado en el seno de las montañas de Astúrias.

¿Qué hacen los Godos que no acuden presurosos á alistarse bajo las banderas del gefe que puede devolverles siquiera el honor que perdieron en las orillas del Guadi-Becca? ¿Qué los españoles que tienen que romper los eslabones de una nueva cadena de servidumbre y opresion? Los primeros huyeron á ocultar la vergüenza de su derrota ó traicion, los unos en la Galia meridional y los otros en Orihuela, á la sombra de un rey elegido por ellos y tributario de los Árabes, atentos solo á conservar la limosna que les hizo Abdalaziz en tierra de Murcia. Los segundos resignados, ya que no satisfechos, con las humanitarias concesiones que les hizo el vencedor, gobernados por sus jueces naturales, doctrinados por sus obispos y sacerdotes, y no habiéndose apoderado todavía de su pensamiento el deseo de la reconquista ni la idea religiosa de una manera clara y definida, no debieron ver en los compañeros de Pelayo los soldados de la Cruz y de la independencia nacional, sino los soldados de un caudillo que combatia por adquirir un Estado. Y acaso vieron mas; acaso vieron en el héroe de Covadonga, un príncipe como Teodomiro, es decir, un godo que les recordaba su antigua servidumbre. Y si á esto se agrega la formidable barrera, á manera de cordon sanitario, que las tribus berberiscas establecidas en los llanos tenian formado alrededor de las montañas que fueron cuna de la nacionalidad española, se podrá tener una idea de las causas que produjeron aquella prolongada quietud despues de la victoria.

Con el encumbramiento de Alfonso I al trono de Cangas, terminó aquel período de inaccion: comenzó á despuntar la idea religiosa, y con ella la de la independencia. La iglesia de Santa Cruz que acababa de ser fundada por Favila, daba alientos á la primera, y Alfonso quiso dar vida á la segunda paseando su victoriosa bandera desde los Pirineos al Duero. Mas, ¿cómo aquel pequeño Estado que nació en el reducido ámbito de una gruta, en cuarenta años llegó á constituir un verdadero reino por la estension de su territorio? ¿Cómo aquel poder mal constituido, falto de cohesion y teniendo para su defensa solo milicias visoñas pudo organizarse y establecerse á espensas de otro poder fuerte, culto y sostenido por falanges veteranas? ¿Cómo, en fin, con tan escasos recursos logró triunfar en combate tan desigual? Porque tenia en su favor la razon, el derecho, el cielo, el suelo y porque llevaba en su seno los gérmenes de una civilizacion invencible en lucha con la que importaran á España los soldados de Muza y Tarik. Porque á la deslumbrante pompa oriental opusieron los españoles su ignorancia y pobreza que fué su arma mas poderosa, y á la cultura de los Arabes y al ímpetu de los Africanos, la robusta y salvaje virilidad de aquellos *Astures* y *Cántabros nunca domados*. Además, favoreció los comienzos de la obra de la reconquista, de un lado la guerra civil que en los primeros dias del reinado de Alfonso estalló entre los conquistadores, y del otro el envio de aquellas terribles falanges á la Galia meridional, habiendo apurado para reunirlas y

equiparlas los recursos económicos y militares de la España musulmana; inmensos sacrificios que quedaron sepultados en los campos de Tolosa y Poitiers. No menos contribuyeron al éxito de las primeras escursiones de los españoles y á la súbita estension del pequeño reino que Alfonso heredara de Pelayo y Favila, la perturbacion que la secta de Alí y el cisma de los Fatimitas introdugeron á la sazon en la sociedad musulmana, y las rivalidades de tribus que mantenian perpétua guerra entre Arabes, Sirios, Egipcios y Bereberes, haciéndoles gastar en discordias intestinas las fuerzas que debieran emplear contra el enemigo comun.

Despues del suceso de la formacion de la nacionalidad y monarquia española en los dias en que ambas parecian completa y definitivamente borradas de la superficie de la tierra, el mas importante que registran los anales de aquella época, es el de las frecuentes guerras que los musulmanes hicieron del otro lado de los Pirineos. En su virtud, vamos á describirlas en la forma compendiosa que exije la naturaleza de nuestro trabajo.

Cuando los Arabes, ya dueños de España, penetraron por primera vez en la Galia meridional que formara parte del reino Visigodo, habian sido llamados por el implacable rencor de los judios, que huyendo de las persecusiones que sufrieran en la Península se habian refujiado en gran número en aquellas provincias, y particularmente en la Narbonense, llamada por esta razon, por un historiador, *el prostíbulo de los judios*. Destruido el sólio de Tole-

do, la Galia gótica se encontró abandonada á sus propias fuerzas, escasas y divididas entre tres razas que se odiaban mútuamente, los romanos, los judios y los godos, siendo estos últimos los mas débiles por su número y por el desprecio en que habian caido á resultas de su fácil vencimiento en España. así que los Árabes hubieron de prometerse una conquista tan rápida allende los Pirineos como lo habia sido la que realizaron aquende. Bajo tan felices auspicios, tomaron posesion de Narbona y estendieron sus correrías por el ducado de Tolosa, la Provenza y la Borgoña, donde no encontraron mayor resistencia que la que les opusieran las provincias de España.

Pero estas conquistas tuvieron solo el carácter de espediciones militares, puesto que no llegaron á fundar establecimientos, ya fuese por que el número escaso, relativamente, de soldados, no les permitiera dejar guarniciones en todas las ciudades, ya porque no les acompañaran, como aconteció en la Peninsula, tribus y familias para fincarse en ellas. Así se mantuvieron tres años talando el pais, saqueando las poblaciones y escaramuzando sin cesar con los Aquitanos, Provenzales y Borgoñones, hasta que en 721 fueron completamente derrotados en batalla campal por un ejército aquitano. Diez años tardaron en reponerse de aquel quebranto y en hallarse en disposicion de tentar de nuevo la conquista de la *Tierra Grande*. Al cabo de este tiempo el ínclito Abderrahman el Gafeki, salva los Pirineos al frente del mas brillante y numeroso

ejército musulman que hasta entonces viera la Europa. Los muslimes se estienden por la Galia meridional como un rio salido de madre. Nada se les resiste; todo lo avasallan; su marcha es una no interrumpida victoria, y el mediodia de Francia inclina la cabeza y recibe aterrada el yugo de la media luna. En una palabra, la fortuna de Abderrahman en Francia no le cede á la de Muza en España.

Y para que la situacion fuese igual y semejante, tuvo lugar en los campos que riega el rio Gironda, una batalla como la empeñada veinte años antes en los que riega el Barbate, en la cual la victoria coronó las armas de Abderrahman, y le hizo dueño de toda la Galia latina. Un paso más; un segundo triunfo como el de Ecija, y el estandarte del Profeta ondea sobre los muros de Paris como ondeó sobre los de Toledo, y la Galia bárbara queda sometida tambien.

Cárlos de Heristal, duque de Austracia y heredero del poder y prestigio de su padre Pepino, al oir en las fronteras del reino franco el eco pavoroso de los atambores y añafiles de las vencedoras huestes muslímicas, temió para la Neustria y la Austracia igual suerte que le cupo á la Septimania, Novampopulania y Aquitania. Vista la inminencia del peligro, reunió aceleradamente sus rudos Francos, medio idólatras todavia, y marchó animoso al frente de un formidable ejército al encuentro de Abderrahman que estaba sitiando á Tours. Ambas huestes se avistaron en los campos de Poitiers y se

precipitaron la una sobre la otra con el mismo vigoroso empuje. La Europa, el mundo todo estuvo pendiente del resultado de aquella batalla..... Los Arabes fueron vencidos, y la Europa se salvó del yugo de la ley de Mahoma.

Mas ¿cómo los conquistadores del Asia, del Africa, los que hicieron temblar en su trono al emperador de Constantinopla y destruyeron el poderoso imperio de los Visigodos, pudieron ser vencidos y arrojados de la Galia que tenian sojuzgada, en una sola batalla por los semi-bárbaros soldados del Norte?

Ya lo hemos dicho anteriormente: los árabes no fundaron en la Galia establecimientos con carácter permanente como en España. Las tropas de Abderrahman, mas bien que como ejército que toma posesion de un pais estranjero, obraron como tribus guerrero-nómadas; apoderáronse de muchas plazas fuertes y ciudades importantes, mas solo fué para desmantelar las primeras y saquear las segundas, retirándose luego á descansar á sus tiendas sin cuidarse, como en Córdoba, Sevilla, Carmona, Toledo y Mérida, de fortificarse en aquellas y hacerlas base de sus operaciones militares, y refugio para rehacerse en el caso de una derrota. El rápido y feliz éxito de sus conquistas en toda España y en la Galia meridional, les hizo creer que bastaba su presencia y su voluntad para sojuzgar el resto de Europa. Engañáronse creyendo que los pueblos de orígen latino, civilizados por la Grecia de Pericles y la Roma de Augusto, y regenerados con la luz

del Evangelio de Cristo, serian tan fácil presa para sus armas como lo fueron los pueblos y tribus de la Arabia, de la Siria, del Egipto y del Africa, semi-bárbaros ó degenerados de su antigua cultura, y adoradores del fuego, de los astros ó de ídolos groseros, al aparecer entre ellos los estandartes y la religion de Mahoma.

Este error, fruto de su ignorancia de la historia de los pueblos que formaron el imperio Romano de Occidente, unido á su movilidad incesante y á sus venturosas correrias por aquellos paises, ricos todavia á pesar de las guerras que habian sufrido en los años anteriores, tenia envanecidos á los caudillos árabes, y nadando en la opulencia á los soldados; en términos de que se relajó la disciplina, y de que los muslimes, aquel pueblo sóbrio, entusiasta y *resignado á la voluntad de Dios*, apartaba ya su vista del cielo para fijarla tenazmente en la tierra que le prodigaba sus dones. Además, vino á combatir por los soldados de la Cruz un enemigo con el cual no contaron los soldados de Abderrahman; el invierno, cuyos frios enervaban el cuerpo de unos hombres nacidos y criados en climas abrasadores.

Sin embargo; fuerza es confesar que no solo á estas causas conjuradas contra ellos, debieron la definitiva derrota de Poitiers y la pérdida de sus esperanzas de dominar el reino de los hijos del gran Clodoveo, sino que tambien al providencial é inesperado rebato que durante la refriega, ó mejor diremos, en el instante de la crísis suprema de la batalla, dieron los soldados del duque de Aquita-

nia sobre el campamento musulman. Los Arabes, para quienes ya no eran las orillas del Loira lo que fueron las del Guadi-Becca, es decir, las puertas del Paraiso, cuidaron mas de su bagaje que de la recompensa que el Corán promete á los que mueren combatiendo á los infieles. Corrompida su primitiva sencillez por las prodigalidades de Abderrahman, y entibiado su fanatismo religioso por el frecuente roce con los latinos y por el cotejo que hubieron de hacer entre su naciente cultura, todavía encerrada dentro de las páginas del Corán, y la civilizacion que los romanos dejaron en aquellos paises que ellos recorrian en son de guerra, abandonaron el laurel de la victoria al enemigo que comenzaba á cederles el campo, por acudir á la defensa del oro que habian amontonado en sus venturosas espediciones. La Aquitania fué la Cápua de los Árabes invasores de Europa, y el sepulcro del ínclito caudillo, que si hubiera triunfado en Poitiers, acaso hubiera seguido á través de los Alpes, las huellas de Anibal.

Una pregunta y terminamos esta impertinente digresion: Si los Emires de España hubiesen triunfado de Carlos *Martel* y sus Francos, derramádose por la Italia y clavado su victoriosa bandera en las murallas de Roma; y los Califas de Damasco hecho ondear el estandarte blanco de los Ommiadas sobre la cúpula de Sta. Sofía de Constantinopla, la raza asiático-africana, ¿hubiera sustituido á la latina y triunfado de la germánica? La historia de los primeros siglos de su dominacion en España dice que

sí; la civilizacion cristiana tan espansiva, tan tolerante y tan contraria al fanatismo musulman y al despotismo puro de los orientales, dice que no.

VII.

Observaciones Geográficas acerca de algunas localidades antiguas de Andalucía.

Considerando que á partir de la fecha de la declaracion de independencia de la España musulmana, comienza á fijarse en *Andalucía* el principal interés histórico del memorable período de la dominacion Árabe en la Peninsula, hasta el dia en que, operada la fusion de razas é investido, poco despues, el grande Abderrahman III del título y atribucion de pontífice supremo de la religion mahometana en Occidente, se proclamó la paz general en España, en cuya época quedó definitivamente terminada la obra de concentracion de aquel interés, y se convirtió Andalucía en el foco de un inmenso lente por donde pasaban los rayos del sol de la civilizacion para difundirse por toda la Europa, no salida todavía enteramente de las tinieblas de la barbarie, creemos conveniente poner en este lugar

una corta digresion geográfica, acerca de algunas de las ciudades y localidades de Andalucía, que, á partir del suceso referido, se han de ver citadas con frecuencia en el curso de los acontecimientos; proporcionándonos con esto dos cosas: primera, rendir acatamiento al axioma que dejó sentado el célebre filósofo inglés, llamando á la geografía *uno de los ojos de la historia*, y segunda escusarnos en otros lugares y ocasiones esta misma digresion repetida á cada paso en perjuicio de la atencion del lector.

Entramos, pues, en materia, comenzando por dar al César lo que es del César; es decir, al sábio orientalista y profesor de historia de la universidad de Leyde, R. Dozy, lo que le pertenece, puesto que vamos á estractar sus trabajos sobre la materia (*Recherches* t. 1.° p. 306 y siguientes).

Entre los castillos y pueblecitos de Andalucía, encuéntranse muchos que tienen nombre árabe y aun berberisco, nombre que generalmente procede de una tribu ó de una familia poderosa; mas no sucede lo mismo con las ciudades, el de estas últimas es casi siempre el que tuvieron antes de la conquista musulmana. Las mas de las veces los conquistadores se limitaron á modificar estos nombres á fin de acomodarlos cuanto les fué posible al génio de su lengua; así que, las alteraciones que en ellos introdujeron son menos importantes de lo que habia lugar á esperar, dada la grande diferencia que existia entre su lengua y la latina. Debe observarse además que estos nombres habian sido modificados por los mismos españoles mucho antes de la con-

quista. Así que, refiriéndonos solo á las terminaciones, diremos que hacía ya algunos siglos que se empleaba el hablativo en lugar del nominativo cuando los nombres propios eran del número singular, y el acusativo en lugar del nominativo cuando eran del plural. (R. Caro. *Antigüedades de Sevilla.*)

Esto sentado, empezamos por

CALSANA, MEDINA SIDONIA.

Es indudable que Medina-Sidonia existía en tiempo de la dominacion romana, puesto que en ella se encuentran inscripciones y monumentos romanos. Pero ¿con qué nombre se la conocia entonces? El que lleva en la actualidad le fué dado por los Árabes, y solo significa *capital de* (la provincia) *Sidona.*

Los escritores árabes son quienes nos revelan el nombre con que era conocida de los romanos. Llamábase *Calsana.* Ibn-Hayan y Arib dicen textualmente: «La ciudad de Calsana, que es la capital de la provincia (de Sidona.)» El geógrafo Edrisi, en el siglo XII nombra á Calsana. El *Maracid,* la nombra tambien.

ASIDO, JEREZ.

Jerez es la antigua Asido; Flores lo ha demostrado, y los mejores geógrafos han aceptado sus demostraciones. Pero ¿de dónde procede el nombre de Jerez? No ha faltado quien haya ido á buscar su

orígen en el fondo de la Persia, y que suponiéndose conocedor de la lengua árabe hiciera creer al sábio Flores, que Jerez es una alteracion de *Chiraz*, nombre de un general nacido en Chiraz que conquistara Asido. No queremos discutir semejante suposicion, dado que Plinio resuelve todas las dudas, llamando á aquella ciudad *Asido quæ Cesariana;* hé aquí, pues, el origen del nombre de Jerez. Siendo anterior á la conquista musulmana la trasformacion de *Asido* en *Asidona*, puesto que esta última forma se encuentra en la crónica de Juan Valclara, los árabes oyendo decir *Cæsaris Asidona*, escribieron *Ceris Sidona* (véase en confirmacion la página 85 de este tomo), ó bien *Ceris* solamente. Suprimieron, pues, la segunda sílaba de *Cæsaris* de la misma manera que la suprimieron en *Cæsar Augusta*, pronunciando *Cæragusta*.

HILIPULA MINOR, POLEI, AGUILAR.

La fortaleza de *Polei*, cuya situacion fija Edrisi á veinte millas de Córdoba, es la villa conocida hoy en dia con el nombre de Aguilar de la Frontera, segun se demuestra en una escritura del año 1258, citada por Lopez de Cárdenas, en su libro titulado *Memorias de la Ciudad de Lucena*, en la que se lee lo siguiente: «Aguilar que en lo antiguo se llamó Polei.» Encontrándose en la citada villa muchas antigüedades romanas, no es aventurado suponer que Polei es la *Ilipula minor*, que menciona Plinio entre

las ciudades del *Conventus* de Ecija. Los árabes suprimieron *ili.*

TALYATA.

Por mas que muchos historiadores árabes mencionen frecuentemente el pueblo de Talyata, en la provincia de Sevilla, es bastante difícil, por falta de noticias precisas, fijar su situacion. El autor del *Morasid*, la supone en el distrito de Ecija y cerca de Córdoba. M. Plane en una nota puesta en su traduccion de Ibn-Kaldun, indica que este célebre historiador dice que en el reinado de Adil los musulmanes fueron derrotados en Talyata, y que Lucas de Tuy asegura que hácia aquella época los moros hubieron de ser vencidos en Tejada, concluyendo de aquí, que Talyata y Tejada son una misma cosa.

La conclusion del sábio traductor de Ibn-Kaldun parece, á primera vista, convincente; pero téngase presente, que no se funda en ninguna prueba incontestable, y que en el tiempo de que se trata, es decir, un poco ántes de la conquista de Sevilla por S. Fernando, se empeñaron muchas refriegas en territorio de Sevilla, y que nada autoriza á creer que el historiador cristiano y el árabe se refirieran á la misma batalla. La prueba concluyente de que Talyata y Tejada no son una misma localidad, es, que las ruinas de este último pueblo se encuentran á siete leguas al N. de Sevilla, (Morgado, *Historia de Sevilla,*) en tanto que Talyata estaba situada á

media legua de esta ciudad segun aparece del testimonio de Iben-Adan en su narracion de la invasion de los Normandos en el año 844.

Rodrigo de Toledo, traduce siempre el nombre de Talyata *Tablada,* sobre todo cuando refiere la primera invasion de los Normandos; de su traduccion aparece, pues, que la localidad mencionada es la estensa llanura que se encuentra al Sur de Sevilla, y que atraviesa el Guadaira: dudo mucho en admitir esta opinion. Este Tablada, donde un rey de Granada fué mandado ejecutar (?) por D. Pedro I de Castilla, se encuentra nombrada con toda claridad por Ibn-al-Khatib, en la relacion donde da cuenta de aquella muerte. Además, léese en Ibn-Haiyan un relato que no permite situar Talyata en la orilla izquierda del Guadalquivir, donde se encuentra Tablada. Este autor, despues de referir la incursion que los Bereberes de Mérida y de Medellin verificaron en territorio sevillano, dice, que saquearon Talyata, derrotaron las tropas sevillanas, y continuaron su marcha hasta Huevar, pueblo situado cinco leguas al Oeste de Sevilla y una de Sanlúcar la Mayor. En esta narracion queda demostrado que Talyata se encontraba tambien al Oeste del Guadalquivir.

Esto considerado, deberemos situar Talyata á una media legua al O. de Sevilla; así dice Dozy, y luego termina este asunto con las siguientes palabras: «Debo dar una esplicacion acerca del nombre del distrito donde se encontraba Talyata. Este distrito se nombra por Ibn-Haiyan y por Ibn-al-Albar,

con un vocablo que se parece al *Pesula* de los antiguos, hoy Salteras, á dos leguas al O. de Sevilla. Esta observacion me ha sido comunicada por un sábio español; pero no me conformo enteramente con ella, pues creo que si los Arabes hubieran querido traducir el nombre *Pesula* en su lengua, se hubieran servido de otro vocablo diferente del que emplean. Todo me induce á creer que debemos señalar á la voz Talyata un orígen árabe. En este caso significaria, el *distrito de las cebollas*. Obsérvese que cerca de Sevilla existia otro distrito señalado por Ibn-Haiyan, con el nombre de *distrito del trigo candeal*.»

Vamos á hacer una indicacion, que acaso arroje alguna luz sobre esta cuestion geográfica, y de la cual nos ocuparemos con la debida estension y copia de datos en la Historia particular de Sevilla.

Entre Aznalcázar y Benacazon, á un cuarto de legua de aquella villa, media de esta, y tres y media de Sevilla, se encuentra una hacienda propiedad del señor conde de Casa-Galindo, que radica en el solar de una poblacion antiquísima, que se llama, hoy todavía, *Castilleja de* TALHARA.

REIYA.

Los Arabes dieron á la provincia donde se encuentran Archidona y Málaga, el nombre de *Reiya*. ¿De dónde procede este nombre? Se ha tratado de explicarlo de diferentes maneras; mas no queriendo detenernos en refutar rancias interpretaciones,

nos remitiremos inmediatamente á Ibn-Haucal que nos pondrá en el buen camino. Este viajero que recorria la España hácia mediados del siglo décimo, no oia pronunciar Reiya, sino *Reiyo*, es decir un nombre latino; este Reiyo debe ser *Régio* se formó de la misma manera que Leon, de *Regione*. Régio debió llevar un adjetivo, que verosímilmente seria *montana*, suprimido por los Árabes. El nombre, pues, de *Régio montana*, conviene perfectamente á esta provincia; dos circunstancias se presentan en apoyo de la deduccion propuesta: 1.ª segun la antigua traduccion española de Razi, dábase el nombre de *Reiya* á la cordillera de montañas que atraviesa toda la provincia, y 2.ª, que Reiya era el nombre de una estension de territorio en el que no se encontraba ningun pueblo de aquelnombre. Cierto es que algunos recopiladores árabes que escribieron en una época en que aquel nombre habia caido completamente en desuso, creyeron que Reiya fué el nombre antiguo de Málaga; pero no lo es menos que incurrieron en un grande error. Sin duda encontraron en los autores que estractaban, *Medina Reiya*, y no se fijaron en que estas palabras no significaban la *ciudad de Reiya*, sino la capital de la provincia de Reiya, es decir, Archidona.

Archidona fué durante mucho tiempo la capital de la provincia de Reiya. En efecto, Ibn-Alcutiá dice, refiriéndose al reinado de Abderrahman I: «Archidona era entonces la capital de Reiya.» Ibn-Haucal dice lo mismo: «Reiya es una provincia considerable y fértil, cuya capital se llama Archidona (Me-

dina);» por último, Ibn-Haiyan y Razi se espresan en los mismos términos. Solo en las postrimerías del reinado de Abderrahman III ó en los comienzos del de su hijo El-Hakem II, fué cuando Málaga se elevó al rango de capital.

Bobastro.

Bobastro, situado en la cima de una enriscada montaña de la provincia de Reiya, fué durante medio siglo el baluarte de la nacionalidad española luchando contra la dominacion de los Árabes: sin embargo de la celebridad de aquella inexpugnable fortaleza, su nombre es desconocido hoy en Andalucía. Vamos, pues, á fijar su situacion combinando vários testimonios.

Edrisi, situa Bobastro al norte de Marbella. Esta indicacion es bastante incierta puesto que la distancia entre ambos puntos es algun tanto considerable. Ibn-Haiyan muéstrase mas esplicito. Describiendo el itinerario de la marcha de un cuerpo de tropas, dice; que de Khochin (Gauzin) se dirigió á Schail (Fuengirola), luego á Decwin (Coin), despues á Cazar-Bonera (Casarabonela) luego al rio de los Beni-Abderrame, frente por frente á Bobastro, y por último á Archidona. Siguiendo este itinerario sobre un mapa de Andalucía, es fácil convencerse de que el rio al cual los Árabes llaman de los Beni-Abderrame, es el Guadaljorce ó Guadalquivirejo, y que por consiguiente, Bobastro estaba situado cerca de este rio. A mayor abundamiento, Ibn-al-Cu-

tia atestigua que el castillo de Djaudhares se encontraba al O. de Bobastro. Es muy probable que este *Djaudhares* sea el pueblo conocido en el dia con el nombre de *Ardales*, edificado sobre una peña.

Los testimonios que acabamos de citar dan lugar á creer que Bobastro existió allí donde existen todavía unas ruinas que las gentes de aquella tierra llaman ruinas del Castillon. Encuéntranse sobre una alta montaña inaccesible por el E. y el S., situada á una legua al O. de Antequera y á un cuarto de legua del Guadaljorce. Todas las noticias que suministran los autores árabes pueden referirse á esta localidad: encuéntrase al N. de Marbella y al E. de Ardales, y tambien entre Casarabonela y Archidona junto al Guadaljorce.

Castra Vinaria, Casarabonela.

Háse visto en el párrafo anterior, que Inb-Abcutiá nombra á *Cazar-Bonera* y la sitúa entre Coin y el Guadaljorce. Es de creer que la antigua fortaleza llamada hoy en dia Casarabonela, sea el *Castra-Vinaria* de Plinio. De *Castra* hicieron los Árabes *cazar*, castillo, y *Vinaria* debió transformarse en *Binera*, que mas adelante, los Árabes conformándose con el génio de su lengua, convirtieron en el diminutivo de *bonera*.

Benameji.

Esta villa situada sobre el Genil en la carretera de Lucena á Antequera, recibió el nombre de una

tribu Berebere muy conocida llamada de *Meghilá*, que se estableció en aquella comarca.

ELVIRA.

La providcia de Elvira, ó *Ilbira*, como pronunciaban los Árabes, tomó su nombre de la ciudad episcopal *Iliberis*.

Mármol *(Rebelion de los Moriscos)* fijó con gran precision el emplazamiento de esta ciudad. Existia al N. O. de Granada, al pié de la Sierra que hoy todavia se llama de Elvira, en las márgenes del rio Cubillas que desagüa en el Genil. En el siglo IX los autores cristianos lo mismo que los árabes, daban todavia el nombre de Ilvira lo mismo á la ciudad que á su provincia (S. Eulogio, Edrisi y Makkari.)

Sin embargo, esta ciudad tenía además otro nombre; llamábase *Castella*. En un párrafo de Razi, citado por Ibn-al-Khatih, se lee: «Entre las ciudades importantes de esta provincia, cuéntase Castella. Es la capital y la fortaleza mas considerable (de la provincia) de Ilbira.» Ibn-Haiyan dice: «los habitantes de Castella que es la capital de Ilbira,» y mas adelante: «El Emir-Abdallah se dirigió hácia Castella, capital de Ilbira;» por último, Ibn-al-Khatib dice tambien: «antiguamente se llamó Castella.»

Si se nos pregunta si Iliberis y Castella fueron una misma ciudad, contestaremos que tal es nuestra creencia, Ibn-al-Khatih, dice, que cuando los musulmanes se hubieron apoderado de Iliberis, armaron los judios y los instalaron en la ciudadela

con tropas musulmanas. De esta ciudadela debió tomar la ciudad el nombre de Castella. Llamábase *Castellum* y *Castillo* al hablativo; de este último nombre, pues, hicieron los Árabes *Castella*, cambiando la *o* en *a*, segun su costumbre. Iliberis debió ser arruinada por los conquistadores hasta el estremo de que durante los primeros tiempos de la dominacion musulmana no se nombra para nada aquella ciudad, y sí solamente su ciudadela. Mas adelante debió repoblarse su solar, y entonces volvió á tomar su antiguo nombre.

Ilbira volvió á ser destruida durante la guerra civil que estalló en Andalucía despues de la caida de los partidarios de Almanzor; y hácia el año 1010, sus moradores emigraron á Granada; de manera que ya en el siglo XI, quedó convertida en un villorro.

GRANADA.

Los geógrafos árabes, como Razi, el autor del *Marácid* y Cazwiní, están contestes en decir, que Granada es una ciudad muy antigua, acaso la mas antigua de todas las de la provincia. Desgraciadamente, las noticias geográficas que acerca de esta parte de España nos han dejado los autores griegos y latinos son tan incompletas, que es imposible saber el nombre que tenia Granada bajo la dominacion romana. Todo cuanto sabemos, es que en tiempo de los Godos, Granada, ó un bárrio de esta ciudad se llamó *Nativola*.

Segun Razi, bajo la dominacion de los Árabes, llamóse la *ciudad de los Judios*. Sin embargo, estos solo ocupaban una parte de la ciudad; los cristianos tenian iglesias en ella, tres de las cuales debieron su fundacion á un señor Gudila, como aparece en una inscripcion grabada en mármol blanco, hallada en los cimientos de Santa María de la Alhambra. De esta inscripcion resulta que el ilustre Gudila hizo edificar á su costa y por sus siervos tres iglesias, de las que una se concluyó en 594, en el reinado de Recaredo, y otra en 607, bajo el de Witerico.

Todavía en el siglo IX habia pocos Árabes en la ciudad propiamente dicha; pero los habia en las fortalezas que componian la Alhambra, entre las cuales se contaba una que aun en el dia se llama *Alcazaba* (el Castillo).

El Senet (Zenete) de Guadix y el Senet de Sevilla.

La voz árabe, *Senet*, significa: *uno de los vertientes de una cordillera de montañas*. Así es, que con frecuencia se dió este nombre á los distritos situados sobre las laderas; por ejemplo, el de Guadix, que por estar situado en el vertiente setentrional de la Sierra Nevada, se llamó el *Senet de Guadix*. Conquistado este distrito por los castellanos se formó con él un marquesado, segun confirma Marmol (*Rebelion de los Moriscos*) con las siguientes palabras: «Bajo el nombre de marquesado de Zenete, se entiende el vertiente setentrional de la Sierra Nevada.

Existía, además, otro Senet, el de Sevilla, que Ibn-Haiyan sitúa á quince millas (unas cuatro leguas), de esta ciudad. Es muy probable que se encontrase entre Sevilla y Niebla.

VIII.

EMIRATO INDEPENDIENTE.

SOBERANOS DE CÓRDOBA. ABDERRAHMAN I.

756 Á 788.

Por mas que los historiadores árabes no concedan á Abderrahman I el dictado de *Califa* y que él no usara otro, asi como sus hijos, sino el de *Emir*, hasta el octavo de los soberanos de la dinastía Ommiada de España, es lo cierto que no es posible negarle los títulos y las prerogativas de la soberanía, como la entendian los orientales, desde el momento en que habiéndose apoderado de Córdoba, ciudad capital y centro del gobierno musulman de la Península, y recibido en ella el juramento de sumision y obediencia de la mayor parte de los walíes de las provincias y de los jeques y tribus mas importantes, se hizo completamente independiente del imperio soberano de los Califas de Damasco. En tal virtud, nosotros empezaríamos gustosos á usar de está denominacion para todos los soberanos

de Córdoba incluso el mismo Abderrahman I, si no temiéramos que se nos acusase de afanosos por introducir novedades en la historia de Andalucia, cuando nuestro intento seria pura y simplemente facilitarnos la narracion de los hechos, hacerlos mas perceptibles á la comprension de la mayoria de nuestros lectores, y fijar desde luego de una manera clara y precisa la línea divisoria que á partir de 756, se estableció entre los imperios musulmanes de Oriente y Occidente.

Dueño, pues, Abderrahman de Córdoba, dispuso lo que á sus intereses convenia para ir asegurando su naciente gobierno, y salió ejecutivamente hácia Mérida, donde se habia encerrado Yussuf despues de su derrota, dispuesto á someter de una vez los restos de la parcialidad Abasida que se negaba á reconocer su autoridad. Noticioso el antiguo Emir de los designios del Ommiada, salió de su refugio al frente de 40,000 hombres, y marchó sobre Córdoba cuya guarnicion sorprendió, y ocupó la ciudad, donde se disponia á castigar severamente á los jeques que habian llamado á España al príncipe Abderrahman, cuando las avanzadas del ejército de éste aparecieron de improviso, frustrando su intento y obligándole á abandonar á toda prisa aquella importante plaza, que en el discurso de pocos meses, se vió ocupada y abandonada repetidas veces por los ejércitos enemigos. El Ommiada movió el suyo sin pérdida de momento contra el Emir Abasida, á quien logró alcanzar tras la mas activa persecucion en tierra de Almuñecar, donde Samail, el

lugarteniente de Yussuf se habia reunido á éste con un cuerpo considerable de tropas. Empeñada la sangrienta refriega el ejército Abasida fué de nuevo derrotado y sus gefes obligados á buscar un refugio en la sierra de Elvira; donde bloqueados estrechamente por el vencedor, tuvieron al fin que suscribir á un tratado en virtud del cual, Yussuf se obligaba á reconocer la autoridad de Abderrahman y á hacerle entrega, en un plazo señalado, de todas las ciudades que permanecian todavía en su obediencia. El nuevo Emir se comprometia, por su parte, á dar á Samail el gobierno de la frontera oriental del Pirineo, comprendiendo el valle del Ebro desde Zaragoza hasta Tortosa, y á autorizar á Yussuf para que se avecindase en Córdoba con su numerosa familia, bajo la condicion de que entregase como garantía del religioso cumplimiento del tratado, dos de sus hijos Abu-Zayd y Abu-Aswad.

La capitulacion de Yussuf fué señal de la completa sumision de toda la parcialidad Abasida de la España musulmana, al afortunado Ommiada. Los walíes, wasires, jeques, alcaides de las provincias, ciudades, tribus y castillos hasta entonces fieles al imperio de Oriente, se apresuraron, así como los diputados de las ciudades no sublevadas á presentarse en Córdoba para prestar juramento de obediencia alprimer EMIR independiente de Occidente. Abderrahman los confirmó en sus respectivos cargos, y todos salieron complacidos de su presencia.

Alentado con lo próspero de su fortuna, y deseoso de asegurar por medio de la política la victo-

ria que habian obtenido sus armas, dispuso girar una visita por el Mediodia y Oeste de España, recorriendo al efecto las principales ciudades y plazas de Andalucía, Estremadura y Lusitania, donde fué aclamado con entusiasmo por todos sus habitantes sin distincion de razas ni de creencias religiosas.

Vuelto Abderrahman á Córdoba, vió colmada su felicidad con el nacimiento, en Marzo de 757, de un hijo, á quien llamó Hixem. A su venida á España acompañábanle otros dos nacidos en Siria; Soleiman llamábase el primogénito, y Abdalá el segundo.

Restablecido el órden y afianzada su autoridad en la Peninsula, el Emir de Córdoba se dedicó con empeño á hermosear la ciudad centro de su gobierno, restaurando monumentos romanos, mandando edificar mezquitas y plantar amenos jardines. Entretanto acudian, á solicitud suya, á su córte, muchos amigos de su familia que andaban perseguidos y errantes por Siria, Egipto y Africa; nobles é ilustres proscritos que dejaron de serlo al pisar las hospitalarias playas de Andalucía donde encontraron una nueva pátria y donde fueron tronco de familias que llegaron á ser poderosas. Entre ellos vinieron Habib-ben-Abd-el-Melek, y Abd-el-Melek-ben-Omar-ben-Merwan, últimas reliquias de la familia de los Ommiadas, á quien Abderrahman dió cargos importantes, y en particular al último á quien nombró walí de Sevilla.

Dos años hacia que Andalucía disfrutaba de la

codiciada paz bajo la justa y reparadora administracion desu nuevo Soberano, cuando la mal sometida faccion Abasida, se alzó otra vez en armas acaudillada por Yussuf-el-Fehry; quien rompiendo el tratado de Elvira, abandonó su residencia de Córdoba y puesto al frente de los rebeldes en número de unos 20,000 hombres, sorprendió y se apoderó del fuerte castillo de Almodóvar, situado á cuatro leguas al poniente de Córdoba, donde se atrincheró y desde donde impuso su autoridad á muchos pueblos cercanos á la capital, de la que intentó inútilmente apoderarse.

Por órden de Abderrahman, el wali de Sevilla, Abd-el-Melek, reunió las banderas de Arcos, de Sidonia y de la capital de su gobierno, y con ellas puso sitio al castillo de Almodóvar, que á los pocos dias se rindió. Yussuf se retiró á marchas forzadas y perseguido sin descanso por la numerosa caballería del wali de Sevilla, hácia tierra de Murcia, donde contaba con numerosos partidarios; cuyos esfuerzos no pudieron evitar, que Abd-el-Melek alcanzara en las campiñas de Lorca al último emir Abasida y lo derrotase completamente. El desgraciado Yussuf cayó cubierto de heridas sobre el campo de batalla. El vencedor le mandó cortar la cabeza, y la envió á Córdoba donde fué clavada en la muralla (759.)

Apesar de esta victoria, resistiéronse todavía por espacio de cuatro años en diferentes provincias de España los partidarios del Fehri, que al fin, vencidos en todos los encuentros, hubieron de resig-

narse á reconocer la autoridad del Soberano de Córdoba.

Apenas terminada la guerra civil que durante tantos años habia ensangrentado el suelo de Andacía, formóse hácia el Oriente un nublado que muy luego apareció sobre nuestro cielo con todos los signos que anunciaban una nueva y deshecha borrasca. El Mansur, hermano y sucesor del sanguinario Abul-Abas, el verdugo de la familia de los Ommiadas, habia trasladado de Damasco á Bagdad la silla del imperio, trasformando en residencia de los sucesores del Profeta esta nueva ciudad mandada edificar al intento en la ribera oriental del Trigris, quince millas mas arriba de las ruinas de Modain. El Mansur, príncipe fastuoso y guerrero, no podia, en virtud de estos dos rasgos los mas señalados de su carácter, ver con indiferencia la emancipacion de una de las mas bellas y pingües provincias del vasto imperio fundado por Mahoma, y estraordinariamente engrandecido por los califas que le sucedieron.

La completa separacion de la España musulmana de la soberanía de Bagdad, despues de las irreparables derrotas de los árabes en la Galia meridional y en las fronteras del reino Franco, no solo desvanecia el prestigio que los estandartes del Profeta se habian grangeado durante mas de un siglo de no interrumpidas victorias, sino que tambien privaba al Tesoro imperial de los cuantiosos recursos con que le enriquecia España. En efecto; desde los primeros dias de la invasion Muza habia repartido en-

tre sus soldados las propiedades muebles é inmuebles de los habitantes de aquellos distritos que fueron *conquistados á viva fuerza* por negarse á todo género de capitulacion; mas al hacer aquel reparto, cuidaron de reservar para el Estado el quinto de los bienes secuestrados, cuyas rentas así como la mayor parte de las contribuciones que con el carácter de territorial ó capitacion pagaban los cristianos y judíos no conquistados sino convenidos, entraban en el tesoro imperial.

Estímulos tan poderosos unidos al ódio de familia y á las diferencias religiosas que existieron entre Ommiadas y Abasidas, obligaron al Califa El-Mansur, á decretar la guerra contra el *cismático é impío* Emir independiente de Andalucía, cuya cabeza fué puesta á precio por el soberano de Oriente; quien además ofreció cumplido galardon en esta vida y en la otra á quien la arrojase á sus piés en Bagdad. Por órden del Califa y para llevar á cabo su decreto, El-Elá-ben-Mugueit, walí del Kairwan, en África, reunió un numeroso ejército de infantería y caballería, y pasó con él desde las costas de *Tunez* a las de Andalucía, en abril de 763. Verificado sin tropiezo el desembarco, El-Elá se dirigió á marchas forzadas sobre Córdoba, arrastrando en su tránsito al partido Fehry-Abasida, y á los musulmanes de conciencia timorata, á quienes conmovió anunciándoles que el Ommiada había sido maldecido por la voz del gefe de los creyentes y la de los imanes en todos los púlpitos de las mezquitas de Oriente. A beneficio de sus procla-

mas y predicaciones, el general de El-Mansur, allegó bajo el negro estandarte de los Abasidas, numerosa y atropellada hueste formada con los muslimes de las poblaciones que atravesó en su marcha sobre Córdoba.

No pudo holgarse mucho tiempo El-Elá con sus esperanzas de fácil triunfo. Salióle al encuentro Abderrahman, y alcanzado que le hubo, trabaron ambos ejércitos una reñida batalla, que un autor arábigo describe de la siguiente manera: «Avistáronse ambas huestes al amanecer; empezó la batalla acometiendo los africanos y fué sangrienta hasta el mediodía; por la tarde embistieron los ANDALUCES con tanto esfuerzo y bravura, que arrollaron á sus enemigos. Los visoños infantes del Africa se precipitaron sobre el campamento con intento de saquearlo, las tropas que lo guardaban se opusieron de manera que el ejército Abasida quedó derrotado á beneficio de aquella doble refriega.» La victoria de Abderrahman fué completa; sus tropas se apoderaron del estandarte del Califa, y degollaron siete mil enemigos entre cuyos cadáveres se encontró el de El-Elá. El resto del ejército africano huyó á la desbandada camino de la costa, en busca de sus naves para regresar á África.

El naciente califato de Córdoba se salvó providencialmente del trance mas comprometido en que se encontrara desde su fundacion. Aquella victoria fué la confirmacion de la independencia de la España musulmana. Si la fortuna no la hubiese favorecido en aquel tremendo lance, hubiera recaido ba-

jo la dependencia tributaria de Bagdad; pero tambien, acaso hubiérase anticipado algunos siglos el dia de la reconquista definitiva de la España cristiana.

Cuentan las crónicas árabes, que Abderrahman mandó cortar la cabeza al cadáver de El-Elá, y que la envió á África, donde fué expuesta en la plaza pública del Kairwan con el siguiente letrero: *Así castiga Abderrahman-ben-Moawia, á los temerarios como El-Elá-ben-Mugueit.* Otras afirman que la envió canforada al mismo Califa, quien esclamó al verla: «Este hombre es Satanás; demos gracias á Dios que media el mar entre él y nosotros.»

Hácese notar en este acontecimiento histórico un suceso singular que revela, cómo la separacion entre los imperios musulmanes de Oriente y Occidente, no era ya solo un hecho politico, sino que tambien social y de razas, puesto que en la batalla en que fué vencido El-Elá, no se llaman, por los autores arábigos, *Árabes* á los soldados de Abderrahman, sino ANDALUCES, estableciéndose así, y á partir de aquella época, un antagonismo profundo y radical entre los musulmanes separados por el mar Mediterráneo. La importancia suma que tuvo esta singularidad en la série de los sucesos posteriores, justifica la oportunidad de la observacion que acabamos de hacer.

Abderrahman regresó desde el campo de batalla á Córdoba, dispuesto á proseguir la obra del afianzamiento de su poder en España y á continuar al mismo tiempo la del embellecimiento de la me-

morable ciudad que habia elegido para centro de su gobierno. Así que, siguió sin levantar mano la edificacion de elegantes mezquitas y otros edificios públicos; estimuló el celo de sus amigos para que construyesen palacios, casas y barrios enteros, y planteó la primera casa de moneda, donde se acuñaba idéntica á la que usaron en Siria los califas sus abuelos. En suma, se rodeó de toda la pompa y atributos del califato, al cual, repetimos, solo faltó el nombre. Entretanto, la fama del venturoso Ommiada corria por todas partes, atrayendo hácia Córdoba lo mismo de las demas ciudades de España que de la Siria, del Egipto y del Irak, sábios, filósofos, literatos y poetas, que pusieron los cimientos de aquellas memorables Academias y Escuelas, que hicieron de la antigua *ciudad patricia* el centro del saber, y la Atenas de los siglos medios de Europa.

Sin embargo, no habia sonado todavia la hora de la paz ni del definitivo afianzamiento de la independencia de los musulmanes andaluces. Poco tiempo despues de la derrota de El Elá y sus africanos, el walí de Meknesah, Abd-el-Gafir, que se decia descendiente por linea directa de Alí, primo de Mahoma y de Fathima su hija única, levantó bandera entre los Schiitas de Africa para venir á combatir al Ommiada de Córdoba. Por mas diligente que anduviera Abderrahman en echar sus escuadras al mar y en guarnecer las costas para oponerse á la nueva invasion africana, el Gafir, mozo valiente y atrevido, reputado entre los suyos por su

garbo y magnificencia, logró desembarcar en las costas de Andalucía, hácia el año de 766, con un numeroso ejército de aventureros que se apoderaron ejecutivamente de toda la serranía de Ronda y Antequera, donde se enriscaron y fortificaron, limitándose por entonces, á tan mezquina empresa el vasto proyecto de la conquista de España por Abd-el-Gafir.

En este mismo año de 766, rindióse á las armas del Emir de Córdoba la ciudad de Toledo, que desde el de 763 servia de refugio á los hijos y partidarios del antiguo Emir Abasida, Yussuf el Fehry; y á él tambien refieren las crónicas árabes dos espediciones por las montañas de Galicia, Astúrias y Vasconia, de donde trajeron los musulmanes á Córdoba muchas riquezas, cautivas y ganados.—Las cristianas no hacen relacion del suceso.

A principios del año 767 la faccion de Abd-el-Gafir se descolgó de la sierra de Antequera y recorrió la costa talando los pueblos desde la comarca de Almuñecar hasta la provincia de Almería. Acudió para enfrenar su audacia el wali de Elvira; mas fué derrotado y tuvo que retirarse á la capital de su gobierno, donde espiró de resultas de las numerosas heridas que le causaron en la refriega.

Alentado por aquella victoria que habia engrosado su hueste, el general guerrillero Fatimita se atrevió á emprender operaciones en mayor escala, llegando por la provincia de Málaga á la de Sevilla, que recorrió durante todo aquel año, poniendo á contribucion los pueblos pequeños y talando las comarcas que se le manifestaban contrarias. El

wali de Sevilla y los caides de Carmona, Arcos, Medina-Sidonia y demás pueblos importantes del waliato, salian de continuo á perseguir con su caballería á aquellos rapaces foragidos—como los llaman los historiadores ommiadas—sin poder llegar á batalla formal con ellos, porque cuantas veces se veian comprometidos huian diligentes á guarecerse en las escabrosidades de la Sierra. En los primeros meses del año 968, habiendo recibido Abd-el-Gadir algunos refuerzos procedentes de África, se atrevió á invadir formalmente la Andalucía occidental, llegando hasta Astapa (Estepa), donde derrotó las fuerzas que salieran de Sevilla para oponerse á sus devastaciones, y las persiguió hasta dejarlas encerradas en la capital, á cuya vista plantó su campamento. El walí Abd-el-Melek, nombrado en 759 por el soberano de Córboba, salió de la plaza al frente de cuantas fuerzas pudo reunir, y atacó y derrotó completamente, despues de muchas horas de empeñada refriega al audaz Abd-el-Gafir. Huyó el Fatimita; mas no viéndose perseguido, contramarchó con su ejército durante la noche, y apareció á la hora del alba junto á las puertas de Sevilla, que un número considerable de parciales que tenia dentro de la ciudad, intentaban franquearle. Empeñóse porfiada lucha entre los habitantes de Sevilla y los parciales y soldados del Gafir, que se prolongó hasta la caida de la tarde, hora en que aparecieron las avanzadas de Abd-el-Melek. No desmayaron los africanos; por el contrario, revuélvense contra las tropas del walí y re-

nuevan la batalla, en la que cae gravemente herido Abd-el-Melek; y por una de esas inesplicables peripecias de la guerra, á favor de la oscuridad de la noche y del tumulto y desórden de una refriega empeñada en tales momentos, Abd-el-Gafir y sus africanos penetran en la ciudad, la saquean horrorosamente durante la noche, y salen de ella al rayar el dia, cruzan el rio y se dirigen hácia la sierra de Cazalla donde tenian numerosos amigos.

Cansado Abderrahman de aquella prolongada guerra de salteadores, que sin amenazar formalmente su poder, mantenia en contínua alarma los pueblos todos de Andalucia, resolvió ponerle término ejecutivamente, marchando él en persona contra el audaz aventurero que acababa de saquear á Sevilla. Al efecto reunió un ejército considerable, dió sus órdenes á los walies y caides de las fortalezas, trazó el plan de la campaña y salió de Córdoba en busca de Abd-el-Gafir.

La noticia de los movimientos militares que habia emprendido Abderrahman llenó de sobresalto al guerrillero Fatimita, que conoció, demasiado tarde, el exceso de su temeridad. En su consecuencia resolvió volver á sus escondidas guaridas de la serranía de Ronda; mas como para llevar á cabo su retirada, desde Cazalla donde se encontraba á la sazon, tenia que atravesar mucha tierra, quiso fiar á un golpe de mano atrevido el éxito de la jornada. Al efecto, marchó hácia el Guadalquivir y lo vadeó mas arriba de Lora del Rio, á unas dos leguas de la confluencia del Genil. Gozoso con tan

feliz comienzo, emprendió á marchas forzadas su retirada por la cañada del Genil, esperanzado en reemboscarse en sus inaccesibles defensas antes de ser alcanzado por Abderrahman. Empero su hora habia llegado ya. No bien la fugitiva hueste Fatimita apareció á la vista de Ecija, cuando los ejércitos de Córdoba y Sevilla cayeron sobre ella en movimiento combinado. La derrota de Abd-el-Gafir fué completa. El valeroso aventurero que durante siete años habia hecho la guerra contra todo el poder del soberano de Córdoba, murió gallardamente en la refriega (773). Su cabeza y la de cincuenta compañeros de su vida aventurera, fueron enviadas como testimonio de la victoria á las principales ciudades de Andalucía.

El triunfo de Ecija puso término á la guerra civil que durante diez y siete años habia perturbado y ensangrentado casi todos los distritos de Andalucía; Fatimitas y Fehrys quedaron reducidos á la impotencia, y el pais disfrutó largos años de paz que solo se vió turbada momentáneamente hacia 784, por los desmanes de una corta faccion Fehry, que alzó por última vez el negro pendon Abasida en las sierras de Cazorla.

Sin embargo, Abderrahman, aleccionado por una costosa esperiencia, que le mostraba ser el África el mayor enemigo de su poder, ya porque en ella se tramaban todas las conspiraciones contra su trono, ya porque en sus numerosas tribus reclutaban soldados los califas de Bagdad para encender a guerra en España, dispuso, á fin de precaver

nuevas invasiones procedentes de aquella region, aumentar y organizar una marina militar suficientemente poderosa para guardar las costas de la Península sobre el Mediterráneo. Al efecto nombró *Emir-al-ma* (almirante) á su *hadjib* (secretario del despacho) Teman-ben-Alkhamah, con encargo de activar la construccion de numerosos buques de guerra en los astilleros de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Cartagena y Sevilla.

Los años de paz que sucedieron desde el esterminio de la faccion Fatinsita hasta la muerte de Abderraman I, no fueron ciertamente perdidos para Andalucía cuyas principales ciudades Córdoba y Sevilla, continuaron embelleciéndose y siendo el centro de atraccion de todo el saber y la cultura de aquellos tiempos, en tanto que la agricultura y las artes de la paz prosperaban, y que el movimiento mercantil en los puertos del litoral se desarrollaba prodigiosamente. Lucian de nuevo para esta magnífica region los tiempos de Augusto, y volvia á ser el jardin de Europa. Cristianos, musulmanes y judíos vivian tranquilamente al amparo de leyes equitativas y protectoras, no recordando ya ninguno de ellos los inevitables desmanes que acompañaron la conquista de Tarik y de Muza, ni pensando todavia los primeros en dar comienzo á la obra de la reconquista. De esta manera y tras largas y porfiadas discordias intestinas, ibase afirmando el poder de los Ommiadas en el centro y Mediodia de España, á beneficio de la sábia y previsora política de Abderrahman, quien dió á su primogénito Su-

leiman el gobierno de Toledo, y á su segundo hijo Abdallah, el de Mérida, en tanto que su robusta mano dirigia las riendas del gobierno supremo desde Córdoba, donde educaba con esmero, por que lo destinaba para su sucesor, á su tercer hijo Hixem.

Empero, si el Mediodia de la España musulmana disfrutaba complacida de tan codiciada paz, no así las provincias orientales y septentrionales, y particularmente los valles que riega el Ebro, donde ardía sin cesar, ó con cortos intérvalos el fuego de la guerra civil, que muy luego se vió complicada con otra estrangera, últimas invasiones del Norte en la Península Ibérica.

Vamos á narrar compendiosamente aquel suceso, que forma época en los anales de la historia de España y de Francia.

Se recordará que en uno de los capítulos anteriores dijimos, con referencia á un historiador musulman, que una de las principales quejas que los Bereberes tenian contra los Árabes, era que estos últimos se habian adjudicado en la conquista la parte del leon, tomando para si las fértiles comarcas del Mediodia, y sobre todo la region del *Andalo* y dejado á los primeros las menos feraces, y además las mas comprometidas, puesto que sirviendo de fronteras á los Estados cristianos, vivian en ellas los Bereberes en continua guerra con los enemigos del Islam. Esta era, pues, la situacion de las tribus Berberiscas establecidas al Oriente y al Norte de la Península; y dicho se está con esto, cuán dispuestas estarian para aprovechar todas las ocasiones y á

tomar pretesto de todas las discordias entre sus correligionarios, para promover revueltas que les acercasen al término de sus deseos, que eran su emancipacion del poder establecido en Córdoba. Muchos años trascurrieron en aquellas regiones en un estado ya de latente ya de franca hostilidad contra los emires Árabes, y muchos sucesos importantes debieron tener lugar en ellas, acerca de los cuales las crónicas no dicen una sola palabra, cuando por los años de 777 y 78, encontrándose en Zaragoza, Suleiman-ben-Alarabi, nombrado por Abderrahman walí de la provincia, púsose al frente de una conspiracion que tenia por objeto emancipar la parte oriental de la Península del poder del Emir de Córdoba. Al efecto, el desleal gobernador, puesto de acuerdo con todos los enemigos de Abderrahman Abasidas, Fehrys, Fatimitas y Bereberes que habian buscado un refugio en Zaragoza y demás ciudades de su gobierno, solicitó la alianza del rey de Francia Carlo-Magno, comprendiendo que sin tan poderoso arrimo le seria imposible sostenerse contra las armas de los musulmanes-andaluces.

Carlo-Magno se comprometió á auxiliar las pretensiones de Ben-Alarabí, con la esperanza, segun dice Eginhard, secretario y cronista que fué de aquel gran rey «de tomar para sí algunas ciudades de España.» Al efecto reunió un brillante y numeroso ejército tal como lo exijía la magnitud de la empresa que iba á acometer, y en la primavera de 778 atravesó los Bajos Pirineos, entró en Pamplona y prosiguió su marcha, talando y devastando los

campos y poblaciones; obrando, en fin, mas bien como conquistador que como aliado de los musulmanes rebeldes, hasta llegar á las puertas de Zaragoza, con cuya posesion debia coronar la série de fáciles victorias que habia conseguido desde su entrada en España.

Mas, ¿cuál debió ser su sorpresa cuando en vez de los dóciles corderos que creyó encontrar en la ciudad, que 1031 años despues debia conquistarse el nombre de *Inmortal* por su heróica y simpar defensa contra las armas del segundo Carlo-Magno de Francia, vió una guarnicion numerosa y un vecindario decidido á sepultarse bajo los escombros de sus casas y fortificaciones, y, además, tan preparados para la defensa, que se hacia mas probable la derrota del ejército francés que el cumplimiento del patrióco propósito de los zaragozanos? ¿Qué habia pasado en Zaragoza que así recibia como enemigos mortales á los mismos que pocos meses antes llamara como auxiliares? No se sabe; nada dicen las crónicas españolas, francesas ni árabes acerca de aquel inesperado cambio de parecer de los musulmanes rebeldes. Mas lo que las crónicas nos dicen se deja fácilmente adivinar conocida la desapoderada conducta que observó el ejército de Carlo-Magno en su marcha desde Pamplona á Zaragoza. Aquellos tesoros abandonados en la hondonada de Roncesvalles, justifican la actitud de los zaragozanos que no quisieron aumentar con los suyos la rica presa que los franceses recojieron en sus espediciones por los valles del Ebro.

Sea de ello lo que quiera, lo que aparece mas cierto, es, que á ejemplo de Zaragoza todas las poblaciones y campiñas de ámbas márgenes de aquel rio, se alzaron en armas para rechazar el ejército invasor, y que el arranque fué tan formidable, que Carlo-Magno juzgó prudente regresar á la Galia; desesperanzado de poder *borrar políticamente los Pirineos* y dar por frontera á la Francia el Ebro.

Retrocedió, pues, hácia Pamplona cuyos muros hizo desmantelar, y prosiguiendo su retirada se internó en el desfiladero de Roncesvalles. En él le esperaban parapetados en las enriscadas laderas y en las inaccesibles cumbres de Altabiscar é Ibañeta, los montañeses vascos. El ejército francés marchaba dividido en dos cuerpos; Carlo-Magno á la cabeza del primero: la córte del monarca, los principales caballeros, los bagajes y los *Tesoros recogidos en la espedicion por tierra de España*, formaban el segundo. El primero pasó indemne; representaba la gloria del vencedor de los Lombardos, de los Sajones y de los Germanos mancillada con el lastimoso desengaño que sufrió su arrogancia delante de los muros de Zaragoza. El segundo quedó todo sepultado en la hondonada de Roncesvalles, bajo los peñascos, los troncos de árboles y las flechas que cayeron sobre él, lanzados á manera de granizo tan espeso que no dejaba penetrar el aire, desde las cumbres de Altabiscar é Ibañeta por los montañeses, temerosos de ver amenazada su independencia por los *hijos del Norte*.

Esta fué la célebre batalla de Roncesvalles, co-

mo la refiere el mismo secretario y biógrafo de Cárlo-Magno, que iba en la espedicion; y este el triste fin que tuvo la última invasion del Norte intentada en España por una raza estrangera.

La noticia del desastre acontecido al ejército de Carlo-Magno, fué la señal de nuevos disturbios en Zaragoza. El partido Abasida se sublevó contra la faccion que habia llamado en su auxilio á los franceses; dió muerte al wali, lanzó todos sus partidarios fuera de la ciudad, y enarboló en sus muros el estandarte de los Califas de Oriente, en cuyo nombre se realizára la sublevacion. Abderrahman acudió ejecutivamente con numeroso ejército contra la rebelde ciudad, cuyo sitio formalizó, batiendo sus murallas con treinta y siete arietes, y la tomó al fin despues de dos años de obstinada resistencia (780). Rendida Zaragoza, el valeroso y afortunado Ommiada, restableció su autoridad en todas las ciudades rebeldes, y regresó á Córdoba visitando de paso Gerona, Barcelona, Tortosa y demás poblaciones importantes de las costas de Levante.

Un año próximamente, despues de sometidos los rebeldes de la España Oriental, alzaron de nuevo el negro pendon de los Abasidas en el mismo seno de Andalucía, los hijos de Iussuf el Fehry; pero como siempre, fué hecho girones por la actividad y numerosas fuerzas con que el soberano de Córdoba combatió sus tenaces é incorregibles enemigos. Abul-Asuab y Cassim, herederos de los rencores de su padre, y gefes de los sublevados, fueron alcanzados en los llanos de Cazorla por la caballería de

Abderrahman, batidos y obligados á huir dejando mas de cuatro mil hombres tendidos sobre el campo de batalla (784). Un año mas tarde, Abul-Asuab, el primogénito de Iussuf, moria oscuro y miserable en un pueblecillo de la provincia de Toledo, y su hermano Cassim, despues de otra inútil tentativa contra Abderrahman, cayó prisionero y fué presentado al soberano Ommiada, que no solo le perdonó magnánimamente sino que le dió bienes en Sevilla para que pudiese vivir con el decoro que correspondia á su rango.

Tal fué el término de la guerra de treinta años, durante los cuales, con cortos intérvalos de paz, no cesó de combatir contra todo género de enemigos el ilustre fundador del Califato de Córdoba, para establecer su poder soberano, y con él la independencia de la España musulmana. Libre ya de enemigos interiores y esteriores, reconcentró todos sus cuidados y desvelos en reparar los males que las pasadas guerras habian causado en sus Estados, y en activar el embellecimiento de las principales ciudades y en particular de Córdoba, donde queria dejar recuerdos imperecederos de su poder y grandeza. Al efecto, despues de haber embellecido su capital con alcázares, mezquitas, otros monumentos públicos y deliciosos jardines, trazó sobre los mismos planos de la de Damasco, el proyecto de la *Grande Aljama* de Córdoba, su ciudad favorita que comenzaba ya á ser la digna rival de Bagdad, soberbia metrópoli de *los Creyentes*. Abderrahman quiso edificar un templo que igualase en suntuosi-

dad y magnificencia á los mas celebrados de Oriente, y que solo cediese en tradiciones y veneracion á los tabernáculos de mas santidad para los musulmanes, el Templo de Jerusalem, y la Caaba de la Meca. Acaso le impulsó á emprender tan jigantesca obra un pensamiento religioso y á la par político; el de emancipar los á musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente, así como los habia emancipado de aquel gobierno, haciendo de la mezquita-aljama de Córdoba, un centro de la religion muslímica, como lo era el templo de la Mecca en la pátria del Profeta.

A fines del año 787, Abderrahman conociendo que su larga y gloriosa carrera tocaba á su fin, convocó en Córdoba á las walies de los seis grandes distritos militares en que estaba dividida la España musulmana Toledo, Zaragoza, Valencia, Mérida, Elvira, y Murcia, á los gobernadores de las ciudades principales y á los veinticuatro wasires. Reunido que los hubo en el Alcázar y en presencia de los altos funcionarios de su corte, declaró á su hijo menor Hixem, *Wali Aladhi*, es decir, su sucesor en el imperio; rogó á todos los asistentes que le reconociesen y jurasen como tal; lo cual hicieron prestando en el acto juramento de obediencia al futuro soberano.

Terminada la solemne ceremonia y despedida la Asamblea, Abderrahman acompañado de Hixem, partió para Mérida, dejando en Córdoba á su hijo Abdalah. A los pocos meses de estancia en la capital de Estremadura, adoleció de una grave enferme-

dad que lo llevó al sepulcro á los 59 años de edad y 32 de reinado. Celebrados con inusitada pompa los funerales de Abderrahman I, procedióse en Mérida á la solemne proclamacion de su sucesor Hixem I, que á los pocos dias regresó á Córdoba.

Así terminó su gloriosa carrera colmado de las bendiciones de sus pueblos y nunca vencido por sus enemigos, el magnífico Abderrahman, el primero de los soberanos musulmanes de España. Pocos ejemplos nos ofrece la historia de un triunfo tan espléndido y completo como el del jóven Ommiada, quien, en el trascurso de 32 años, de oscuro proscrito y único vástago de una esclarecida familia esterminada toda entera en un dia, se levantó hasta sentarse en uno de los tronos mas codiciados de Europa; fundó una dinastía que se hizo memorable en la historia del mundo, y consiguió hacer de su corte el centro del saber y de la cultura de una de las mas señaladas épocas históricas. Cierto es que al nombre que llevaba y á las prendas con que el cielo le dotara, debió su rápido y glorioso encumbramiento; pero no lo es menos que sin la anarquía y la guerra civil á que, desde los albores de la conquista se habian entregado las diferentes tribus musulmanas establecidas en España, y sin la necesidad de fundar un órden de cosas que salvase los frutos de la victoria del inminente naufragio que los amenazaba, es seguro que no se hubiesen reunido en Córdoba, en Asamblea, los 80 ancianos que llamaron á España al último de los Ommiadas de

Damasco, y esmuy probable que el ilustre refugiado en la tribu africana de los Zénetas, hubiese muerto oscuro y desconocido. Fortuna fué para la Andalucía musulmana que en lugar de un déspota sin corazon, el destino le deparase un príncipe magnánimo é ilustrado; y desgracia para la España cristiana, que los primeros Alfonsos tuviesen por competidores á los Ommiadas.

La historia que de su reinado ha llegado hasta nosotros, no registra un solo acto de debilidad de aquel grande hombre, cuyos mayores enemigos tuvieron que hacer justicia á sus sobresalientes cualidades. Nuestros cronistas antiguos le llaman el *Grande* el *Justo;* y un historiador contemporáneo compara su grandeza con la del ilustre vencido en Roncesvalles. Podrá ser exajerada esta comparacion; empero no es posible negar que entre las cuatro grandes figuras históricas que brillaban en el mundo al finalizar el siglo octavo, Cárlo-Magno en el imperio de Occidente, Irene en el de Oriente, Harun-al-Raschid en Ásia y Abderrahman en España, el último se destaca en medio de una aureola de gloria, no empañada por una memorable derrota como la que sufrió el primero, ni por los grandes crímenes que mancharon la memoria de la segunda, ni por las estravagantes debilidades que afearon la colosal grandeza del tercero.

Glorioso destino fué el de Andalucía cuna de la grandeza de Aníbal, de Escipion, de Sertorio, de Pompeyo, de César, de Augusto, de Trajano, de Teodosio, y ahora, en la época que historiamos,

de los Ommiadas, que preparan la de los Alfonsos, de los Fernandos, de Isabel y de Colon.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I, el África, desde el Egipio hasta el Estrecho de Gibraltar, se hizo independiente del califato de Bagdad. Otro ilustre proscrito, Edris-ben-Abdallah, imitando la conducta del último de los Ommiadas en España, se apoderó de todo el Magreb y echó los cimientos del reino de Fez.

IX.

Soberanos de Córdoba.

Hixem I. Al-Hakem I. Abderrahman II.

788 á 840.

Necesaria se hacia en Córdoba la presencia del nuevo soberano, para atajar el vuelo que iba tomando una parcialidad cuyos conatos anunciaban dias de nuevas perturbaciones en la España musulmana.

La causa que movia la naciente rebelion, procedia, ó mas bien diremos, era una consecuencia natural del sistema de sucesion al trono establecido entre los musulmanes así en Oriente como en Occidente. Para ellos el poder soberano no era hereditario ni electivo. No habiendo sobre tan importante base de la forma constitutiva del gobierno de aquel pueblo ni derecho escrito, ni prescripciones tácitas, ni costumbre en fin, las armas eran las que dirimian la contienda entre los pretendientes que se crian con mejor derecho, ó en su defecto el

consentimiento del pueblo que ligaba sus intereses á los de una familia y aceptaba el heredero que el soberano tenia á bien recomendarle.

En esta irregular y perturbadora manera de sucesion fundáronse los dos hijos mayores de Abderraman I, Suleiman y Abdallah, para protestar la eleccion de su hermano Hixem. Resentidos al verse postergados por su padre, conspiraron en Córdoba para arrebatarle el trono, y muy luego se vieron al frente de una numerosa parcialidad engrosada con los restos de las facciones Fehry, Abasida y Fatimita, que ansiosas de novedades y revueltas acudieron bajo sus banderas para tomar venganza en el hijo, de las derrotas que les hiciera sufrir el padre.

No conceptuándose seguros en Andalucía, donde la voluntad de Abderrahman era ley para la gran mayoría de sus habitantes, los rebeldes se retiraron á Toledo, desde donde declararon abiertamente la guerra á su hermano. Hixem, apurados todos los medios conciliadores, marchó sobre Toledo al frente de un ejército de 20,000 hombres. Salióle Suleiman al encuentro acaudillando otro no menor de 15,000, y empeñaron los dos hermanos una sangrienta batalla, en la que la caballeria andaluza acuchilló gallardamente á los rebeldes, que huyeron, favorecidos por la oscuridad de la noche, hacia los montes donde se guarecieron. El vencedor no se cuidó de perseguir á los fugitivos, y fuése inmediatamente á poner sitio á la ciudad. La derrota de Suleiman y la falta de socorro hicieron compren-

der á Abdallah lo temerario de una larga resistencia; en su virtud, solicitó una conferencia con su hermano Hixem, que no solo se la concedió sino que le recibió en su campo con los brazos abiertos. Tanta generosidad conmovió á los rebeldes en tal manera que entregaron la plaza y recibieron en ella al Emir con públicas demostraciones de alegría. Hixem regresó á Córdoba, de donde salió muy luego para reducir á Suleiman, que desde los montes de Toledo se habia corrido con crecida hueste á los campos de Murcia.

La vanguardia del ejército andaluz, capitaneada por el jóven príncipe Al-Haxem, alcanzó cerca de Lorca á los rebeldes, que quedaron completamente derrotados en el encuentro. Suleiman trató en vano de prolongar la resistencia, y al fin hubo de rendirse á su hermano, que le perdonó; si bien le desterró de España, aconsejándole que se estableciese en Tanger ú otra ciudad del Magreb. Así terminó la guerra de los tres hermanos, que habia durado desde 788 á 790.

Con la sumision de Suleiman y Abdallah coincidió la de los inquietos Bereberes de la España Oriental, que no pudiendo resignarse de buen grado á la obediencia de los soberanos de Córdoba, habiánse rebelado de nuevo con ocasion de los disturbios que agitaran el centro de la Peninsula. Vencidos por el walí de Valencia, Abu-Otman, y muertos sus caudillos, cuyas cabezas fueron enviadas al Emir, la paz se restableció en aquella region así como en el resto de la Peninsula, á beneficio de la for-

tuna que acompañó por todas partes las armas de Hixem. En celebridad de tan faustos acontecimientos hiciéronse en Córdoba fiestas públicas.

No obstante, aquella paz, por mas que estuviese bien cimentada en Andalucía, en el resto de la España musulmana tenia mas de aparente que de real. Cierto es que el califato de Córdoba se habia establecido bajo los mejores auspicios, y que Abderrahman I y su hijo Hixem habian vencido sobre el campo de batalla todos los enemigos interiores que se alzaron en armas contra ellos, y rechazado cuantas agresiones, que procedentes del África—de donde ya no eran de temer—ó de allende el Pirineo, habian intentado despojarlos de su soberanía; pero no es menos cierto que no podian congratularse con igual victoria sobre el espíritu de rebelion latente, cuando no manifiesto, en todas las tribus musulmanas establecidas en España; entre quienes á falta de motivos de rivalidades fundadas en privilejios de casta ó de gerarquías debidas al nacimiento, existían profundos ódios y enconadas envidias motivadas en el repartimiento de las tierras conquistadas que hicieron los Árabes reservándose, como dejamos dicho, la parte del leon. Débiles los lazos de nacionalidad que unian á todas aquellas tribus, Árabes, Sirias, Egipcias y Africanas por lo imperfecto, cuando menos de la constitucion política que las regía, y no muy sólidos los religiosos, por mas que fueran los únicos que los mantenían en la obediencia, era muy difícil que el poder central las tuviese enfrenadas de otra manera que por

la fuerza en tiempo de paz ó con el esplendor de la victoria durante la guerra.

Quedábale sin embargo, á Híxem, un medio para realizar la estabilidad de su imperio; medio que en todos tiempos han empleado los *políticos hábiles*, elevados al poder por una de esas revoluciones ó série de revoluciones que dejan en pos de si muchos descontentos y no pocos enemigos sometidos por la fuerza; jente toda que anda al acecho de una ocasion ó pretesto para levantar de nuevo el estandarte de la rebelion. Este medio era el provocar una guerra esterior, que comprometiendo los intereses generales del país, distrajese la atencion de los partidos de los suyos particulares, é hiciese converger todas las miradas hácia un solo y mismo punto. A él recurrió Hixem, proclamando la *guerra santa contra los infieles*.

Ochenta años de rebeliones, guerras intestinas y esteriores, con cortos intérvalos de paz, durante los cuales las razas musulmanas establecidas en España habian puesto de manifiesto su impotencia para constituir una nacion unida y fuerte, y lo fácil que hubiera sido lanzarlas de la Península, si la raza indigna se hubiera educado en otra escuela que la de la servidumbre en que la mantuvieron sus primeros dominadores romanos y godos, no habian, sin embargo, apagado del todo aquel entusiasmo guerrero, aquel ciego fanatismo religioso con que aparecieron en Europa los sectarios del Corán acaudillados por los Emires dependientes del Califa de Damasco. Así es, que á la llamada del so-

berano de Córdoba respondieron ejecutivamente todas las ciudades, pueblos y alquerías, enviando tantos guerreros ansiosos de la *victoria* ó del *martirio*, que el Emir pudo formar tres numerosos ejércitos para combatir los pueblos cristianos no sometidos, que amenazaban todas las fronteras del imperio musulman de España.

Al rayar la primavera del año 791, pusiéronse en movimiento dos de aquellos ejércitos. El primero fuerte de unos 40,000 hombres, al mando de Iusuf-ben-Bokht, recorrió llevándolo todo á sangre y fuego las tierras de Astorga, Lugo y la mayor parte de Galicia, de donde sacó rico botin en cautivos y ganados. Una parte de este ejército hubo de encontrarse con el del rey de Astúrias, Bermudo, en un sitio llamado *Burbia* (cerca de Villafranca del Vierzo), donde trabaron sangrienta refriega; cuyo resultado traducen en su favor los cronistas cristianos, en tanto que los arábigos dicen: «Iusuf, dió la batalla á Bermudo en persona, le derrotó, saqueó su campo y cortó la cabeza á diez mil cristianos.» (Ben-Adhari).

El segundo ejército se encaminó por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia, de donde regresó victorioso á Andalucía con mucha presa, cautivos y ganados.

El tercer ejército musulman marchó resueltamente contra los Francos. Invadió la Septimania; taló sin piedad cuantos pueblos, iglesias y abadías encontró en sus correrías por las campiñas de la Galia; pasó á cuchillo los habitantes é incendió el

grande arrabal de Narbona, ciudad que 30 años antes perdieran los muslimes, y por último, cargado de ricos despojos se dirigió sobre Carcasona, dispuesto acaso á seguir las huellas de Abderrahman-el-Gafeki; cuando al acabar de atravesar el rio Orbieu por su confluencia con el Aude, encontróse con el ejército franco-aquitano mandado por Guillermo duque de Tolosa, que acudiera desalado á contener aquella terrible invasion. Empeñóse muy luego una porfiada y sangrienta batalla en la que los Francos fueron derrotados y huyeron á la desbandada, dejando el campo cubierto de cadáveres. Despues de esta espléndida victoria, los Árabes regresaron á España, sin que las crónicas de aquellos tiempos, y en particular la de Moisac que da los mas ámplios detalles acerca de la invasion musulmana y de la derrota del duque de Tolosa, digan la causa que les hizo renunciar á proseguir sus venturosas correrías en la Galia.

Sin embargo, resulta de ellas, que renunciaron á continuar recojiendo laureles, movidos por el deseo de poner en seguridad el inmenso botin que recojieron en su venturosa espedicion.

Escusamos ponderar los estremos de alegría con que se recibieron en Andalucía las noticias de aquel triunfo, y particularmente en Córdoba donde se celebraron con fiestas públicas, y donde se activó por órden del Califa, la conclusion de la gran mezquita comenzada por Abderrahman I. Al fin propuesto por Hixen, destináronse como obreros, los numerosos cautivos hechos en Narbona, y una

parte de las considerables riquezas arrebatadas en la Galia.

En el año siguiente (794), el Emir de Córdoba envió dos nuevos ejércitos contra el reino de Astúrias, cuya importancia politica crecia demasiado para que el *virtuoso Hixem,* como lo llaman sus historiadores, que consideraba como su principal deber la *Guerra Santa*, dejase prosperar los reyes cristianos del Norte del Duero. Segun los cronistas musulmanes Novairi é Ibn-Kaldun, (citados por Dozy) uno de aquellos ejércitos se limitó á verificar una correría por tierras de Álava, y el otro penetró en el corazon de Astúrias, y se apoderó de la capital que arrasó despues de haberla saqueado. No obstante, su retirada fué desgraciada, pues habiéndose estraviado en aquellas montañas, perdió muchos soldados, armas y caballos.

Las crónicas latinas no solo confirman el suceso, sino que lo describen como un verdadero desastre para los musulmanes. En efecto; segun la de Sebastian de Salamanca, los Árabes durante su retirada fueron atacados y derrotados por Alfonso II, en un lugar pantanoso llamado *Lutos* (Lodos) situado, segun la tradicion que se conserva en Astúrias, entre Tineo y Cangas (de Tineo) llamado hoy todavía, *Llamas del Mouro*, en cuyas cercanías hay un sitio que se llama *campo de la matanza*. Los sarracenos sufrieron una gran mortandad; perdieron el general que los mandaba, y toda la presa y cautivos que habian hecho en su espedicion.

Como se vé, la *Guerra Santa* tan feliz para los musulmanes andaluces por el lado de la Galia, fué desgraciada por el de Astúrias.

En los primeros dias del mes de Abril de 796, falleció Hixem I, á resultas de una aguda y corta enfermedad, dejando por sucesor en el trono, á su hijo Al-Hakem, jóven de brillantes cualidades, vasta instruccion y refinada cultura, á quien reconocieran por heredero, en vida de su padre, todos los grandes dignatarios de la corte y gobierno del imperio.

El advenimiento al trono de Córdoba del tercer Ommiada, fué la señal de nuevos disturbios y sangrientas rebeliones entre los musulmanes. Los príncipes Suleiman y Abdallah, hermanos del Emir difunto, creyeron la ocasion favorable para renovar sus pretensiones á la herencia de su padre; y en tanto que el segundo levantaba el estandarte de la rebelion en la España central, el primero desembarcaba en Valencia con una crecida hueste de Bereberes que habia reclutado en África, donde le desterrára Hixem I despues de haberle vencido en 790.

El Emir acudió ejecutivamente con los contingentes de caballeria de Córdoba, Sevilla, Jerez, Arcos y Sidonia á combatir á su tio Suleiman; mas á pesar de su mucha dilijencia no llegó á tiempo para evitar su entrada en Toledo, ciudad que se pronunció en favor de los príncipes rebeldes (797).

Con la insurreccion de la España central coincidió la invasion de la oriental por un ejército Franco acaudillado por Ludovico Pio, rey de Aquitania

é hijo de Carlo-Magno. Lo grave y casi desesperado de la situacion no intimidó el ánimo esforzado del jóven Al-Hakem. Puesto al frente de la pujante caballería andaluza, se dirige á marchas forzadas hácia la España Oriental; llega á Zaragoza, reune bajo su bandera los buenos muslimes y se lanza vigorosamente sobre las falanges del rey de Aquitania. Recobra todas las plazas de que se habian apoderado los Francos, Huesca, Lérida y Gerona; los arrolla al otro lado del Pirineo; los persigue hasta Narbona y saquea todo el país que recorre con su victoriosa caballería. Sin darse un momento de descanso despues de tan ruda y feliz campaña, vuelve sobre Toledo; acosa sin cesar á sus dos tios obligalos á retirarse á tierras de Valencia y Murcia; persiguelos allí, alcánzalos al fin, y los derrota completamente en una campal refriega donde encontró la muerte el mayor de sus dos tios, Suleiman. El segundo, Abdallah, imploró el perdon de su sobrino el Emir, quien se lo concedió generosamente; empero le exigió en garantía del cumplimiento de su palabra, que le dejase en rehenes á sus dos hijos, á quienes trató como á príncipes de su misma sangre.

Despues de tan rápidos y señalados triunfos, Al-Hakem regresó á Córdoba (800), donde fué recibido con general regocijo por el pueblo y los soldados que le aclamaron *Al-Mudhaffar* (vencedor afortunado).

No mucho tiempo pudo descansar el Emir tranquilo á la sombra de sus laureles, en sus amenos

jardines de Córdoba, rodeado de los sábios y poetas que formaban su séquito ordinario. En el otoño del año siguiente 801, un numerosisimo ejército Franco-Aquitano puso sitio á Barcelona, y la rindió despues de muchos meses de desesperada y heróica resistencia. La rendicion de aquella memorable ciudad forma época en los anales de las historias de España y Francia, no solo como uno de los mas importantes acontecimientos militares de entonces, sino porque fué el verdadero fundamento de la Marca Gótica, y el comienzo del célebre Condado de Cataluña.

Tarde y casi infructuosamente acudió Al-Hakem á reparar aquel trascendental desastre, puesto que solo despues de sabida la rendicion de Barcelona se encaminó con un ejército hácia la España oriental, que recorrió sin intentar recobrar la plaza perdida, limitando su campaña á castigar los rebeldes musulmanes de los waliatos de Huesca y Tarragona.

De regreso á Córdoba, envió una emdajada (804) con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris-ben-Edris, que acababa de ser proclamado Emir independiente del Magreb. Importábale mucho al de Córdoba aquella alianza, dado que con ella robustecia su imperio tanto como debilitaba el de sus eternos enemigos los Abasidas de Oriente.

Desde aquel año hasta el de 809 los guerreros andaluces permanecieron tranquilos en sus cuarteles, en sus casas ó entregados al cultivo de sus

tierras. Desgraciadamente la inexorable y sanguinaria justicia del despotismo oriental trasplantado en España, y la ferocidad de las venganzas musulmanas no permanecieron ociosas durante el bienio de 805 á 806. A resultas de un motin popular que estalló en Toledo, provocado por la falta de prudencia del jóven gobernador Yussuf, este fué separado de su cargo por el Emir. Amin, padre del walí depuesto, fué enviado en su reemplazo. Ardiendo en rabiosa sed de vengar el agravio hecho á su hijo, el nuevo gobernador convidó á un festin á cuatrocientos ciudadanos los mas notables del vecindario, y asi que los tuvo en su alcázar mandó cerrar las puertas y los hizo degollar á todos por sus guardias... El pueblo de Toledo no tuvo conocimiento de tan bárbara é inhumana trajedia, hasta que al amanecer del siguiente dia vió las cuatrocientas cabezas goteando sangre, expuestas en los muros del palacio del gobernador (805).

En el año siguiente Córdoba presenció un espectáculo no menos horrible. Habíase urdido una vasta conspiracion contra la vida del Emir, aprovechando los momentos en que este se encontraba combatiendo en Mérida una supuesta rebelion del walí de la ciudad. Noticioso del suceso, Al-Hakem regresó apresuradamente á su capital. Dos dias antes de que estallase la conjuracion, fuéle entregada por uno de los conjurados la lista de sus cómplices, encargándole que no se descuidase un momento en hacer justicia. La recomendacion no era necesaria. Un déspota oriental sabe demasiado lo

que le conviene hacer en semejantes casos. Así es, que, segun la crónica traducida por Conde, el *Walilcoda* (presidente del Consejo) ofreció pocas horas despues, á los ojos del Califa, tendidas sobre una alfombra, *trescientas cabezas de los principales conjurados*, que al amanecer del siguiente dia aparecieron puestas en garfios en la plaza, con un letrero que decia: *Por traidores y enemigos de su rey.*

En el año 809, por órden de Carlo-Magno, los Francos que ocupaban la Marca-Hispana, territorio comprendido entre los Pirineos y el Ebro, salieron de Barcelona divididos en dos numerosos ejércitos para sitiar á Tortosa, baluarte principal de los musulmanes, en la España Oriental. Acudió desde Zaragoza en socorro de la plaza el jóven Abderrahman, hijo del Emir, y unido al walí de Valencia, forzó á los Francos á levantar el sitio, los batió completamente y les obligó á encerrarse precipitadamente en Barcelona. Una segunda acometida contra la citada plaza intentada por los soldados de Carlo-Magno en el año siguiente, no fué menos desgraciada que la primera para los Francos. Apesar de tan repetidas victorias, el Emir de Córdoba envió una embajada á Carlo-Magno, proponiéndole la paz, que el grande emperador aceptó sin titubear.

El motivo que tuvo Al-Hakem para dar aquel paso, fué la dificultad en que se encontraba de sostener á la vez dos guerras muy costosas la una en el Oriente de la Península, y la otra en el Occidente donde los cristianos de Astúrias y Galicia no

se daban trégua á combatir el poder musulman. En su virtud, pues, el EMIR dispuso hacerles la guerra, y envió contra ellos dos numerosos ejércitos, mandados por Abdalá, y Abd-el-Kerim, generales los mas reputados entre los árabes. Ambos penetraron gallardamente en Galicia llevándolo todo á sangre y fuego; mas se internaron imprudentemente en comarcas montañosas que no conocian y pagaron muy caro su atrevimiento, segun dice Sebastian de Salamanca (c. 20), puesto que fueron esterminados el uno en las orillas del Naharon y el otro en las del Ancéo. Las crónicas Árabes consultadas por Conde, refieren el suceso, con ciertos detalles curiosos; suceso que vemos confirmado por la siguiente narracion del historiador Ben-Adhari, traducida por Dozy (*Recherches* t. 1.° p. 150).

En el año 200 (816) Al-Hakem dió órden á su wasir Abd-el-Kerim ben Moghit, de ir á combatir la tierra de los politeistas. El wasir penetró hasta el corazon del país talando los campos y arrasando las casas, los castillos y todos los pueblos del wadi-Aron. El rey (maldigalo Dios!) hizo un llamamiento á sus vasallos; los cristianos acudieron de todas partes armados y se situaron sobre el rio Aron dando frente á los musulmanes. El dia siguiente Abd-el-Kerim y sus soldados intentaron vadear el rio, pero los infieles los combatieron en todos los puntos. Los musulmanes se portaron como hombres que querian ganar el cielo, pero fueron rechazados y los cristianos pasaron el rio. Entonces los muslimes los combatieron reciamente y los arrolla-

ron hácia sus desfiladeros dando muerte á un considerable número de ellos con las lanzas y con las espadas. Sin embargo, los mas se ahogaron en el rio. Peleóse no solo con espada y lanza sino tambien con piedras. Terminada la refriega estableciéronse centinelas en los puntos vadeables, y se formaron trincheras con fosos y empalizadas. (Nowari é Inb-Kaldum añaden que los dos ejércitos permanecieron tres dias sobre el campo combatiéndose incesantemente) «Muy luego empezaron las lluvias; y como los infieles y los musulmanes careciesen de víveres, Abd-el-Kerim emprendió la retirada y el dia 8 de junio de 816, entró victorioso (?) en la capital» (Conde lo supone muerto de un bote de lanza.

Bien considerado, esta narracion no desmiente formalmente la victoria que Sebastian de Salamanca y los cronistas consultados por Conde, atribuyen á los cristianos en las orillas del Naharon; y desde luego es significativo el silencio que guardan los traducidos por Dozy, respecto al resultado de la otra batalla empeñada en las márgenes del Ancéo.

Es verdaderamente notable que las armas musulmanas victoriosas siempre contra los Francos y Aquitanos, lo mismo en la Galia meridional que en las provincias Orientales de la Península, fuesen desgraciadas con tanta frecuencia contra los cristianos de Astúrias y Galicia. ¿Eran, estos, mas civilizados, mas guerreros, mas numerosos que aquellos? ¿contaban con mayores recursos, ó tenían á su frente uno de esos hombres estraordinarios que la

Divina Providencia envia de tarde en tarde al mundo para cambiar las condiciones políticas y morales de los pueblos y fundar entre ellos una nueva manera de ser religiosa ó social? No: eran algunos miles de rústicos montañeses que ocupaban un país con el cual el poderoso Carlo-Magno á penas si se hubiera dignado formar una provincia de su vasto y colosal imperio; gobernábalos un soberano, no coronado en la basílica de S. Pedro por un Papa y proclamado EMPERADOR DE LOS ROMANOS, título que habia desaparecido hacia mas de tres siglos, sino un *caudillo-rey* levantado sobre el tosco pavés de sus soldados, y *unjido* con el *barro del Llamas del Mouro,* y el *limo* de las orillas del *Naharon* y del *Ancéo.* ¿De dónde, pues, sacaron aquel indomable valor aquel inquebrantable teson que les hizo triunfar tantas veces de los dominadores de España, y vencedores de los soldados del *Gran Rey* que reunió bajo su cetro la Francia toda y avasalló la Alemania, el reino de Lombardía y la Italia hasta Benevento? ¿De donde...? De su fé; nada mas que de su fé religiosa. Suprimid este poderoso estímulo de sus sencillos corazones; arrancad la cruz de sus estandartes; persuadidles que hay otro camino para *ir al cielo* que aquel que dejó trazado JESUS en el Calvario, y veréislos parar, á pesar de que todavia circula por sus venas la sangre de los *Astures* y *Vascones nunca domados,* en tributarios de los musulmanes, hasta que la idea política, que siempre llega en pos de la religion, se apodere de su corazon.

. . . .

. . . .

En aquel mismo año de la frustrada espedicion musulmana á Galicia, el Emir Al-Hakem convocó á los grandes dignatarios de su corte, y en presencia de la asamblea declaró su futuro sucesor en el imperio á su hijo Abderrahman, que era ya, á la sazon, una de las mas brillantes glorias militares del imperio y el alma de su gobierno. Juráronle todos con alborozo, y celebróse el suceso en Córdoba con general regocijo.

Desde aquel dia, Al-Hakem I abandonó del todo las riendas del gobierno en manos del príncipe su heredero, y se encerró en su alcázar para entregarse á los frívolos pasatiempos de una vida muelle y sensual, rodeado de sus mugeres, de sus esclavas y de numerosos eunucos; (bajo el reinado de este Emir conociéronse por primera vez en España estos desdichados séres que fueron causa de su ruina.

Hácia los años 818, segun refiere el historiador Conde, ocurrió un alboroto en una de las puertas de Córdoba con motivo de un nuevo tributo impuesto por el *Emir*. Diez de los amotinados fueron presos y condenados á morir empalados. Acudió crecida muchedumbre de gente del pueblo á presenciar la ejecucion que se verificó en la orilla del rio; y como aconteciera que un soldado de la guardia del Emir hiriese casualmente á un vecino, se amotinó el pueblo y persiguió al soldado apedreándole hasta el mismo alcázar. Indignado Al-Hakem, púsose á la cabeza de su guardia y cargó á los amotinados, que huyeron á encerrarse en sus casas, en

mayor parte. Al dia siguiente 300 desgraciados que cayeron prisioneros en manos de los soldados, fueron clavados vivos en estacas, puestas en fila en las margenes del rio. En tanto duraba el bárbaro suplicio de aquellas víctimas de un despotismo sin freno, la guardia del EMIR entró á saco el arrabal del Mediodia. Los desventurados vecinos que pudieron salvarse de las espadas de aquella desenfrenada soldadesca, fueron desterrados de la ciudad y su distrito. La inaudita crueldad de Al-Hakem, arrebató á Córdoba 20,000 habitantes, cuyas tres cuartas partes emigraron á África.

En Mayo de 822, murió el cruel EMIR víctima de la profunda tristeza que se apoderó de su espíritu desde el suceso del arrabal del Mediodia. El mismo dia en que se celebraron las pomposas exéquias de Al-Hakem I, fué proclamado en Córdoba Abderrahman, su hijo, príncipe de esclarecidas prendas, á quien el pueblo y el ejército apellidaban *Al-Mudhafar*, (vencedor feliz) por sus virtudes, por sus victorias y por su gallardía y magnificencia.

No bien Abderrahman II, húbose sentado en el trono, cuando su anciano tio, Abdallah, el desterrado en África, se puso por tercera vez en campaña en demanda de la herencia de su padre el fundador de la dinastía Ommiada de España, y bisabuelo del *Emir* recien proclamado. No menos desgraciada que las anteriores fué esta nueva intentona para el incorregible pretendiente; mas en ella, como siempre, las armas y la generosidad le reduje-

ron á la obediencia. El clemente EMIR no solo le perdonó, sino que tambien le concedió el señorío del distrito de Tamir, donde murió Abdallah á los dos años.

Terminado tan breve y satisfactoriamente este conato de guerra civil, Abderrahman tuvo necesidad de acudir con sus andaluces hácia la España oriental, para combatir una irrupcion que los condes de la Marca Gótica habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Como siempre, el *Vencedor feliz*, derrotó los Francos, y despues de obligarles y guarecerse en sus fortalezas, regresó á Andalucía cubierto de laureles.

Por este tiempo, cuentan las crónicas, llegaron Córdoba dos espléndidas embajadas; una enviada por el emperador de Constantinopla, Miguel el *Tartamudo*, en solicitud de formar alianza con el EMIR de España, contra su comun enemigo el Califa de Bagdad. La otra llegaba en nombre de los Vasconavarros, en demanda de auxilio contra los Francos-Aquitanos que los amenazaban con una nueva invasion. Abderrahman recibió solemnemente ambas embajadas, y suscribió á las alianzas que le propusieron.

El temor de los montañeses no era infundado. A fines del año 823 un ejército Aquitano salvó los Pirineos y llegó hasta Pamplona. Terminado el objeto de su espedicion, regresó por el mismo camino que habia traido; mas al llegar á los desfiladeros de Roncesvalles, reprodújose para los invasores la trajedia de Carlo-Magno. «Los nuestros, (dice el

Astrónomo, en la vida de Ludovico Pio) esperimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada de aquellos habitantes. Rodeado de todos lados por los naturales del país, el ejército fué deshecho, y los condes que lo mandaban cayeron en mano de los enemigos.» (824) Las crónicas de Navarra, dicen, que uno de aquellos condes, el de Eblo, fué enviado, á título de *regalo*, á Abderrahman, rey de Córdoba, cuya alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.

La paz que á la sazon disfrutaba Andalucía, fué bien aprovechada por el magnífico Emir. Cuenta uno de sus historiadores, que en aquel tiempo mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba; edificó alcázares en las principales ciudades de España; reparó los caminos; construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba; dotó las *madrisas*, ó escuelas públicas, y mantenia de su peculio 300 huérfanos en la de la aljama de su capital. En las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenia con los sábios y buenos ingenios que habia en su córte, que eran muchos; y, por último, que era muy liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas á quienes regalaba joyas de inestimable valor.

«Cuenta Ibrahim-el-Catib (Conde c. XL.) que un dia regaló á una niña esclava suya, un collar de mucho valor; y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el Tesoro real y podia

servir en un apuro ó vicisitud de la fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que Dios ha puesto en mis manos esta joya para que yo le dé su propio destino, y sirva de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

¿Sería este el *collar* que perteneció á Zabaida, esposa del Califa de Bagdad Harun-al-Raschid, y que luego vino á enriquecer el guarda-joyas de los Ommiadas de España? Oigamos lo que dice el sábio orientalista Dozy (*Recherches*, T. II, P. 48) acerca de esta preciada alhaja: «En la historia escrita por Ibn-Adhari (T. II, P. 93) se lee lo siguiente: Cuando Mohamed-Ausin, hijo de Harun-al-Raschid, fué asesinado (813) y su palacio saqueado, sus joyas y muebles mas preciosos lleváronse á España, y fuéle entregado á Abderrahman II, sultan de este país, un collar conocido con el nombre de *collar de las lentejuelas*, (llamado así, segun parece, porque estaba formado con piedrecillas verdes y redondas, pequeñas esmeraldas) que habia pertenecido á Zabaida.»

Este collar volverá á figurar incidentalmente en nuestra Historia, al referir la conquista de Valencia por el Cid Campeador.

No de muy larga duracion fué el sosiego que disfrutaba el Emirato de España. Entre aquellos pueblos tan mal unidos por falta de lazos de verdadera nacionalidad y por las rivalidades de origen que los trabajaban desde el principio de la conquista, cualquier pretexto servia de motivo para una rebelion; que este y no otro carácter tenian las su-

blevaciones que estallaban con frecuencia en las principales ciudades musulmanas. Así es, que hácia los años 828, tuvieron lugar dos, una en Mérida y otra en Toledo. En la primera ciudad, cuarenta mil hombres del pueblo, á pretesto de lo gravoso y exhorbitante de los tributos, se amotinaron y armados recorrieron las calles, cometiendo todo género de excesos contra las autoridades y vecinos pudientes. El Emir envió contra ellos al walí Abd-el-Ruf, con crecidas fuerzas, quien ahogó en sangre la sublevacion, acuchillando en las calles de Mérida unos 700 hombres del pueblo. A los pocos dias un indulto general concedido por Abderrahman terminó, por entónces, aquel triste acontecimiento. La de Toledo fué mas porfiada y tuvo, si cabe, mas deplorables consecuencias. Parece que un jóven llamado Hixem-el-Aliki, opulento vecino de la ciudad, por resentimientos personales con el gobernador de la misma, promovió una sedicion ganando á la gente pobre y á los soldados berberiscos á fuerza de oro. El Emir envió contra los rebeldes á su hijo Omaiya, con parte de la caballería de su guardia. Las primeras operaciones del príncipe no fueron afortunadas; haciéndose necesario, en consecuencia, que el walí Abd-el-Ruf, pasara de Mérida á Toledo con todas las fuerzas disponibles. Los rebeldes no se intimidaron y resistieron gallardamente durante algunos años los ataques de las tropas del Emir. En el entretanto reprodújose la sublevacion de Mérida; y esta vez marchó Abderrahman en persona para reprimirla, lo cual consi-

guió sin efusion de sangre, habiéndosele entregado la ciudad á discrecion. Cuenta Conde, que como se le presentaran los vecinos mas notables, disculpándose de no haber podido detener á los gefes de la rebelion, el Emir les contestó: «Doy gracias á Dios de que en este dia de regocijo me haya librado del disgusto de hacerlos descabezar.» Estos nobles y levantados sentimientos hacen la mas brillante apología del carácter de Abderrahman II.

Rendida, por fin, Toledo despues de seis años de porfiada resistencia, y desembarazado, por tanto, Abderrahman, de revueltas intestinas, ordenó al walí de Zaragoza (838) que con las banderas de la España oriental recorriesen la Marca Gótica. Sus órdenes fueron cumplidas fielmente, pues durante dos años los musulmanes acosaron sin cesar á los cristianos de aquella tierra, en tanto que una escuadra sarracena equipada en los puertos de Tarragona, Ibiza y Mallorca, se dirigió á las costas de la Provenza, saqueó sus puertos incluso el arrabal de Marsella, regresando á los de España cargadas sus naves de cautivos y de riquezas.

Hácia el año 840, llegó á Córdoba una nueva embajada enviada por el emperador de Constantinopla Teófilo, á Abderrahman, en solicitud de auxilio contra el Califa de Bagdad, Al-Motassim. Recibióla honoríficamente el Emir, y la despidió con la promesa de que ayudaría al emperador en cuanto se lo permitiesen las guerras que entonces le ocupaban.

Es digno de notarse que en la época que esta-

mos historiando, en tanto que los dos imperios de Oriente, el Griego y el Musulman, caminaban aceleradamente hácia su ruina, y que el de Occidente, resucitado por Cárlo-Magno, se disolvia bajo el gobierno y los débiles sucesores de aquel grande hombre, el que podemos llamar, *Imperio Musulman-andaluz*, caminaba hácia el apogeo de su gloria, envidiado de todos los pueblos por su cultura; temido de todos sus enemigos por la fortuna de sus armas, y solicitado en alianza por los emperadores cristianos de Oriente.

El bello ideal de Sertorio se habia realizado al fin en Andalucia. Si España no daba leyes al mundo, tampoco las recibia de ninguna nacion estraña.

Sin embargo; allá en las márgenes del Duero, íbase formando una nube, que avanzaba lentamente hácia el Mediodia, amenazando enturbiar el claro sol que alumbraba las maravillas que la civilizacion árabe habia sembrado en las orillas del Guadalquivir.

Era el pequeño reino de Astúrias que crecia á compás del imperio Musulman-andaluz. Era la cruz que descendía de las ásperas montañas de Asturias y Galicia, hácia las llanuras que habia de alumbrar muy luego con sus vivos resplandores.

X.

PRIMERA INVASION DE LOS NORMANDOS EN ANDALUCÍA.

844.

En el año 23 del reinado de Abderrahman II, tuvo lugar la primera invasion de los piratas Normandos en Andalucía. El suceso bien merece que le dediquemos un capítulo, no solo por lo estraordinario, sino porque tenemos la fortuna de poderlo detallar en nuestra *Historia general de Andalucía*, como no le ha sido posible hacerlo á ninguno de los cronistas ó historiadores españoles que nos han precedido, por carecer de los textos árabes que dan los mas estensos y curiosos detalles acerca de él.

En efecto, la crónica de Sebastian de Salamanca, la de Oviedo y la de Abelda, apenas si le dedican cuatro renglones estas últimas, y en cuanto á la primera, aunque algo mas estensa, se limita á decir:

«Algun tiempo despues aportaron los norman-

dos con sus naves por el Occéano septentrional á las playas de Gijon, desde donde estendieron sus correrías hasta la Coruña. Al saberlo, Ramiro, reconocido ya por rey sin contradiccion, envió contra ellos un numeroso ejército con sus duques y condes, los cuales pasaron á cuchillo á una gran multitud de aquellos invasores, y pegaron fuego á sus naves. Los que de ellos pudieron salvarse se dirigieron á una *ciudad de España, por nombre Sevilla*, la cual saquearon, y en donde con el hierro y con el fuego dieron muerte á muchísimos caldeos (musulmanes).»

Antes de pasar adelante, cúmplenos llamar la atencion de nuestros lectores hácia las palabras que dejamos subrayadas en el párrafo copiado de la Crónica de Sebastian, porque ellas justifican bastante lo que hemos dicho en otro lugar; esto es, que durante la ocupacion musulmana desde la batalla del Guadi-Becca, hasta las invasiones de los Almoravides y de los Almohades, *Andalucía vivió separada del resto de la Península, y formando una nacion totalmente distinta religiosa, civil, política y geográficamente considerada*. En efecto, ¿cómo se esplica si nó, que un Obispo, hombre de letras y el primero de nuestros cronistas despues de la invasion de los Arabes, dijese, escribiendo en una ciudad del reino cristiano del N. O. de la Peninsula, y refiriéndose á otra, harto célebre para serle desconocida, que esta se *encontraba en España* y quetenia por nombre Sevilla? Siendo evidente, pues, que para los cronistas del Norte de la Península, bajo el nombre de

Hispania, solo se comprendian los estados dominados por los Arabes, y en particular los del Mediodia, queda justificado nuestro aserto, y descubierto, en parte, el secreto de la larga dominacion musulmana; de lo lento de la reconquista, y de la resignacion, por no decir otra cosa, en que vivieron los cristianos de Andalucía bajo el gobierno de los Emires de Córdoba.

Volvamos al asunto de los cronistas é historiadores españoles que se ocuparon antes que nosotros de aquel trájico suceso.

Los posteriores, pues, á los anteriormente citados, desde Rodrigo de Toledo hasta el padre Mariana, no se muestran mucho mas abundantes de noticias que las fuentes de donde tomaron conocimiento del suceso; y por último llegando á nuestros dias, ni Conde, en su *historia de la dominacion de los Arabes en España*, ni los historiadores de España, así los nacionales como la mayor parte de los estrangeros, que consultaron la citada historia, arrojan mayor luz sobre el acontecimiento, puesto que lo describen de una manera breve, confusa, falta de órden y de esactitud no solo en los detalles, de que se muestran muy avaros, sino en el conjunto de la narracion del suceso. Esceptuamos, sin embargo, de esta crítica los trabajos de D. Pascual de Gayangos, desgraciadamente muy poco conocidos en España.

Afortunadamente para nosotros, repetimos, nos es dado poder detallar el suceso de la primera invasion de los Normandos en Andalucía, con nueva y

mayor copia de curiosísimos datos, no conocidos hasta el dia, merced al importante y concienzudo trabajo que sobre este interesante asunto ha publicado el sábio y diligente orientalista Dozy, en su inapreciable libro titulado: *Investigaciones sobre la la historia y la literatura de España durante la edad media.*

Permítasenos, antes de reproducir el trabajo del citado autor, trabajo al cual los amantes de los gloriosos y memorables recuerdos de Andalucía deben estar muy agradecidos, satisfacer á una pregunta que indudablemente se ocurrirá á muchos de nuestros lectores. ¿Quienes fueron los Normandos?

Los Normandos, (*North-Menn*, hombres del Norte) pueblo del norte Europa, habitaban, en la época de sus primeras escursiones, la Escandinavia é islas adyacentes. Algunos autores pretenden que aquellos audaces piratas que saquearon muchas costas bañadas por los mares de Europa, fueron míseros desterrados del suelo que los vió nacer, que se hicieron los *reyes del mar*, porque les faltaba tierra donde asentar la planta. «Se parecian á los Francos y demás Germanos (César Cantú) en el aspecto de su cuerpo, distinguiéndose por su elevada estatura, hermoso semblante y noble porte. Las feroces costumbres que les inspiraba la religion del Odin, *padre de los estragos, salteador, incendiario*, no estaban moderadas en ellos por el contacto con pueblos mas cultos. Manchaban la religion con supersticiosas atrocidades, sacrificando hombres y arrojándose de unos á otros los niños que recibian en la punta

de sus lanzas. Cuando llegaban al térmido de su vida aventurera mandaban echar al fuego todos sus bienes para que sus hijos se viesen obligados á proporcionarse otros pirateando.» Sin embargo, estos hombres, á pesar de su ferocidad, eran altivos en su porte, orgullosos, valientes hasta la temeridad y amantes del lujo; de suerte que se les considera como los fundadores de la aristocracia europea de los pueblos modernos.

Ahora, pues, vamos á reproducir el curioso é interesante trabajo de Dozy, acerca de la invasion de los piratas escandinavos en la peninsula Ibérica, despues de medio siglo que contaban de incesantes saqueos, incendios y depredaciones en los mares de Europa. (*Recherches* t. 2.° p. 273).

Invasion de 844.

«En el año 844, una armada normanda salida del Garona, fué arrastrada por una tempestad hácia las costas de Astúrias. Los piratas saquearon los alrededores de Gijon, y dirigiéronse luego hácia el antiguo faro que se llamaba entonces, Farum Brigantium, y hoy *Torre de Hércules*, cerca de la Coruña. Allí tomaron tierra, mas no les fué dado llevar muy adelante sus devastaciones, habiendo enviado el rey Ramiro I, un ejército contra ellos que los espulsó y les quemó 70 naves.

«Frustrada su tentativa en Astúrias y Galicia, los Normandos navegaron hácia las costas del Mediodia con propósito de atacar los Estados musul-

manes. Hasta entonces los Árabes habian vivido en buenas relaciones con ellos. Prueba de ello es, que segun refiere Ibn-Dihya, Abderrahman II habia enviado por los años de 821, un embajador al rey de los Normandos. Este embajador lo fué el poeta Yahya-ibn-Hakam, á quien apellidaban el Gazal (Gacela) en razon de su notable belleza. Érase un diplomático muy discreto y muy galante: en Constantinopla habia sabido grangearse el favor de la Emperatriz, á beneficio de los elojios que la prodigó; de la misma manera logró merecer el de la esposa del rey normando, por su galantería y los versos que escribió ponderando su belleza. El autor árabe no indica el motivo que tuvo Abderrahman para enviar aquella embajada.

Fuera el que se quiera, es lo cierto, que en esta ocasion los musulmanes en vez de matar el tiempo escribiendo versos en elojio de las damas normandas, tuvieron que medirse con los sectarios de Odin; entretenimiento algo mas penoso que el primero, segun se demuestra en las narraciones que vamos á reproducir.

Dozy traduce á seguida el texto de Nowari, que nosotros suprimimos por creer mas curioso y mucho mas rico en detalles el de Ibn-Adhari, que el traductor pone á continuacion. Dice así:

«En el año 229 (30 Setiembre de 843 á 17 de id. 844) recibióse en la capital una carta del gobernador de Lisboa, en la que anunciaba que los *Madjioges* (Normandos) se habian presentado con cincuenta y cuatro naves y otras tantas barcas sobre

las costas de su provincia. Abderrahman le contestó autorizándole, asi como á todos los gobernadores de las provincias marítimas para que tomase sus medidas y obrase con arreglo á las circunstancias.

Toma de Sevilla por los Normandos en el año 230.

Los Normandos llegaron embarcados en unas ochenta naves que cubrian la mar á manera de una innumerable bandada de aves de color rojo oscuro, llenando de inquietud y angustia el corazon de los hombres que las veian llegar. Despues de haber verificado un desembarco en Lisboa, hicieron rumbo á Cádiz, luego á la provincia de Sidonia, y por último á Sevilla. Cercaron esta ciudad, la entraron por fuerza de armas, y despues de haber hecho sufrir á sus habitantes los horrores de la esclavitud ó la muerte, permanecieron siete dias haciendo apurar al pueblo el caliz de la amargura.

»Noticioso el Emir Abderrahman de lo que acontecia, dió el mando de las tropas de á caballo á su hadjib Isa-Ibn-Chohaid. Los musulmanes acudieron presurosos bajo las banderas de este general, y se apiñaron en su derredor como las hojas de una rosa á esta flor. Abdallah-Ibn-Chohaib, Ibn-Wasim y otros oficiales generales marcharon con la caballería. El gefe superior del ejército puso su cuartel general en el Aljarafe y escribió á los gobernadores de los distritos para que aprontasen sus contingen-

tes de soldados. Reuniéronse estos en Córdoba, y el Eunuco Nasr los condujo al ejército.

»Entre tanto los Normandos recibian contínuos refuerzos; y, segun el autor del libro intitulado *Bahdja-an-nafs*, continuaron matando hombres y cautivando mujeres y niños por espacio de trece dias: el autor del *Dorar-al-Calayid*, dice que fueron siete, como dijimos anteriormente. Tras algunas refriegas empeñadas con las tropas musulmanas, se retiraron á Captel (la isla menor) donde permanecieron tres dias. Despues entraron en Coria (del Rio, á dos leguas de Sevilla), donde asesinaron mucha jente, y luego se apoderaron de Talyata situada á dos millas de Sevilla. Allí pasaron la noche, y á la mañana siguiente se presentaron en un lugar llamado al-Fakkarin. A seguida se reembarcaron, y poco despues dieron una batalla á los musulmanes, que fueron derrotados y perdieron mucha jente. Los generales de Abderrahman tuvieron vários encuentros con los Normandos, que se retiraron hácia la provincia de Sidonia y luego á Cádiz. Por último, empleáronse contra ellos máquinas de guerra, y con esto y los refuerzos llegados de Córdoba, fueron derrotados completamente. En esta refriega perdieron unos quinientos hombres y cuatro naves que Ibn-Wasim mandó quemar despues de haber sido vendido lo que contenian. Mas tarde fueron derrotados en Talyata, el mártes 25 de Safar de este año (la fecha de esta segunda batalla parece estar equivocada segun observa Dozy). Muchos fueron muertos en la refriega, otros fueron ahorca-

dos en Sevilla y en las palmeras que se encuentran en Talyata, y perdieron treinta naves. Los que lograron salvarse de la carnicería se reembarcaron dirigiéndose á Niebla, de aquí á Lisboa, y ya no se volvió á hablar de ellos. Llegaron á Sevilla el mártes 14 de Moharran del año 230 (1 de Octubre de 844), y desde este dia hasta el de la retirada de los que escaparon con vida, habian trascurrido cuarenta y dos. Su gefe quedó entre los muertos.»

A esta narracion, dice Dozy, acompañaremos la no menos curiosa de Ibn-al-Cutia, enteramente desconocida hasta ahora, y que es la mas antigua puesto que data del siglo X.

«Abderraman mandó construir la gran mezquita de Sevilla, y reedificar las murallas de esta ciudad que habian sido destruidas por los Normandos en 230. La llegada de aquellos bárbaros sembró el espanto entre sus habitantes, que huyeron á la desbandada para buscar un refugio en los montes y en Carmona. No se encontró en todo el Oeste quien se atreviera á combatirlos, siendo necesario por lo tanto, armar los moradores de Córdoba y de las provincias limítrofes, con los cuales los Wasires marcharon contra los invasores. Los habitantes de las fronteras habian sido llamados á las armas desde el momento que los Normandos desembarcaron y tomaron posesion de las llanuras de Lisboa.

Los wasires pusieron su campo en Carmona, donde permanecieron no atreviéndose á atacar á los Normandos hasta que se les incorporasen las tropas de las fronteras. Estas llegaron al fin; sus

jefes pidieron noticias acerca de los movimientos del enemigo, y los wasires les dijeron, que los Normandos enviaban todos los dias destacamentos hácia las fortalezas de Firrich y de Lacant, hácia Córdoba y hácia Moron. Preguntaron de nuevo si no habría un parage cerca de Sevilla donde pudiesen armar una celada al enemigo, y los wasires les indicaron el pueblecito de Quintos situado á S. O. de la ciudad. Alli se dirigieron las tropas de la frontera durante la noche, se emboscaron y pusieron una atalaya en la torre de la antigua iglesia del pueblo.

«Al amanecer la atalaya señaló un cuerpo de diez y seis mil Normandos (parécenos muy exajerada la cifra) que caminaba hácia Moron. Los musulmanes los dejaron pasar; mas luego les cortaron la retirada á Sevilla, y los pasaron todos á cuchillo.

«Sabido el suceso los wasires marcharon sobre Sevilla, y entraron en la ciudad cuyo gobernador se encontraba sitiado en el Castillo; libertáronlo, y unidos á él facilitaron la vuelta de los habitantes á sus moradas.

«Con la numerosa banda de Normandos que habia marchado en direccion de Moron, salieron otras dos, la una hácia la fortaleza de Lacant, y la otra hácia tierra de Córdoba. Así que, cuando los que habian quedado en Sevilla vieron llegar el ejército musulman, y supieron el desastre ocurrido á los que salieron para Moron, llenáronse de temor y abandonaron la ciudad para embarcarse á toda prisa. Esto hecho, navegaron rio arriba hasta un

castillo situado á dos leguas de Sevilla, (¿Alcalá del Rio?) donde encontraron muchos de los suyos. Embarcáronlos en sus naves, y unidos todos bajaron por el rio entre las maldiciones y las piedras que les lanzaban los moradores del pais, desde ambas orillas. Así navegaron hasta una milla mas abajo de Sevilla, donde ya, agotado el sufrimiento, los Normandos dieron voces á los que los maltrataban diciendo: *Dejadnos en paz si quereis rescatar los cautivos que llevamos.* El pueblo se apaciguó y muy luego comenzó el rescate de los cautivos. Los Normandos no quisieron recibir oro ni plata, sino ropas y víveres.

. . . .

. . . .

«Muchos chaiks de Sevilla han contado, que los Normandos lanzaban flechas incendiarias sobre el tejado de la mezquita. Hoy todavia se conocen las señales que dejaron aquellas flechas. Mas cuando vieron que con tal manera no lograrian reducir á cenizas la mezquita, amontonaron en una de sus naves pedazos de madera y esteras de junco. Disponíanse á dar fuego á aquel combustible, cuando se presentó á sus ojos un jóven que los espulsó del templo y durante tres dias, hasta el de la gran batalla, les cerró el paso. Los Normandos decian que aquel jóven era de una belleza deslumbrante.

«Desde entonces, el Emir Abderrahman, como medida de precaucion, labró el arsenal de Sevilla, mandó construir buques de guerra; matriculó marineros en toda la costa de Andalucia; les señaló

crecidos sueldos y los proveyó de máquinas de guerra y de nafta. Así es que cuando los Normandos llegaron por segunda vez en el año 244, reinando el Emir Mohamed, saliéronles al encuentro hasta la desembocadura del rio, donde fueron derrotados y perdieron muchas naves.»

No seria fácil, concluye Dozy, reunir en una sola narracion las tres que acabamos de traducir, vista la frecuencia con que se contradicen. Esto se esplica teniendo presente que no son contemporáneas al acontecimiento, sino que se refieren á tradiciones escritas en el siglo X. Los árabes de España, como es notorio, comenzaron muy tarde á escribir su historia. Además, estas contradicciones reconocen otra causa, segun una muy oportuna observacion de M. Kunik; y es, que los Normandos que invadieron las costas de la Península, no formaban un solo ejército, ni estaban sometidos á la autoridad de un solo jefe, sino que por el contrario se dividian en bandas más ó ménos numerosas que unas veces obraban de concierto y otras separadamente; circunstancia en la que parece no se fijaron los autores arábigos, siendo esta la causa de las contradicciones que se notan en el cotejo de sus escritos.

Prescindiendo, decimos nosotros, de las circunstancias anotadas por los Señores Dozy y Kunik, nos vamos á permitir hacer una observacion sobre un hecho importante en el cual parecen no haberse fijado estos dos historiadores. Comenzaremos diciendo que damos entero crédito á las re-

laciones arábigas, visto que la crítica histórica encuentra en ellas muy poco ó nada que rechazar, tanto porque los sucesos aparecen referidos con el carácter de la verdad, y porque la mayor parte de los pueblos y comarcas donde tuvo lugar aquella pavorosa trajedia subsisten todavía y con los mismos nombres con que eran conocidos en el siglo noveno, cuanto porque las escenas de que fueron teatro las márgenes del Guadalquivir son una copia esacta de las que se verificaron en las del Sena, del Loira y del Garona.

Esto sentado, diremos: Los Normandos llegaron á Sevilla, procedentes de Lisboa, embarcados en ochenta naves. ¿Qué número de hombres se contenia en cada una de ellas? Si nos atenemos á las versiones mas autorizadas, en la nueva invasion que á mediados del siglo X (966) los piratas escandinavos verificaron en las costas lusitanas sus naves contenian cada una unos *ochenta* hombres. Admitiendo que igual ó algo mayor número embarcaran los que remontaron el Guadalquivir en 844, tendremos, en el primer caso, un número redondo de 6,400 hombres, y en el segundo uno que varia entre 7 y 8,000.—Siendo esto así, salta á la vista el error ó exajeracion en que incurrió el historiador Ibn-al-Cutiá, al decir que fueron 16,000 los Normandos pasados á cuchillo por los musulmanes emboscados en el pueblecito de Quintos.

Ahora, bien; fuera el que se quiera el número de los invasores escandinavos, 6,400 ú 8,000, preguntamos: ¿Cómo se esplica que permanecieran

cuarenta y dos dias saqueando los pueblos situados en las márgenes del Guadalquivir, y á Sevilla ciudad fuerte y populosísima distante poco mas de dos dias de camino de Córdoba capital del imperio musulman de España? ¿Qué gente fué aqulla que en tan corto número tuvo en jaque durante mes y medio el poder de los Árabes, y obligó al victorioso y magnífico Abderrahman II, á convocar, para batirla, todas las banderas incluso las de las provincias fronterizas de los Estados cristianos, y lo que es mas, á solicitar el auxilio de uno de sus súbditos rebeldes, Muza-ibn-Casi, que se titulaba *tercer rey de España*, portándose como tal en sus dilatados dominios situados en la orilla derecha del Ebro?

Comprendemos que el espanto que infundian por todas partes aquellos sanguinarios piratas, cuya religion les ordenaba ofrecer como homenage el mas grato á su feroz divinidad el incendio y el asesinato, y cuya presencia en los pueblos era señal infalible de muertes y devastaciones, hubiese acobardado el ánimo de los habitantes de Sevilla, que al verse sorprendidos con tan terrorífica aparicion huyeron hácia los montes; pero la numerosa guarnicion de la ciudad, la renombrada caballería andaluza, los generales, y las huestes musulmanas vencedoras de los Francos, de los Aquitanos, de los Vascones, de los Astures y de cuantos enemigos interiores ó esteriores tuvieron que combatir durante mas de un siglo, ¿qué hicieron en presencia de 7, ú 8,000 bárbaros que se ense-

ñorearon durante cuarenta y dos dias de una de las mas ricas provincias de Andalucía y que devastaron tan sin piedad? Qué hicieron.... Establecer un campo á la vista del enemigo en el Aljarafe y en Carmona, y escaramuzar con él; hasta que una feliz casualidad, la *emboscada de Quintos* les abrió las puertas de Sevilla, que fué para los sanguinarios piratas, la señal de sálvese el que pueda.

No procedieron, ciertamente con tanta pusilanimidad ó lentitud los cristianos de Astúrias y Galicia, puesto que no les dejaron tomar tierra, ó si la tomaron tuvieron que abandonarla inmediatamente.

Es indudable que aun sin la sorpresa de Quintos, los Arabes hubieran acabado por arrojar fuera de Andalucia aquellas hordas de salteadores é incendiarios; y lo es tambien que los Normandos no hubieran encontrado en nuestra region la misma facilidad para establecerse, que tuvieron en Francia para hacerlo definitivamente en aquella parte de la Neustria que desde entonces se llama *Normandia*: pero de todas maneras es verdaderamente inconcebible, que 7, ú 8,000 piratas pudieran permanecer por espacio de mes y medio casi á las puertas de Córdoba, capital del imperio musulman de España, cuyo soberano se encontraba, á la sazon, en paz con todos sus enemigos asi interiores como esteriores; que saquearan á Sevilla durante siete ó trece dias; que derrotaran en campal refriega las aguerridas tropas del *Emir*, y por último, que los historiadores arábigos tan pródigos en cortar cabezas á los cristianos de Galicia y de Afranc vencidos en ba-

talla por los musulmanes, señalen como un triunfo para sus armas lo muerte de tres ó cuatro Madjiojes acaecida en tal cual escaramuza.

Y aqui damos punto á la historia de la primera invasion de los Normandos en Andalucia.

XI.

Soberanos de Córdoba

Abderahman II. Mohammed I. Mondhir I.

844-888.

Despues de la espulsion de los Normandos, el Emir de Córdoba envió un numeroso ejército contra los cristianos de allende el Duero, que hubieron de sufrir mucho quebranto en aquella campaña, sobre todo con la toma, saqueo é incendio de Leon. He aquí las palabras con que los historiadores arábigos refieren el acontecimiento.

»En el año 846, la ciudad de Leon fué sitiada por Mohammed, presunto heredero del trono. Viéndose los sitiados reducidos á la última extremidad, abandonaron de noche la poblacion y huyeron á refujiarse al abrigo de los bosques y de las montañas. Los musulmanes saquearon la ciudad, la incendiaron é intentaron arrasar las murallas; lo cual no pudieron conseguir, á pesar del empeño que en

ello pusieron, por ser aquellas fuertísimas, como que tenian diez y siete codos de espesor.»

De este suceso dan testimonio las crónicas de Sebastian de Salamanca y la de Albelda, puesto que dicen que la ciudad de Leon fué repoblada por Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro I, muerto en 850.

Terminada tan felizmente para los musulmanes la campaña del año 846 contra los cristianos de Astúrias, Andalucia permaneció en reposo hasta el 850; mas en esta fecha volvió á verse conmovida con preparativos militares y grandes acopios de material de guerra para emprender otra mas lejana y no menos arriesgada espedicion.

A consecuencia de la espantosa anarquía que devoró la Francia despues de la imprudente particion que del imperio de Carlo-Magno hizo en vida, entre sus hijos, Luis el Piadoso, asi como á resultas de la memorable batalla de Fontenay en la que pereció la flor de la nacion de los francos y donde quedaron destruidas, con la muerte de cien mil combatientes, todas sus fuerzas militares y su ruda energia en términos de no quedar ya entre ellos hombres libres aptos para empuñar las armas, á consecuencia, repetimos, de estos acontecimientos, encontróse la Francia tan debilitada, que Abderrahman II, no temió romper las paces que habia asentado con Cárlos el Calvo. Al efecto envió contra los Francos, un numeroso ejército que les arrebató la importante plazo de Barcelona y los persigió hasta mas allá del Pirineo; y una escuadra que saqueó de nuevo las costas de la Provenza.

A poco de terminada esta victoriosa campaña, tuvo lugar en Andalucia el sangriento y á la par glorioso episodio que un historiador de nuestros dias, llama: *La era de los mártires de la Iglesia mozárabe española.*

Debiendo narrar este doloroso suceso con la estension y copia de datos posible, en el tomo correspondiente á la *Historia particular de Córdoba*, ciudad que fué el principal teatro donde se verificó la tragedia, nos limitaremos, en este lugar á decir, que de un lado, la intolerancia de los *Faquies* (doctores de la ley) y el fanatismo de los musulmanes exajerados, y del otro el celo, á las veces indiscreto, de algunos cristianos y las escitaciones de sus monjes y sacerdotes que *buscaban el martirio*, como el monje Isaac, agotó la paciencia del, hasta entonces, tolerante gobierno musulman, y abrió una era de persecusiones y de martirios.

Cerca de dos años hacia que duraba esta cruel situacion sin que los rigores decretados contra los cristianos entibiasen su fé ni aminorasen el número de las victimas voluntarias, cuando el Emir Abderrahman deseoso de volver la paz á sus subditos, recurrió, como medio, á la convocacion de una asamblea religiosa que alcanzase con el consejo lo que no se habia podido lograr con la fuerza. Vióse con este motivo, un espectáculo sin ejemplo en la historia religiosa de los pueblos; esto es, reunido en Córdoba, silla de un gobierno musulman, *un concilio de obispos católicos convocado por un principe que se titulaba vicario de Mahoma.*

Este hecho sin ejemplo, repetimos, que hubiera sido imposible en Damasco, en Bagdad, en el Cairo, en Kairwan y en Tánger, y que hubiese sublevado á los sábios muslimes de las famosas escuelas de Kufa y de Basora, se verificó sin embargo con aplauso general en la mas importante ciudad de la España musulmana; probándose con él lo muy superiores que eran en cultura moral y material, los *musulmanes andaluces*, á todos sus correligionarios habitantes de la mitad del Asia y de todas las costas septentrionales del África, y justificando la fama que tenian en el mundo mahometano, de *tibios creyentes*, y de haberse contaminado con los errores de los politeistas á quienes dejaban vivir á sus anchas entre ellos.

Reunióse, pues, un Concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba (852), presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo; y en él se declaró que no debian ser considerados como mártires, aquellos cristianos que arrebatados por un escesivo celo religioso buscaban y provocaban el martirio. Contra esta declaracion protestó ardientemente el ilustre sacerdote Eulojio, mereciendo por su cristiana entereza ser puesto en la cárcel con el obispo de Córdoba, Saul, por órden del metropolitano de Sevilla, Recafredo; segun escribió el ilustre caballero cordobés, Álvaro, su grande amigo. (Morales L. XIV, C. 27.)

En el mes de setiembre de este mismo año, falleció el Emir Abderrahman II, habiendo reinado treinta y un años. Todos los pueblos, dicen las his-

torias musulmanas, lloraron su muerte como la de un padre.

Sucedióle su hijo Mohammed I, príncipe en quien no resaltaban las prendas de humanidad y tolerancia que distinguieran á su ilustre padre: así que desde los comienzos de su reinado arreciaron las persecusiones contra los cristianos andaluces, que protestaban contra la declaracion del concilio mozárabe de 852. Entre los mártires que vieron realizado su deseo en esta segunda persecucion, se cuenta San Eulojio (859). Desgraciadamente para las víctimas de su celo religioso, no faltaron prelados cristianos que se unieran á sus perseguidores. Hostigesio, obispo de Málaga y Samuel de Elvira, hicieron mas aflictiva la situacion de los cristianos, aconsejando á Mohammed exijiese nuevos ó mas crecidos tributos á los fieles. El primero de aquellos prelados recabó del Emir la convocacion de un nuevo concilio, que se celebró, como el anterior, en Córdoba, con asistencia del obispo de esta ciudad, de los de Almería, Elches, Cabra, Écija y Sidonia. En él se decretaron nuevos impuestos contra los súbditos cristianos, y se declararon perniciosas las doctrinas y proposiciones del abad de la iglesia de San Zoilo, el sábio Samson, digno continuador de la ortodoxia y de la virtud de San Eulojio. Por último, Hostigesio consiguió hacer deponer y desterrar á Samson, quien pasó á Martos donde escribió la defensa de su doctrina con el título de *Apologético*.

Desde entonces comenzó á calmarse la persecu-

cion que sufrieran los cristianos de Andalucía. En el discurso de estos años las armas musulmanas volvieron á esgrimirse en contienda civil y en guerra con los cristianos de Astúrias.

Despues de la célebre batalla que el rey Ordoño I alcanzó en la Rioja sobre las huestes del renombrado Muza, aquel príncipe que se titulaba el *tercer rey de España*, y á quien llamara en su auxilio Abderrahman II, para rechazar la invasion de los Normandos en 844, un hijo de aquel famoso rebelde, que se mantenia en Toledo, ciudad que con su provincia pretendia emanciparse del dominio de los Emires de Córdoba, para acrecentar con ellas los Estados semi-independientes de su familia, fué combatido y sitiado en la citada plaza, por el príncipe Al-Mondir, hijo de Mohammed, que tuvo la desgracia de ser derrotado por Muza en persona que acudiera en socorro de los suyos cercados en Toledo.

Con esta victoria se envaneció el rebelde en términos que el rey de Astúrias, que habia auxiliado la rebelion de Toledo, temiendo por su propia seguridad, se puso de nuevo en campaña contra Muza, á quien alcanzó y derrotó completamente en el monte Laturce, cerca de Clavijo (en la Rioja; esta fué la célebre batalla de Clavijo). Muza dejó 10,000 hombres tendidos en el campo, y entre ellos su yerno y auxiliar Garcia de Navarra, salvándose él de la matanza herido con tres botes de lanza.

La victoria de Ordoño en Clavijo, no solo fué ventajosa para los cristianos, sino que de ella se

aprovechó grandemente Mohammed, que viéndose libre de su temible enemigo pudo activar el sitio de Toledo, yendo en persona á rendir la plaza que al fin se le entregó bajo favorables condiciones.

Segunda invasion de los Normandos en Andalucia.

Por los años de 860, los piratas escandinavos volvieron á aparecer sobre las costas del Norte y Mediodia de la Península. Pero en esta segunda espedicion fueron bastante mas desgraciados que en la primera de 844, y particularmente en Galicia. Oigamos cómo las crónicas cristianas refieren el suceso.

«En tiempo de este rey Ordoño (primero) volvieron los Normandos á las costas de Galicia: pero fueron derrotados por el conde Pedro.» Esto dice la de Aldelda.

La de Sebastian de Salamanca, mas esplícita como siempre, refiere asi el suceso: (c. 26).

«Por estos tiempos aportaron los piratas Normandos por segunda vez á nuestras playas, desde donde se corrieron á España (es decir, á Andalucia) llevando á sangre y fuego toda la costa. Atravesaron luego el mar y se dirigieron á la Mauritania donde se apoderaron de la ciudad de Nachor, con muerte de muchisimos caldeos; y haciendo en seguida rumbo á Mallorca, Formentera y Menorca devastaron aquellas islas. Por último, se encaminaron á Grecia, y al cabo de tres años regresaron á su pátria.»

La exactitud de esta narracion está confirmada por la de los cronistas árabes: véase en prueba, lo que refiere Ibn-Adhari: (Traduccion de Dozy).

»En el año 245 (8 de abril 259 á 27 de marzo 860) los Madjiojes aparecieron de nuevo sobre las costas del Oeste, embarcados en sesenta y dos naves; pero las encontraron bien guardadas por los cruceros musulmanes, que vijilaban desde las fronteras orientales de España hasta las de Galicia en la estremidad Oeste. Dos buques piratas se adelantaron á su armada; mas fueron capturados por los cruceros en un puerto de la provincia de Beja. Encontróse en ellos muchos prisioneros, oro, plata y víveres. El resto de la naves normandas navegó costeando hasta la desembocadura del rio de Sevilla en la mar. Entonces el Emir (Mohammed) dió órden para que el ejército se pusiese en movimiento, y mandó que todas las banderas se reuniesen al hagib Isa Ibn-Hasan.

»Desde la desembocadura del Guadalquivir los Madjiojes se dirigieron á Algeciras; saquearon la ciudad é incendiaron su gran mezquita. De aquí pasaron al África donde cometieron sus acostumbradas devastaciones. Luego dieron la vuelta á España; desembarcaron en las costas de Murcia y estendieron sus correrías hasta la fortaleza de Orihuela. Despues fuéronse á Francia donde pasaron el invierno. Allí hicieron muchos prisioneros, saquearon todo el país, y se apoderaron de una ciudad donde se establecieron, y á la que dieron su nombre con el que es conocida hoy todavia. Mas

tarde volvieron hácia las costas de España; mas ya habian perdido mas de cuarenta de sus naves, y en el combate que empeñaron con la armada del Emir Mohammed, sobre la costa de Sidonia, perdieron otras dos que venian cargadas de grandes riquezas. Las demás naves continuaron su rumbo.»

Acerca de aquel combate naval referido con tanto laconismo por Ibn-Adhari, el Nowairi, despues de reproducir la larga escursion de que queda hecho mérito, dice lo siguiente:

«En su viaje de vuelta encontraron la armada del Emir Mohammed, y habiendo empeñado el combate con ellos, perdieron cuatro naves, dos de las cuales fueron quemadas; todo lo que contenian las otras cayó en poder de los musulmanes. Esto visto, los Madjiojes arremetieron con imponente furia, por lo cual muchos musulmanes murieron como mártires.»

Como se vé, en esta segunda invasion los musulmanes-andaluces anduvieron mas diligentes y avisados que en la primera; y á ejemplo de los cristianos de Asturias y Galicia hicieron imposible el establecimiento de aquellas hordas de bandidos en ningun punto de la Peninsula.

El resultado de las escursiones de los Normandos en España y Francia, nos suministra un testimonio elocuente del estado de postracion en que se encontraba, en aquel tiempo, el desmembrado imperio de Cárlo-Magno, y de la situacion próspera en que se hallaban las dos grandes monarquías cristiana y musulmana de España.

A partir de este suceso y durante una larga série de años que se prolongaron hasta los primeros dias del reinado del Emir Abdallah (888) toda Andalucía gozó de una paz sin ejemplo en los anales de su historia desde la conquista de Tarik y Musa. Desgraciadamente para los muslimes y en buen hora para los cristianos del Norte, que supieron sacar partido de las circunstancias, el resto de la España musulmana se vió envuelta en los desórdenes de la guerra civil que continuó sin tregua hasta el año 927, en que Abderrahman III rindió á Toledo despues de cincuenta años que llevaba esta ciudad de estar emancipada del dominio de los soberanos de Córdoba.

Trataremos en grandes rasgos aquellos sucesos, visto que no nos es posible prescindir enteramente de ellos en cuanto que están ligados con la existencia de la raza musulman-andaluza que venimos historiando.

Alentado Ordoño I con el triunfo de Clavijo, llevó sus armas victoriosas hácia las márgenes del Duero; venció al walí de la frontera y destruyólas murallas de Salamanca y Coria. El príncipe Al-Mondhir acudió ejecutivamente con sus andaluces, y no encontrando á los cristianos de Astúrias, se corrió con su ejército por el Norte de la Península hasta Pamplona. Terminada felizmente aquella campaña, volvió á Córdoba cargado de cautivos y despojos.

El año 863, llegó á la capital del Emirato la noticia de que el rey de Astúrias habia entrado las

tierras lusitanas, llegado á la vista de Lisboa, y saqueado todos los pueblos abiertos que encontró en su espedicion. Tan rápido incremento del poder asturiano, alarmó al EMIR en términos que hizo publicar la *Guerra Santa*. Juntáronse las banderas, y Mohammed, en su calidad de Califa, se puso el frente del ejército con el que penetró en Galicia, llegando hasta Santiago sin encontrar á los cristianos, que al rumor de aquella formidable acometida se habian atrincherado en sus inaccesibles riscos donde la caballería andaluza no podia penetrar. El Emir regresó á Córdoba sin haber obtenido mucho fruto de aquella espedicion

Entre tanto, en las fronteras de Afranc, un hombre oscuro, originario de una tribu berberisca, y nacido de padres judíos, dió comienzo á una rebelion que muy luego habia de parar en guerra larga-sangrienta y porfiada. Este hombre llamado Hafsun, que comenzó su vida aventurera haciéndose salteador de caminos en la comarca de Trujillo, de donde fué arrojado, se trasladó á las fronteras de Afranc con su cuadrilla de bandidos, y allí se apoderó de un fuerte inespugnable llamado Roth-el-Yehud (Roda de los judíos) donde muy luego se le unieron los montañeses de Ainsa, Benavarre y Benasque. Fué tan afortunado en sus primeras correrias por tierras de Barbastro, Huesca y Fraga, y engrosó tanto sus filas con los descontentos cristianos, musulmanes y judíos, que el wali de Lérida y los alcaides de otras poblaciones y fortalezas pactaron con él y le reconocieron por gefe. De modo que al

poco tiempo, el antiguo salteador de caminos en Trujillo se vió dueño de buena parte de la España Oriental.

No se le podia ocultar al Emir la importancia de aquella rebelion, que nacida en ruin y despreciable cuna, habia adquirido en poco tiempo tan desmesuradas proporciones á resultas de las condiciones especiales para el caso de los habitantes cristianos, musulmanes y judíos del pais donde campeaba. Además, estaba harto reciente la de Muza el *tercer rey de España*, para que en evitacion de nuevos desastres Mohammed dejase de tomar contra la de Hafsun medidas fuertes y ejecutivas.

Al efecto, comenzó por asegurarse la neutralidad del imperio Franco, proponiendo á Cárlo el Calvo un tratado de paz y amistad que el nieto de Cárlo-Magno aceptó sin vacilar; luego envió su hijo Al-Mondhir con las banderas de Mérida y Lusitania á guardar las fronteras de Galicia, para no dejar expuestas las provincias de Andalucia á un golpe de mano de los cristianos de Asturias, y él acompañado de su nieto Zeid ben-Casim y seguido de las banderas de Andalucía, Murcia y Valencia marchó contra los rebeldes de la España Oriental.

Comprendiendo Hafsun que le seria imposible sostener la campaña contra el formidable poder y prestigio del Emir, trató de conjurar la tormenta pronta á estallar sobre su cabeza, escribiendo al soberano de Córdoba que estaba dispuesto á someterse á su autoridad con la sola condicion de que le permitiese emplear sus armas contra los cristianos

y los malos muslimes. Mohammed se dejó engañar por el *zorro* de Rotah-el-Yehud; aceptó sus ofrecimientos; licenció la mayor parte de sus banderas, y despues de dejar á su nieto Zeid con un cuerpo de tropas escojidas para que obrase de acuerdo con Hafsun contra los cristianos, regresó á Córdoba.

Apenas se vió libre el antiguo bandido de la presencia del EMIR, dióse prisa á incorporar sus tropas con las de Zeid en los campos de Alcañiz: y en ellos, una noche que los andaluces dormian confiados en la lealtad de sus aliados, estos, por órden de Hafsun sorprendieron al nieto de Mohammed, y lo degollaron alevosamente con los mas de sus soldados.

La noticia de aquella infame alevosía llegó á Andalucía, é hizo prorumpir en gritos de indignacion á todos los musulmanes. Igual efecto produjo en el ejército del príncipe Al-Mondhir cuyos oficiales y soldados pidieron con instancia ser llevados sobre la marcha para castigar á los asesinos. El EMIR satisfizó el deseo de todos sus guerreros, dando inmediatamente órden al príncipe su hijo para que se pusiese en campaña. Con la órden llegaron al campo de Al-Mondhir las banderas de Andalucía, y muchos voluntarios de Córdoba, Sevilla y otras poblaciones, ardiendo en deseos de tomar parte activa en aquella guerra de justa venganza.

A marchas forzadas dirigióse el ejército andaluz contra los rebeldes de Hafsun; mas estos no osaron esperarle en campo abierto, y huyeron hácia sus

riscos y fortaleza de Rotah-el-Yehud, donde se atrincheraron confiados en lo inexpugnable de sus defensas. Vana esperanza; llegaron los Andaluces y se arojaron contra ellos con tan impetuoso denuedo, que los desalojaron de todas sus posiciones, y los acuchillaron sin piedad. La noche suspendió la matanza; pero al dia siguiente los soldados de Al-Mondhir, ébrios todavía de coraje, trepando como cabras por las breñas y escarpados riscos, asaltaron la fortaleza de Rotah, se apoderaron ejecutivamente de ella, y pasaron á cuchillo los rebeldes que la defendian. Hafsun fué uno de los pocos se salvaron de la carniceria. Esta señalada victoria redujo á la obediencia del Emir toda la tierra sublevada, y muy luego el ejército victorioso regresó á Andalucía donde fué recibido con general regocijo.

Vencida tan gloriosamente la *primera* rebelion de Hafsun (866) las armas musulmano-andaluzas se volvieron contra los reyes de Astúrias; pero con tan mala fortuna para ellas, que despues de haber perdido una escuadra que Mohammed enviara sobre las costas de Galicia, á resultas de una borrasca que la asaltó en la desembocadura del Miño; la campaña del año 868, en la que los Walies de la frontera pasaron el Duero y se internaron temerariamente por el territorio de los cristianos; la de 873 emprendida por el bizarro príncipe Al-Mondhir, que fué derrotado en los campos de Sahagun, y dejó en ellos la flor de la caballería de Córdoba, Sevilla y Mérida; la de 876 en la que los cristianos se apoderaron de muchos pueblos importantes de la

Lusitania y arrollaron á los musulmanes hasta los límites meridionales de aquella provincia, y por último la de 879, en la que el infatigable Al-Mondir perdió una batalla campal á orillas del Orbigo, no léjos de Zamora, se ajustó una trégua de tres años entre el Emir de Córdoba y Alfonso III, cuyas victorias y el desarrollo que durante su reinado recibió la ya pujante nacionalidad española, le hicieron acreedor al renombre de *Magno* con que le conoce la historia.

Mas afortunados los musulmanes-andaluces contra sus correligionarios rebeldes, se habian apoderado durante aquellos años, de la ciudad de Toledo, centro de la rebelion que acaudillaba un nieto de aquel célebre Muza, que se llamaba Abdallah. De la misma manera, en 882, el Emir en persona, acompañado de sus dos hijos los príncipes Al-Mondhir y Zeid, esterminó en la batalla de Aybar la segunda sublevacion del intrépido Hafsun, que esta vez se presentara mas amenazadora que en la anterior, por venir coaligado con el famoso rebelde, el rey de Navarra García Iñiguez. El ejército aliado cristiano-musulman fué, pues, completamente derrotado, y dejó en la refriega muerto al rey de Navarra y mortalmente herido á Hafsun.

Por este año habiendo cumplido el plazo de la trégua, el rey Alfonso III realizó una corta y gloriosa campaña en los Estados musulmanes del Mediodia. Pasó el Guadiana; se puso á diez millas de Mérida, y se adelantó hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, de donde regresó á sus montañas

satisfecho y orgulloso de haber paseado sus estandartes por tierras que, desde la conquista, no habia pisado ningun príncipe cristiano.

En el año siguiente (883), despues de una campaña de dudoso resultado entre cristianos y musulmanes-andaluces, firmóse en Córdoba un tratado de paz entre Alfonso III rey de Astúrias y Mohammed I EMIR de Córdoba. Hubo tanta sinceridad por parte de ambos soberanos, que la buena armonía entre los dos pueblos no se turbó ni en el reinado de Mohammed ni en el de sus dos mas inmediatos sucesores. En virtud de las estipulaciones de aquel tratado, el rey de Astúrias quedó en posesion de Zamora, Toro, Simancas y otras poblaciones importantes del Pisuerga y del Duero, y fuéle reconocida la soberanía del condado de Alava.

A los treinta y cinco años de un reinado ajitado pero glorioso, el honrado, el padre de sus súbditos y el amigo de los sábios, Mohammed I EMIR soberano de Córdoba, murió de repente en la noche del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886.)

Sucedióle su hijo segundo, el bizarro é incansable guerrero Al-Mondhir, reconocido tres años antes sucesor en el imperio. El nuevo soberano á penas si llegó á cambiar la lona de su modesta tienda de campaña por los artesonados techos de su alcázar de Córdoba, puesto que desde los primeros dias siguientes al de su proclamacion, tuvo que emprender una porfiada guerra que le fué fatal. Hé aquí, en pocas palabras, como la refiere Conde (c. 58 y 59).

Por los años de 883, Caleb, hijo del célebre rebelde Hafsun muerto á resulta de las heridas que recibiera en la batalla de Aybar, reunió en las montañas de Jaca numerosos parciales veteranos de su padre los unos y gente allegadiza los otros, y con ellos se apoderó en tres años de guerra contra los generales del Emir, de todo el país comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana. En los dias de la muerte de Mohammed se apoderó de Huesca y Zaragoza, y en los primeros del reinado de Al-Mondhir, marchó al frente de 10,000 caballos sobre Toledo que le abrió sus puertas, y donde se hizo proclamar rey de la mayor parte de la España oriental y central.

El Emir convocó inmediatamente las banderas de Andalucía y Mérida, con propósito de combatir sin pérdida de tiempo á los rebeldes. Al efecto envió contra ellos á modo de vanguardia, sus cuerpos escogidos de caballería al mando de su primer ministro Haxem, encargando á este que fuera muy cauto y no se dejara engañar por el *astuto zorro Caleb ben-Hafsun*. Disponíase Al-Mondhir á marchar con el grueso del ejército, cuando recibió en Córdoba la noticia de que el confiado Haxem, habia aceptado un convenio que le propusiera el rebelde, en virtud del cual las tropas del Emir entraron en la ciudad. Pocos dias despues súpose en la capital, que Toledo habia presenciado una tragedia semejante á la de los campos de Alcañiz; es decir, que el hijo á semejanza del padre habia sorprendido y pasado á cuchillo los soldados andaluces, que guar-

necían á Toledo segun lo convenido entre Haxem y Caleb.

Ciego de cólera, Al-Mondhir, llamó á su presencia á su ministro Haxem; reprendióle ásperamente por haber pactado con el rebelde y traidor Caleb; y sin tener en cuenta sus muchos y buenos servicios lo mandó descabezar en el acto en un patio de su mismo alcázar. Profundo dolor causó en Córdoba la muerte del hajib, por ser hombre que en el ejercicio de su alto ministerio se habia granjeado el cariño y respeto de todo el mundo; y no ménos sentimiento produjo el rigor con que el Emir persiguió á los dos hijos de Haxen, Omar y Ahmed, wasires el uno de Jaen y el otro de Ubeda, á quienes destituyó de sus cargos y confiscó los bienes.

Pocos dias despues de cometido aquel *asesinato jurídico*, Al-Mondhir marchó sobre Toledo al frente de las banderas de Andalucia y Mérida, y llevando consigo á su hermano el príncipe Abdallah, que era el mas esforzado y sábio de todos los hijos de Mohammed. Llegado al frente de la plaza encargó al príncipe que dirigiera las operaciones del sitio, y él, con un campo volante de caballería se dedicó á perseguir las taifas de los rebeldes y sus auxiliares cristianos. Batiólas en diferentes encuentros: les tomó muchas poblaciones y castillos de la ribera del Tajo, y durante un año no dejó pasar ocasion de empeñar una escaramuza con los rebeldes. Recorriendo un dia el pais al frente de un escuadron de sus mas bizarros caballeros, descubrió cerca de Huete un numeroso cuerpo de ejército enemigo.

Sin contarlos ni atender mas que á los arranques de su impetuoso valor, el Emir cerró con ellos y los hizo retroceder; mas repuestos muy luego los contrarios, cargaron sobre Al-Mondhir y sus valientes en apiñada muchedumbre, cercáronlos entre un bosque de lanzas y los mataron á todos incluso al valeroso Emir que murió acribillado de heridas (888.)

Dos años menos unos dias habia reinado aquel valeroso príncipe, de quien cuentan sus historiadores, que nunca conoció el miedo; que fué en estremo frugal; que en sus armas vestidos y mantenimiento no se diferenciaba de los caudillos inferiores, y que su tienda de campaña solo se distinguía por la bandera de las de sus generales.

XII.

SOBERANOS DE CÓRDOBA

ABDALLAH I.

888—912.

GUERRA CIVIL EN ANDALUCÍA.

Al saber la infausta nueva, el principe Abdallah que dirigía el cerco de Toledo, dió sus órdenes á los generales para que la continuasen y partió del campo con la caballería de su guardia en direccion de Córdoba.

Llegado á la capital, que encontró vestida de luto por la muerte de Al-Mondhir, en quien tantas esperanzas fundaba su pueblo, se presentó al Consejo de Estado que se hallaba reunido y deliberando acerca de lo azaroso de las circunstancias. Todos sus miembros se levantaron en su presencia y le aclamaron EMIR de España, á una voz sin reservas ni condiciones.

Los dos primeros actos de su reinado, fueron; mandar traer á Córdoba el cuerpo de su hermano

Al-Mondhir, al que se hicieron magníficas exequias, y poner en libertad, restituyéndoles sus bienes, á los dos hijos del desventurado Haxem, á quienes indemnizó de sus pasados inmerecidos sufrimientos reponiendo á Omar en el cargo de wali de Jaen, y nombrando á Ahmed capitan de su guardia de caballería. Los grandes de su córte y el pueblo de Córdoba aplaudieron este acto de justicia; mas no así los príncipes de su familia á quienes desagradó, y particularmente á su propio hijo el príncipe Mohammed, gobernador, á la sazon, de Sevilla, «que por rivalidades y competencias de mocedad (Conde C. 60) y galanterías estaba enemistado» con los hijos de Haxem, Omar y Ahmed.

Uno de los episodios mas curiosos de la historia de Andalucía durante la dominacion de la dinastía Ommiada, es esta guerra civil que vamos á narrar compendiosamente, tomándola de Conde, único autor que hasta el dia ha dado conocimiento de ella. Decimos que curioso, porque si bien nuestros lectores deben estar cansados, hasta cierto punto, de la no interrumpida narracion de tantas discordias y guerras civiles como vienen turbando la existencia de la raza musulmana desde los primeros años de su establecimiento en la Península Ibérica, es lo cierto que esta de que vamos á ocuparnos presenta una novedad que la hace única en su género. Esta novedad es, que se ignora completamente las causas que la produjeron, puesto que Conde, ni los manuscritos arábigos que tradujo, dicen una sola palabra acerca de este punto tan importante, limitán-

dose á referir los sucesos militares de mas bulto, y callando el motivo determinante de la guerra. No fué esta, ciertamente la vez primera que los *príncipes de la sangre*, como hoy los llamamos, levantaron bandera contra el soberano legítimo; la rebelion de Suleiman y Abdallah, hijos de Abderrahman I, en tiempos de los primeros EMIRES de su propia familia, sucesores de su padre, contra quienes hicieron armas porque se creian con mejor derecho al trono, es una prueba de ello; pero si es la primera vez que veremos á los príncipes de la sangre, hijo y hermano del soberano reinante, promover una guerra civil, ¿por qué? Porque, segun cuenta el único historiador del suceso, entre un hijo de aquel soberano y los hijos de un primer ministro caido en desgracia, existian *celos y competencias de mocedad*... Un episodio histórico escrito de esta manera, no merece el nombre de historia, sino el de novela.

A riesgo de que se nos moteje de amigos de introducir novedades en la Historia de Andalucía nos vamos á permitir hacer algunas *suposiciones*.

Teniendo presente que la costumbre tenia establecido, desde la fundacion de aquella soberanía, que en ella, visto que no habia ley de sucesion al trono ni se conocia el principio elctivo, para prevenir las contiendas civiles que pudieran ocurrir á la muerte de cada soberano, este propusiera en vida á los altos funcionarios de su córte y gobierno reunidos en asamblea, el sucesor que dejaba, costumbre que por un acontecimiento fatal no se habia

observado en la proclamacion de Abdallah I; teniendo esto presente, repetimos, ¿seria temerario suponer que los otros hermanos de Al-Mondhir, llamado el uno Al-Kasim y el otro Al-Asbah, walies de Jerez y de Sidonia, resentidos por la manera inusitada como fué proclamado Abdallah, y conceptuándose con el mismo derecho que él al trono vacante se levantasen en armas para reivindicar aquel derecho, y atrajesen sagaz y mañosamente á su partido al walí de Sevilla, hijo del Emir, escitando en él los resentimientos que abrigaba, por *competencia de mocedad*, contra sus rivales Omar y Ahmed, castigados por Al-Mondhir, y rehabilitados por Abdallah? ¿Y lo sería, tambien, suponer que en la proclamacion del sucesor del finado Emir, no hubo en el Consejo de Estado, toda la libertad y toda la espontaneidad que el caso requeria, visto que simultáneamente con la noticia de la muerte de Al-Mondhir llegó á Córdoba Abdallah; sorprendió con su presencia á la Asamblea, y puso término á las deliberaciones pidiendo la herencia de su hermano, acaso á la manera que el soldado pordiosero pidió, en el camino entre Oviedo y Peñaflor, limosna á Gil Blas, tomando de aqui pretesto los descontentos, que nunca faltan, para apoyar las pretensiones de los príncipes sublevados? Y, por último, ¿no pudieron avivar el fuego de la discordia de un lado, la lucha latente entablada entre la aristocracia musulmano-andaluza y la familia de los Ommiadas, desde la fundacion del Califato de Córdoba, y del otro los parientes, amigos ó parciales

de los hijos que dejó Al-Mondhir, que se veian desheredados, no por la voluntad de su padre, sino por las facultades que se arrogó el Consejo de Estado, ó por la presion que en el ánimo de sus miembros ejerció la inesperada vista del pretendiente al Emirato?

En fin; sea la que se quiera la causa eficiente de aquel lamentable acontecimiento, es lo cierto que con él terminaron los años de paz que toda la Andalucía venia disfrutando desde la segunda invasion de los Normandos, y que comenzó una madeja de guerras y sediciones entre los principes de la familia reinante y entre el poder central y las razas rebeldes que le hostilizaban sin cesar, que durante siete años el Oriente y Occidente de Andalucía ardieron en el fuego de la guerra civil.

Vamos, pues, á narrar sus efectos, por mas que nos sean desconocidas todavia sus causas.

Disponíase el Emir Abdallah á regresar al sitio de Toledo al frente de la numerosa caballeria andaluza que habia reunido en Córdoba para dar un golpe decisivo al rebelde hijo de Hafsun, cuando llegaron correos de Sevilla con la inesperada noticia de haberse sublevado sus hermanos Al-Kasim y Al-Asbah y su hijo Mohammed, á quienes se habian unido los alcaides de las fortalezas de Lucena, Estepa, Ronda; muchos de la provincia de Granada, y no pocos de la de Reiya (Malaga). Disgustaron mucho al Emir estas novedades y desavenencias en su familia, por que si en todos tiempos eran una calamidad pública, en aquellos momentos

complicaban mas y mas la dificil situacion en que se encontraba su gobierno combatido por los rebeldes musulmanes orientales, dueños de la España central y de las plazas mas importante situadas en las provincias bañadas por el Ebro. Vista la necesidad de acudir con prontitud y á la vez á todos los puntos donde arreciaba el peligro, Abdallah dispuso que pasase á Sevilla su hijo el principe Abderrahman para que con buenos consejos y amonestaciones hiciese volver á la obediencia á su hermano Mohammed y á sus dos tios Al-Kasim y Al-Asbah, y sujetase los alcaides de las provincias que apoyaban las pretensiones de los principes rebeldes. Partió luego Abderrahman á dar cumplimiento á su delicada mision, y el Emir se encaminó á Toledo al frente de una crecida hueste de caballeros andaluces.

Mientras Abdallah hacia la guerra en las orillas del Tajo, el espíritu de rebelion que habia ganado tantas comarcas de Andalucía penetró hasta dentro de los muros de Córdoba, donde estuvo á punto de estallar una sedicion, afortunadamente ahogada en la cuna por la diligencia del prefecto de la policia de la ciudad, que prendió á tiempo á los principales conjurados y los mandó empalar. Tan rápido y tremendo castigo impidió que el pueblo tomase parte en la revuelta.

A los pocos dias de haber obtenido un señalado triunfo la caballeria andaluza sobre la del rebelde Hafsun, á la que alcanzó y lanceó gallardamente en una espaciosa llanura situada en las orillas del

Tajo, el Emir recibió comunicaciones de su hijo Abderrahman, en las que le anunciaba que todas sus gestiones para traer á la obediencia á su hermano Mohammed habian sido infrutuosas, puesto que el príncipe rebelde no solo le habia negado la entrada en Sevilla, sino que habia desatendido sus cartas y desoido sus fraternales amonestaciones; en tanto que continuaba ajitando la tierra, haciendo penetrar la rebelion por las de Jaen, y, por último, allegando los medios para intentar un golpe de mano sobre Córdoba; cosas todas que hacian necesaria la presencia del Emir en su capital para concertar el plan que deberia seguirse á fin de poner término á aquella grave situacion. Abdallah estimó prudente el consejo, y en su virtud dejó encomendado el cerco de Toledo á los generales de su mayor confianza, y regresó á marchas forzadas á Córdoba donde llegó sin dar aviso de su venida. Muy luego convino con su hijo Abderrahman el plan de la campaña que debia emprenderse para apoderarse de Sevilla y del principe rebelde, y para tranquilizar al pais castigando á los sublevados que lo inquietaban. En aquellos dias llegaron á Córdoba comunicaciones del Wazir de Lusitania Obeidala el Camri, anunciando haber vencido una rebelion que estalló en aquel país, y castigado ejemplarmente los principales culpables. Con la comunicacion vinieron, canforadas, las cabezas del Wali de Lisboa, y de los alcaides de Coimbra, Viseo y otras poblaciones sublevadas, para dar testimonio de la certeza del hecho.

Entre tanto el infatigable y denodado *Zorro Caleb hijo de Hafsun*, no se descuidaba en añadir combustible á la hoguera que ardia en Andalucía. Al efecto, envió á tierra de Jaen uno de sus mejores generales, que desde luego se apoderó de Somotan y Cazlona, y corriéndose hácia las Alpujarras, entró muchas fortalezas de aquellas enriscadas sierras. Uniéronsele las tribus semi-nómadas pobladoras de tan agrestes comarcas, gente toda que vivia del robo y de la desvastacion. De manera que «no habia quien labrara los campos, ni se pensaba sino en pelear. No quedó rincon en Andalucia donde dejara de arder la guerra civil.» Marchó contra estos rebeldes, por órden del Emir, el wali de la provincia de Jaen, que tuvo la desgracia de ser batido por ellos, perdiendo siete mil hombres en la refriega y cayendo prisionero con los principales caudillos de su hueste en manos de los vencedores, que los condujeron á las fortalezas nuevas de Granada, al poniente de la ciudad de Elvira. Envanecidos con esta victoria los rebeldes se estendieron por todo el pais y ocuparon Jaen, Huescar, Baza, Guadix, la provincia de Málaga y toda la de Elvira hasta Calatrava, apoyándose en una estensa linea de sólidas fortificaciones.

Todos estos sucesos se verificaron durante los dos primeros años del reinado de Abdallah, (888 y 89.) En los comienzos del 890, el Emir, á quien aquella sublevacion inspiró tan sérios cuidados que habia marchado á combatirla al frente de las banderas leales de Andalucía y de la caballería de su

guardia, entró en las principales ciudades sublevadas, despues de haber sido completamente derrotado, con muerte de su caudillo, el grueso del ejército rebelde por un general de Abdallah, en un lugar cercano á la ciudad de Elvira. Las reliquias de la destrozada hueste, se retiraron á las asperezas de la Sierra, donde nombraron nuevo capitan. Este mas osado que discreto, se atrevió á abandonar sus guaridas para recorrer en son de guerra las vegas y llanuras de los campos comprendidos entre Granada y Loja. En ellos fué alcanzado por la caballería del Emir y derrotado completamente, pagando con la vida su temeridad. Despues de este segundo desastre, los restos del grande ejército rebelde se acojieron á las asperezas y fragosidades de aquellas sierras, evitando con prudencia nuevos encuentros con las tropas del Emir. Terminada la campaña, Abdallah regresó á Córdoba, donde le llamaban con premura los asuntos de la guerra de Toledo y los de la que devastaba las fértiles comarcas de Sevilla.

En efecto; en tanto que Abdallah combatia los facciosos de Elvira, los principes rebeldes Mohammed, Al-Kasim y Al-Asbah, mantenian sublevado todo el Sur de Andalucía, peleando obstinadamente contra el príncipe Abderrahman en tierras de Sevilla, Estepa, Sidonia y Jerez. Asi que, no bien llegó el Emir á Córdoba envió crecidos refuerzos á su hijo, y con ellos parte de la caballería de su guardia á fin de que activase ó terminase lo mas ántes posible las operaciones de la guerra. Falta le

hacian aquellos refuerzos al príncipe Abderrahman, pues la audacia de su hermanos y tios, habia crecido tanto ayudada por los favores de la fortuna, que no solo no evitaban su encuentro, sinó que le buscaban obstinadamente unidos los tres al frente de muy escogida y numerosa cabellería; en tanto que uno de sus capitanes, llamado Ibrahim, puesto á la cabeza de quinientos caballos, vencia un movimiento que estalló en Sevilla en favor del Emir Abdallah, y despues entraba en la importante plaza de Carmona donde se preparaba otra semejante al de la capital de la provincia.

Recibidos los refuerzos, el príncipe Abderrahman tomó ejecutivamente la ofensiva contra su hermano y tios. Entró sin encontrar grande resistencia en Carmona y en Sevilla, dondé el partido de la córte le recibió como á libertador. En esta última ciudad engrosó su ejército con los principales caballeros de la misma y las banderas de las poblaciones que habian permanecido fieles al Emir y que acudieron presurosas bajo el blanco estandarte de los Ommiadas, y con muy lucida hueste salió en busca de los rebeldes á quienes, al fin, logró dar alcance.

Encontráronse (dice Conde c. 63; pero no dice donde) los campeadores de ambas huestes, y trabaron una reñida escaramuza. Pelearon en ella los mas nobles y esforzados caballeros de Andalucía; los de Jerez, Arcos y Sidonia, contra los de Córdoba, Sevilla, Carmona y Ecija: así que muy luego el empeño y decision de los caballeros generalizó la

pelea que se convirtió á las pocas horas en batalla campal. Combatióse por ambas partes con brioso teson y durante mucho tiempo; los del bando de los principes rebeldes porque jugaban el todo por el todo en aquella refriega, y los de Abderrahman por la justicia de su causa y la gloria de su caudillo. La sangre corrió con abundancia, y al fin la lucida hueste de Mohammed quedó vencida no obstante el impetuoso valor del príncipe rebelde, de sus caballeros y de toda su gente. Muchos alcaides y personas principales murieron en la batalla; y el mismo Mohammed, á pesar de su heroismo, cayó cubierto de heridas bajo su caballo muerto, siendo hecho prisionero en aquella situacion y conducido á presencia de su hermano, Abderrahman, que lo mandó curar y tener á buen recaudo. Lo mismo aconteció al príncipe Al-Kasim, hermano del Emir Abdallah, que cubierto de heridas fué preso y presentado á su sobrino, que tambien lo mandó curar y guardar con el mayor cuidado. Desde el campo de batalla el vencedor pasó á Sevilla donde fué recibido en triunfo por los afectos al Emir, y donde calmó muy luego con sus prudentes y conciliadoras medidas las discordias promovidas por los bandos que inquietaban y dividian la ciudad. A seguida el príncipe envió al Emir cartas dándole cuenta de la victoria obtenida por sus armas en aquella sangrienta batalla, y de la prision de su hermano Mohammed y de su tio Al-Kasim, heridos ambos gravemente. La noticia fué grata para Abdallah, porque le anunciaba el término de aquella guerra civil que

durante tantos años habia turbado la paz de las mas fértiles provincias de Andalucía, y dolorosa al mismo tiempo por la mucha sangre derramada así de su hijo y hermano como de tantos nobles muslines. El príncipe Mohammed murió en su prision: algunos dijeron que de ponzoña que le hizo dar su hermano Abderrahman, otros dijeron que la órden de su muerte fué firmada por su padre, cosas ambas que no son creibles: los mas avisados afirman que murió de sus graves heridas y de abatimiento de ánimo, que es lo mas cierto. El desgraciado príncipe falleció el dia 10 de Xawal del año 282 (Febrero de 895). Tenia veintiocho años y dejó un hijo de cuatro, llamado Abderrahman, que Dios guardaba para grandes cosas, como despues veremos. En la córte se le llamaba á este niño, el hijo de Mohammed el *Macdul*, que quiere decir el *asesinado*, porque segun maliciosa opinion del pueblo su padre no habia muerto de muerte natural.

El príncipe Al-Kasim curó de sus graves heridas. Perdonólo su hermano el Emir, y aun llevó tan allá su generosidad que quiso darle el gobierno de Sevilla, á lo que se opusieron su hijo Abderrahman y otros Walíes.

A la derrota y prision de los príncipes rebeldes siguiéronse mil enconados ódios, tristes reliquias de toda guerra civil, que ensangrentaron las calles de Córdoba y Sevilla, donde se verificaron porcion de combates parciales y desafíos en que murieron algunos nobles caballeros, Walíes y caudillos, y entre ellos el príncipe Al-Mutaraf.

Hé aquí, pues, como refiere Conde la guerra civil que trabajó á Andalucia desde el año 888 hasta el 895; guerra en la que, á diferencia de las que le precedieron en todos los Estados y provincias de la España musulmana, no lucharon las razas entre sí por espíritu de independencia, rivalidades de tribus ó afan de mejorar de establecimiento, sino los príncipes de la dinastia reinante, ayudados por la flor de los caballeros andaluces, y auxiliados por los habitantes de las ciudades mas importantes y populosas de la Andalucía central y occidental. ¿Quién despues de leida esta narracion, de cuya mayor ó menor esactitud en los detalles no respondemos por mas que tengamos por cierto el hecho de la sublevacion, podrá creer que sus causas eficientes ú ocasionales lo fueron el acto de justicia que hizo el Emir, con los hijos del tan desgraciado como querido y respetado ministro Haxem, y los celos y rivalidades que el principe Mohammed alimentaba contra aquellos dos jóvenes tan injustamente castigados por Al-Mondhir? Los autores de los manuscritos arábigos traducidos por Conde, han querido plagiar la ficcion del *Padre de la poesía épica*, dando por causa de aquella lamentable guerra civil, unos *amores desconocidos*, así como Homero dió por causa de la de Troya el robo de la esposa de Menelao por el hijo del rey Priamo.

Afortunadamente para el EMIR de Córdoba, en tanto que la guerra civil inundaba en sangre la mayor parte de las provincias musulmanas, exacerbaba los ódios y ahondaba mas y mas el profundo é irreconciliable antagonismo que dividia los *musulmanes-andaluces* y los orientales, el rey Alfonso de Astúrias, estricto guardador de la fé de los tratados, observaba religiosamente la trégua y armisticio concertado en 883 con el EMIR Mohammed I. Si el rey de Astúrias se hubiese manifestado menos esclavo de su palabra y hubiera tratado de sacar en favor de su reino, todo el partido con que le brindaban las difíciles circunstancias que atravesaba el imperio muslímico, es mas que probable que el trono de los Ommiadas combatido simultáneamente por los tres enemigos que le amenazaban hubiérase derrumbado con estrépito al finalizar el siglo noveno. Así debió comprenderlo Abdallah, cuando por gratitud ó por política dejó en plena libertad á Alfonso para combatir á los musulmanes orientales; si es que el mismo no ayudó indirectamente á la siguiente señalada victoria que las armas cristianas obtuvieron sobre los que se habian apoderado de la España central.

Militaba bajo la bandera del hijo de Hafsun, un general de ilustre familia, apellidado Abul-Kasim. A este caudillo, hombre soberbio y arrogante, dió el encargo Caleb, de dilatar las fronteras de sus Estados de Toledo y Talavera mas allá de las fronteras de Galicia. Entró Abul-Kasim en tierra de cristianos con un ejército, que algunos cronistas

hacen subir á sesenta mil hombres, arrollando todo cuanto encontró á su paso. Los cristianos, que confiados en la tregua estipulada con el Emir de Córdoba, tenian mal guardadas sus fronteras, al asomo de tan formidable acometida, huyeron á refugiarse en Zamora, desde donde pidieron auxilio al rey Alfonso III. El *Magno* respondió al grito de angustia de sus súbditos atropellados, con un ejército no menos considerable que el del general del hijo de Hafsun. Avistáronse (901) ámbas huestes en los campos de Zamora, y empeñaron una sangrienta batalla que duró cuatro dias. Parece que durante la refriega las numerosas taifas Bereberes que militaban en el ejército de Abul-Kasim, abandonaron el campo. Los musulmanes de Toledo y de la España Oriental sostuvieron todo el peso de la batalla y pelearon con valor; mas al fin fueron vencidos y huyeron en desórden dejando el campo cubierto de cadáveres entre los que se encontró el del caudillo Abul-Kasim. «Cortaron, los cristianos, dice una crónica arábiga, muchas cabezas y las pusieron en las almenas de Zamora y en sus puertas. Esta derrota fué célebre entre los cristianos y fronterizos con el nombre de, *el dia de Zamora.*» (Sampiro, Roder Tolet, y Conde.)

Dos veces en el trascurso de cuarenta y dos años, en Albelda y en Zamora los soldados de la *Cruz* habian salvado á los Ommiadas de Córdoba.

Cuentan los historiadores árabes, que fué general el sentimiento de los pueblos por aquella memorable derrota; tanto que los mas ardientes mus-

limes predicaban que todo musulman debia armarramada de sus hermanos. El Emir Abdallah se vió acosado por las instancias de los mas fanáticos, que le pedian hiciese la paz con Caleb-ben-Hafsun á fin de que unidos todos los musulmanes declarasen una guerra de esterminio á los cristianos. Mas el Emir, como hábil político que sabia sacrificar, á tiempo, á la *razon de Estado* las demás razones, se mostró sordo á los clamores de los que solo veian el mundo á través de las páginas del Corán, y envió una embajada al rey Alfonso el *Magno* para darle la enhorabuena por su victoria; renovar la *cordial inteligencia* que reinaba entre ellos, y mover su ánimo á guerrear sin tregua contra los musulmanes orientales que llegasen á sus fronteras. Ésta última pretension, que debió ser el secreto móvil de la embajada, pone de manifiesto los progresos que la ciencia diplomática habia hecho entre los hombres de Estado musulmano-andaluces; para quienes las batallas ya no eran las puertas del Paraiso, sinó un medio de obtener preponderancia política y moral. Desgraciadamente no eran *los más* los que opinaban de esta manera, sinó los menos. Así que, *los más*, arrebatados por las predicaciones de los austeros ó fanáticos muslimes murmuraban sin rebozo de la conducta del Emir; llegando á tal estremo las murmuraciones, que en las mezquitas de algunas ciudades de Andalucía los imanes y catibes hubieron de omitir en la oracion pública el nombre de Abdallah, como si fuese un mal muslim ó un excomulgado. En Sevilla fué mas ruidosa la protesta que

se para tomar ejecutiva venganza de la sangre der-
en ninguna otra ciudad, puesto que en algunas se sustituyó, en la oracion pública, el nombre del Emir de Córdoba con el del Califa de Oriente. Parece que el principal promovedor de aquella reaccion religiosa, lo fué el célebre príncipe Al-Kasim, que pagaba la generosidad con que su hermano el Emir le perdonó su rebelion del año 888, desprestigiándole á los ojos de sus pueblos, y minando arteramente su trono. Avisado Abdallah de los reprobados manejos del príncipe, lo mandó prender y juzgar. Sentenciáronlo á la última pena, y fué muerto en la prision con una *bebida que le prepararon*.

Entretanto activaba mas y mas el sitio de Toledo el walí Abu-Otman, quien bloqueó en tales términos la plaza, que el rebelde Caleb no pudo salir en tres años de ella. Así las cosas, quiso encargarse de esta guerra el hijo del Emir, el valiente Abderrahman, apellidado ya Al-Mudhaffar (el victorioso) por su feliz campaña contra los rebeldes de Andalucía. Otorgóle Abdallah aunque á su pesar lo que pedia, y nombró al bravo walí Abu-Otman capitan de los eslavos que componian parte de su guardia personal. Mal premio á los buenos y dilatados servicios de aquel valiente caudillo.

Demos un momento de tregua á la angustiosa narracion de tantas guerras, sublevaciones genera-

les y rebeliones parciales que no se daban descanso, y que tenian convertido todo el suelo español en un vasto campo de batalla donde musulmanes andaluces y musulmanes orientales; donde cristianos de Afranc, de Vasconia, de Astúrias y de Galicia guerreaban sin cesar en contienda civil ó en contienda entre razas antagonistas, revueltos confundidos en términos, que á las veces los estandartes de la Cruz servian de auxiliares á los del Profeta y otras los del Profeta á los de la Cruz para satisfacer los fines de las ambiciones políticas. Epoca de transicion, y como tal fecunda en revoluciones, morales y materiales, de las cuales se libró, en parte Andalucia única region de España que con el reino cristiano de Astúrias progresó notablemente en medio de aquella conflagracion general; aprovechemos, pues, esta corta tregua para contar dos anécdotas que pudieron ser contemporáneas, y una de las cuales se refiere á los años que venimos historiando; porque con ellas mas bien que con la narracion de las batallas y de los actos diplomáticos que mediaron entre las dos razas cristiana y musulmana que se disputaban el suelo de la Península, se pinta muy á lo vivo el carácter de estos pueblos enemigos, su humanidad con el vencido y su tolerancia religiosa.

Comenzemos por la de fecha desconocida.

«Un faqui de Córdoba, llamado Ibn-al-Hasar (Dozy. *Recherches* t. 2.° p. 269) tenia por vecino á un cristiano que se complacia en servirle; así que solia decirle: «Que Dios os conceda larga vida, y

cuide mucho de vos;—que Dios refresque vuestros ojos;—lo que os alegra me alegra á mí tambien, os lo juro.—Dios quiera que mi última hora en esta vida llegue antes que la vuestra.» Gozábase muy mucho el cristiano con la buena voluntad que le manifestaba el faquí; pero los musulmanes por el contrario reprobaban la conducta de este, hasta que un dia alguno hubo de echarle en cara los votos que hacia por la prosperidad de un infiel. El faquí le respondió: «Cuando los hago, mi pensamiento espresa todo lo contrario de lo que dicen mis palabras. Por ejemplo, cuando le digo al cristiano: Que Dios os conceda larga vida y cuide mucho de vos, quiero decir que Dios se la conceda para que pague muchos años la capitacion, y lo de *cuidar mucho de él*, significa que cuide de castigarle. Cuando le digo: Que Dios refresque vuestra vista, quiero decir que le dé la gota serena (refrescar y pararse se espresa en árabe con el verbo *acarra*). Cuando le digo: Lo que os alegra me alegra á mí tambien, aludo á la salud que es uno de los bienes mas preciosos. Por último, cuando le digo: Dios quiera que mi última hora en esta vida llegue antes que la vuestra, quiero decir que ruego á Dios me abra las puertas del Paraiso, antes de que á él le abra las del infierno.»

Veamos, ahora, la de fecha conocida.

«En este tiempo (906) sucedió una cosa memorable que refieren Homaidi y Ben Pascual: (Conde c. 65) Cuentan que cierto dia vino una pobre mujer al virtuoso y sábio faquí Baqui, de Córdoba, y le dijo que tenia un hijo cautivo entre los cristianos,

y que habiendo acudido inútilmente á todos los medios para libertarlo, venia á consultarle para que la consolase en su congoja. Díjole el faquí que tuviese confianza en Dios cuya divina bondad todo lo remedia: rogóle ella que se lo pidiese á Dios, y él dijo que asi lo haria. Pocos dias despues vino la muger, con su hijo, á ver al faquí, y el mancebo contó de esta manera su libertad: Dijo que estaba cautivo con otros muslimes en poder de unos señores cristianos: que un hombre los llevaba todos los dias á trabajar á una ranchería, cargados de cadenas sujetas con argollas á los piés; que un dia se le cayeron las cadenas, y que el hombre que guardaba á los cautivos se fué á él diciéndole: ¿por qué rompistes tus cadenas? Que él respondió: No las rompí que ellas se me cayeron á los piés. Que le llevaron delante de su señor, y allí le volvieron á poner las cadenas; y como anduviese algunos pasos volviéronseles á caer. Los cristianos meditaron sobre el caso, y lo consultaron con sus monjes. Estos le preguntaron: ¿Acaso tienes madre? y como respondiese que sí, ellos dijeron: Sin duda Dios oyó sus oraciones, y pues Dios te dá libertad, nosotros no podemos encadenarte ni quitártela: esto dicho le enviaron á la frontera de los musulmanes.»

¡Qué diferencia entre la fé sencilla y amorosa caridad de los monjes cristianos, y la hipocresía y doblez del faquí musulman!

En tanto que el príncipe Al-Mudhafar estrechaba el bloqueo de Toledo y hacia una guerra sin cuartel á los rebeldes de Hafsun, Andalucía recobrada del quebranto que le ocasionaran las pasadas sangrientas discordias de los príncipes de la familia de Abdallah, gozaba de aquella culta y serena paz que parecia estar vinculada en su suelo, y que no eran poderosos á turbar los desórdenes y las frecuentes guerras civiles ó estrangeras que se sucedian sin interrupcion en el resto de la península, sin esceptuar el reino cristiano de Astúrias. Al amparo de aquella paz prosperaban, anunciando la proximidad de los espléndidos dias del Califato de Córdoba las ciencias, las bellas letras, las artes, el comercio y la agricultura que hicieron de Andalucía la region mas privilegiada de la tierra, en tanto que los dos grandes imperios de Europa se habian desmoronado, comenzando á formarse con cada uno de sus pedazos el mundo cristiano tal como ha llegado hasta nosotros, y las naciones de la Europa moderna.

En esta situacion, la mas crítica que habia atravesado España desde los primeros años del siglo octavo, puesto que el estraordinario desarrollo que habian adquirido los dos grandes poderes verdaderamente antagonistas y naturalmente irreconciliables que batallaban sin trégua disputándose la definitiva posesion de la Península Ibérica, el cristiano de Astúrias y el musulman de Andalucía, hacia inminente en plazo mas ó menos corto una nueva batalla del Guadi-Becca ó de Poitiers, un duelo á muer-

te en el que el vencedor sirviese de sepulturero al vencido; en esta situacion, repetimos, crecia en Córdoba, donde lo trajera á su lado su abuelo el EMIR Abdallah, el jóven Abderrahman hijo de Mohammed el *Mactul*, y sobrino del príncipe Al-Mudhaffar el calumniado matador de su padre.

Noble, gentil y discreto, el príncipe Abderrahman, aquel que habia de hacer brillar con radiante luz la civilizacion musulmano-andaluza en medio de las tinieblas de la barbárie que envolvian todavia el resto de Europa, se educaba en la espléndida córte de Córdoba, en el palacio del EMIR, doctrinado por los más sábios alimes que le enseñaban el Coran y le instruian en todos los ramos del saber humano; adiestrado en el arte de la guerra y en el ejercicio de las armas por los mas afamados capitanes; amado de todos los Walies y Wazires, y del pueblo que fundaba en él sus esperanzas, y mas amado que de otro alguno de su abuelo, Abdallah, que se embelezaba contemplando su precoz talento y suma gentileza.

Poco mas de veinte años contaria el jóven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la culta y elegante córte de Córdoba, cuando falleció la Sultana Athara, madre del EMIR á quien este amara, honrara y respetara en vida como buen hijo, y á quien lloró despues de muerta con lágrimas tan amargas, que se apoderó de su ánimo una melancolía que acortó las horas de su existencia. Sintiendo el próximo fin de sus dias, congregó los altos funcionarios de su córte, y de-

claró por futuro sucesor en el imperio á su nieto Abderrahman, hijo desu primogénito Mohammed. Reconociéronlo todos sin protestas ni reservas, tanto por amor al futuro CALIFA, como por obediencia á la voluntad del último EMIR; distinguiéndose entre todos por la espontaneidad de su juramento el príncipe Al-Mudhaffar, hermano de Abdallah, quien léjos de mostrarse resentido al verse postergado, prometió al EMIR proteger y amparar lealmente á su sobrino como si fuese su propio hijo.

Grandeza de alma fué renunciar en un niño, solo por obediencia á la voluntad de su padre y por respeto á la memoria de su hermano, á cuya muerte contribuyó involuntariamente en cumplimiento de un deber moralmente ineludible, el trono mas brillante de la tierra, al cual tenia el *mejor derecho*, con arreglo al modo de sucesion en aquella soberanía; es decir, el derecho que daban el prestigio de un gran nombre; la adhesion del ejército que tantas veces habia conducido á la victoria; un carácter propio para hacer frente á la tormenta que se cernia sobre el imperio, y las virtudes públicas y privadas que hacian del príncipe Al-Mudhaffar la mas importante figura del imperio en aquellos tiempos.

Un año y un mes despues de la muerte de su madre, en el acceso de una calentura falleció, á los setenta y dos años de edad (noviembre de 915,) e EMIR Abdallah I. Príncipe de gran corazon; bondadoso y en lo general benigno; escelente caudillo de sus tropas; hábil político y fiel observador de los

tratados, gozó, sin embargo, pocos años de paz durante los veinticinco de su reinado.

«Tuvo habilidad para vencer enemigos, (dice un historiador de nuestros dias) pero le faltó mano para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los Sirios sobre los Árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enagenarse á los fervientes y fanáticos muslimes.»

Este juicio de un historiador cristiano, calcado sobre el de los cronistas musulmanes acerca de la vida política del Emir Addallah, peca, cuando ménos, de apasionado. Cierto es, que mirado el hecho de *sus alianzas* con Alfonso el *Magno*, á través de los preceptos del Corán, se puede encontrar motivo en él para dar razon á los *fanáticos musulmanes;* pero mirado bajo el prisma de la razon de Estado, que si unas veces es acomodaticia, otras es de imperiosa observancia, se hace forzoso absolverle y casi aplaudirle.

En efecto; los musulmanes orientales, es decir, todas las razas musulmanas y *latinas* amalgamadas, enemigas de los musulmanes andaluces Árabes y Sirios, eran mucho mas temibles para el Califato de Córdoba, que los cristianos de Astúrias y Galicia. La alianza de estos últimos con los primeros, que hubiera sido el acto político mas hábil de aquellos tiempos y á la par el mas funesto para los Ommiadas, no era enteramente imposible, dado que ya se habian visto príncipes y huestes cristianas combatir, bajo las banderas de Muza el renegado, y de Hafsun el bandido de Trujillo, contra las tro-

pas de los Emires de Córdoba. Además, Alfonso el *Magno*, reinaba mas allá del Duero; Caleb-ben-Hafsun, reinaba en Toledo, es decir, en la España central. Los soldados del primero solo podian contar con el auxilio de Dios y el de sus fuertes corazones; los del segundo rebibian continuos refuerzos de África, y acaso se congratulaban con la esperanza de recibirlos de los califas de Oriente. Alfonso era esclavo de su palabra; Hafsun habia heredado la fé púnica, base de la política africana desde el tiempo de los Cartagineses. Si á estas poderosas razones de Estado, sobre las cuales Abdallah tenia que regular su conducta política en interés de su dinastia y de la cosa pública, se agregan las profundas esciciones religiosas nacidas de las dos grandes sectas que dividian la familia mohometana; que los musulmanes andaluces, como los mas ilustrados entre todos los sectarios del Profeta, eran, lo que llamamos hoy en dia, *les esprit fort* del Mahometismo, y que veian en los orientales no solo contrarios políticos, sino tambien contrarios en materia de religion, se absolverá repetimos, y aun se aplaudirá la política del Emir, que teniendo dos enemigos poderosos al frente y armados para combatirle, intentó lanzar el uno contra el otro para que se despedazasen y sacar él, el fruto de la guerra sin gastar un dinar ni perder un soldado:

El Emir Abdallah I, obró, pues, obligado por la fuerza de las circunstancias superior, acaso, á la fuerza de su voluntad. Muy pronto vamos á ver, bajo el reinado de su sucesor, el Califa Abderrah-

man III imperar otra política, mas ajustada á las exigencias del fanatismo musulman; pero será despues, que, destruidos todos los elementos rebeldes que hacian imposible la unidad de las fuerzas del imperio musulman de España, puedan Abderahman y Almanzor volver la vista hácia los cristianos que esperan al primero en Simancas, y en Alhandega.

XIII.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA SITUACION DE ANDALUCÍA DURANTE LOS DOS PRIMEROS SIGLOS DE LA DOMINACION MUSULMANA.

Si hubiéramos de juzgar de la situacion en que debió encontrarse Andalucía en los comienzos del siglo IV de la Hegira (X de J. C.) despues de los dos siglos cumplidos que llevaba de estar sometida á los Árabes, solo por la narracion político-guerrera que hemos venido haciendo hasta la página presente, sin duda que se nos presentaria bajo el peor de los aspectos; visto que ella—no diremos que sola, puesto que la ayudaron las provincias de Lusitania y Estremadura, y las de la costa de levante desde Almería hasta Tortosa—pero si principalmente llevó sobre sus hombros y sostuvo con sus recursos el peso de aquellas sangrientas y costosas guerras civiles y estrangeras, que en el discurso de dos siglos no cesaron un momento de marti-

rizar la España musulmana y la cristiana. En efecto; hemos visto batallar de continuo y simultáneamente en el Oriente, en el Norte, en el Occidente, en el Centro y en el Mediodia de la Península á los Andaluces; reunirse, organizarse y equiparse en Córdoba aquellos numerosos ejércitos, que acaudillados por los Emires vencian en todas partes ya en el Ebro, y en la Galia Meridional, ya en la Vasconia, en Astúrias y en Galicia, ya en la España central, y nos hemos preguntado ¿cómo pudo satisfacer Andalucía cumplidamente, como satisfizo, á todas las necesidades de aquellas costosas é interminables guerras sin haberse despoblado y empobrecido hasta el último estremo? Porque es de advertir que no tuvo como los Galos, como los Musulmanes orientales, y como los cristianos de Astúrias, una Germania, una África y un espíritu religioso que la suministrasen enjambres de guerreros para reemplazar las bajas que en sus ejércitos causaban tan repetidas y sangrientas batallas.

La contestacion á esta pregunta que parece exijir una larga y filosófica disertacion, se encierra, sin embargo, en dos palabras: Cultura, Civilizacion. Pero no en aquella civilizacion gastada ó corrompida, viciada de evolucion en evolucion hasta llegar á ser un elemento de muerte en lugar de serlo de vida como aconteció con la de la Roma del tiempo de los últimos emperadores, y como acontecia á la sazon, con la del imperio cristiano de Oriente y la del musulman de Bagdad, sino en esa civilizacion jóven, entusiasta, exuberante de vida,

en toda la plenitud de su robustez y en toda la fuerza de su actividad que trajeron los Árabes al cruzar el Estrecho; que sembraron en Andalucía, como en tierra preparada desde su orígen histórico para recibir y hacer florecer todas las civilizaciones, y que conservaron pura y desarrollaron durante los siglos III y IV de la Hegira, é hicieron llegar á su apogeo en el V, ó sea en el gran siglo de Abderrahman III.

Hé aquí, pues, el secreto, la esplicacion del hecho verdaderamente fenomenal que presenciaron aquellas edades; es decir, un país que despues de doscientos años de guerras empeñadas con todos los Estados, pueblos y naciones que le rodean, se encuentra, en vez de despoblado y empobrecido, en el auje de la prosperidad moral y material; porque él solo fué culto y civilizado en medio de la semi-barbárie ó cultura rudimentaria del enjambre de enemigos que le combatian sin trégua por todos lados.

Si se necesitara una nueva prueba para justificar la exactitud del axioma que sienta: *que los pueblos no cambian fácilmente de carácter*, Andalucia dominada por los Árabes la suministraria plena y concluyente. Tan es así, que estamos seguros que no faltariamos á la verdad histórica, reproduciendo en este lugar mucha parte de las once primeras páginas del c. VII del t. 1.° de nuestra obra, y algunos párrafos de otros capitulos, sin hacer mas correccion en ellos que sustituir los Romanos con los Árabes; los celtíberos con los musulmanes orienta-

les; los carpetanos con los rebeldes Toledanos, y los cántabros con los Asturianos y Gallegos. Es decir; la guerra y la barbárie en todas partes; la civilizacion y largos periodos de paz solo en Andalucia; de donde sacaron los cónsules y pro-cónsules todo el oro que necesitaron para comprar el Senado y el *pueblo rey*, sin agotar la mina como los Emires de Córdoba para fundar las maravillas del arte y del lujo como lo fueron sus aljamas, sus alcázares, y su Medina Azahara, sin disminuir por ello en nada los enormes tributos de sangre ó de dinero que impusieron unos y otros á su *provincia predilecta* para hacer la guerra en todas las partes donde eran provocados á ella, ó donde les convenia hacerla para los fines de su ambicion.

No obstante; el caracter de la dominacion musulmana en Andalucia, no tuvo, ni con mucho, el de las dominaciones Fenicia, Cartaginesa y Romana. Existe una notabilísima diferencia entre aquella y estas dominaciones; y acaso en esta diferencia se encierra el secreto de los resultados que dió. Fenicio, Cartagineses y Romanos *ocuparon comercial ó militarmente* el país; los Arabes, por el contrario se establecieron con sus familias en él, lo poblaron y trasformaron en tales términos, que mucho antes de cumplirse los dos primeros siglos de su establecimiento, ya no habia Turdetanos, Betulios, Túrdulos ni Bastulios esclavizados por los Cartagineses como en tiempos de la prosperidad de la gran República de Africa; ni Béticos sometidos á los Romanos como en los del Senado que desde el Capi-

tolio avasallaba al mundo entero; sino *andaluces musulmanes*, que no tenian ni recordaban otra pátria suya ó de sus abuelos, fuera de esta tierra de Andalucia donde tenian toda su historia, todos sus recuerdos, todas sus afecciones, su familia y las cenizas de sus progenitores, desde una larga sucesion de generaciones. En Oriente los llamaban los *Andalosis;* en el otro lado del Pirineo, los llamaban los sarracenos de Occidente, y en Astúrias y Galicia los llamaban.... los *españoles!*

Por eso amaron con tanto ardor esta tierra; reconcentraron en ella toda su vida política y social, fundaron en ella una segunda Mecca y la convirtieron en un Paraiso. Porque los árabes andaluces fueron á la par el pueblo mas culto é ilustrado, el agricultor mas inteligente y laborioso de aquellos tiempos. Ellos introdujeron la fabricacion del azúcar; fomentaron el cultivo y la ganaderia; establecieron grandes fábricas de tejidos de brocado, brocadillo, lanas y algodones; aventajaron á todos en el temple y primor de las armas blancas, y en la riquísima labor de sus objetos de orfebreria y plateria. Con sus productos agrícolas y manufactureros, y con la elaboracion de multitud de objetos y utensilios de hierro y de cobre mantuvieron un comercio activísimo y lucrativo entre los puertos de Andalucía y los de Italia, del Egipto y de la Siria. Finalmente entre sus progresos materiales, merece particular mencion el empleo de los correos á caballo, usados por ellos los primeros en Europa, para correr los plieges del gobierno.

¿Compréndese ahora, ya que no se disculpe, la razon de la conformidad en que vivieron los cristianos de Andalucia entre los Arabes que se habian apoderado de su suelo y permanecian en él por la fuerza? ¿No debia sorprenderles el contraste que ofrecia el opulento ó risueño aspecto de sus ciudades, de sus pueblos, de sus alquerias y de sus campos en manos de los Arabes, con el triste y deplorable estado en que yacieron estos mismos objetos de su amor y cariño en las de los Godos? Además, ¿no era ya Córdoba la *Capital de España*? y Sevilla ¿no continuaba siendo el asiento de la ciencia sagrada y profana como en tiempo de los Romanos y de los Godos? La ley musulmana ¿no habia abolido al distincion de castas, la esclavitud y la servidumbre que establecieran en Andalucia las legislaciones goda y romana? Verdad es que se oia al *muezin* desde lo alto de la *almeinara* mezclar su voz al sonido de las campanas de las iglesias y monasterios cristianos; pero ¿no quedaba apagada aquella voz entre los alegres repiques, ó el acompasado toque que anunciaban un dia de fiesta para la Iglesia Católica, ó llamaban á los fieles al cumplimiento de los preceptos de la Esposa de Cristo? ¿no conservaban sus obispos, sus sacerdotes y sus monjes? ¿no celebraban las ceremonias y ritos de su culto con la misma pompa y libertad que hubieran podido hacerlo del otro lado del Duero? Cierto que bajo los reinados de Abderrahman II y de Mohammed se vieron cruelmente perseguidos; pero ¿no hubieran sufrido igual persecucion los musulmanes en Ovie-

do si hubieran osado abrir allí una mezquita, ó escarnecer los dogmas de la religion de Cristo? Y luego, ¿de qué medios se valieron los musulmanes para poner término á aquella injusta persecucion? ¿recurrieron á los preceptos del Coran? ¿apelaron á decretos de proscripcion ó de muerte en masa? No; á un Concilio nacional de obispos católicos: es decir, sometieron el litigio entablado entre los cristianos y los musulmanes, al fallo de una augusta asamblea de cristianos.....

Aquel fué uno de los mas espléndidos triunfos del Evángelio sobre el Corán. La sangre de los mártires dió en aquella ocasion uno de sus mas ópimos frutos, ya se mire bajo el punto de vista religioso, ya bajo el político la convocacion del concilio nacional del año 852 en Córdoba.

Si de la situacion en que los cristianos se encontraban en Andalucia respecto al libre ejercicio de su culto, pasamos á examinar la condicion política que les habian concedido los Árabes, veremos: que tenian un gefe ó príncipe nombrado por ellos, que los representaba y defendia, investido de toda aquella autoridad que á sus funciones concedian las leyes godas, en cuanto no estuvieran en contradiccion con las del gobierno musulman; un tribunal de jueces cristianos para fallar en todos los pleitos que se suscitaban entre ellos; un repartidor de contribuciones, cristiano tambien, y finalmente, cristianos eran los cobradores de los tributos.

¿Qué condicion, política y civil, tenian, pues, los cristianos entre los musulmanes? La misma que

la de los musulmanes; la ley los hacia iguales en todo; salvo en la obtencion de los altos destinos del gobierno, y en el servicio de las armas, al cual no creemos que fuesen llamados, pero al que no dudamos serian admitidos cuando lo solicitasen. Eran pura y simplemente súbditos del soberano que no profesaban la religion del Estado; pero que gozaban iguales derechos civiles y políticos que aquellos que la profesaban, siendo, en tal virtud, admitidos al desempeño de ciertas funciones administrativas en el gobierno y en la córte del soberano.

Ni aun el carácter de cristianos los rebajaba á los ojos de aquella sociedad, que si bien llamaba *perros gallegos*, en justo desagravio, á los que la combatian en las márgenes del Duero, no osaba, ni podia rebajar la consideracion social de los que moraban entre ella, por mas que constituyeran una familia aparte. Pudiéramos citar multitud de hechos en corroboracion de lo que dejamos sentado.

Verdad es, que en aquella sociedad de un córte democrático originalísimo, y tal cual no se comprende en nuestros dias, no era posible establecer la diferencia de clases á la manera que existe entre nosotros. Aquello era un pueblo *todo pueblo*, sin nobleza y sin clase media; todos los musulmanes eran iguales; cualquiera podia llegar á ser *Iman*, *general*, hajib, wali, wazir, ó faquí con solo ser apto para el desempeño de alguna de estas funciones; era, en suma, un pueblo perfectamente libre, que gozaba de todos los derechos que llamamos individuales, bajo la férula de un déspota, que ejercia

sin trabas, cortapisas ni limitacion alguna los supremos poderes del pontificado y del imperio.

«El derecho musulman (dice M. Amari, *Revue enciclopédique*. Setiemb. 1846) no reconocia mas nobleza que aquella que el Profeta trasmitió á sus descendientes, ni otra distincion social que no fuese la de los empleos eminentes, del talento ó de la ciencia. No admitia la aristocracia de sangre, por mas que no pudiera destruirla enteramente.»

Hé aqui esplicada y descrita en pocas palabras la manera de ser, la forma y la esencia de aquella sociedad. Igualdad absoluta entre todos sus individuos; acceso fácil, por lo tanto, á todos los puestos eminentes del Estado, con solo ser musulman, titulo con que se *honraba mucho Mahoma;* pero distinciones para el talento y la ciencia, no fundadas en privilegios de nacimiento, de casta ó de honores otorgados, sino en el respeto que inspira el saber, Mahoma *hizo decir*, al Angel Gabriel, mensajero que le *enviara* el Todo-Poderoso:

«Dios enseñó al hombre á servirse de la pluma.
Puso en su alma los destellos de la ciencia.»

La ciencia, pues, era el origen de la aristocracia entre los musulmanes andaluces; el que mas sabia y mejor guerreaba era el mas noble, porque sabia y porque guerreaba. Fuera de las letras y fuera de las armas, no habia entre ellos distincion posible.

Esto es, pues, lo que constituye el carácter singularísimo de la civilizacion y sociedad andaluza durante los siglos III, IV y V de la Hegira (IX, X

y XI de J. C.) En tanto que en los demás pueblos de Europa la aristocracia feudal fundaba sus títulos en el orgullo y en la soberbia; en la fuerza; en los privilegios que le concedian diferentes legislaciones; en los enlaces entre familias de esclarecida estirpe ó de rancia prosapia, y en la trasmision de padres á hijos de un nombre y de títulos que se hicieron célebres en tiempos mas ó menos remotos; entre los musulmanes andaluces, el talento, el saber, la ortodoxia en materia de religion, el valor en el campo de batalla, y la facultad autorizada por la costumbre y mal definida por la ley escrita, que tenia cada musulman para defender personalmente su derecho, eran los únicos fundamentos de su aristocracia. Su derecho no reconocia otra nobleza, sus costumbres de orígen patriarcal y la perfecta igualdad civil y política entre todos los musulmanes, excluian toda distincion que tuviese otra procedencia. Por eso vemos ser aquella sociedad una mezcla de bienes y de males, de virtudes y de vicios, de tolerancia y de fanatismo, de humanidad y de fiera crueldad, de refinada cultura y de tosca barbárie, como formada de sábios, poetas y literatos que fueron la admiracion de aquella edad; y de un pueblo menos ignorante, es cierto, en Andalucía que en el resto de Europa, pero que escitado por la intolerancia de los ministros de su religion apedreaba y quemaba vivos los hombres que se entregaban al estudio de la filosofía especulativa (Ibn-Said y al-Makkari). Es de advertir, que los filósofos andaluces, los mas ilustrados y los mas

despreocupados entre todos los de la secta musulmana, eran acusados, lo mismo en Oriente que en Occidente por los fanáticos muslimes, de haber abandonado la palabra de Dios y del Corán y de *inspirarse solamente en la luz de la razon*.

Aquella civilizacion tan brillante y seductora, tan sábia, aristocrática y elegante, como ahora decimos, tenia un vicio de orígen que la minaba sordamente, y, además, carecía de condiciones de proselitismo á propósito para difundirse en Europa. Subordinada á la idea religiosa impuesta á sus sectarios por un hombre que lo fué todo menos sábio; encerrada en el círculo de hierro que trazaban en su derredor los preceptos de una religion supersticiosa, rígida é inflecsible que hacian imposible la ley santa del progreso humano, vedando en absoluto el ir *mas allá* ó retroceder hácia cualquier orígen despues de la última palabra pronunciada por los lábios del Profeta, y de la última sílaba escrita en el Corán; que se queria mantener encerrada toda entera en un libro presuntuoso, admirable solamente por las *bellezas literarias* que contiene, y que aspiraba á imponerse por la fuerza obediente al mandato de su *evangelio* que ordena repetidas veces en sus páginas hacer la guerra á los infieles y obligarles por la espada á abrazar el Islamismo, no podia arraigarse entre los pueblos cristianos de orígen latino, y tenia que desaparecer fatalmente, como desapareció arrollada por las oleadas de los bárbaros Almoravides y Almohades procedentes del África, sin dejar entre nosotros, como la latina leyes,

usos, costumbres, virtudes y vicios que durarán acaso tanto como dure España.

Mas antes del dia de su desaparicion del suelo andaluz—dia del cual nos separa poco mas de siglo y medio.—¡Qué sorprendente espectáculo ofreció á los ojos del mundo que contemplaba atónito de admiracion, esta Andalucia de los Ommiadas, émula de la de los tiempos de Augusto al finalizar el siglo noveno, y que fué el magnifico prólogo de aquel siglo décimo, que no vacilamos en llamar, *el de las letras musulmano-andaluces:* siglo cuyas tres primeras cuartas partes llenaron Abderrahman III y El-Hakem II con la gloria que adquirieron protegiendo espléndidamente las ciencias, las letras y las artes, y el gran capitan de aquel siglo,. Almanzor, la última con su génio y gloria militar.

Magnífico prólogo hemos llamado al siglo tercero de la Hegira, porque en él las Escuelas y Academias y bibliotecas; las ciencias, la filosofía, la literatura, las bellas artes menos la pintura de imájenes y la estatuaria; las tertulias literarias, los cértamenes y concursos literarios y científicos, todos los medios, en fin, de difundir las luces y de hacer prosperar todos los ramos del saber humano, recibieron de los EMIRES independientes aquel poderoso impulso que hizo de Córdoba, en el siglo cuarto de la Hegira, décimo de J. C., la Atenas de la Edad Media.

Aquel inmenso progreso moral; aquel grado superior de cultura producto de la ardiente impresionable y poética imaginacion de una raza pura,

puesto que ningun pueblo estrangero llegó, antes de Mahoma, á mezclar su sangre con la de los Árabes,—nacida entre las abrasadas arenas de la Arabia y trasplantada todavia en su infancia sobre el opulento suelo de Andalucia, donde creció y se desarrolló, no podia menos de hacerse sentir en todas las demás esferas donde se mueve la actividad del hombre. Así que la agricultura, la industria y el comercio, segun dejamos indicado anteriormente, prosperaron en Andalucía mas que en otra parte alguna de España y de Europa, á beneficio de los auxilios que les prestaban las ciencias; de la consideracion que gozaban en una sociedad donde por no existir la separacion de nobles y plebeyos el trabajo no se consideraba como resultado de la esclavitud ó de la servidumbre, y al desahogo que les permitia una administracion económica sencillisima, que ignoraba los secretos que posee la ciencia moderna para hacer ingresar en el Erario el oro del rico y el sudor del pobre, y tan rudimentaria, en fin, que se reducia, en materia de contribuciones, al diezmo y á la capitacion. Para acudir á los grandes gastos que originaban las obras públicas, el esplendor de la córte, y la edificacion de las grandes mezquitas aljamas, el Gobierno enviaba, á modo de recaudador de contribuciones, un ejército á los paises enemigos, de los que sacaba los recursos necesarios para satisfacer sus obligaciones y cubrir sus necesidades. Sistema bárbaro, de una sencillez primitiva; pero que no ha caido todavia en desuso entre las grandes naciones del siglo XIX, á pesar de

haber sido elevada á la categoría de ciencia esacta la economia politica.

Consecuencia natural de este estado de prosperidad, moral y material, fué el auje que adquirió la marina mercante Andaluza, que llegó á ocupar en los tiempos que historiamos, sinó el primero, uno de los principales lugares entre todas las que frecuentaban los puertos del Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar hasta el canal de Constantinopla.

De su marina militar poco podemos decir, dado que los Arabes no fueron pueblo marino, y que en los tiempos aquellos las grandes espediciones navales carecian de objeto. Sin embargo, recordaremos, que su marina fué la única en Europa que hizo frente y derrotó las armadas de los Normandos.

Habiendo sido los Arabes un pueblo esencialmente guerrero por espíritu de proselitismo y por instinto de conservacion, natural es que digamos algo acerca de la organizacion de sus ejércitos, de su táctica militar y de sus armas de combate.

Los Arabes, pues, como todos los pueblos de Europa, no tenian, á la sazon, ejércitos permanentes, ni mas tropas sobre las armas en tiempo de paz que la guardia de caballeria de los Emires, que recibia sueldo del Estado. Atribúyese á El-Hakem I la formacion de este cuerpo, que en un principio se componia de cinco mil hombres, tres mil andaluces y dos mil esclavos, ó *Eslavos*, que con este nombre se les conocia principalmente, por su origen ger-

mano. Estos eslavos eran traidos y vendidos en Córdoba por los mercaderes judios que durante la Edad media monopolizaron el comercio marítimo de esclavos.

Pero si los Arabes carecian de ejércitos permanentes, no así de soldados, puesto que todo musulman lo era de hecho y de derecho; ventaja que tenia aquel pueblo sobre los demás de Europa, donde el ejercicio de las armas era privilegio de determinadas clases. Cuando la necesidad de combatir una invasion obligaba á reunir una hueste, el Emir enviaba sus órdenes á los walies de las provincias y estos se las comunicaban á los wazires, alcaides de fortalezas y jeques de tribus pára que en un plazo marcado concurriesen sus respectivas banderas al punto donde debia reunirse el *Gum* (division). Esto hecho, marchaban á incorporarse con el Emir ó en su defecto con el general nombrado por este y encargado del mando de la espedicion. Si la guerra se hacia contra musulmanes rebeldes, observábase religiosamente en ella la *costumbre de Alí*, que prohibia matar un muslim fuera del campo de batalla; perseguir al enemigo musulman mas allá de la comarca donde se empeñara la accion, y bloquear las plazas por espacio de muchos dias. Esta *costumbre*, como desde luego se comprende, prolongaba indefinidamente las guerras civiles, y era, sin duda alguna, la que las alentaban, fomentaba y hacia de ellas el estado normal de aquella sociedad. Cuando la guerra tenia por objeto combatir á los cristianos cuyo poder amenazaba sériamente al imperio mu-

sulman, el Emir publicaba la *Guerra Santa*, cuyo pregon se hacia en los púlpitos de todas las mezquitas. A este solemne llamamiento respondian todos los buenos musulmanes, acudiendo, ansiosos de ganar el Paraiso ofrecido por el Profeta al muslim que moria en la *Guerra Santa*, ya en persona, si estaban en edad de soportar las fatigas de la guerra, ya con armas y caballos ó con cuantiosas limosnas. Los soldados permanecian bajo sus banderas solo el tiempo que duraba la campaña, ó la buena estacion. Llegado el invierno, el ejército se disolvia fuérale favorable ó adverso el estado de la guerra. El soldado musulman no recibia paga; vivia sobre el pais donde operaba, y por lo tanto éranle lícitos todos los medios de atender á su subsistencia. Esto esplica el carácter vandálico y asolador con que las crónicas nos pintan aquellas guerras. Reunido el botin, separábase el quinto para el Emir, y el resto se distribuia sobre el campo de batalla entre los gefes y los soldados: dábasele al ginete dos partes, y al infante una. Sin embargo, con respecto al sueldo de las tropas, el célebre historiador Razi, dice, que el Califa nombraba dos gefes en cada *Gum;* uno iba á la guerra y el otro permanecia en la tierra; el primero recibia cien monedas de oro. Los Sirios eran los únicos soldados pagados por el Tesoro, porque no poseian tierras, viviendo, en tiempo de paz, del impuesto que les pagaban los cristianos. Los parientes del gefe Sirio recibian diez monedas de oro al terminarse la campaña, y los soldados que no pertenecian

á su familia cinco. En cuanto á los Árabes-baladis, soló el gefe del *Gum* y los individuos de su familia percibian sueldo.

La caballería, que los musulmanes introdujeron en los ejércitos europeos, constituia la única fuerza de los suyos. Esto esplica sus frecuentes victorias sobre los Francos. Las tropas musulmanas usaban generalmente el sable, la lanza y el arco: fiados en el irresistible empuje de sus formidables masas de caballería costábales suma repugnancia y aun debian conceptuarlo inútil, el cubrirse de armas defensivas al tenor de los cristianos.

La arquitectura militar de los Árabes estaba muy léjos de alcanzar la hermosura y gallardía que caracterizaba la civil. Su sistema de fortificacion se reducia á mazizos torreones cuadrados distribuidos sin órden ni concierto y enlazados por cortinas almenadas. Construian sus fortalezas sobre eminencias; de manera que su impugnabilidad fuese mas bien obra de la naturaleza que del arte. Mas imperfecto que su sistema de fortificacion era su modo de sitiar las plazas. Reducíase á escalarlas ó bloquearlas estrechamente hasta que el hambre ó la traicion les abrian las puertas. No obstante, no les eran desconocidas las máquinas de batir, pues las crónicas arábigas las mencionan, particularmente el ariete; probablemente conocerian tambien la catapulca, cuya construccion y uso debieron aprender de los españoles.

XIV.

Ojeada sobre la situacion en que se encontraba la Península al finalizar el siglo IX.

No nos es posible ni seria conveniente al interés, órden y claridad que ambicionamos dar á este libro, dejar de bosquejar, aunque sea rápidamente, la situacion en que se encontraba España en los últimos años del siglo IX, y primeros del X que venimos historiando; y sobre todo la del reino de Astúrias, que viene batallando hace cerca de doscientos años con el imperio musulman, siendo su mayor y mas temible enemigo y aquel que realmente amenaza su existencia. Además seria injusto, cuando menos, desaprovechar esta ocasion de ensalzar cual lo merece, un pueblo, que en medio de la conflagracion general de la Península caminaba mas de prisa que otro alguno de los cristianos de España, por la senda del progreso material y de la cul-

tura intelectual; que fué mas guerrero, ó si se quiere mas amigo de la guerra que su irreconciliable enemigo; que tuvo el mismo espíritu de proselitismo religioso; que si no fué tan vivo, ingenioso y culto como el árabe, fué mas perseverante en el cumplimiento de la mision que el cielo le encomendára; mas enérgico, mas sufrido en los combates y en la adversidad; menos rebelde contra los soberanos que se daba, y mas dispuesto, en fin, por estar mejor preparado por medio del cristianismo, para caminar por la senda del progreso hácia la libertad política, cuyas puertas cierra herméticamente el Islamismo á todos sus sectarios. Finalmente; porque seria una flaqueza en nosotros no tener valor para decir lo que sentimos en este asunto; esto es: que sin la fé, la constancia, el esfuerzo y la decision de los cristianos de Astúrias, la raza musulmana no hubiera sido lanzada de la Peninsula Ibérica; y que en 1870 todavía, la Europa cristiana, que marcha á la cabeza de la civilizacion universal tendria el pesar y el remordimiento de sufrir entre las naciones que la constituyen, dos imperios mahometanos; el uno al Sur, la España, el otro al E. la Turquía.

Ahora bien digamos:

El reino de Astúrias ha duplicado en el siglo IX la estension de territorio que poseia al finalizar el VIII. La línea de sus fronteras, que en este último, nacia en la desembocadura del Miño en el Occéano, y pasaba por la larga cordillera de montañas que corre hacia el Este, hasta el pais de los Vascones,

se ha adelantado hasta el Duero y apoya su estremidad E. en el Ebro, dejando á sus espaldas el futuro reino de Leon, lo que mas tarde se llamará Castilla y los estados de Alava. Su crecimiento político ha marchado de consuno, si es que no ha superado su desarrollo geográfico. Ya no es un pequeño pueblo oscuro y olvidado en un rincon de la Península; es un reino lleno de vida, orgulloso con la grandeza é independencia que se ha conquistado; que tenia condes y gobernadores en provincias lejanas; que dispone de numerosos ejércitos, envia embajadores y se envanece con una córte, sino esplendorosa, heredera al menos de la cultura y civilizacion de los Godos. Sus reyes tratan de igual á igual con los soberbios y opulentos Emires de Córdoba; fundan basílicas y monasterios; reunen concilio de Obispos; construyen templos, palacios y baños públicos; vencenen batalla campal á los mismos formidables ejércitos de rebeldes musulmanes, que los soberanos de Córdoba no pueden vencer, y, por último, establecen un sistema de castillos fortificados para protejer sus costas contra las invasiones de los Normandos, y defender sus dilatadas fronteras de las escursiones de los sarracenos.

Ya no es tampoco el embrion, la infancia de la nacionalidad y monarquia española, es su adolescencia regida por un poder único y fuerte que es el trono y gobernada por un código de leyes el mas acabado que á la sazon existe en Europa; empero ya atormentada por otro poder que la inquieta y es una remora á su enérgico desarrollo; por el elemen-

to aristocrático guerrero que de elector turbulento se ha convertido en orgulloso aspirante al mando, y que pretende hacer de los sucesores de Pelayo lo que los bárbaros leudos Francos hicieron de los del gran Clodoveo, y aun mas osados que aquellos, los condes asturianos y gallegos no solo intentan someter los reyes á la tutela de los grandes de palacio, sino que á imitacion de Pepino quieren despojarlos del trono. La aristocrácia militar que de soldado sediento solo de gloria é independencia, se ha trasformado en magnate ávido de riquezas, de esclavos y de poder soberano, se rebela á cada paso, y tras una derrota se levanta otra vez para caer de nuevo aplastada bajo el trono que la dominaba. Pero ¿quién presta ese esfuerzo y vigor al cetro de los reyes? ¿Quién? La religion cristiana y sus mandatarios los obispos y prelados, que á título de únicos depositarios en aquella edad de hierro, de las verdades del Evangelio y de las leyes civilizadoras que sobrevivieron al desastre del Guadi-Becca, ejercian de hecho el poder moral que dirigia la conciencia de aquella sociedad, y prestaban su robusto apoyo al trono. Al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, habia dicho el Divino Maestro, y como en aquella época el César era el único que podia conquistar en bien y provecho de la Iglesia y del pueblo, los prelados defendian al César á fin de que se cumpliera el precepto todo entero bajo el concepto divino y humano. He aquí el secreto de los triunfos del trono de Astúrias sobre los nobles que le disputaron el poder en los siglos VIII y IX.

A diferencia de la sociedad musulmana en la que la ciencia profana se habia refugiado en los alcázares de la aristocrácia del saber y del dinero, entre los cristianos habia buscado la hospitalidad en las iglesias y en los monasterios fundados por las donaciones de los reyes y sostenidos con las oblaciones del pueblo. La ciencia, pues, ó sus depositarios, fué entre los cristianos, el lazo que unió el trono con el pueblo; este es el verdadero origen del carácter notoriamente democrático de la monarquia española. Por el contrario, entre los musulmanes, la ciencia en lucha constante con la religion, y cultivada solo por los poderosos que podian adquirirla, fué contraria al poder soberano cuyo absurdo despotismo le repugnaba; y contra el cual conspiraba sordamente, por instinto, y porque los Califas y Emires la habian despojado del poder moral y material que ejerciera por medio de la aristocracia, antes de que los Ommiadas se alzaran con la soberania de España.

Terminada esta breve y acaso inoportuna digresion, volvamos á nuestro asunto.

Es evidente que todo cuanto ganó en el siglo IX el reino de Astúrias, lo perdió el imperio musulman. Y no fué solo por el N. donde los Emires de Córdoba vieron retroceder sus fronteras, sino que tambien por el Este y el Oriente perdieron para no volverlas á recuperar las fértiles comarcas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos. Mas nótese, que por este lado no fueron enemigos naturales los que arrancaron tan magnífico floron á la corona de

los EMIRES, sino la rebeldia y la traicion. El renegado Muza, el ex-bandido Hafsun; las tribus africanas enemigas irreconciliables de las asiáticas; la *costumbre de Alí*, en suma, el vicio inherente á la constitucion religiosa y á la defectuosa organizacion política y social del pueblo musulman.

Las guerras civiles que en aquella época ajitaron los dos Estados preponderantes en la Peninsula, aunque tendian á idénticos fines, y eran iguales los agentes que las movian y análogas sus aspiraciones, eran completamente desemejantes en los móviles que las impulsaban y en los pretestos que invocaban los rebeldes ó facciosos. En Astúrias fueron movidas por los nobles que aspiraban á elevarse al nivel del trono, ya fuera por medio de la creacion de una multitud de soberanías que amenguaran su preponderancia, ya disponiendo de él á su arbitrio y en la forma y medida que conviniera á sus intereses. El clero y el pueblo se unieron al trono reconociendo instintivamente la necesidad de fundar un poder bastante robusto y fuerte que los protegiese contra la mas insoportable de las tiranias; esto es, la tirania fraccionada. En la España musulmana, eran consecuencia de las rivalidades de tríbus, sectas y localidades, y del ningun freno puesto á los ambiciosos por la constitucion religioso-política que regia aquella sociedad. Era la lucha interminable empeñada hacia 150 años entre las tríbus africanas descontentas del lote que les cupo en la reparticion de España hecha por Muza, y los privilegiados hijos de la Arabia, de la Siria y de

Egipto, que siendo los mas favorecidos eran al mismo tiempo los mas ilustrados, y en tal virtud ocupaban los primeros puestos en el Estado, en la mezquita y en la milicia. Aquí como allí, el clero se unió al pueblo para combatir á la aristocracia; pero no en el concepto de enemiga del trono, sino en el de escéptica en materia de religion y harto descuidada en el cumplimiento de muchos de los preceptos consignados en el Corán. En cuanto al trono, el clero y el pueblo le dejaban entregado á sus propias fuerzas, dado que eran inmensas, obedientes al dogma del fatalismo musulman, y sumisos á la costumbre que legitimaba toda usurpacion triunfante.

Con respecto al combate á muerte empeñado entre los soldados cristianos de Oviedo y los musulmanes de Córdoba, hay que fijar dos cosas importantes: es la primera, que fué la guerra mas noble y leal que se hizo durante aquella memorable época en la que todos los ámbitos de la Península eran campos de batalla; y la segunda, que fué una guerra de reconquista por parte de los Asturianos y de conservacion por la de los Andaluces; en la cual el principio religioso entró solo como auxiliar. Doloroso pero necesario es confesarlo: en aquellos tiempos en que la barbárie se defendia todavia tras sus últimas trincheras contra la verdadera civilizacion, la religion era un medio, algunas veces un pretesto; pero el fin era el acrecentamiento de territorio y la preponderancia política ó militar. El Evangelio y el Corán; la Cruz de Cristo y el sable de Mahoma

luchaban allá en la region invisible por el porvenir del mundo; aquí, en la tierra, se veian frecuentemente sacrificados á la ambicion, al orgullo y á las veces al temor. El primero habia dicho: Conquistad con la palabra para la Verdad; el otro habia dicho lo mismo, pero sustituia la palabra con el sable. Mas los guerreros que debian cumplir el mandato divino ó el mandato de la feroz intolerancia, conquistaban en su propio particular provecho. En el monte Laturce, cerca de Clavijo, el ejército aliado cristiano-musulman dejó el campo cubierto de cadáveres; ¿murieron allí los primeros defendiendo el símbolo de la redencion del género humano....? No. En el valle de Aybar, quien los llevó á derramar su sangre á torrentes, ¿fué la Cruz....? No.

En Clavijo murieron confundidos los aliados cristianos-musulmanes, y perdieron sus caudillos el rey García de Navarra y Muza el renegado, combatiendo contra el rey Ordoño, por sacudir el dominio moral que sobre ellos ejercian los reyes de Astúrias, á título de únicos soberanos y cabezas de la confederacion cristiana de la Península. En el valle de Aybar, los soldados cristianos del rey de Navarra, Garcia Iñiguez, unidos á los del rebelde Hafsun combatieron, no por el triunfo de la Cruz, sino por el interés político del acrecentamiento de territorio: venciólos el Emir Mohammed. Cosa estraña, en Aybar como en Clavijo, quedó en el campo el caudillo de la hueste cristiana.

En aquellos tiempos la Fé pura, con sus gene-

rosos sacrificios y su heróica abnegacion se albergaba en las iglesias y en los manasterios; pero no se enseñoreaba en los castillos. Habia penetrado el tosco sayal del monje; mas no habia taladrado la loriga del guerrero.

¿Era, por ventura, mas puro el sentimiento religioso en los mahometanos? No; porque no fué el *libro* ni la tradicion quien ponia á los rebeldes musulmanes al frente de los cristianos del Pirineo Oriental para combatir á los soberanos de Córdoba ni la ortodoxia del Corán quien enlazó la hija del renegado Muza con García de Navarra, ni la obediencia al Profeta quien armó el brazo de Hafsun y sus hijos contra los musulmanes de la España meridional. Fué el ódio de casta y la ambicion de poder que todo lo sacrifica al logro de sus deseos.

Sucesos anómalos dentro del órden regular que debia presidir á la formacion de aquellas dos sociedades; acontecimientos estraordinarios en los cuales no ha penetrado todavia con bastante profundidad el escalpelo de la crítica histórica, que nos confirman en la idea, que aquella lucha tenaz é implacable empeñada entre dos pueblos que se odiaban y debian odiarse dado lo diametralmente opuestos de sus respectivos orígenes, religion, tradiciones, leyes, organizacion de la familia, costumbres y lengua, tuvo por alimento principal el afan de engrandecimiento político, y el empeño de dilatar fronteras sin escrupulizar sobre los medios conduncentes al apetecido fin.

En la segunda mitad del siglo noveno se han formado dos nuevos Estados cristianos independientes en la Península: el reino de Navarra y el Condado soberano de Barcelona. El primero debe su existencia al carácter belicoso, rudo é independiente de sus naturales; á la impotencia de los sucesores de Cárlo Magno; á la debilidad relativa de los reyes de Oviedo; á las guerras civiles de los musulmanes, y, por último, á la celosa rivalidad de los Astúres, Francos y Andaluces que se disputan sin cesar diplomática ó militarmente la posesion de la Vasconia española. El segundo debe su origen á la traicion de los Walies de la España Oriental; su formacion á los Franco-Aquitanos; y su constitucion definitiva á los Españoles y Godos, que desde la Septimania y muchas provincias de la Península acudieron á buscar refugio en él. Muy luego el Condado hubo de emanciparse de toda dependencia estranjera, por mas que los reyes de Francia, á fin de mantenerlo en la obediencia pasiva, le otorgaron las mismas libertades, privilegios y franquicias de que gozaban los Francos Sálicos que eran los mas favorecidos entre todos los pueblos Germanos.

CONSTITUCION POLÍTICA DE LOS CUATRO ESTADOS SOBERANOS DE ESPAÑA EN EL SIGLO IX.

El poder soberano, entre los Andaluces, estaba vinculado, por consentimiento tácito de la aristocrácia y por la costumbre que venia observándose

desde la fundacion del imperio musulman de Occidente, á semejanza del de Oriente, en una familia, la de los Ommiadas. El trono, pues, no era hereditario de derecho, ni electivo en el hecho. Desconocíase el derecho de primogenitura; el Emir elegia su sucesor con libérrima voluntad entre los individuos de su familia. El gobierno era despótico absoluto en el sentido mas lato de la palabra. El soberano *Emir* ó Califa, reunia en sus manos el poder espiritual y temporal. La constitucion que regia al pueblo era mas religiosa que política. El Corán era su único código de leyes.

El reino de Astúrias se gobernaba por las leyes y tradiciones góticas asi en el órden político como en el civil. El trono era electivo; los nobles los electores. A fines del siglo IX, los reyes de Asútrias empezaron á gobernar con intervencion de Asambleas ó Concilios.

El reino de Navarra era autónomo. El poder soberano hereditario, y existia en virtud de ciertas condiciones que le fueron impuestas por los naturales. El rey, ó caudillo, no podia resolver ningun negocio grave sin acuerdo de doce Ricos-hombres.

El condado de Barcelona se gobernaba por un código misto de godo y franco. El poder soberano era hereditario. La constitucion reflejaba la fisonomía feudal de la monarquia francesa.

LENGUAS.

Los andaluces hablaban la arábiga, que en el

reinado de Hixem I se hizo obligatoria para todos sus súbditos, incluso los cristianos mozárabes.

Los Asturianos la latina muy adulterada.

Los Navarros la euskara, ó vascongada; pero usaban el latin en los instrumentos públicos.

Los Barceloneses, el latin muy modificado con el dialecto de los pueblos germanos que se establecieron en el Mediodía de Francia.

RELIGION.

Los Asturianos, Navarros y Barceloneses profesaban la católica; pero toleraban la musulmana y judía en justa correspondencia de la que con ellos guardaban los mahometanos.

Los Andaluces profesaban el Islamismo, este es el verdadero titulo que Mahoma dá á la religion que enseña el Corán, que quiere decir: *Consagracion á Dios, sumision á la voluntad de Dios.* Pero pertenecian, desde el establecimiento de la dinastía Ommiada en España, á una de las dos grandes sectas que dividian, y dividen todavia, la familia mahometana, la de los *Sunnitas* y la de los *Schiitas*. La *Sunna* es un libro que contiene las palabras y los hechos de Mahoma que no fueron incluidos en el Corán, pero que se conservaron por tradicion oral, y fueron escritos despues de su muerte. El Corán, pues, y la *Sunna* son los dos códigos de leyes religiosas y civiles de los musulmanes. Los *Schiitas* rechazan la tradicion, en tanto que los *Sunnitas* le profesan el mismo respeto que al Corán. Estos úl-

timos, se creian los verdaderos ortodoxos y en tal virtud execraban á losprimeros cuyo nombre viene de *Schiah* que significa *faccion*.

Los Ommiadas, y los Andaluces eran *Sunnitas*; los Abassides *Schiitas*. Nótese esta circunstancia, porque ella nos ayudará poderosamente á comprender los secretos resortes que movian y sostenian las frecuentes rebeliones de los musulmanes Orientales, contra los Ommiadas de Córdoba, y su ódio inveterado á los Andaluces.

Existia, además, en todos los reinos de España, así cristianos como musulmanes, la religion Judáica; pero como no formaba *iglesia oficial* en ninguno de ellos, no la concedemos importancia histórica en este lugar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

VIII.

IX.

X.

XI.

XII.

XIII.

XIV.


Stanford University Libraries
3 6105 007 519 130

